

KIMBERLEY FREEMAN

*Secretos*

*en las paredes*

*Castle Island*

NOVELA

ALICIA

KIMBERLEY FREEMAN

*Secretos  
en las paredes*

*Ember Island*

lóveda

# Índice

## Prólogo

- UNO. Una boda de verano  
DOS. La chimenea agrietada  
TRES. El silencio  
CUATRO. Historias en las paredes  
CINCO. A la espera de una carta  
SEIS. Lumière sur la Mer  
SIETE. Imaginaciones tuyas  
OCHO. En la distancia  
NUEVE. El abrigo del ribete de visón  
DIEZ. Una mujer nueva  
ONCE. Ella no es mi madre  
DOCE. Esto es vida  
TRECE. Otra isla  
CATORCE. Un jardín inglés  
QUINCE. Charla postmeridiana  
DIECISÉIS. La verdad lo arregla todo  
DIECISIETE. Rescate  
DIECIOCHO. En la empalizada  
DIECINUEVE. Testarudo  
VEINTE. Campos de fuego  
VEINTIUNO. Juntos y separados  
VEINTIDÓS. El cobertizo  
VEINTITRÉS. Una carta del pasado  
VEINTICUATRO. De vuelta en la isla  
VEINTICINCO. Mirando al agua  
VEINTISÉIS. Sangre y cenizas  
VEINTISIETE. La verdad lo arregla todo  
VEINTIOCHO. Buscando a Tilly

Agradecimientos

Créditos

*Para Meg Vann, de una gran chica a otra*

# PRÓLOGO

*15 de mayo de 1892*

¡Tengo la cabeza llena de nubes negras! Me he enterado de una cosa, no puede ser, no me lo puedo creer, ¿se lo debería contar a papá? Puede que sí, no puedo ser la única que lo sepa. No la entiendo, no entiendo lo que ha hecho ni lo que pretende hacer, pero si se lo digo a papá, la echaría de aquí y yo no quiero, yo la quiero mucho.

Y estoy segura de que él también.

# UNO

## UNA BODA DE VERANO

1891

**E**l sol de junio era una bendición para Tilly Kirkland. Solo las novias más afortunadas se casaban en junio, y Tilly no se podía creer que hubiera tenido tanta suerte. Aunque le apretaran los zapatos de satén blanco, el corsé no la dejara respirar bajo el traje de seda y organza, y le doliera la cara de tanto sonreír cuando todos los invitados le daban la enhorabuena, Tilly sabía que era la mujer con más suerte del mundo. Jasper había llegado en el momento exacto y, después de un rapidísimo noviazgo, allí estaba, ya casada y de camino hacia una nueva vida.

El jardín de la casa del abuelo, en Dorset, rebosaba verdor y las flores resplandecían a la suave luz del sol. Habían montado dos mesas larguísimas repletas de comida, y los invitados se arremolinaban a su alrededor, todos contentísimos, entre risas y chácharas. De vez en cuando, la ligera brisa le levantaba el pelo y le refrescaba la nuca. La diadema, con su dulce perfume de azahar, no lograba sujetarle los indomables rizos pelirrojos, por lo que constantemente tenía que estar sacándose los mechones de la boca. Una tía suya, muy anciana y lejana, le contó con todo lujo de detalles el desdichado desenlace de la enfermedad de su longevo perrito. En parte, Tilly se sintió aliviada de poder poner cara de lástima y dejar de sonreír por un instante, pero la historia era larguísima y la mujer hablaba tan bajo que no era fácil seguirla.

Tilly levantó la mirada un momento. ¿Dónde estaba Jasper? ¿Dónde estaba «su marido»? Solo de pensarlo se ruborizó. Jasper, con su elegantísimo frac y los pantalones de cachemira gris, siempre tan guapo y bien vestido, y con un garbo que otros hombres no poseían. Volvió a concentrarse en su vieja tía, aunque

enseguida lanzó otra mirada furtiva por el jardín.

Allí estaba. El sol relucía sobre sus cabellos castaños y las patillas tan esmeradamente recortadas. Con el cuerpo esbelto y erguido, era como si estuviera muy lejos de todo aquel parloteo y bullicio, orgulloso y satisfecho. Paseaba la mirada entre los huéspedes hasta que cruzó la de ella, y en ese preciso instante, antes de percatarse de que Tilly lo estaba mirando, ella vio algo en sus ojos que le provocó un escalofrío. ¿Era compasión lo que se leía en su semblante? ¿O desdén?

Jasper sonrió de inmediato y Tilly le devolvió la sonrisa; sin bien con una pizca de duda o recelo, en cualquier caso, con esperanza, pues pensó que a lo mejor estaba cansada y se lo habría imaginado. Él seguía siendo el mismo Jasper que ella conocía tan bien y la sombra pasó como una nube bajo el sol.

Un ruido, como de un tropiezo, la sacó de sus ensoñaciones. Se alzaron voces de alarma detrás de ella y la expresión de Jasper cayó en el olvido.

—¡Tilly! ¡Tilly!

El abuelo estaba en el suelo. Una lanza le atravesó el corazón. Había arrastrado varios platos y vasos de la mesa con la caída, y los invitados corrían angustiados hacia él. Se detuvo el tiempo, el mundo quedó suspendido. Se le veía tan pálido, tan mayor. ¿Cuándo había envejecido tanto? ¿Desde cuándo estaba tan demacrado?

Se abrió paso hasta él. Les rogó a los invitados que se apartaran para dejarlo respirar y urgió a su primo Godfrey a ir al pueblo inmediatamente para llamar al médico.

—¿Abuelo? ¿Me oyes?

Tras un débil parpadeo, al abuelo le tembló la mano derecha como si estuviera intentando moverla.

—No, no, no te muevas. Tranquilo. No intentes moverte. El médico está al llegar. —Le acarició la frente—. Tranquilo, abuelo, tranquilo —le susurró al oído, pero se sentía como si el barco se estuviera alejando, arrastrado por una impetuosa marea que ella no podía medir ni controlar.

Cogió a su abuelo de la mano y esperó.



DOS

## LA CHIMENEA AGRIETADA

2012

—No te entiendo, Nina. Se oye entrecortado.

Me fui a la esquina del porche y me incliné sobre la baranda lo más que pude. El fresco aroma del mar se mezclaba con el olor, menos agradable, de las algas. Un soplo de brisa marina me levantó la camiseta refrescándome la espalda. Desde lo alto del acantilado se divisaba el azul claro de la ciudad, de aquel continente lejano del que esperaba captar la señal del móvil.

—Digo, ¿que si has encontrado ya a un albañil?

Pero mi madre ya no me oía. Miré el móvil, en la pantalla decía solo «llamada de emergencia». Me lo metí en el bolsillo.

Estaba sin cobertura. No podía llamarme nadie. Toda la tensión que tenía acumulada en la espalda se desvaneció.

Me di la vuelta y entré. Estaba en Starwater House, como todo el mundo la conocía, aunque no sabía si de verdad se llamaba así o no era más que un nombre sentimental que le había puesto mi bisabuela. Eleanor Holt era famosa por sus ideas románticas. Solté el móvil en el sofá y me dirigí hacia la chimenea pasando la mano por el empapelado húmedo de las paredes. Durante dos años, Starwater había sido la sede de una agencia que se dedicaba al avistamiento de ballenas; una agencia que siempre había pagado tarde el alquiler, y que al final quebró. Lo empaquetaron todo y desaparecieron sin previo aviso, dejándome una deuda de miles de dólares en concepto de alquiler.

Pero lo que me preocupaba no era el dinero que me debían como arrendadora, sino más bien el que nadie hubiera estado allí para informar sobre los daños que había provocado la tormenta. Octubre era el peor mes de la estación de las

lluvias en la bahía de Moreton y el último temporal había sido tan fuerte que hasta salió en las noticias en Sídney. Cuando vi imágenes en las que aparecían árboles derrumbados sobre los techos de los coches, barrios sin luz y calles inundadas, me pregunté cómo habría podido resistir Starwater. Era una casa muy antigua, de 1868, y aunque me había gastado mucho dinero en mantenimiento, su ubicación en lo alto del acantilado de Ember Island la hacía vulnerable a las tormentas. Por eso llamé a los de la agencia al día siguiente, y lo único que conseguí fue que me contestara una voz diciendo que aquella línea ya no existía.

Mi madre me dijo que debería ir a ver cómo estaba la casa. En realidad, mi madre llevaba la voz cantante en todo lo que se refería a Starwater, e incluso fue ella la que me obligó a comprarla seis años antes. «Tú eres la única que puede permitírselo ahora mismo», me dijo. Fue una de las pocas veces en las que la he oído compararme con mis hermanas mayores sin criticarme, ya que la ingeniera y la médico suelen triunfar sobre la novelista. «Tiene que volver a la familia».

La chimenea no estaba tan dañada como pensé al llegar y ver la lona impermeable azul que ondeaba al viento en el tejado. La rama del árbol que había derrumbado una parte del tejado seguía apoyada sobre la casa. Era la gigantesca rama de una higuera de la bahía de Moreton que probablemente ya estaba allí cientos de años antes de que el hombre blanco pisara la isla y levantara la infame prisión de máxima seguridad de la que nos hablaron en el colegio. Pero dentro, aparte de la enorme mancha de humedad de la pared y la grieta de la chimenea, todo parecía haber sobrevivido bastante bien. Si el albañil conseguía arreglarlo en unos días, tal vez podría volver a Sídney para el fin de semana.

Nada más que de pensarlo volvieron a invadirme la tristeza y el abatimiento. No quería regresar allí; no ahora, no hasta... después, pero incluso después tendría que volver a verlos, ¿no? No podíamos vivir evitándonos a todas horas.

El ruido de unas pisadas en el porche interrumpieron mis reflexiones y salí para recibir al albañil, agradecida por la distracción.

—Hola —saludé—, gracias por venir tan pronto. Entra para ver cómo está todo.

Él me miró algo sorprendido, aunque yo no sabía por qué. Era lo que mi madre llamaría «un chico robusto», de unos treinta años, con el pelo rubio y ondulado, las espaldas anchas y bastante moreno.

—Soy Nina —me presenté mientras entrábamos—, la dueña.

—Joe —contestó tras recuperar el habla—. Eché la lona por encima, espero

que no te importe. Sabía que no había nadie, y es una pena, porque es un sitio precioso.

—¿Cómo me va a importar? Muchísimas gracias, de verdad. La tormenta habría podido causar muchos más destrozos, pero, ya verás, parece que solo hay una mancha en la pared, aparte de la grieta.

Nos paramos delante de la chimenea.

—Las paredes se secarán bien, aunque la mancha será difícil de quitar —explicó—. Pero creo que lo de la chimenea es peor. Habrá que subir al tejado a mirar, aunque no sé si resistirá.

—¿Y lo puedes hacer tú o es mejor que llame a un techador? Perdona, es que no sé mucho de estas cosas.

Joe me miró perplejo.

—Supongo que podría hacerlo yo. No tengo trabajo ahora mismo.

—Genial, ¿y cuánto crees que tardarías en hacerlo?

Dobló la cabeza hacia un lado y se rascó por encima de la oreja mientras inspeccionaba la chimenea.

—Bueno, eso depende de los daños, el material que se necesite, lo que tarden en mandármelo...

Se quedó mirando algo entre los ladrillos. Dio un paso adelante y pasó los dedos por encima de una grieta más pequeña que seguía la forma de los ladrillos a la perfección. Se detuvo en la última línea de cemento, justo antes del tiro, y empujó un poco.

—Mira —dijo.

Me acerqué y miré lo que estaba señalando. Se había abierto un hueco entre los ladrillos y dentro había un fajo de papel.

—¿Qué es eso? —pregunté.

—Vamos a ver.

Raspó el cemento con una navaja que llevaba en el bolsillo y lo sacó.

Reconocí la escritura aun antes de que los papeles me llegaran a las manos.

—Es la letra de mi bisabuela —dije entre dientes cuando me los dio.

—¿Cómo lo sabes?

—He leído todo lo que escribió, o eso creía. —Leí la primera palabra—. Es un diario.

Joe lo miró.

—1891.

—Tenía doce años.

Doce. No serían más que desvaríos infantiles. Por un momento había esperado que fuera algo con más sustancia. Me sentí decepcionada.

—No es muy largo, solo unas hojas —comentó.

—A lo mejor son páginas que arrancó. Las leeré después.

—La letra es muy pequeña.

Observé mejor la primera línea. «Papá quiere buscarme una institutriz».

—Sí, ya estoy acostumbrada.

Joe estaba tanteando los otros ladrillos.

—No sabía que esta casa fuera una herencia de familia —dijo.

—No lo es —contesté mientras doblaba las páginas y me las metía en el bolsillo de los vaqueros—. La compré hace unos años, porque la quería mi madre. Ella siempre ha esperado que algún día la pusieran en venta. Mi bisabuela vivió aquí con su padre cuando él era el director de la prisión, y cuando la desmantelaron, ellos se quedaron con la casa. Se llamaba Eleanor Holt. Es todo un personaje en mi familia.

Joe cerró la navaja y se la metió en el bolsillo.

—¿Por qué?

—Era una inconformista. No se casó, y tuvo a su hijo, mi abuelo, con treinta y ocho años. Nunca le dijo a nadie quién era el padre y lo crio ella sola. El abuelo siempre hablaba muy bien de ella. Fue miembro del Partido Socialista y le escribió cartas rabiosas a casi todo el mundo. Era una mujer de carácter.

Joe sonrió.

—Bueno, pues ahora sabrás si era igual de niña. —Miró el reloj—. Tengo que ir a recoger a mi hijo, pero todavía no te he contestado..., me refiero a lo de cuánto tardaría en arreglarte el tejado.

—Pues dime.

—El caso es que yo no arreglo tejados, ni tampoco soy albañil, aunque soy bastante manitas, eso sí.

—Ah, lo siento, creía que eras el albañil que ha llamado mi madre.

A lo mejor eso era lo que mi madre estaba intentando decirme cuando cayó la línea.

—No, solo ha sido una coincidencia. —Se sacó un manojito de llaves del bolsillo—. Iba a entrar. Yo trabajaba aquí, para George y Kay.

—Ah.

George y Kay eran los arrendatarios que me debían varios miles de dólares.

Joe me dio las llaves.

—Si ibas a entrar es que necesitabas algo, ¿no? —dije.

—Tengo una taquilla en la oficina con algunos libros.

—Claro, pues entra y coge lo que necesites.

Me quedé en el salón mientras él entraba en la oficina. George y Kay habían vivido allí, pero todos los muebles eran míos. Los dejó el propietario anterior porque la expedición por mar de todas las camas y sofás le salía demasiado cara. Saqué las hojas que me había metido en el bolsillo y leí las primeras líneas del diario de Eleanor. Tenía un tono infantil, pero lleno de vida. Por lo visto, mi bisabuela siempre había escrito. No como yo, que empecé a escribir más tarde y con pocas ganas. Por eso se me estaba haciendo tan difícil terminar el libro, con sus eternos aplazamientos. Sencillamente, no era una escritora nata.

Joe salió con una caja llena de libros.

—Gracias. ¿Todavía quieres que te arregle el tejado? Aunque normalmente no me dedico a eso, y puede que tarde un poco más que un techador de verdad, no me importa tener que trabajar de sol a sol. Además, me quedé sin trabajo cuando George y Kay se fueron.

Volví a guardar el diario.

—¿Qué hacías cuando trabajabas para ellos?

—Hacía de guía, aunque soy biólogo marino. Estoy terminando la tesis — dijo e hizo un gesto hacia los libros, y vi que en la caja llevaba unos tomos enormes con títulos como *Comportamiento migratorio de cetáceos*, *Ecología y genética poblacional de las ballenas y Cianamida y ectoparásitos*.

—Vaya, no son lecturas ligeras, ¿eh?

Siempre me había sentido sobrecogida y un poco avergonzada entre gente tan lista. Tal vez porque había pasado toda la vida a la sombra de mis hermanas, tan inteligentes las dos.

—Hace mucho tiempo que no me siento a leer una novela. Tu eres novelista, ¿no? Me lo dijo Kay.

—Sí.

Lo observé un momento e intenté ser lo más sincera posible conmigo misma. Había algo atractivo en su forma de ser. Era guapo, sí, pero había algo más. No transmitía arrogancia ni vanidad, solo una energía masculina y sincera, tan natural como la arena o el mar. ¿Quería darle el trabajo para que me arreglara un par de cosas en la casa? ¿O era porque quería tenerlo cerca? Porque si era eso, no podía terminar bien. Acababa de prometerme que iba a tener más cuidado con los hombres.

Pero él se había preocupado lo bastante por Starwater como para poner una lona impermeable en el tejado, era fuerte y hábil y acababa de perder su trabajo.

—Si necesitas trabajo, podrías arreglarme el tejado.

Aunque fue un movimiento casi imperceptible, vi como se le relajaban los hombros.

—No tienes que quedarte en la isla —dijo—. Puedo arreglártelo e ir mandándote fotos todos los días para que veas cómo va.

—Ya pensaremos en algo.

Se dirigió hacia la puerta, pero enseguida se dio la vuelta, como si fuera a decir algo.

—¿Qué pasa? —pregunté.

Dejó la caja sobre una mesa baja de caoba bastante deteriorada.

—Me acabo de acordar. Tengo el bote en el varadero.

Negué con la cabeza, sin entender.

—Tengo que llevarme la lancha para ir a recoger a Julian, mi hijo, a la ciudad. La guardo en tu varadero.

—¿Tengo un varadero?

—Sí, está más o menos a un kilómetro, a los pies de la colina, cerca del muelle.

Me acordé vagamente de haberlo visto en los planos cuando compré la casa.

—Pero te acabo de devolver las llaves, y también está la del cobertizo del varadero.

Saqué las llaves y se las di.

—Toma, coge la del varadero y quédatela. No creo que me vaya a servir nunca.

—Podrías guardar la lancha en el cobertizo —me dijo con una sonrisilla mientras sacaba la llave de la anilla.

—Yo no tengo lancha.

—George y Kay dejaron aquí la suya. Según lo que te deban de alquiler, podría ser tuya.

—No sabría qué hacer con ella —murmuré, pero enseguida pensé que a lo mejor debería preguntarle a mi amiga Stacy, que es abogado.

Volvió a coger la caja.

—Mañana tengo que ir a la ciudad para una reunión de la universidad. Les preguntaré a los proveedores y por la tarde vengo para darte algunas ideas de cómo se podría arreglar. ¿Te parece bien?

—Sí, perfecto.

—¿Te importa si traigo a mi hijo? Solo me tiene a mí, pero es un buen chico. Y sabe entretenerse solo.

—Por supuesto, tráetelo.

Ahora sí que tenía la cabeza hecha un hervidero de preguntas. Solo lo tenía a él. ¿Su mujer había muerto o se habrían divorciado? ¿Qué edad tendría el niño? ¿Con cuántos años se habrían casado? Como yo también me había casado muy joven, con diecinueve años, y había sido un desastre, siempre me picaba la curiosidad cuando conocía a alguien con una historia parecida. Por suerte, nosotros no habíamos tenido niños. Pero no porque no lo intentáramos; el caso es que descubrimos que yo no podía tener hijos, que es algo que creía que hacía mucho tiempo que había superado.

Me despedí de Joe y me quedé un rato en el porche contemplando las vistas de la isla. Al sur, las inmensas zonas verdes albergaban el castillo de Ayrshire. Al este, frente al continente, se extendían varios kilómetros de manglares, una zona pantanosa e impenetrable. Detrás, aunque no se veía desde la casa, estaba el océano Pacífico, con sus furiosas olas rompiendo contra las rocas, que a veces la baja marea alejaba lo suficiente como para dejar una estrecha playa de arena. La brisa de la tarde, fresca y penetrante, mitigaba el calor húmedo del día. Por toda la isla, hasta donde alcanzaba la vista, las flores blancas y púrpura del azafrán mostraban su lozanía silvestre. Durante un siglo hubo un magnífico jardín inglés alrededor de Starwater. El director de la prisión ponía a las prisioneras al cuidado del jardín y, aunque ya no existiera, las semillas de azafrán se habían esparcido por doquier arrastradas por las ráfagas de viento marino y año tras año volvían a florecer, dando testimonio de su propia historia.

Sin ruido de coches, sin constantes llamadas para recordarme lo mal que llevaba el trabajo. Sin cruzarme con Cameron y su novia embarazada. Solo el rumor del viento entre los árboles y el océano.

Volví a entrar. Los muebles del salón se habían quedado anticuados, pero eran cómodos. Se oía el ruido del frigorífico y el reloj del microondas iba bien. Podía darle la vuelta a un colchón y poner sábanas limpias. George y Kay habían dejado varios botes de gel y champú medio vacíos en el cuarto de baño.

Decidí quedarme unos días.



Comenzó a anochecer lentamente. El rosa del crepúsculo que se dilataba por detrás de las palmeras fue perdiendo intensidad hasta adquirir una tonalidad azul grisácea. Me senté en los escalones de la entrada principal de Starwater, disfrutando de la quietud y el frescor de la noche, viendo cómo salían las estrellas, que me recordaban el poco tiempo que pasaba al aire libre cuando estaba en Sídney. El piso, que me había costado una fortuna, tenía unas vistas fantásticas que se extendían hasta las agujas color miel de la catedral de Santa María, pero eran unas vistas urbanas y las luces de la ciudad apenas dejaban entrever el resplandor de las estrellas. En los buenos tiempos, Cameron y yo solíamos subir a la terraza del ático para tomarnos un *gin-tonic*, pero desde la separación me había pasado casi todo el tiempo en la casa, encerrada en mi despacho escribiendo, o por lo menos intentándolo.

La primera picadura de mosquito me mandó de vuelta a casa. Cerré la puerta y la mosquitera y encendí la luz del salón. Me acerqué a la chimenea y pasé el dedo por la grieta hasta donde pude llegar. No había más papeles secretos de Eleanor.

Me di la vuelta y observé las paredes. La estructura de ladrillo había quedado oculta tras los paneles de yeso y el empapelado. En ese momento me acordé de que en la habitación que la agencia había usado como oficina había una pared de ladrillo visto, así que me dirigí hacia allí, encendí las luces y empecé a recorrer la habitación de un extremo a otro, escrutando la mampostería en busca de alguna fisura. Seguí con los dedos el diseño de los ladrillos, pero no encontré nada. Y aunque hubiera dado con algo, seguramente habrían sido más páginas del diario de Eleanor de cuando era niña. No obstante, la esperanza había vuelto a renacer. Todavía cabía la posibilidad de encontrar lo que andaba buscando, los papeles que cambiarían mi futuro.

Todo lo que había escrito Eleanor llegó a la familia diez años antes, cuando falleció mi abuelo. Un baúl enorme y mohoso repleto de cartas, listas, desvaríos, historias y poemas. Pero no había ningún diario, y por eso me chocó tanto que hubiera escrito alguno de niña. En aquel momento, mis hermanas estaban demasiado ocupadas como para ponerse a mirar todos aquellos papeles y mi madre se desesperaba con aquella letra tan diminuta y renegrida. Yo tenía veinticinco años, me acababa de separar y había pasado de un trabajo en una frutería a una guardería —y allí estaba «otra vez», como decía mi madre—, así que lo de los papeles me tocó a mí. Me los leí todos. Y le cogí muchísimo cariño a Eleanor, con su agilidad mental y perspicacia, sus agudos juegos de palabras,



su sinceridad y los ocasionales guiños subidos de tono.

Cuando compré Starwater, antes de que llegaran los inquilinos, rebusqué por toda la casa con la esperanza de hallar algo más y encontré un baúl viejo en el ático. Casi todo eran poesías y cuentos cortos. Y pensé que con eso se había terminado todo lo que habría escrito. Pero aquella noche empecé a preguntarme qué más podría haber escondido por los rincones de la casa que hubiera podido quedar oculto bajo las obras de reestructuración, entre las rendijas del suelo o debajo del entarimado. Eleanor vivió en aquella casa hasta que murió, con setenta y nueve años. ¿Qué más pudo escribir?

Tenía que encontrarlo.

Me recorrí todas las habitaciones, aquello era un laberinto. La construcción tenía forma de «T»: el salón, el comedor y la cocina formaban el ala central; la del oeste tenía tres dormitorios y un cuarto de baño, y las habitaciones del ala este se habían convertido en las oficinas de la agencia de avistamiento de ballenas. Toda la casa estaba rodeada de porches con barandas de madera, abiertos para que penetrara la brisa los calurosos días de verano. Revisé todas las cornisas y rodapiés, levanté una losa del cuarto de baño que estaba suelta, miré debajo del hule de la cocina y repasé las paredes de los dormitorios dando golpecitos para ver si se notaba algún sonido hueco. Hasta que por fin me convencí de que no encontraría nada más y volví a meterme en la oficina. Me senté en la mesa más grande. Había un calendario de escritorio abierto por el 31 de julio. Puede que fuera el último día que George y Kay habían estado allí, antes de empaquetar todas sus cosas de prisa y corriendo y salir huyendo de las deudas. También había sido el día que habíamos fijado para mi nuevo libro. Un plazo que no respeté. Y ya habían pasado diez semanas. Se me encogió el estómago, como me solía pasar, y tuve que respirar hondo para calmarme.

«Es el bloqueo del escritor», me decía mi madre, y Marla, y mis hermanas, y Stacy, y hasta Cameron me dijo lo mismo cuando vino al piso con una maleta para recoger las últimas cosas. Pero no había ningún nombre para etiquetar tan fácilmente los problemas a los que tenía que enfrentarme cuando se trataba de ponerme a escribir otra vez.

Me fui al ala este y elegí uno de los dormitorios. Tenía el aspecto de ser un cuarto de invitados y me pareció perfecto porque no quería acostarme en la habitación de George y Kay y pasarme toda la noche pensando en las conversaciones que habrían mantenido allí sobre el fracaso de su negocio y la montaña de deudas. Ya tenía bastantes agobios por mi cuenta como para no

pegar ojo.

## TRES

### EL SILENCIO

Me desperté en el más profundo silencio. Tardé un instante en recordar dónde estaba. Poco a poco fui percibiendo el rumor lejano del océano y el canto de los gorriones en los árboles. Me di la vuelta y miré la hora en el móvil. La señal de llamadas de emergencia había desaparecido y por fin tenía una barra de cobertura. Pero me dio miedo de que mi agente, Marla, me llamara, y lo apagué.

El que no se oyera el ruido del tráfico ni las pisadas de los que salían a correr temprano no era lo que hacía que aquella mañana fuera realmente tranquila. Lo que de verdad contaba era que no podía recibir correos ni llamadas, ni tenía que escribir mensajes cargados de entusiasmo en Twitter. Estaba ilocalizable. Nadie podía esperar que contestara a nada.

Hacía años que no me sentía tan relajada.

Y entonces fue cuando se me ocurrió: no iba a volver. No me iría de la isla. Dejaría que Stacy fuera la que le hiciera frente a mi madre y me trajera la maleta. Me había llevado el portátil, lo tenía en el bolso, podía escribir. El resto del mundo podía desaparecer. Solo estábamos mi historia y yo. Y podía escribirla antes del próximo plazo. Todavía me quedaban dos meses.

Estaba tan emocionada y segura que prácticamente salté de la cama y volví a encender el móvil. La barra de cobertura se duplicó en el porche y llamé a Marla. Ya había empezado a sonar cuando me di cuenta de que eran las seis de la mañana.

—¿Sí? —preguntó con reserva.

—Lo siento, Marla, ¿te he despertado?

—No, no. Me desperté hace una hora para ir a correr. —Era imposible saber qué edad podía tener Marla; lo único seguro es que era una mujer increíblemente en forma que parecía sobrevivir a base de café y lechuga—. ¿Por qué me llamas tan temprano? ¿Tienes buenas noticias?

—Creo que sí. Estoy en Starwater, la casa de mi bisabuela. Es un lugar

perfecto para escribir. Estoy segura de que puedo terminar el libro aquí. —Mi determinación vaciló en la última frase, aunque esperaba que no se hubiera notado.

—Ah, ¿sí?

Marla no parecía tan segura.

—Sí, de verdad. Aquí no hay nada que pueda distraerme. Estamos solo el ordenador y yo. Nada más.

«Nada más. Absolutamente nada más». Tragué saliva.

—Nina, querida, no quiero agobiarte, pero ya sabes que tengo a los editores pisándome los talones y no me puedo inventar muchas excusas. ¿Estás segura esta vez? ¿No estarías mejor en Sídney, donde te pueda ayudar con lo que sea? A lo mejor te podría poner un plan semanal.

¿Y arriesgarme a volver a verlos? No, no y no.

—Estoy segura de que esta es la mejor decisión —repliqué lo más convencida posible.

Dijo algo más, pero se oía entrecortado y no la entendí.

—Perdona, no te oigo bien —dije.

Y cayó la línea.

—Mierda —solté mientras sacudía el teléfono como si eso pudiera cambiar algo.

Cogí el bolso, que había dejado colgado detrás de la puerta. Había visto una cabina en el pueblo.

Era una mañana fresca y clara, la hierba estaba cubierta de rocío y el aire olía a humedad: algas marinas, estiércol de vaca y campos fangosos, todo ello mezclado con el aroma dulzón de las gardenias de los jardines. La carretera bajaba por la colina cruzando campos de pastoreo —llenos de vacas al otro lado de las cercas—, y luego pasaba por delante de las antiguas empalizadas, cuyos barracones se habían convertido en un conjunto de tiendas: había una de alimentación, que también hacía las veces de oficina de correos, otra de artesanía, que también vendía artículos para turistas, y una cafetería. Todas cerradas.

En Ember Island solo vivían unas trescientas personas, casi todas desperdigadas por los campos, por lo que el comercio era mínimo y esporádico. Las seis de la mañana era demasiado temprano como para encontrar nada abierto.

Por fin llegué a la cabina y le metí unas cuantas monedas. No me acordaba de

cuándo había sido la última vez que entré en una; era algo que pertenecía a una época mucho más inocente. En el otro extremo de la línea sonó el teléfono y Marla contestó enseguida.

—Pero ¿dónde estás, que ni siquiera hay cobertura? —preguntó en lugar de saludar.

—En una isla en mitad de la bahía, donde estoy segura de que podré escribir.

—Sí, vale. Mira, te estaba diciendo que ayer intenté llamarte porque te han invitado a dar una conferencia en Singapur, con todos los gastos pagados, en primera clase. Es una especie de simposio sobre la Edad Media en el cine y la literatura. Quieren que les hables sobre el trabajo de investigación que hiciste para tus novelas.

Mis libros sobre la viuda Wayland eran una serie de novelas de misterio, ambientadas en 1320, en las que siempre se cometía algún crimen y la detective era una viuda muy avispada. Había vendido casi doce millones de copias y la BBC ya había adaptado un par de novelas para la televisión. Sin embargo, ese tipo de cosas tendrían que pasarle a cualquier otra persona menos a mí. Me sentía increíblemente agradecida por el éxito, desde luego, pero si de verdad había algo que odiara en el mundo, era que me pidieran que hablara sobre mis investigaciones históricas.

—No, estoy muy ocupada.

—Es después del plazo de entrega.

—No. No quiero ir.

—Está bien —dijo con su tono resuelto de siempre—, declinaré la oferta con amabilidad. Y otra cosa, ¿por qué no me mandas lo que lleves escrito hasta ahora?

Se me encogió el estómago. La primera mitad del libro, que había logrado plasmar de algún modo, era horrible. Seguía repitiéndome que lo arreglaría más tarde, pero estaba claro que decepcionaría a cualquiera que le hubiese cogido cariño a la viuda Wayland. No podía dejar que Marla lo leyera hasta que lo revisara. Me retorcí el cable del teléfono entre los dedos y me aclaré la garganta.

—En cuanto pueda acceder a mi cuenta de correo, te lo mando —le prometí, sabiendo que sería imposible mantener mi palabra.

Marla no era tonta, pero tampoco quiso insistir.

—Entonces, espero que me mandes algo dentro de unas cuantas semanas —contestó con tono brusco y profesional, aunque después suavizó la voz—: ¿Todo esto tiene algo que ver con Cameron y Tegan? ¿Es por eso por lo que no quieres

volver?

—No, no, no tiene nada que ver con eso. Espero que les vaya bien, ya lo sabes. Yo solo quiero concentrarme en el libro, voy muy retrasada y creo... — iba a decir: «creo que no lo voy a terminar nunca», pero no podía decirle eso a mi agente—, creo que aquí podré trabajar muy bien.

Me recosté contra el cristal y miré a mi alrededor, a las tiendas, la hierba amarilla y la profundidad celeste del cielo.

—Está bien, tú te conoces mejor que nadie. Cuídate.

Me quedé un buen rato en la cabina después de colgar. Cameron y Tegan.

—Tegan —dije en voz alta.

Sí, me dolía.

Tegan, que vivía dos pisos más abajo. Que había venido a cenar a la casa. Joven, bronceada, con su cara tan dulce y el pelo perfectamente planchado. Todo lo contrario que yo, que tengo el pelo castaño y eternamente despeinado, las piernas llenas de las señales que me dejó la infancia en Queensland y las arrugas que marcan la frente de todo el que ha vivido tantos años con excesiva seriedad. Aun así, Tegan me caía bien. El tener a un padre con dinero que le compró el piso y no haber tenido nunca un trabajo real le daba un cierto halo de ternura, como un atractivo algo infantil.

Me gustaría poder decir que Cameron y yo vivimos seis años buenos, pero no fue así. Tuvimos un año bueno, otro esperanzador y luego cuatro años desastrosos en los que él intentaba convencerme de que lo mejor sería la fertilización *in vitro*, o la adopción, o buscar una madre de alquiler, o lo que fuera. Lo que fuera con tal de ser padre. En mi matrimonio anterior, mi incapacidad para quedarme embarazada al principio se sospechó, luego se diagnosticó y no se volvió a hablar más del tema. Dejé de soñar que algún día tendría bebés de brazos regordetes y empecé a convencerme de que sería mucho mejor así, porque a lo mejor podría viajar más o tener una buena pareja de perros cuando quisiera. Por eso, cuando conocí a Cameron y empezamos a salir, mis miedos no se concentraron tanto en la idea de unos niños que jamás llegaría a tener, sino más bien en la constante sensación de que a mi cuerpo le pasaba algo, que no era lo suficientemente bueno para él.

Me miré en el escaparate de la cafetería de enfrente. Un cuerpo sin curvas, unos pechos pequeños y firmes y unas caderas que quedaban de lujo con unos vaqueros ajustados. No había nada femenino en mí, aunque tampoco es que me hubiera importado mucho hasta entonces. Pero aquellos años con Cameron me

habían minado por dentro. Mi constante rechazo a «estudiar todas las posibilidades», como él solía decir, terminó conmigo. Corté yo, diciéndole que era por su bien. Para que pudiera encontrar a otra persona. Aunque era difícil. Cameron también era escritor y trabajaba con mi misma agente, así que nos cruzaríamos un montón de veces en la agencia y tendríamos que hablar sin mencionar jamás toda aquella oscuridad, ocultando nuestros verdaderos sentimientos. Él se concentró en su trabajo y llegó a publicar dos colecciones de poesía, dejando pasar tan solo unos meses entre una y otra. Mientras que yo estaba bloqueada, era incapaz de concentrarme, vivía aterrorizada, totalmente estancada.

Y un buen día, diez meses después de que se fuera de casa, yo estaba volviendo de la cafetería de la planta baja de mi edificio —era uno de mis rituales, una de las poquísimas veces que salía de casa: café a las diez—, se abrieron las puertas del ascensor y ahí estaban Cameron y Tegan. Cogidos de la mano. Ella con una barriga que se marcaba suavemente en la blusa de premamá.

—Nina —dijo Cameron aturullado. Avergonzado.

Tegan sonrió. Se leía la compasión en sus ojos.

—Nina, quería llamarte.

En ese instante tuve que decidir si metía mi cuerpo flaco y estéril en el ascensor, al lado de su preciosa redondez. Y no pude. No podía subir las quince plantas en absoluto silencio con ellos. Así que me di media vuelta y salí corriendo.

Y terminé en Ember Island cuatro días después.



Tenía que tomarme el trabajo en serio. No podía seguir inmersa en aquella bruma de remordimiento y desesperación. Me pasaba el tiempo eligiendo en qué mesa de la oficina me iba a sentar. Había dos, una con vistas a los jardines repletos de plantas y arriates, y la otra con vistas al continente y el mar. Me senté en una y después en la otra, y pensé que los árboles me distraerían menos, así que puse el portátil encima de la mesa y me fui a prepararme un té mientras se encendía. Esta vez, sí. Me iba a poner a escribir. Esta vez lo conseguiría.

Me senté, abrí el documento y lo miré. Las palabras en negro, el fondo en blanco, como el resto de los libros. Este era igual. No podía salir mal. Era capaz

de ignorar el espacio vacío que tendría que haber llenado la confianza en mí misma. El cursor parpadeaba. Puse los dedos sobre el teclado y escribí: «Eleanor inspeccionó las uñas del cadáver».

Eleanor era el nombre de la viuda Wayland. Le había puesto el nombre de mi bisabuela. Había encontrado un cuerpo. La viuda Wayland siempre estaba encontrando cuerpos, y casi siempre por casualidad. No se sabe por qué nunca se le ocurría a nadie que pudiera ser ella la asesina. En esta historia, la suciedad de las uñas del muerto era la clave para descubrir en qué granja había estado fisgoneando antes de que le dieran un golpe en la cabeza con un instrumento romo, y todo eso mientras el cura de una parroquia del siglo XIV estaba teniendo una aventura con la mujer de un hombre del pueblo. Era lo típico de las novelas de la viuda Wayland: pasión, asesinatos, capellanes corruptos y mujeres indomables. Tenía que salir bien. Tenía que funcionar.

Me paré. No sabía qué poner después. Me terminé el té. Miré por la ventana. Me acordé de que todavía no le había dicho nada a Stacy. El móvil tenía una raya de cobertura. Escribí el mensaje a toda prisa. Le di a «enviar», pero nada. Lo volví a intentar. Esperé cinco minutos. Lo volví a intentar. Me hice más té. Lo volví a intentar. Y esta vez se envió. El móvil indicaba que había un mensaje en el contestador. Alguien me había llamado cuando estaba fuera de cobertura. Marqué el número del contestador y salió una voz de mujer.

«Buenos días, Nina, soy Elizabeth Parrish, del *Sydney Morning Herald*. Estoy trabajando sobre una cosa que está relacionada contigo. ¿Podrías llamarme, por favor?».

Era la periodista que había entrevistado a Cameron el año anterior. Me acordaba de su nombre porque había escrito un artículo que era tan halagador para él como poco halagador para mí. Le había preguntado qué hacía un poeta que había ganado tantos premios y reconocimientos con una autora que, aunque vendiera tanto, no dejaba de ser una especie de escritora chupatintas. Bueno, puede que no hubiera usado tantas palabras, pero la idea era esa. Cameron me dijo que estaba exagerando. Le habían dado tanto lustre a su ego que ni siquiera se daba cuenta.

¿Y ahora quería hacerme una entrevista a mí? Borré el mensaje sin contestar. No estaba dispuesta a hablar con periodistas ni aunque fuera el mejor momento de mi vida.

Ya me había distraído. ¿Por dónde iba? Pero ¿para qué me iba a poner a



escribir otra vez? Lo más seguro era que Stacy me contestara y volviera a perder el hilo, así que me puse a leer lo que ya había escrito y se me cayó el alma a los pies. Pensándolo bien, puede que lo que dijo Elizabeth Parrish me sentara tan mal porque era verdad, no soy una artista. Siempre lo he sabido.

No podía seguir ahí sentada sintiéndome así. Tenía que comprar pan, leche y algo para el almuerzo, así que cerré la casa con llave y bajé al pueblo.

Pero el eterno ronroneo de la cabeza me perseguía a todas partes. «No puedes. Tendrías que devolver el adelanto y ya está. ¿Por qué te empeñas en seguir, si sabes que no puedes?». Respiré hondo. Tenía que conseguirlo. Le sonreí a la mujer que estaba detrás del mostrador, cogí una cesta y compré huevos, pan, queso, tomate y todo lo que se me ocurrió para poder comer sin tener que cocinar mucho.

—Hola —dijo la mujer mientras se retorció las manos nudosas en el delantal azul al tiempo que observaba las cosas que le acababa de poner en el mostrador—. ¿Te quedas unos días por aquí?

—Sí, soy la dueña de Starwater. Creo que estaré aquí un par de meses. —Otra respiración profunda—. Soy Nina Jones.

—Encantada de conocerte, Nina —dijo con un fuerte apretón de manos—. Donna Franks.

Gracias a Dios, ¡gracias a Dios! Mi nombre no le sonaba de nada. No iba a empezar a preguntarme por mis libros, ni para cuándo saldría el próximo. Se limitó a coger las compras y embolsarlas.

—Tenemos muy pocas cosas aquí, solo artículos de primera necesidad —dijo—. Casi todo el mundo se va al continente y hace las compras de la semana en la ciudad.

—Gracias, lo tendré en cuenta.

Pero no estaba dispuesta a volver a la ciudad hasta que no terminara el libro, aunque tuviera que vivir a base de sándwiches de queso y tortillas de espaguetis.

Al llegar a casa, abrí los armarios de la cocina, saqué las cosas de George y Kay y metí mis compras. También habían dejado platos y cubiertos, así que los saqué, los lavé y coloqué los tenedores de forma que todos miraran hacia el mismo sitio. Ya era casi la hora de comer, por lo que no tenía mucho sentido ponerse a escribir, así que me hice un sándwich y me senté en las escaleras del porche viendo cómo se mecían las palmeras con el viento.

Sabía que estaba perdiendo el tiempo y se me volvió a hacer un nudo en el estómago. Me armé de valor, dejé el plato vacío en el fregadero y volví a

meterme en la oficina. Pero Stacy por fin me había contestado con varias preguntas, de forma que nos pasamos una hora mandándonos mensajes entre mil interrupciones debido a la mala cobertura.

Volví a mirar lo que había escrito. Suspiré. Cerré el portátil. El viernes no era un buen día para empezar un régimen de buenos hábitos. Stacy llegaría al día siguiente y tenía que preparar la casa para que pudiera quedarse conmigo, así que tendría que esperar hasta el lunes. El lunes todo sería distinto. Traté de relajar los hombros y descargar la tensión.

Mientras tanto, lo primero era preparar la casa. George y Kay la habían mantenido limpia. No tenía que ponerme a fregar armarios ni quitar telarañas, de modo que empecé a colocar los muebles. Estaba apartando el escritorio de la ventana cuando llamaron a la puerta.

Fui a abrir, ligeramente intrigada. Y allí estaba Joe, con un niño flacucho de ojos negros.

—¿Joe? —exclamé—. ¿Ya es tan tarde?

—¿De verdad me había pasado todo el día vagueando, remodelando la casa? ¿Tan fácil era perder el tiempo?

—Lo siento, puedo volver otro día, si quieres. Es que me he dejado la escalera aquí. Ah, y la motosierra de mi padre —dijo señalando las cosas que se había dejado en el camino de entrada.

—No, no, está bien —le sonreí al niño—. Tú debes de ser Julian. Yo soy Nina.

—Encantado —contestó.

—¿Queréis merendar? Tengo leche y galletas.

Julian miró a su padre para pedirle permiso y Joe asintió.

—Sí, gracias, Nina —contestó el niño.

—Qué educado —le dije a Joe.

—Es un buen chico.

—¿Por qué no esperas aquí sentado en el porche? Voy a traer algo de comer —le propuse a Julian—. Así puedes ver a tu padre trabajando.

El niño se sentó en las escaleras y yo fui a por un vaso de leche y el paquete de galletas. No se parecía en nada a su padre, que era rubio y con los ojos azules. Aunque había trabajado con niños, no se me daban muy bien. Me sentía un poco torpe con ellos y estaba segura de que pensaban que era aburrida y que no sabía conectar bien con ellos. Le llevé la merienda y volví a meterme en la casa, mientras que ellos dos se quedaban allí fuera.

Seguí cambiando los muebles de sitio, pero ya no tenía ganas. Me senté en el sofá y me quedé escuchando el ruido de los pasos de Joe por el tejado. Después se oyó la motosierra y los trozos de la rama de la higuera de la bahía de Moreton que caían al suelo uno tras otro. Una hora más tarde, llamó a la puerta.

—Toc, toc —dijo.

Salí, y me impresionó su olor, suave y picante. Champú, jabón y sudor; un aroma masculino embriagador. Tardé un momento en reaccionar.

—¿Cómo va lo del tejado? —pregunté.

—La lona evitará las goteras, a no ser que caiga un diluvio, que en realidad es bastante posible en esta época del año. Pero creo que no voy a poder arreglar la chimenea. Será mejor que llames a alguien de la ciudad.

—¿Conoces a alguien?

Asintió.

—¿Quieres que me encargue de encontrar a un techador? En eso sí que puedo ayudarte.

Me impresionó mucho su generosidad y desinterés.

—Te lo agradecería mucho.

—Cuenta con ello.

—¿Te apetece un té?

—¿Tienes café?

—No, lo siento.

—Creía que todos los escritores bebían café y *whisky* escocés —bromeó.

Tenía una sonrisa preciosa, sincera y cómplice, y sentí una bochornosa oleada de excitación. Menos mal que no soy de las que se ruborizan fácilmente.

—No bebo ninguno de los dos —me reí—. Tendré que comprar café.

—Un té es perfecto —dijo—. Julian se está subiendo a un árbol, espero que no te moleste.

—No, qué va. Pero ¿no es peligroso?

—No, en las primeras ramas, no. A no ser que llegue una tormenta como la del otro día, ese árbol seguirá ahí mucho después de que todos nosotros hayamos pasado a mejor vida. Y Julian es como un mono. Tropa por todas partes.

Me siguió hasta la cocina y puse la tetera.

—Entonces, ¿la madre de Julian...? —empecé a decir.

—¿Quieres la versión completa?

—Bueno, no quiero ser inoportuna.

—No, no pasa nada. No tengo ni idea de dónde está. Nos dejó poco antes de

la boda. Conoció a otro y se fue de trotamundos. Por lo visto, lo de ser madre no iba con ella.

—Tuvo que ser muy triste.

—Yo solo pensaba en Julian. Se pasó las noches llorando durante meses... — La voz se le fue apagando y me di cuenta de que se le estaban llenando los ojos de lágrimas, así que no quise insistir. Cuando se repuso, dijo—: Pero eso fue hace seis años y ahora somos felices, que es lo que de verdad cuenta. Me llama de vez en cuando, aunque nunca ha propuesto que nos volvamos a ver. Y por mí, está bien así.

Me concentré en el té, pensando que tal vez había ido demasiado lejos al preguntarle por ella. Pero seguía sintiendo curiosidad. Joe me intrigaba. Su presencia despertaba todas esas sensaciones que había estado reprimiendo desde que me separé de Cameron.

—No entiendo por qué no quería ser madre, o sea, si había querido tener un hijo y...

—Ella no decidió. Fui yo. No teníamos pensado tener hijos todavía..., y cuando se quedó embarazada, yo la convencí para que lo tuviera.

Se quedó callado.

—Ya —comenté, sin saber qué decir.

—A mí me encantan los niños y me habría gustado tener más. Yo soy hijo único y no quería que Julian también lo fuera. Pero ella se fue.

«Me habría gustado tener más». En cierto modo, me alegré de que lo dijera, porque eso me recordó que no debía intentar mantener ningún tipo de relación con Joe, por más amable y atractivo que fuera. No podía volver a pasar por todo aquello.

—Este debe de ser un lugar estupendo para criar a un niño —dije con tono despreocupado.

—Sí, mis padres también viven en la isla. Tienen una granja en el sur. Nosotros vivimos en una cabaña de la granja y nos encanta, aunque yo estoy a punto de terminar la tesis y después todo será distinto. No tendré que estar siempre luchando para encontrar dinero.

Le pasé la taza de té y él se recostó contra la encimera y dio un sorbo. Lo miré atentamente. Se notaba que estaba preocupado.

—Quería proponerte una cosa. Voy a estar aquí un par de meses y me gustaría saber si podrías trabajar para mí varios días por semana.

—¿Haciendo qué?

—Pues un poco de todo, supervisando las reparaciones del tejado y la chimenea, yendo a comprar a la ciudad... Voy tan retrasada con el libro que no voy a poder salir de aquí. —El mundo real me alcanzaría y me aplastaría—. Te podría pagar bien.

Dejó la taza en la encimera y abrió las manos.

—Acepto, acepto, muchísimas gracias.

Julian cerró la mosquitera de un portazo.

—¿Papá?

—Estoy aquí, campeón.

El niño entró con timidez. Abrió la mano. Llevaba una salamanquesa. Intenté no dar un respingo.

—Qué bonita —dijo Joe mientras se arrodillaba para mirarla. Se notaba cómo le latía el diminuto corazón bajo la piel suave—. Pero es mejor que la sueltes. Seguro que se quiere ir con su papá.

Julian salió corriendo y volvió a dar un portazo.

—Lo siento —dijo Joe.

—No pasa nada. Cuando salgo yo también da portazos.

—Bueno, pues voy a empezar levantando los paneles de yeso de la chimenea, así que te ahorrarás tiempo y dinero cuando te encuentre al techador. ¿Puedo quitar los muebles?

—Sí, gracias.

Cogió su taza de té y me dejó sola en la cocina. Observé sus formas perfectas mientras salía. Y entonces me dije que no era para mí, y paré el motor de la imaginación, que ya estaba inventando fantasías. Él no era para mí y yo no era para él.



En Sídney me encantaba que llegara la tarde, porque eso significaba que el día de trabajo había terminado y por fin podía dejar de perder el tiempo intentando escribir, sentarme delante de la tele unas cuantas horas y olvidar los problemas. Pero en Starwater no había televisión, y después de tomarme unos *noodles* precocinados, me quedé sentada a la mesa del comedor mirando al vacío. ¿Y ahora qué? No me había llevado nada para leer, aparte de mi horrible manuscrito; no tenía acceso a Internet, de forma que no podía pasarme las horas

muertas buscando recensiones de mis libros y sintiéndome indignada cuando hablaban mal de ellos, y tampoco tenía ningún juego en el móvil, porque los quité cuando me di cuenta de que me pasaba más horas jugando que trabajando en la novela. Me sentía inquieta y vacía.

Resonó un trueno en la distancia. Salí al porche, me incliné sobre la barandilla y miré al cielo. Se aproximaban unos nubarrones enormes que arrastraban el olor del ozono y la lluvia, al tiempo que hacían desaparecer el calor húmedo y pegajoso que habíamos tenido durante todo el día. En el tejado había un agujero, y aun con la lona impermeable, lo más seguro era que se formaran muchas goteras.

Pero no podía hacer nada. Además, como el salón ya se había inundado la otra vez y había dejado una mancha en la pared, tampoco tenía mucho sentido preocuparse por eso, así que me alejé lo más que pude del salón para no pasarme toda la noche levantándome para ir a comprobarlo. Me duché con agua fría, dispuesta a meterme en la cama a escuchar la tormenta. Cuando estaba doblando los vaqueros para ponerlos en el pie de cama de hierro forjado noté algo duro en el bolsillo de atrás. El diario de Eleanor. Saqué las hojas, me subí a las suaves sábanas de algodón, me puse unos cuantos cojines detrás de la espalda y empecé a leer.

## CUATRO

### HISTORIAS EN LAS PAREDES

*28 de septiembre de 1891*

Papá quiere contratar a una institutriz, absolutamente en contra de mi voluntad, he de añadir. No la necesito para nada. Cuando la esposa de Warder Randolph cayó enferma con difteria —y tuvo que marcharse de la isla para no infectarnos a todos—, albergué la esperanza de que no volviera nunca más. Puedo, y quiero, estudiar sola. Tampoco es que deseara su muerte, no sé si me explico. Yo solo quería que se diera cuenta de que ella sería más feliz en Victoria Point con su madre, pero papá dijo que se estaba recuperando bien y que esperaba que regresara pronto.

Hoy se ha formado un gran alboroto en la isla. Como ya sabes, mi querido diario, los seis hijos de Randolph siempre han sido mis indeseados compañeros de clase. Su madre es bastante aburrida, pero también he de admitir que es una mujer sensata. Por eso, al no estar ella aquí para reñirles con severidad, los dos mayores, Anna y Bertie, se han comportado muy mal.

Hay una regla en la isla que no se puede romper bajo ningún concepto. De hecho, a mí me la han repetido hasta la saciedad: «Los niños no pueden acercarse a la empalizada». Desde luego, a mí me ha picado muchas veces la curiosidad, sobre todo cuando a los prisioneros se les castigaba con el látigo de las nueve correas y mientras los azotaban se formaba un jaleo tremendo. Pero papá prohibió ese castigo y ya no se oye a ningún hombre gritando y clamando al cielo cuando los castigan con trabajos forzados; es verdad que arrastrar piedras es un castigo aburrido y difícil, pero ya nadie necesita que un médico vaya a verlo después.

Por eso, a mí no me ha costado tanto mantenerme alejada de la empalizada. No como a Anna y Bertie, que en lugar de practicar la letra cursiva como hice yo —porque las dos de la tarde es la hora que reservamos para la escritura—, al oír

que estaban llegando unos prisioneros nuevos en el *Oracle*, se escondieron en la herrería para asomarse por la ventana y ver cómo les ponían las argollas en los pies.

Si hubieran tenido suerte no les habría pasado nada. Como mucho, se habrían reído de las pobres almas que habían confinado a Ember Island. Papá siempre dice que a los prisioneros se les manda aquí para reformarlos, para ayudarlos a darse cuenta de sus errores, pero no para juzgarlos, porque el único juez es el Señor.

Pero un prisionero, un hombre del tamaño de una res, con los dientes picados y manos como pezuñas (confieso que no lo he visto, pero la historia queda mucho mejor con lo de la res y las pezuñas), oyó a los niños riéndose y montó en cólera. Supongo que ya estaría hecho una furia por lo del arresto, el juicio, la sentencia y la encarcelación, y oír a unos niños riéndose de él fue mucho más allá de lo que podía soportar. Se puso como una fiera. Según el subdirector Donaghy, al que oí hablar con papá cuando le informó de lo ocurrido, el prisionero empezó a pegar gritos y forcejear con los grilletes de las muñecas, y de un puñetazo en la barbilla, el herrero cayó desplomado al suelo. Luego el recién llegado se volvió hacia la herrería, arrastrando a otro prisionero que estaba encadenado a él, se subió a la ventana y levantó a Bertie Randolph cogiéndolo de los pelos. Para entonces, Anna ya había decidido que el juego no tenía ninguna gracia y había huido. Bertie, dando patadas en el aire, llamó a su madre a gritos y se meó en los pantalones. Los carceleros salieron corriendo para la herrería y se abalanzaron contra el prisionero; se necesitaron seis hombres para bajarlo del vano de la ventana y ninguno de ellos se atrevió a dispararle por miedo a herir a Bertie.

Después de eso, Randolph fue a hablar con papá para decirle que quiere marcharse de Ember Island porque es un lugar demasiado peligroso para los niños. Papá le ha contestado (lo he oído todo, porque he descubierto que si me siento en el alféizar de la ventana del salón y pongo la oreja en el espacio que queda entre las dos habitaciones, se oye muy bien) que si sus hijos hubieran respetado la regla número 1, no habría pasado nada. También le ha dicho que dos de sus hombres han resultado heridos durante la refriega y que él considera que Anna y Bertie son los únicos responsables.

Mientras discutían, Randolph ha usado palabras horribles contra mi padre, disminuyendo su carácter, su juicio y su capacidad de satisfacer a las mujeres (¡papá se quedaría de piedra si supiera que los he oído, y sobre todo si supiera



que los he entendido! A lo mejor no debería haberme dejado leer a Chaucer). Pero papá se ha mantenido firme, tan frío como la brisa otoñal. Papá no es de los que se enojan y levantan la voz fácilmente. Es un hombre bueno que sabe mantener la serenidad. Ha aguantado todas las invectivas de Randolph y luego le ha hablado lentamente y con claridad.

«Evidentemente, tus hijos y tú estaríais mucho mejor en el continente con tu esposa. Firmaré todos los papeles que sean necesarios para que podáis trasladaros en cuanto se presente la primera oportunidad. Que tengas un buen día».

¿Y qué va a pasar conmigo? Seré la única niña de la isla, por primera vez desde que nos vinimos a vivir aquí. «La felicidad», pensé. Siempre me ha parecido que la señora Randolph no es buena profesora. Su conocimiento de la Edad Media deja mucho que desear y una vez deletreó «definitivamente» con una «a» en la raíz, así que está claro que no tiene ni idea de las raíces latinas, porque no hay ninguna «a» en *finis*.

Le he dicho a papá que me gustaría estudiar sola. Tengo muchos libros y buena cabeza. Pero él me ha desafiado diciendo que elija: o acepto a una institutriz o contratará al capellán para que me dé clases. Ha sido muy astuto y lo admiro, por más que me haya obligado a elegir. Comparada con el capellán, la señora Randolph es un genio.

Papá dice que la institutriz que venga tendrá que saber hablar francés y leer latín o griego —o mejor, los dos—, ser ágil con los números y poseer la increíble capacidad de enseñarme a bordar. Mi única esperanza es que una mujer que sea capaz de hacer todo eso no estará dispuesta a venirse a vivir al lado de una prisión de máxima seguridad, en una isla rodeada de manglares. Pero el problema es que entonces mi padre contrate a la primera que esté dispuesta a venir, y que tenga que pasarme un montón de horas con ella todos los días.

*2 de octubre de 1891*

Está confirmado. Tengo una nueva institutriz, llegará dentro de una semana. Papá ha ido a la ciudad para conocerla y dice que sabe hacer todo lo que necesitamos que haga y que me gustará, que acaba de llegar del extranjero y que se llama Chantelle Lejeune. Ah, y que es joven, que puede que tenga unos veinte años. Yo le he puesto mala cara y le he dicho que no necesito a una institutriz,

aunque en realidad estoy emocionada. Será una mujer joven e inteligente, nada que ver con la señora Randolph ni con el capellán. Pero tengo que ser cauta. ¿Por qué iba a querer venir aquí una mujer francesa y con tan buena educación? Estamos en el culo del mundo y más allá. (Eso es lo que dijo la mujer del secretario de Estado para las Colonias cuando vinieron a visitarnos en abril: «¿Cómo podéis sobrevivir aquí —le preguntó a mi padre—, si estáis en el culo del mundo y más allá?»).

Pero yo no conozco ningún otro sitio. Nací en el continente y nos vinimos aquí cuando era muy pequeña. Papá ha vivido en Inglaterra, pero a mí me parece un lugar muy frío y remoto. Y al fin y al cabo, Ember Island tampoco está tan lejos del continente. Solo se tarda una hora en barco.

Espero que se esté bien con ella.

*3 de octubre de 1891*

He vuelto a tener la misma pesadilla. La odio. Siempre me deja con una sensación de helor y vacío. En ella, mi madre está enferma, igual que antes de morir. Está tan mal que ni siquiera la reconozco y me da miedo tocarle la mano, aunque ella me suplica que se la coja, con lágrimas en los ojos. Pero luego le doy la mano y ella me la aprieta cada vez más fuerte; ella no tiene dedos, sino huesos, y se le va hundiendo la piel hasta que las mejillas se convierten en dos agujeros.

Me desperté con el corazón desbocado, cogí a Pangur Ban y me fui corriendo a la cama de papá. Al principio creía que no me había oído, pero después se dio la vuelta, me pasó el brazo por encima y me dio un beso en la frente.

«¿Qué pasa, Nell?».

«Una pesadilla».

«¿La misma?».

Asentí, pero luego me di cuenta de que no podía verme a oscuras.

«Sí», le dije.

Me acarició el brazo con el pulgar y yo me tranquilicé con su calor y su olor.

«Papá —le pregunté—, ¿mamá me quería?».

«Todas las madres quieren a sus hijos. Tu madre te adoraba».

«¿Y por qué sigo teniendo esa pesadilla?».

«No lo sé, cariño. Los sueños no tienen sentido. No hay que tenerles miedo,

puesto que no nos desvelan verdades ocultas».

«¿Tú querías a mamá?».

Respiró hondo, y pensé que le había puesto triste.

«Sí, la quería mucho. Fuimos muy felices, en su día. Pero todo pasa».

Hundí la cabeza debajo de su brazo y cerré los ojos. Me acarició el pelo hasta que me quedé dormida. Cuando me desperté por la mañana, él ya se había levantado, se había cambiado y se había ido a trabajar.



Aunque no era el tipo de escritura de mi bisabuela que esperaba encontrar, me dio pena cuando se terminó. A través de sus escritos, solo había llegado a conocerla de adulta, cuando la llamaban Eleanor, y no Nell, como su padre la llamaba en el diario. El entrar en su mente de niña me hizo sentirla aún más cerca y deseé haber podido conocerla; y evidentemente, no era la primera vez. Mi madre sí la conoció y la recordaba como una señora mayor muy agradable, que le daba caramelos y llevaba pendientes de color rosa brillante; pero murió cuando ella era pequeña.

Apagué la luz y me acosté. Pensé en Eleanor, de niña. «Pero todo pasa». La muerte nos alcanza a todos y también me llegaría a mí. Y no era la peor sensación del mundo, porque entonces nadie volvería a esperarse nada de mí. Por fin, me dormí.



Stacy llegó con el primer transbordador de la mañana, arrastrando una maleta en cada mano. Una de ellas era la mía; había ido a recogerla a la casa de mi madre.

—Gracias —le dije y agarré el asa de la mía. Las ruedas avanzaban a trompicones sobre los viejos tablones del muelle—. ¿Te ha preguntado algo?

—¿Tu madre? No. Ya sabe que eres un bicho raro —sonrió con sus enormes gafas de sol, el pintalabios rojo brillante y el pelo recogido en un moño perfecto. Ella ya sabía la reputación que tenía en mi familia.

Conocía a Stacy desde el primer año del colegio. Las dos empezamos Derecho juntas, pero yo lo dejé, mientras que ella terminó y se hizo socia de un

bufete de abogados. Sin embargo, al contrario que mis hermanas, ella nunca me ha considerado frívola y caprichosa, y su admiración por mi creatividad es sincera, no fingida y forzada.

—Es imposible complacerla, así que he dejado de intentarlo —dije.

—Creo que ahora está muy orgullosa de ti. Tiene todos tus libros en la repisa de la chimenea.

—Seguro que los puso ahí porque creía que iba a volver.

—¿Cuánto falta? —me preguntó mirando el camino que subía por la colina.

—Medio kilómetro. Te debería haber avisado para que no te pusieras tacones.

—Son de cuña, los más cómodos que tengo.

—Era mejor unas chanclas.

—¿Chanclas? Pero ¿qué dices!

Seguimos arrastrando las maletas a trompicones y enseguida nos adentramos en la sombra del porche.

—Así que esta es la legendaria Starwater House —comentó al soltar la maleta y mirar por la barandilla—. Y qué vistas. La bahía es espectacular.

—Sí, es uno de los lugares más bonitos del mundo —dije—. Cuando llego en avión y veo la bahía ahí abajo..., me hace sentir en casa.

Stacy se volvió y me miró por encima de las gafas.

—Entonces, ¿esta es tu casa? ¿Ya no te consideras una sidneyesa de verdad?

Negué con la cabeza.

—En realidad, no sé de dónde soy, Stace. Solo sé que no quiero volver a la ciudad durante un tiempo. Quiero quedarme aquí unos meses.

—Te echaré de menos.

Le sonreí, seguramente con cara de tonta. Nunca se me han dado muy bien las demostraciones de afecto. Es culpa de mi madre.

—Ven, te voy a enseñar tu cuarto.

Llevé a Stacy al cuarto de invitados y le enseñé dónde estaba el baño. Mientras ella colocaba sus cosas, yo abrí la maleta y lo puse todo encima de la cama. Ropa limpia, artículos de higiene —me eché un poco de desodorante—, y los últimos cuatro libros de la viuda Wayland.

Stacy se asomó a la puerta.

—He traído té.

También llevaba un paquete de galletas de chocolate.

—Voy a poner la tetera.

Nos sentamos a la mesa con el té y las galletas. Stacy era muy guapa, como

una muñeca china, con la piel blanca y el pelo castaño oscuro. Siempre me he sentido vulgar e insignificante a su lado. No era fácil sentarse al lado de una amiga tan guapa e inteligente en la sala de conferencias de la universidad, pero no dejé los estudios por eso. Era, sencillamente, que no podía. Solo tenía que ver el programa de las asignaturas para saber que no habría suficientes horas en el día para que yo me aprendiera todo aquello. Mis hermanas eran muy listas —las mejores de su clase en el instituto—, y yo era normal y corriente a su lado. Una decepción tremenda para mi madre, que ni siquiera intentaba disimularlo. Yo no sacaba las mejores notas, dejé los estudios, antes de los veinte años me escapé de un matrimonio con un jazzista con el que tenía que vivir bajo el techo de sus padres en una urbanización de las afueras de Sídney, y ella lo interpretó todo como gandulería y falta de motivación. No podía creerse que mi padre y ella hubieran creado dos genios y una inútil. Evidentemente, yo tenía que ser un genio que no quería esforzarse.

Cuando llegó el acuerdo de publicación de mi primera novela, ni siquiera se lo dije. Pero después, las editoriales de siete países intentaron hacerse con los derechos antes de la feria de Frankfurt, y mucho antes de ver la primera copia del libro, ya había salido en la prensa como «la famosa australiana». En la foto se me veía atemorizada. El éxito desmedido del libro estaba totalmente desproporcionado con relación a mi talento. Absurdas cifras de dinero empezaron a hinchar mi cuenta corriente. Al principio, mi madre no se dio mucha cuenta. Mi padre estaba enfermo y después falleció, así que su corazón y su mente estaban, evidentemente, en otra parte. Hasta que hicieron una serie para la BBC y, al ver que una de sus actrices preferidas era la viuda Wayland, mi madre empezó a hablar de mis libros con tanta admiración como rencor. «Supongo que llevará mucho tiempo escribir todas esas palabras en orden», me dijo.

Mientras tanto, mis hermanas trabajaban mucho, una haciendo puentes y la otra salvando vidas, y mi sensación de ser un auténtico fraude se fue intensificando cada vez más. En cierto modo, el convertirme en una escritora de *best sellers* fue lo peor que me podía pasar. Porque un libro bueno no era suficiente. Tenía que escribir otro, y otro, y no se sabe cómo, otro más.

Pero el estar sentada en la cocina de Starwater con Stacy, comiendo galletas de chocolate, me ayudaba a sentirme una persona cualquiera, no tan distinta del resto del mundo. Le hablé de Cameron y Tegan, y derramé unas cuantas lágrimas mientras ella me acariciaba la mano, y luego Stacy sacó el tema de los antiguos

compañeros de clase y empezamos a cotillear y a reírnos de los viejos tiempos, y después nos partimos de la risa con las hilarantes aventuras de su vida amorosa, y la mañana fue pasando agradable y lentamente.

La tetera eléctrica silbó.

—No puedo tomar más té —dijo Stacy—. El estómago se me va a desbordar. Me he traído el bikini. ¿Cómo es la playa?

Antes de que terminara de hablar yo ya estaba diciendo que no con la cabeza.

—No, no, Stace, no es ese tipo de playa. Solo hay arena cuando la marea está baja y para mí que está llena de tiburones. Pero podemos bajar a dar un paseo, si quieres. Hay muchos pájaros y a lo mejor vemos delfines.

—Voy a por el sombrero.



El nombre aborigen de la bahía de Moreton era Quandamooka, que significa «la bahía de los delfines». Stacy y yo nos pasamos la tarde sentadas en el muelle, lanzando gritos de emoción cuando veíamos pasar alguno. Stacy no paraba de sacar fotos con el móvil, pero en ninguna de ellas salió el reflejo plateado de los lomos.

—Esto sí que es vida, Nina —me dijo mientras se recostaba después de guardar el móvil—. Necesito un poco más de esto. Menos reuniones sobre transmisiones patrimoniales y más delfines.

—Estamos en la estación de las ballenas —comenté—, aunque pasan por la otra parte de la isla. Hay una blanca, como Moby Dick.

—¿En serio?

—Eso dicen. Lo vi en los folletos de avistamiento de ballenas de George y Kay.

—Ya. A saber lo que estarán haciendo esos dos ahora. Seguramente, gastándose todo el dinero que te deben de alquiler.

—Yo creo que no —dije levantando el pie—. Tuvo que irles realmente mal para empaquetarlo todo y largarse antes de la temporada alta.

—¿Quieres que los busque?

—No lo sé, creo que no... Aunque Joe me dijo que habían dejado aquí la lancha y que a lo mejor me podía quedar con ella por lo que me deben de alquiler.

—Bueno, no sería legal, pero podrías hablar con ellos y ver si llegáis a un acuerdo, o llevarlos a juicio.

—No, no quiero llevarlos a juicio.

—Eres demasiado buena —replicó—. Oye, ¿y quién es Joe?

—Trabajaba para ellos. Y ahora trabaja para mí. Se encarga del mantenimiento y cosas así.

—¿Y es de fiar?

Sonreí y le di un empujón en el hombro.

—Sé cuidar de mí misma. Tengo treinta y cinco años.

—Y una pequeña fortuna. Tienes que tener cuidado con los fisgonos — suspiró y se tumbó sobre los tablones de madera que se habían caldeado al sol—. Por cierto, ¿puedo venir a verte pronto? No hay nada mejor que una isla en la que el BlackBerry apenas consigue captar una barra de cobertura.

—Puedes volver cuando quieras, sería genial.



Se desató otra tormenta hacia medianoche. El viento hacía traquetear las ventanas y la lluvia caía a borbotones. No entendía cómo la lona podía mantenerse en su sitio y no podía dormir pensando en la cantidad de agua que estaría entrando en el salón, así que me levanté, encendí la luz del vestidor, esperando que no despertara a Stacy, que tenía la puerta entornada, y crucé el pasillo.

Encendí la luz. Al ver que ya se había formado una gotera cerca de la chimenea, fui a la cocina a coger un cubo y lo puse debajo. Joe ya le había arrancado el revestimiento, por lo que se veían los ladrillos de las paredes. No sabía si había más goteras, porque el suelo estaba lleno de trozos de yeso, casi todos dentro de las sábanas que había extendido primero, así que pasé los dedos por las paredes. Estaban secas. Saqué una linterna del cajón de la mesita y apunté hacia lo alto siguiendo las líneas de la argamasa.

Y entonces lo vi. No me habría dado cuenta si no hubiéramos visto lo mismo en la chimenea dos días antes. Un fajo de papeles. Me subí a la mesita y alargué los dedos temblorosos, pero no llegaba. Con la ayuda del cuchillo de la mantequilla, por fin pude sacarlos de la grieta. Miré la primera página. Eran más hojas de su diario. Junto a la decepción, también creció la esperanza. Había

muchos ladrillos en Starwater, así que le pediría a Joe que arrancara todo el papel y raspara el yeso de toda la casa.

Si había historias en las paredes, quería encontrarlas. Tenía que encontrarlas.



## CINCO

### A LA ESPERA DE UNA CARTA

1891

El último cartero del día llegó y se fue, y Tilly tuvo que darse por vencida. Otro día sin cartas de Jasper. Y ya iban veinte seguidos.

Se bajó de la ventana, a la que se había encaramado cuando la señora Granger, el ama de llaves, le había abierto al cartero para darle la carta que ella le había escrito a Jasper. Pero el cartero no le había entregado nada a ella.

Veinte días. Veinte cartas enviadas. Y ninguna recibida. Ni una.

Tilly se sentó en la cama un momento, intentando dominar la ansiedad. En los peores momentos, se imaginaba a Jasper muerto, y al cartero dejando las cartas delante de la puerta de una casa en silencio. Pero no podía dejar que el abuelo notara su ansiedad. Estaba muy enfermo, su vida colgaba de un hilo, y si llegara a darse cuenta de que su querida Tilly estaba sufriendo por algo, podría morir en ese mismo instante.

Se recompuso, se plantó una sonrisa en los labios y salió de la habitación. Cruzó el vestíbulo, entre los jadeos del abuelo. En el silencio, oyó que pasaba la página de un libro. Estaba despierto y leyendo.

Llamó a la puerta y el abuelo levantó la mirada. Estaba demacrado y macilento. Tilly le sonrió.

—Hola, Tilly —logró articular sin aliento.

—¿Quieres que te lea algo? —le preguntó señalando el libro.

El abuelo asintió y ella puso una silla al lado de la cama. La luz del atardecer se colaba por las ligeras cortinas de la habitación con un reflejo suave y dorado. Anochecía muy tarde en aquella época del año, lo que hacía sufrir al abuelo, que estaba muy cansado y necesitaba la oscuridad para dormir. Tilly cogió el libro y

comenzó a leer. *Les Travailleurs de la Mer*, de Victor Hugo. La severa institutriz que había tenido de niña le enseñó latín y griego, pero el francés era de su abuelo, que adoraba el idioma y se lo había enseñado en las horas increíblemente felices que habían pasado juntos desde que él la adoptó, huérfana, con cuatro años.

Siguió leyendo hasta que se hizo la oscuridad al otro lado de la ventana. La caída del abuelo en la boda había sido el inicio de un rápido declive. Tilly tomó la decisión —con la inequívoca bendición de Jasper— de quedarse con el abuelo y asistirlo en sus últimos días. Sin embargo, su marido tenía que atender unos asuntos de trabajo, por lo que regresó a la casa que tenía en las islas del Canal.

«Te escribiré todos los días», le dijo Tilly.

«Y yo también, cariño mío», contestó Jasper, y ella lo creyó.

Lo vio marcharse en el coche de caballos y lo creyó. Y cuando pasó la primera semana sin recibir ninguna misiva suya, Tilly pensó que el mar que los separaba habría retrasado el correo, que sin duda llegaría a la segunda o tercera semana.

Pero ya no sabía qué pensar. ¿Adónde habrían ido a parar las cartas de Jasper? ¿En qué lugar bajo las estrellas se encontraría su marido? ¿Sabría lo preocupada que estaba por él?

—Déjalo ya, Tilly —dijo el abuelo. Sus jadeos se habían convertido en un horrible estertor—. Estoy cansado.

—¿Quieres que corra las cortinas para que la oscuridad te ayude a dormir? —le preguntó mientras cerraba el libro.

—No, no. El amanecer es precioso. Y me quedan pocos por ver. Me quedaré aquí viendo cómo cambian los colores en la habitación.

—Me puedo quedar contigo, si quieres.

Le dijo que no con la mano.

—No deberías estar aquí, sino con tu marido, en su preciosa mansión.

El abuelo sonrió y por un instante se le iluminó la mirada, como tiempo atrás, antes de volver a apagarse el brillo en sus ojos.

—Tengo toda la vida para estar con él, abuelo —replicó Tilly—. Tú no me dejaste sola cuando era pequeña y te necesitaba, igual que yo no te voy a dejar a ti ahora.

—Y aguanté todas tus pataletas —dijo con otra sonrisa.

Tilly se sonrojó.

—Bueno, pero ya he aprendido a dominar mi carácter. Más o menos.

—Eres una buena joven —siguió diciéndole el abuelo mientras le daba una palmadita en la mano—. Me habría gustado que las cosas fueran... distintas.

—Lo sé.

—Me alegro de que hayas conocido a Jasper.

—Y yo.

Las del abuelo eran propiedades vinculadas. En el testamento, su propio padre había añadido una cláusula para especificar que solo podrían heredarla los descendientes varones, lo que suponía que su primo Godfrey podía echarla de allí —y sin duda, lo haría— en cuanto el abuelo muriera. Por eso, durante los últimos años, el que ella encontrara marido había sido una de las más urgentes prioridades del abuelo, que contaba con una gran suma de dinero para poder ofrecerla como dote; un dinero que Godfrey jamás habría compartido con nadie si hubiera podido. Incluso se llegó a hablar de la posibilidad de casarla con un amigo de familia, tan mayor que podría ser su padre, pero el abuelo no quiso atarla durante el resto de la vida a un hombre que no amaba.

Así que, sí. Jasper había llegado justo a tiempo. Eso suponiendo que siguiera vivo. Porque sin él, cuando el abuelo muriera, Tilly se quedaría sin nada.

Arropó al abuelo con cariño y le dio el beso de las buenas noches. Salió del dormitorio y bajó las escaleras. El abuelo tenía pocos sirvientes, y aquella noche solo estaba la señora Granger en casa, que ese momento estaba preparando la mesa para la cena.

—Buenas noches, señora Granger —le dijo.

—¿Cómo está?

—Sigue igual. Se le ve muy cansado.

—Seguro que se recupera pronto.

Tilly no contestó. La señora Granger, que llevaba cuarenta años a su servicio, no aceptaba la idea de que el abuelo pudiera dejarlas. Mientras esperaba a que terminara de poner la mesa, Tilly fue a la repisa de la chimenea y cogió la postal que Jasper le había escrito el día que se conocieron. Estaba pegada a una xilografía de su casa, *Lumière sur la Mer*, que estaba en una isla del canal de la Mancha. El camino de entrada discurría entre álamos hasta llegar a una gran fachada con ventanas ojivales. Ella nunca la había visto por dentro, pero se la sabía de memoria por las descripciones que le había hecho Jasper. Las baldosas de la entrada, la curva muy abierta de la escalinata interior, las repisas de la biblioteca, que llegaban hasta el techo. Por una parte, anhelaba verla. Por la otra, deseaba que su abuelo viviera eternamente.

—¿Va a cenar, señorita Kirkland?

Tilly le sonrió.

—Ahora soy la señora Dellafore, ¿te acuerdas?

—Lo siento, señora —dijo con una educada inclinación.

—Todos tenemos la cabeza en otro sitio. Sí, gracias, la sopa huele muy bien.

Tilly se sentó a la mesa, pero no tenía apetito. Era normal que a la señora Granger se le olvidara que tenía marido. Se lo había tragado la tierra.



El tiempo seguía siendo muy bueno, descaradamente alegre en un momento tan triste. Pasó otra semana sin recibir noticias de Jasper, y Tilly se pasaba horas enteras discurriendo sobre qué podía significar su falta de correspondencia. Estaba muerto. Estaba ocupado. Las cartas se habían perdido. Había escrito mal su dirección y le llegarían todas juntas en un fajo al día siguiente. Intentaba no transmitir su preocupación en las cartas que ella le mandaba. Le escribía con ligereza, sobre el tiempo y las noticias del pueblo, pero siempre terminaba con un «por favor, escíbeme pronto. Te echo de menos, amor mío».

Como siempre, encontraba consuelo en el jardín. Con las lluvias del verano, los arriates estaban a rebosar, y entre podarlos y quitar las malas hierbas, se le pasaban las tardes. Volvió a la casa, sudando y llena de tierra, y se metió en la bañera con agua perfumada para disfrutar de la sensación de relajación en los músculos. Si no fuera por el jardín, perdería la cabeza. No entendía cómo otras mujeres podían pasarse la vida sin salir de casa, dedicando todo su tiempo a la pintura y sus estudios de piano.

Tilly pasaba todo el tiempo que podía con el abuelo, leyéndole y escuchando sus historias. Era como si, al acercarse la hora de la muerte, los recuerdos de sus primeros años se volvieran más nítidos. Le contaba anécdotas de cuando era niño hasta que se quedaba sin voz. Ella se distraía a menudo, aunque hacía todo lo que podía por prestar atención a cada uno de los detalles y sonreírle y reírse cuando él se lo esperaba. No podía ni imaginarse lo triste que habría sido para el abuelo pasar sus últimos días solo, y cuando él le apretaba suavemente la mano al despedirse, Tilly sabía que se alegraba de que se hubiera quedado con él.



Tilly estaba en el jardín el martes que Godfrey se presentó sin avisar. Estaba sentada en el banco de madera que había puesto entre los arbustos de espino, con un libro abierto en el regazo. El suave olor de los jazmines flotaba en el aire. Un abejorro zumbaba lánguidamente por allí cerca y ella estaba cayendo en una profunda modorra cuando el ruido de unos cascos y el traqueteo de un carruaje la despertaron. Se levantó y, al doblar la esquina de la casa, vio llegar el resplandeciente carruaje negro y rojo de Godfrey, tirado por sus dos espléndidos caballos bayos. Se detuvieron en la entrada y el cochero abrió la puerta para que se bajara Pamela.

Pamela. La mujer de Godfrey. A Tilly se le encogió el estómago. ¿Por qué tenía que venir? El abuelo la odiaba. El verla a ella lo pondría todavía más enfermo. Tilly salió a recibirlos, repitiéndose en la cabeza el mantra que usaba cada vez que los veía llegar: «Tranquila, no pierdas los nervios. Enfadarse no sirve para nada». Eso mismo le había dicho su abuelo miles de veces.

—No esperábamos veros por aquí —dijo rápidamente mientras Godfrey pasaba la mano por debajo del brazo de su mujer.

Él llevaba un sombrero alto y un gabán negro, y Pamela un abrigo verde de viaje que se le enrolló con las prisas. Con sus perfectos rizos rubios y los ojos azules, parecía una muñeca de porcelana.

—Iba a mandar una carta —dijo con brusquedad. Él era tan feo como guapa era su esposa, con el pelo pajizo que siempre parecía sucio y un cuerpo que parecían dos almohadas atadas—. Pero la verdad es que no hacía ninguna falta. El viejo no se va a ir a ningún lado y ya me imaginaba que tú no ibas a permitir que tu marido se quedara aquí para darte de comer.

Tilly dejó pasar la pulla. Godfrey se la había soltado con una de sus sonrisas irónicas, con las que podía decir lo que le viniera en gana y luego afirmar que era una broma si alguien se ofendía.

—¿Cómo está el viejo? —preguntó.

—Muy cansado, pero con buen ánimo. Tenéis que dejar que me adelante y le anuncie vuestra visita. No quiero que se sienta abrumado.

Para cuando terminó la frase, Godfrey ya estaba avanzando hacia la puerta a grandes zancadas. Con tal de entrar en la casa, le dio tal empujón a la señora Granger que casi la tira al suelo.

—Granger, tomaremos el té en el salón, gracias —le dijo.

—Sí, señor Kirkland —le contestó ella con una pequeña inclinación. La ligera opresión de la mandíbula era la única señal de su antipatía por el futuro señor.

Tilly le sonrió.

—Tómate tu tiempo —la tranquilizó.

Godfrey miró a Tilly frunciendo el ceño, pero no dijo nada más. Pamela ya estaba en el salón, inspeccionando las cortinas.

—¿Cuántos años tienen?

Tilly ya sabía que Pamela consideraba la propiedad del abuelo como si fuera suya, y la enfureció tanto el evidente descaro con el que ya estaba tomando posesión de la casa que no se atrevió a contestar por miedo a decir algo de lo que después tuviera que arrepentirse.

Intentó detener a Godfrey en las escaleras.

—Por favor —le rogó—, deja que vaya contigo. Está muy débil...

Godfrey la aferró por la muñeca con firmeza y la apartó.

—Prima Matilda, te aprecio mucho, pero tú lo has tenido solo para ti muchos años, así que ahora déjame estar un rato con él. Pamela, ven conmigo.

Tilly dio un paso atrás, temblando de la rabia que no podía expresar. Como decía el abuelo, siempre había sido una niña irascible. Él le había enseñado, con recompensas y castigos, que la irascibilidad era muy malo para la sociedad, y para las mujeres en particular, con sus voces agudas y caras rojas, por lo que no deben encolerizarse y chillar.

Pero su paciencia y autocontrol no eran más que un espejismo del abuelo. Ya había perdido la cuenta de cuántas veces había vuelto a casa y se había puesto a darle puñetazos a la cama o a gritar tapándose con la almohada después de discutir con la directora de la oficina de correos, el encargado de la verdulería o la madre que dejaba al niño llorando sin hacerle caso o le pegaba una patada a ella y no le regañaba. Por más que lo intentara, no podía evitar que la ira se convirtiera en un fuego que le ardía por dentro. Lo único que podía hacer era apretar los labios de forma que el fuego no se escapara e incendiara a los que estaban a su alrededor.

Se sentó en el sofá, con sus largos bordados de encaje, y esperó. Aquel sofá sería de Pamela. Los cuadros serían de Pamela. Los papeles de las paredes serían de Pamela. Las cortinas, que había estado mirando con tanto desdén... Todo sería de Pamela, y solo porque se había casado con Godfrey.

Su padre y el padre de Godfrey habían sido hermanos, pero no amigos. El padre de Tilly se había llevado a su mujer y a su hija pequeña a la India, donde él cogió el tifus y murió. Su madre y ella emprendieron el largo viaje de vuelta, pero su madre ya llevaba en el vientre un embarazo que al final desembocó en su muerte y la de su hermano, aun antes de nacer. El padre de Godfrey habría querido acoger a Tilly y criarlos a los dos como hermanos, pero la madre de Godfrey se negó. Por eso el abuelo se la llevó a su casa y la crio y la educó como a una hija, despertando involuntariamente los celos donde debería haber reinado el amor de la familia.

Pasó un poco de tiempo —no más de un cuarto de hora— y Tilly oyó que se cerraba la puerta del cuarto del abuelo y unos pasos por las escaleras. Cuando aparecieron, Pamela tenía lágrimas en los ojos. Tilly sintió una punzada. ¿Se había equivocado con ella?

—Al viejo se le ha ido la cabeza —dijo Godfrey con tosquedad—. Ha avergonzado a mi mujer.

Tilly reprimió una carcajada.

—Está muy cansado, Pamela, no te lo tomes a mal —le dijo tocándole la mano fría y suave—. Estoy segura de que no era su intención.

—¿Dónde está el té? —preguntó Godfrey.

—Dale un momento. Si hubiéramos sabido que ibais a venir, la señora Granger os habría hecho un bizcocho. Con tan poco tiempo, lo más que puede hacer es preparar unos sándwiches.

—Sí, sí, ya has dejado muy claro lo que piensas, prima. Te molesta que no hayamos avisado —replicó Godfrey moviendo la mano con desaire—. Y visto que nuestra presencia no es grata, nos vamos.

Tilly se arrepintió inmediatamente de no haber sido más educada.

—No, no, no quería decir eso...

—Y puede que muy pronto tú también sepas lo que es no sentirte bienvenida en este mismo salón —dijo Pamela arqueando las cejas finísimas.

Y el fuego prendió en su interior.

—Buitre —le soltó.

Pamela se llevó el pañuelo a la boca como si eso la hubiera escandalizado. Godfrey se rio entre dientes. Luego se inclinó hacia Tilly y masculló:

—Cuco.

Y se fueron. La señora Granger entró con una bandeja de sándwiches de berros.

—¿Dónde están?

—De vuelta a su magnífico carruaje y a casa —dijo Tilly, que seguía con una sensación de opresión en el pecho por la imprudencia—. Los he ofendido.

La señora Granger frunció los labios pero no dijo nada. Colocó la bandeja en la mesa y dejó a Tilly en el salón. Cuco. Un pájaro que se comportaba como un parásito, que se hacía criar por padres que no eran suyos y después dejaba que los demás polluelos murieran de inanición por culpa de sus infinitas exigencias. Así era como la veía Godfrey.

Bueno, en cualquier caso, ya no le quedaba mucho tiempo allí.



Tilly se despertó cuando la luz del amanecer se coló por la ventana. Había dormido mal la noche anterior y había corrido las cortinas para que la brisa de la noche aireara la habitación. Los rayos del sol se posaron en las sábanas y ella las echó para atrás, de forma que le llegaran al camión, entre los pechos y la barriga. Se pasó las manos por todo el cuerpo, notando las curvas y huecos. Cerró los ojos. Un placer sensual, excitante. Cuánto deseaba que Jasper la tocara así. Pero la noche de la boda se la habían pasado entre médicos y familiares angustiados, y al día siguiente él se fue con la promesa de que se verían pronto. Y eso es todo. Estaba casada, pero seguía siendo virgen. Una virgen con muy pocas ganas de seguir siéndolo.

Jasper solo la había besado una vez en los labios, y aunque lo había hecho con cierta frialdad, ella volvió a pensar en aquel beso, haciéndolo más profundo y excitante, imaginando que él le pasaba las manos por los pechos y las bajaba hasta apretarla contra él.

Sintiéndose un poco avergonzada, paró. Tiró de las sábanas hacia arriba y se quedó tumbada mirando al techo. Estaba segura de que Jasper era un hombre apasionado y revelaría esa parte de sí mismo cuando por fin pudieran quedarse a solas. Casi todo el pueblo había estado pendiente de su relación. Jasper había ido a visitar a un tío suyo cuando se conocieron, en la puerta de la sastrería. Él estaba allí, mirando su reloj de bolsillo, cuando ella salió con unos pantalones del abuelo que tenían la cintura suelta.

Jasper levantó la cabeza y sonrió, de modo que ella también le sonrió, fijándose en las líneas perfectas del mentón y sus ojos oscuros de mirada



resuelta.

«Estaba pensando —le dijo— que tal vez podría decirme dónde se encuentra Duck Street. Tengo una cita y no quisiera llegar tarde».

«Duck Street está dividida en dos partes», le explicó Tilly.

«Voy a ver a Basil Forster, el comerciante de té».

«Yo paso por allí, señor. Si quiere, puedo acompañarle».

«Sería un placer».

Se pusieron en marcha, se dijeron sus nombres y hablaron del tiempo. Tilly lo llevó hasta el sendero que llevaba a la entrada principal y ya estaba a punto de irse cuando él le dijo:

«Voy a estar en el pueblo unas semanas. ¿Le parecería bien si fuera a visitarla?».

Tilly esperó que no se le subiera el color a las mejillas.

«Por supuesto, señor. Estaría encantada».

Y entonces se fue, pensando que era una tonta. Los hombres tan atractivos como Jasper Dellafore se enamoraban de princesas rubias, no de pequeñas pelirrojas con curvas. Regresó a casa y se olvidó de lo ocurrido.

Hasta que él se presentó. El abuelo se sentó con ellos mientras tomaban té en el salón. Estaba claro que le gustaba aquel joven, que era descendiente de franceses emigrados que vivía en la isla de Guernsey. Se dedicaba al comercio de todo tipo de artículos —té, seda, material de navegación, todo lo que pudiera comprar a buen precio y vender a una clientela específica—, por lo que viajaba mucho. Les habló de su mansión, que había sido de su familia durante cien años. Para el final de la vista, tanto Tilly como el abuelo se habían prendado de él.

«Deberías casarte con él», le dijo el abuelo cuando se fue.

«Apenas lo conozco», replicó Tilly, aunque en el fondo ella también lo deseaba.

Y seis semanas después, lo hizo. La boda ya había pasado, pero el matrimonio aún tenía que empezar.



Tilly se encaminó muy temprano hacia la oficina postal para enviar la última carta que le había escrito a Jasper, pero también para preguntar con discreción, sin llamar la atención de nadie ni dar pie a ningún tipo de habladurías, si había

llegado alguna carta para ella que no llevara la dirección correcta y hubiera podido extraviarse. No había ninguna. Tilly ya sabía que no habría habido ninguna; aun así, la confirmación le dolió.

Al volver a casa, se quedó atónita al oír unas voces en el salón. Y mucho más le sorprendió que una de ellas fuera la del abuelo. Se apresuró a dejar el sombrero en el perchero que había al lado de la puerta del vestíbulo y entró.

El abuelo estaba en el sofá, sentado en una posición muy incómoda, con las piernas abiertas y completamente echado hacia un lado. Se había cambiado, pero llevaba la chaqueta mal abrochada. Tenía las mejillas tan hundidas que se veía la forma del esqueleto bajo la piel amarillenta. Se le hizo muy raro verlo fuera de la cama.

—¡Abuelo! —exclamó corriendo hacia él.

Pero el abuelo levantó una mano con gesto débil.

—No, no, Tilly. Estoy bien. Este es el señor Leadbetter, mi abogado.

Tilly se volvió a mirarlo, era un hombre de mejillas sonrojadas y sonrisa agradable.

—Encantado, señora Dellafore —dijo.

Ella le dio la mano y, nada más soltarla, empezó a quitarse los guantes.

—Perdone la interrupción. No esperaba ver al abuelo levantado.

—Volveré a mi alcoba enseguida, cariño —dijo el abuelo—, pero primero tengo que terminar de ver unas cosas con el señor Leadbetter —jadeó.

Tardó un momento en recuperar la respiración.

—¿Te traigo agua, abuelo? —preguntó Tilly.

Pero él insistió.

—Tengo asuntos que atender, mi querida Matilde. Deja que los caballeros terminemos nuestro trabajo.

Tilly apretó los guantes en los puños.

—Por supuesto. Si me necesitas, solo tienes que llamarme —dijo y lanzó una mirada expresiva al señor Leadbetter, que contestó con una pequeña inclinación de cabeza.

—Me ocuparé de él —le dijo.

Tilly los dejó en el salón y subió a su cuarto para colgar el abrigo y meter los guantes en el cajón. Supuso que el abuelo estaría hablando con el señor Leadbetter para arreglar todos los papeles antes de su muerte. Se sentó en la cama y se dejó caer hacia atrás, pasando los dedos suavemente sobre el bordado de la colcha. Cerró los ojos. Estaba metida en un infierno. El hombre que

siempre había sido el centro de su vida estaba muriendo. Sin él, ella se quedaría en este mundo a la deriva. La tristeza y el dolor se apoderaron de ella y una lágrima le rodó por la mejilla hasta caerle sobre un mechón de pelo. Le habría gustado poder apoyarse en el hombro de Jasper, que él le secara aquella lágrima con el dedo, pero en aquel momento Jasper no era más que un hombre perdido entre la bruma y las sombras. No podía contar con él.

Por fin oyó que el carruaje del señor Leadbetter se iba y bajó para ayudar al abuelo a meterse en la cama. Pero se lo encontró de pie en el salón. Estaba andando muy despacio, arrastrando los pies, poniendo varias cosas en la mesita del té. Un reloj, dos marcos dorados, cuatro candelabros de plata y un jarrón de cristal.

—¿Qué estás haciendo? —le preguntó al tiempo que se le acercaba y le pasaba una mano por debajo del brazo para darle estabilidad.

Él se soltó.

—Lo he hablado con el señor Leadbetter y no hay nada que hacer. Mi padre lo dejó bien claro en el testamento, y Godfrey y Pamela se quedarán con todo. Todo. Así que tenemos que sacar estas cosas de aquí antes de que me muera.

Por un momento, Tilly se preguntó si Godfrey no tendría razón y al abuelo se le había ido la cabeza. Sin embargo, había estado pensando y hablando con lucidez hasta hacía un momento.

—¿Dónde las quieres mandar?

—A tu nueva casa. A Lumière sur la Mer. Lo meteremos todo en un baúl y lo expediremos por barco.

—No podemos hacerlo. Pamela se ha fijado en todo lo que tenemos.

—Sí podemos... —logró articular entre resoplidos de enojo—, y lo vamos a hacer. Yo solo te estoy haciendo unos regalos por tu boda. Todo esto es mío hasta que me muera.

—Tienes que meterte en la cama, abuelo.

Recuperó el aliento.

—Entiendo que no quieras ser cómplice de nada. Vete. Sal de la casa y vete a dar un paseo por el pueblo. Le pediré a Granger que me ayude. No, espera. Se me estaba olvidando una cosa.

Se acercó, arrastrando los pies, hasta la repisa en la que descansaba su caja de puros desde hacía meses, cuando empezó a sentirse más cansado y sin aliento.

—No quiero puros, abuelo —le dijo—. No quiero nada. No quiero problemas. Y sobre todo, no quiero tener problemas con Godfrey.

—Calla y escucha —replicó el abuelo con la caja de puros en la mano—. Lo que hay aquí no lo vamos a enviar. Es solo para ti. Quédatelo y cuídalo bien.

Tilly fue a abrir la caja, pero el abuelo la detuvo.

—Míralo después. Si supieras lo que hay, me lo devolverías de inmediato. Lo he preparado con el señor Leadbetter para ti.

Tilly volvió a colocar el cerrojo en su sitio con el pulgar. Fuera lo que fuera, se lo devolvería. Pero después volvió a pensar en Pamela, que se haría con los candelabros de plata que ella había ido a comprar con el abuelo para la cena del día que cumplió catorce años, y tomó una decisión.

—Yo no sé nada —dijo.

—Ten cuidado con el baúl. No sé si llegará antes de... —Dejó la frase sin terminar y se dejó caer en el sofá—. El dolor no durará mucho.

Volvió a entrarle el ahogo y ella se le acercó.

—No. Vete —le dijo—. Dile a Granger que venga. Cuanto antes lo hagamos, antes podré descansar.

Tilly le acarició la frente, se dio media vuelta y se fue. Cogió el sombrero que había dejado en la entrada, se metió la caja de puros debajo del brazo para poder atarse los lazos y se dirigió hacia la parte de atrás del jardín. Abrió la puerta de la cerca que daba al sendero que bordeaba el arroyo. Se oía el canto de los mirlos y petirrojos. Unas florecillas silvestres flanqueaban el camino. No quería bajar al pueblo, de forma que siguió adelante por el sendero, pasando por delante del molino y bajando hacia los pastizales que se extendían entre el pueblo y los bosques.

Allí, debajo de un castaño, se sentó y abrió la caja. Billetes. Muchos billetes de banco. Boquiabierta, sacó un puñado. Debajo había una nota. La abrió. La letra del abuelo era casi ilegible, emborronada y temblorosa. Pero era un mensaje muy corto.

«Esto es para ti y para nadie más. Una mujer necesita tener algo en la vida».

Tilly volvió a doblar la nota, lo puso todo en su sitio y cerró la caja. Se la apretó contra el pecho. El corazón le latía con fuerza.

—Gracias, abuelo —susurró—. Gracias.

Para cuando llegó a casa, el baúl ya no estaba y el abuelo no quiso comentar nada más.

—No sé de qué me hablas —le contestó, de nuevo en la cama.



Tap, tap, tap.

Tilly se despertó.

Tap, tap.

—Señorita Kirkland. Tilly.

Tilly se incorporó con los ojos muy abiertos. Era la voz de la señora Granger. Apartó las sábanas y cruzó la habitación para abrir. La señora Granger estaba allí, pálida, con una lámpara en la mano.

—¿Qué pasa? —le preguntó.

—Es la hora. Es... es su hora.

«El abuelo». Tilly cogió la bata de detrás de la puerta y se la puso. Con movimientos rápidos y el corazón helado, siguió a la señora Granger hasta el cuarto del abuelo. Todas las luces estaban encendidas. La enfermera del pueblo que iba a cuidarlo por las noches estaba allí. Había demasiada luz y ruido.

—Tilly —dijo el abuelo boqueando—. Perdona que te haya despertado, cielo. Pero por la mañana ya no estaré aquí.

Tilly se sentó al lado de la cama y le cogió la mano. Tenía las yemas de los dedos consumidas por el paso de los años.

—No digas eso, abuelo. No puedes saberlo.

—Lo sé, lo sé —dijo y le acarició el pelo con ternura—, lo noto. Se me va la vida como el agua por el sumidero. —Apenas podía respirar—. Todos fuera menos Tilly. Hay demasiada gente.

La señora Granger y la enfermera salieron y cerraron la puerta. El abuelo le puso los dedos fríos en la barbilla y se la levantó para que lo mirara.

—No he sido sincero contigo —jadeó.

—Tú siempre has sido el mejor...

—No, no... —Un carraspeo seguido por más jadeos—. Escucha, yo conocía... a Jasper... Yo ya lo conocía...

Tilly notó como un débil zumbido en los oídos, abrumada por la tristeza y el desconcierto.

—¿Qué quieres decir?

—Tú eres... una joven orgullosa... demasiado orgullosa... No habrías... Y tuve que...

—Abuelo, no pasa nada. Sea lo que sea lo que hayas hecho, está bien.

—Un amigo de la familia... necesitaba... Piénsalo... fuiste tú... lo viste. Fuera... del sastre...

—Shhh, shhh. No pasa nada. Yo lo quiero, abuelo, y cuando ya no me necesites, me iré con él y... —Aguantó las lágrimas. No podía dejar que el abuelo intuyera sus dudas.

El abuelo levantó la mano y le acarició la mejilla.

—Yo ya... no te necesito... Tilly... mi niña. —Más jadeos—. Mi niña... De pronto, la mano cayó sobre las sábanas, inmóvil y en silencio.



Tilly estaba en el muelle, con la maleta pequeña entre los pies. El baúl grande ya estaba en el barco. Se fue después del funeral. Tal vez Pamela le habría concedido un par de noches más, pero Tilly quería irse. No tenía ningunas ganas de ver la casa del abuelo en manos de Godfrey y Pamela. Seguramente ya estarían descolgando las cortinas, quitando los muebles y tal vez arrancando las flores de los arriates para hacer la pista de tenis que Godfrey siempre había deseado.

No había recibido ninguna carta. En las seis semanas que habían pasado desde la boda, no había recibido ninguna misiva de Jasper. Tenía la dirección, el billete que le permitiría atravesar el mar y, en el corazón, una esperanza que lentamente se iba corroyendo. Los viajeros se arremolinaban a su alrededor. Un sobrecargo pasó tocando una campana, pidiendo que las distintas clases embarcaran. El aire olía a agua de mar, metal y carbón. Entre la algarabía de despedidas, ruidos y olores, intentó buscar la calma en su corazón. Muy pronto saldría de dudas. Encontraría a su marido o descubriría que nunca había sido suyo. En ambos casos, el viaje había comenzado.

## SEIS

### LUMIÈRE SUR LA MER

La carroza de alquiler cruzó las tierras de labranza y los bosques que bordeaban la propiedad de Jasper. La tensión en el pecho fue aumentando conforme se iban acercando a Lumière sur la Mer. Jasper tenía que estar allí. Tenía que estar allí. O si no... No había alternativa. Tenía que estar allí. Salieron del bosque, traqueteando, y desembocaron en un camino de tierra bastante más llano. Ya se veía el tejado de la casa. De la casa de su marido.

Su casa. Lumière sur la Mer. La luz en el mar.

Respiró profundamente, se acordó de la caja de puros que llevaba en el equipaje de mano y se consoló un poco. Fuera como fuese, lograría sobrevivir. Albergaba la esperanza de encontrar a Jasper vivo y con buena salud, y con un motivo razonable que explicara por qué no le había escrito. Si estaba enfermo o si..., se estremeció, o si sencillamente no se había molestado en escribirle, lo aceptaría también. Pero si había muerto o desaparecido, no sabía lo que iba a ser de ella. El abuelo, su querido abuelo, acababa de fallecer, y no estaba segura de si iba a ser capaz de cargar con otro peso tan grande. Viuda y virgen. Sin duda, eso la convertiría en la mujer más desafortunada del mundo.

La carroza aminoró el paso y paró. Tilly se armó de valor. El cochero fue a abrirle la puerta.

—Por favor —le dijo—, ¿podría esperar un momento? No estoy segura de si mi marido está en casa y no llevo las llaves.

Ya había pensado que, si no estuviera en casa, iría a la policía para preguntar y seguramente tendría que alojarse en algún otro sitio.

El cochero asintió y ella salió de la carroza. El viento soplaba con fuerza. Bajó los escalones de la carroza y contempló la fachada de Lumière sur la Mer. Le resultó familiar, puesto que ya la había visto en la postal, con sus tres plantas, un invernadero al sur y un huerto al norte; y al mismo tiempo, se le hizo muy extraña. Los jardines estaban descuidados. La puerta azul, desportillada. Todas

las cortinas echadas, como si taparan algo de lo que avergonzarse.

—¿Señora? —apremió el cochero.

—Sí, voy. Espéreme. No descargue las maletas todavía.

Un paso tras otro. El pulso acelerado. Los ojos se le iban de un lado a otro, fijándose en las malas hierbas que crecían entre los álamos, la maleza que inundaba los macetones que deberían haber estado llenos de flores. Parecía una casa abandonada. Tenía el corazón en la boca. Se esperaba lo peor.

Llegó a la puerta, respiró hondo, levantó la mano y llamó con fuerza. Soltó la aldaba y dio un paso atrás, girándose angustiada para comprobar que la carroza no la hubiera abandonado allí, en la otra parte del bosque. Un largo silencio, que solo rompían el viento y el mar. El bullicio de las calles de Saint Peter Port, que apenas se hallaba a tres kilómetros, parecía haber quedado lejísimo.

Hasta oía los latidos de su corazón.

Y pasos. Se oían pasos en la casa.

La puerta se abrió y el corazón le dio un brinco.

—¡Jasper!

Se abalanzó hacia él, que la acogió con firmeza entre sus brazos.

—Estás aquí —dijo.

Tilly dio un paso atrás, radiante, olvidando todas sus preocupaciones. Él le sonrió también. Tilly notó que estaba despeinado y que la ropa ya no le quedaba tan ajustada como ella recordaba. Pero seguía siendo su Jasper, estaba vivo y estaba allí, en la casa que compartirían para siempre. Se volvió hacia el cochero y con un gesto le indicó que podía descargar el equipaje.

—No he sabido nada de ti —le dijo a Jasper—. Semanas y semanas, sin recibir ni una carta.

—¡Pero si te he escrito media docena! —protestó—. Y no he recibido ninguna tuya. ¡Creía que te habías olvidado de mí!

Tilly se rio. Solo había sido por culpa de un error del correo; algo que ninguno de los dos podía controlar. Debería haberlo sabido. Volvió a abrazarlo con fuerza y él le dio un beso en el pelo.

—Lo siento, cariño, pero creo que las cosas no son como te esperabas.

Tilly levantó la cabeza y clavó la mirada en sus ojos grises.

—Tú estás aquí y estás bien. Eso es lo único que esperaba.

—¿Tu abuelo?

La tristeza ensombreció la felicidad.

—Nos ha dejado. Ha muerto.



Jasper le acarició el pelo.

—Lo siento, cariño. Entra —dijo—. Bienvenida a Lumière sur la Mer. Bienvenida a tu casa.

Mientras el cochero pasaba con el equipaje, y Jasper le decía dónde lo tenía que poner y le pagaba, Tilly se quitó el sombrero y los guantes en el vestíbulo. Las baldosas negras y blancas eran como Jasper se las había descrito, como la amplia curva de la escalinata. Sin embargo, donde antes estaba la lámpara de araña no quedaba más que un gancho de hierro; en el lugar de las mesas de pared, espacios vacíos, y donde antes estaban los cuadros, solo se veían las marcas descoloridas del empapelado. Pero no le importó. La alegría de encontrar a Jasper vivo y esperándola era tan grande que era incapaz de sentirse desilusionada porque la casa no fuera tan magnífica como se esperaba.

El cochero por fin terminó de meter el equipaje. Cerraron la puerta y se quedaron los dos solos en el vestíbulo.

—Mi querida Tilly —le dijo cogiéndole la mano con delicadeza—, han llegado tiempos difíciles desde la última vez que te vi.

Tilly le apretó los dedos.

—Siento mucho que lo hayas pasado mal sin que yo estuviera aquí para darte consuelo, como corresponde a una esposa.

Jasper cogió la maleta pequeña, y al mismo tiempo le pasó el otro brazo por la cintura y la atrajo hacia él.

—Un negocio fue mal. Tuve que vender muchas cosas. Pero es temporal, cariño. Te lo prometo. Ven. Te enseño la casa.

La suave calidez de su cuerpo contra el de ella era excitante. Apenas lo escuchaba mientras iban pasando por las distintas estancias: el salón, el comedor, el invernadero, la cocina. Luego subieron, y él todo el tiempo le hablaba de cómo los descendientes de sus ancestros franceses emigrados habían huido de la revolución y habían construido Lumière sur la Mer como un refugio en el mar, lejos de la agitación política de su país; de que él no tenía el temperamento de un granjero, y que por eso había vendido todos los aperos y había montado su propio negocio de importación y exportación. Le enseñó la habitación de invitados del segundo piso y después abrió la puerta de la biblioteca de la que tanto le había hablado, con la que ella tanto había soñado.

—¡Dios mío! —suspiró.

Las estanterías llegaban hasta el techo. El olor a papel antiguo y polvo era muy fuerte.

—No te emociones mucho. He tenido que venderle toda la colección a un escocés que vive en la India. Tendremos que mandárselos dentro de seis meses o así. Le he prometido que le clasificaría todos los libros antes de empaquetarlos, así que puedes pasarte todo el tiempo que quieras organizándolos. La verdad es que no soy un gran aficionado a la lectura. Los libros son demasiado silenciosos para mi gusto. Ven, te enseño la tercera planta.

Salieron de la biblioteca y subieron otro tramo de escaleras hasta llegar a la planta de los dormitorios.

—Por aquí —le indicó y abrió una puerta blanca que daba a una habitación pequeña pero agradablemente amueblada, con vistas al mar. Se veían los mástiles en la distancia y la espuma de las olas—. Esta es tu habitación.

—¿Mi habitación? —preguntó—. Querrás decir nuestra habitación.

Jasper sonrió y de un modo casi imperceptible desvió la mirada hacia un lado.

—Yo tengo otra habitación también. Pero, por supuesto, somos marido y mujer y... —Se aclaró la garganta. Enderezó la espalda—. No es de buen gusto hablar sobre estas cosas, Tilly. Como tu marido, yo me encargaré de abordar el tema llegado el momento.

Se le encendieron las mejillas. Se quedó sin palabras de la vergüenza, pensando que ahora Jasper la consideraría una mujer de apetitos escandalosos. Se prometió no volver a cometer el mismo error. ¿Qué sabía ella del matrimonio? A lo mejor en las casas grandes, los esposos tenían habitaciones separadas.

Jasper puso la maleta encima de la cama.

—Ahora te traigo el resto. Antes tenía un sirviente, pero he tenido que despedirlo hasta que nuestra situación económica mejore. Los he despedido a casi todos. —Frunció el entrecejo y le pasó la mano por el pelo—. Ya sé que las cosas no son como te esperabas.

No se atrevía a mirarla a los ojos. A Tilly le dio pena su angustia y humillación, de modo que quiso consolarlo, pero sin cogerle la mano ni intentar abrazarlo otra vez para que se formara una opinión mejor de su capacidad de contener los deseos carnales.

—Jasper, yo solo esperaba encontrar aquí a mi marido y comenzar una vida en común. He jurado que estaría a tu lado en la riqueza y en la pobreza. No pasará nada. Pocos días antes de morir, el abuelo me mandó un baúl con varias cosas de valor. Podríamos usarlas para sustituir las que hemos perdido.

—¿O venderlas? —preguntó esperanzado—. ¿Para pagar las deudas?

El tono de desesperación que notó en su voz la estremeció.

—Por supuesto. Son nuestras y podemos hacer con ellas lo que queramos. — Estaba a punto de mencionar lo del dinero de la caja, pero no lo hizo—. Afrontaremos los problemas juntos.

Se le veía más sereno, con una mirada mucho más segura y resuelta, más parecida a la del hombre con el que ella se había casado, y Tilly se alegró por haber conseguido animarlo.

—Mi Tilly. Mi mujer. —Le dio un beso en la mejilla—. Voy a por el resto del equipaje.

Y se fue.

Tilly se acercó a la ventana. El cristal, ligeramente combado, distorsionaba la vista. El viento soplaba con fuerza entre los árboles, pero allí dentro ella estaba al abrigo y a salvo. Sonrió. Aquella casa sería su nuevo hogar. No era como se la había imaginado, pero ella no era de las que le daban demasiada importancia a ciertas cosas. Allí encontraría el tiempo y la calma que necesitaba para llorar a su abuelo, y algún día habría niños y risas que alegraran los oscuros pasillos de la casa.

Se dio la vuelta, abrió la maleta y vio la caja de puros. Si él lo necesitara, si lo necesitara de verdad...

Pero no. Eso iría en contra de los deseos del abuelo, y su memoria estaba demasiado fresca como para oponerse a su voluntad. Tal vez fuera suficiente con lo del baúl. Miró a su alrededor, vio el armario alto que había cerca de la cama y lo abrió. Puso la caja de puros en la balda más alta, lo empujó lo más que pudo y puso el sombrero delante. Luego se sentó en la cama, con las manos entrelazadas, y esperó que volviera su esposo.



Como tenían que ahorrar hasta el último penique, no encontró lámparas que pudieran iluminarle el camino cuando bajó a cenar al comedor. Jasper la había avisado antes de marcharse para lo que había dicho que serían unas cuantas horas de trabajo, y le había pedido que se encendiera una vela de forma que no se tropezara por las escaleras. Cuando sonó la campana que anunciaba la cena, Tilly cogió la vela con la que había estado leyendo en su habitación y bajó con cuidado.

Cuando llegó, Jasper estaba dando vueltas por la habitación abriendo y cerrando las manos.

—Ya estás aquí, cariño —dijo Tilly—. ¿Ha ido bien el trabajo? —preguntó, aunque ya sabía la respuesta; todo su cuerpo estaba en tensión y doblado como si estuviera a punto de enfrentarse a un enemigo imaginario.

—Eh... no, pero no te preocupes. Voy a tener que salir otra vez.

—¿Y la cena?

—No tengo hambre. La señora Rivard se ocupará de ti. Por favor..., no esperaba que llegaras hoy y no he resuelto todo lo que...

Parecía angustiado, así que Tilly se le acercó y lo cogió de la mano.

—No tienes que explicarme nada. Si tienes que irte a trabajar, vete. Te estaré esperando cuando vuelvas —afirmó—. Tal y como debe hacer una esposa —añadió apretándole la mano.

Jasper asintió.

—Serán solo unos días más así, y luego todo habrá terminado. —Le soltó la mano—. Te lo prometo, Tilly —dijo y se pasó las manos por el pelo mesándose hacia atrás—. Pero no tienes que esperarme levantada. Acabas de llegar de un viaje muy largo y estarás agotada. Descansa y mañana desayunaremos juntos, te doy mi palabra.

Tilly retrocedió y él pasó a su lado rozándola y salió del comedor. Se oyeron sus rápidas pisadas por el pasillo y después los movimientos apresurados mientras se ponía el abrigo. Se sentía muy decepcionada. Había deseado tanto estar con él, apretarlo contra ella y buscar consuelo en su abrazo, explorar los desconocidos placeres que ella entendía que debían compartir dos esposos, y sin embargo no había pasado ni una hora en su compañía desde que llegó.

—Tendría que haber avisado antes de venir —se oyó decir con un fuerte acento francés. Era la señora Rivard, que se había parado entre la cocina y el comedor con una bandeja de madera.

Era la primera vez que un sirviente le hablaba de un modo tan explícito. Tal vez fuera una costumbre francesa.

—Le he escrito muchas cartas —explicó Tilly, aunque no sabía ni por qué se lo había dicho. No tenía que responder ante ella.

La señora Rivard soltó la bandeja.

—Quizá debería haber mandado un telegrama.

—He mandado cuatro.

—Ah, ¿sí? ¿Y dónde están? —repuso la señora Rivard encogiéndose de

hombros y levantando las palmas de las manos con gesto teatral.

A Tilly le hirvió la sangre. ¿La criada le estaba llamando mentirosa? No se rebajaría a discutir con aquella mujer.

—Gracias por la comida —le dijo con acritud—. La llamaré cuando llegue el momento de recoger.

—Yo me voy, señora —contestó—. Solo me pagan por unas horas al día. Puede recoger usted.

Y dicho esto, se desabrochó el delantal y salió del comedor.

Tilly se sentó a la mesa. La sopa estaba aguada y el muslo de pollo, enclenque. Comió sola, como había hecho tantas veces en la casa del abuelo. Pero esta vez estaba en una casa enorme, oscura y vacía de una isla ventosa, con un servicio desagradable y un marido con serias dificultades económicas.

No era como debería ser, pero Tilly se obligó a no pensar en cómo se había imaginado su nueva vida porque la comparación sería demasiado dolorosa. Tenía mucha hambre, así que se devoró la comida. Cuando oyó que la señora Rivard salía por la puerta se dio cuenta de que se había quedado totalmente sola en la casa.

Se terminó lo que le quedaba y dejó la bandeja en la mesa del comedor para el día siguiente. De todas formas, la cocina debía de estar demasiado oscura y no quería tropezar o resbalarse. Cogió la vela y se dirigió al salón. El único mueble era un pequeño sillón; el relleno se le salía por los brazos. En las esquinas de la habitación había varias pilas de papeles. Con una rápida ojeada supo que eran órdenes de compra y facturas de Jasper. Apiladas en el suelo. Puede que hubiera vendido los muebles con los archivadores. Se sentó en el sillón. Los cristales de las ventanas traqueteaban con el viento. La sensación de vacío y soledad se coló hasta lo más profundo de su ser. Se estremeció.

Se dirigió hacia las escaleras. Había desempaquetado sus cosas en la habitación, así que allí se sentiría más a salvo, no tan extraña y vacía. Comenzó a subir con cuidado. La luz trémula de la vela se reflejaba en los austeros paneles de madera.

Se paró en el rellano de la tercera planta, frente a la habitación de Jasper.

Al fin y al cabo, ella era su mujer. Y cuando todo se resolviera, en unos días, seguramente pasaría las noches allí con él. ¿O no? ¿No se hacía así?

Ya tenía las manos en el pomo y, sin pensárselo dos veces, abrió la puerta.

Dejó la vela encima de la mesa y miró a su alrededor. La cama estaba deshecha. Había ropa esparcida por todas partes. Ella creía que Jasper era un

hombre limpio y ordenado, que sabía cuidar de sus pertenencias. ¿Quién era aquel hombre, que dejaba la ropa tirada en cualquier sitio y amontonaba los documentos importantes en el suelo? Allí tampoco había ningún tipo de decoración. Ni reloj, ni cuadros, ni espejos, ni lámparas, ni jarrones, ni cuencos para lavarse las manos. Por un momento pensó que podría ordenar la habitación, doblarle la ropa, colgarle el abrigo, pero entonces sabía que había estado allí y, por más que no le gustara admitirlo, no estaba segura de cómo se lo tomaría él. ¿Se lo agradecería? Después de todo, estaban casados. ¿O se enfadaría con ella?

A lo mejor solo era porque hacía seis semanas que no se veían —el mismo tiempo que había durado el noviazgo— por lo que ahora tenía la sensación de que era un hombre que ella no conocía en absoluto.

Ya iba a coger la vela para irse, refugiarse en el sueño y esperar a que llegara la luz de la mañana para darle consuelo cuando vio que el cajón del escritorio estaba medio abierto y rebosante de papeles. ¿Por qué guardaba esos ahí, en lugar de ponerlos en los montones de salón?

Si tenía mucho cuidado...

Cogió el primero. ¿Qué tipo de deudas tenía? ¿Y con quién?

Pero lo que tenía en la mano no era ninguna reclamación ni factura impagada, sino una de sus cartas. La abrió. Y, armándose de valor, leyó: «Mi querido Jasper, sigo sin recibir noticias tuyas. Por favor, escíbeme para saber que estás bien».

No sabía qué pensar. Si no había sido Jasper, ¿quién había abierto aquella carta? ¿La señora Rivard? ¿Por eso había sido tan descarada al echarle en cara que no hubiera mandado un telegrama? ¿Estaba intentando hacerla sufrir por algún motivo?

Sin embargo, la carta estaba allí, en el cajón de Jasper, en el escritorio de Jasper, en la habitación de Jasper. Con mucho cuidado, abrió el cajón un poco más. Vio el borde de otro sobre con su letra, e incluso le pareció ver uno de los telegramas, pero estaba muy oscuro y no quería seguir revolviendo entre los papeles.

Metió la carta en su sitio. Le temblaban las manos. Jasper le había mentado. Le había mentado. ¿Por qué? ¿Qué razón podía tener para decirle que no había recibido sus cartas?

Cogió la vela y salió del dormitorio. Entró en su habitación, sopló para apagar la pequeña llama y se tumbó en la cama, sobre la colcha. El corazón le latía desbocado. Nada tenía sentido.

Hasta que de pronto lo entendió. No había sido capaz de escribirle porque se sentía avergonzado. Se avergonzaba de su situación. A lo mejor pensaba escribirle cuando llegara el dinero que estaba esperando. A lo mejor no le había parecido bien escribirle y tener que decirle que todo iba bien.

A lo mejor no era que Jasper fuera un mentiroso, sino un hombre demasiado sincero. Eso era. Tenía que ser eso.

Bajo la piel, las olas del recuerdo seguían su curso. Se dejó acunar por ellas, completamente vestida, y no se movió hasta la mañana siguiente.



A la luz de la mañana, toda la casa parecía distinta. El desayuno la esperaba en el invernadero, y se animó un poco. La empleada de la mañana era una joven de cara ovalada y aspecto agradable —la señorita Broussard—, que le sonreía amablemente pero apenas sabía inglés.

—¿El señor Dellafore ya ha bajado a desayunar? —quiso saber Tilly.

—No, *madame*.

Seguramente seguiría durmiendo. Tilly se acordó de la carta del escritorio y esperó que no notara que había estado revolviendo entre sus papeles. Se esforzó de nuevo por ahogar la sensación de que no lo conocía. Estaba en una casa nueva, ante una vida nueva, y seguía llorando la muerte de su abuelo, la única familia que había tenido. Era normal que se sintiera desplazada durante un tiempo.

Después de desayunar, pensó que le sentaría bien un poco de aire fresco, así que se puso el sombrero y salió al jardín. Aunque estaba muy descuidado, la brisa marina le limpió los pulmones, congestionados por la polvorienta pesadez de la casa. Siguió el sendero que bajaba por la colina, fijándose en la maleza que inundaba los arriates. La cerca necesitaba una buena poda; hortensias, flores rosa oscuro de nomeolvides y arbustos de magnolias. En los arriates había hojas caídas, que debían llevar ahí casi un año. Advirtió el primer rayo de esperanza y entusiasmo al pensar que podría limpiar, desbrozar y podar el jardín para devolverle toda su belleza natural. Entendía que Jasper no pudiera permitirse un jardinero, así que no pondría ninguna objeción si ella le decía que le gustaría ponerse un par de guantes recios y limpiar los arriates. Trabajar al sol, y con aquella brisa marina, le vendría muy bien y le haría sentir que estaba

contribuyendo de algún modo.

—¡Buenos días, amor mío!

Tilly se dio la vuelta y vio a Jasper acercándose. Iba bien vestido y estaba sonriente. Lo único que apuntaba a que hubiera llegado muy tarde eran las oscuras sombras que se le notaban debajo de los ojos. Tilly se animó.

—Buenos días. Parece que el trabajo te fue mejor.

Jasper hizo un gesto desdeñoso con la mano.

—Tú no tienes que preocuparte por eso. Pero el baúl ya ha llegado. Y he visto lo que hay dentro.

Se paró delante de ella. Su altura y su porte le transmitieron la misma emoción de cuando la estaba cortejando. Había algo orgulloso y cabal en él. Y a ella se le hinchó el pecho.

—Los candelabros estarán preciosos en el salón. Ahora mismo está muy vacío.

—Sí, bueno... A lo mejor podemos quedarnos con un par de cosas. Pero, Tilly, el valor de esos artículos, cuando los venda, cancelarán la deuda por completo. Y luego, cuando llegue el dinero que estoy esperando, podremos llevar de nuevo una vida acomodada.

Tilly respiró hondo.

—Entonces lo más sensato sería venderlo todo. Cuanto antes saldes la deuda, mejor. Me gusta mucho más cuando sonríes y se te ve más relajado.

Sí, le gustaba mucho más eso que quedarse con las cosas. Además, le hacía gracia la idea de que Godfrey y Pamela, que ya tenían tanto, estuvieran contribuyendo a pagar las deudas de Jasper.

Jasper le cogió la mano, se la llevó a los labios y la besó con ternura. Luego le dio la vuelta y la besó a la altura de la muñeca, con los ojos cerrados. Sus labios cálidos se detuvieron un instante en esa zona tan sensible de la piel. Tilly se sonrojó excitada.

—Me alegro tanto de que hayas venido, amor mío —le dijo y le soltó la mano, dejándola anhelante y con deseos de una intimidad física mayor. Un escalofrío le recorrió la espalda.

Jasper levantó las manos señalando al jardín.

—El jardinero fue el primero en irse, hace un mes, pero para la primavera que viene ya habrá recuperado todo su esplendor.

Tilly sabía que estaba mintiendo. Hacía mucho más de un mes que un jardinero no pasaba por allí, pero ahora entendía que su marido se sentía



avergonzado por las circunstancias.

—Quería preguntarte —se aventuró a decir— si te parece bien que me dedique un poco al jardín. Me siento como en casa entre la tierra y las hojas.

—Puedes hacer lo que quieras, amor mío. Si eso es lo que desea tu corazón, entonces no dudes en hacer tuyo este lugar. Mira. —Se metió la mano en el bolsillo buscando las llaves y sacó una de la arandela—. Esta es la llave del cobertizo del jardinero. Puedes usar todo lo que tenga. Pero escúchame bien, dentro de una hora va a venir un caballero para ver lo que hay en el baúl y comprarlo. Quiero que tengas en cuenta que este es un asunto entre caballeros, así que, por favor, mantente al margen.

Tilly estaba a punto de decir que le gustaría volver a ver todas aquellas cosas por última vez, como el reloj que antes estaba en el salón de la casa del abuelo, pero después pensó que la nostalgia la entristecería.

—Por supuesto, Jasper —sonrió—. Me alegro mucho de verte tan feliz.

—Es como si me hubieran quitado un peso de encima —comentó mientras le acariciaba la mejilla con el dedo—. Buena chica —dijo y se marchó.

Tilly fue a ver el cobertizo. Estaba en la otra parte del jardín, entre dos abedules. Se agachó, metió la llave en la cerradura y la giró. El cobertizo tenía una pequeña ventana, por la que entraba un poco de luz que penetraba entre las ramas. Rastrillos, escobas, tijeras, podaderas, horcas, regaderas, desplantadores... Seguramente, Jasper no había entrado nunca allí, porque si hubiese sabido todo lo que había, ya lo habría vendido. En una de las paredes había un estante lleno de paquetes de semillas, rollos de alambre, clavos y alcayatas. Tilly encontró un par de guantes resistentes y los sacó de la caja para llevárselos a la señorita Broussard para que los lavara. En cuanto estuvieran limpios empezaría a arrancar las malas hierbas.

El cobertizo olía a humedad. Pensó que quizá podría dejar la puerta abierta para que entrara la brisa del mar, pero si lo hacía, Jasper vería todo lo que había allí dentro y lo vendería, y ella no podría trabajar en el jardín, así que cerró con llave, y sintió un extraño alivio al pensar que tenía la llave de algún sitio al que Jasper no podía entrar.



Tilly se sentó en su habitación esperando a que terminara la reunión del piso de

abajo. El caballero, el que había venido a comprar sus cosas, estaba tardando mucho en acordar un precio con Jasper. Tilly no lo había visto, pero tenía acento español, y cuando levantó la voz y Jasper también lo hizo, ella cerró la puerta para no oírlos.

Intentó leer un poco, pero era incapaz de concentrarse en las palabras que tenía delante. No podía dejar de preguntarse qué estaría pasando abajo. Una y otra vez, la mente le volaba a la incertidumbre de la situación. Cuando ella lo conoció, Jasper era un acaudalado hombre de negocios que había ido a venderle té al comerciante del pueblo. El abuelo lo conocía. Sin duda, tenía que ser lo suficientemente rico como para poder cuidar bien de ella. Y sin embargo, nadie se había ocupado del jardín, por lo menos, desde el otoño anterior, y a juzgar por el polvo que se había acumulado en el parque, algunas habitaciones de la casa llevaban muchísimo tiempo cerradas. También sabía que el abuelo le había dado una buena suma de dinero como dote, así que eso también debían habérselo tragado las deudas. Pero entonces, ¿hasta qué punto era grave su situación económica? ¿Y cómo iba a descubrirlo si él no quería hablar de negocios con ella?

Se oyeron grandes zancadas en el pasillo y golpes frenéticos en la puerta. Sin esperar respuesta, Jasper la abrió de par en par.

—¿Tienes algo más, Tilly? ¿Cualquier cosa? ¿Joyas? ¿Dinero?

Tilly dudó. El dinero. «Esto es para ti y para nadie más». Tal vez el abuelo sospechara que Jasper no era lo que parecía.

—Tengo un collar de perlas —le dijo mientras se acercaba a la cómoda—. El abuelo me lo regaló cuando cumplí veintiuno. Era de mi madre.

—Perlas. Las perlas irán bien.

Sacó el joyero del cajón de arriba y dudó un instante.

Jasper chasqueó los dedos.

—Venga. Los sentimientos no cuentan cuando se trata de dinero. —Se le acercó y le murmuró al oído—: Temo por mi vida.

El corazón le dio un vuelco.

—¿Qué?

—El español. Le debo demasiado y desde hace demasiado tiempo. Se le está agotando la paciencia.

Tilly vio que se le iban los ojos a la alianza y rápidamente se puso la mano izquierda detrás de la espalda.

—También tengo un collar de azabache.

—Dámelo. Dame todo lo que tengas y nuestros problemas se esfumarán.

Jasper se precipitó hacia el armario, lo abrió de par en par y cogió su abrigo preferido, el del ribete de visón.

—¿Esto es caro? —le preguntó.

—Supongo que sí. Si puedes sacar algo por él... También tengo otros abrigos —le dijo, pensando que tenía que ser razonable. Si salvaba la casa, eso la mantendría más abrigada que si salvaba un abrigo.

Y con las joyas en la mano, Jasper bajó para hacer un trato con el español. Tilly levantó la mirada hacia la repisa del armario, donde había escondido la caja de puros. Jasper estaba dispuesto a todo. ¿Qué iba a impedir que entrara en su habitación, con o sin ella, y se pusiera a abrir todos los cajones, a rebuscar por las estanterías, a buscar cualquier cosa que pudiera vender? ¿Qué cogería después? ¿Sus vestidos? ¿La preciosa caja de escritura taraceada que le había regalado el abuelo cuando era niña? Encontraría la caja de puros y se quedaría con el dinero.

Había dicho que su vida estaba en peligro. Se retorció las manos, indecisa entre el deseo de mantenerlo a salvo y la desconfianza. La angustia de la desilusión. La angustia de la desconfianza.

Tilly sabía lo que tenía que hacer.



Esta vez Tilly se alegró cuando Jasper salió a la hora de cenar para tratar más asuntos de trabajo, aunque aquello significara mantenerla alejada de su cama una noche más. Cuando la señorita Broussard se fue por la tarde, Tilly volvió a quedarse sola. Cogió una vela, la caja de puros y se dirigió hacia el cobertizo del jardinero. El viento que llegaba del mar apagó la vela, pero la luna estaba alta en el cielo y lo bastante llena como para reflejar una pálida luz. Abrió la puerta y buscó una caja de semillas. La vació, metió la caja de puros dentro y le puso encima un montón de paquetes de semillas de pensamientos y guisantes.

«Una mujer necesita tener algo en la vida».

El abuelo era un hombre sensato y ella también intentaría serlo, mientras pudiera.

## SIETE

### IMAGINACIONES TUYAS

Tilly se despertó en el corazón de la noche, con los ojos abiertos de par en par en la oscuridad. Un ruido. Todavía se estaba acostumbrando a los ruidos de la casa, de modo que aguzó todos los sentidos. Los cristales traqueteaban. La lluvia caía con fuerza. Pero no, había algo más.

Alguien estaba aporreando la puerta.

Apartó las sábanas y se levantó, poniendo los pies descalzos sobre el parqué. Le asaltó la duda. Si Jasper estaba en casa, ¿no debería abrir él? No había mayordomo, así que tendrían que ir a abrir uno de los dos.

Más golpes en la puerta.

Se puso la bata y encendió la vela con manos temblorosas. Llamó a la puerta de Jasper, pero no contestó.

¿No había vuelto? Entonces estaba sola en la casa. La tormenta arreció. Tal vez fuera alguien desesperado buscando refugio.

Más golpes en la puerta.

—¡Tilly! ¡Tilly!

Cayó en la cuenta. El que estaba desesperado en mitad de la tormenta era su marido.

Se precipitó escaleras abajo y corrió el cerrojo. La puerta se abrió con brusquedad, una ráfaga de lluvia y viento helado invadió el vestíbulo y Jasper se desplomó en el felpudo. Aun a la tenue luz de la vela, Tilly vio que tenía la ropa hecha jirones y la cara llena de sangre.

—¡Jasper! ¡Por Dios, pero ¿qué te ha pasado?!

Cerró la puerta, se arrodilló y le apartó el pelo empapado de la frente.

—He perdido las llaves —dijo entre resoplidos—. No quería que me vieras así.

—Ven a la cocina. Voy a poner agua a hervir.

Lo ayudó a levantarse y él se apoyó pesadamente contra ella. Tilly notaba

todo el peso de aquel cuerpo masculino. La ropa empapada tiraba de la bata hacia abajo.

Cuando llegaron a la cocina, encendió todas las velas que encontró y puso el agua a hervir en el fogón. Jasper esperaba jadeando, con los codos hincados en la mesa y la cabeza hundida entre las manos.

—¿Quién te ha hecho eso? —preguntó Tilly mientras se calentaba el agua.

Pero él no le contestó, totalmente perdido en su desdicha.

Cuando el agua hirvió, Tilly la echó en un barreño, la mezcló con agua fría, puso una silla enfrente de Jasper y con delicadeza le levantó la barbilla para verle bien la cara. Y él percibió su mirada incierta y atormentada.

—Lo siento —le dijo.

Tilly metió un paño en el barreño, lo escurrió y empezó a limpiarle la sangre de la cara.

—¿Quién te ha hecho esto? —insistió.

—El español —contestó por fin—. Pero ya ha pasado todo. No le debo nada más.

—Entonces, ¿por qué te ha dado una paliza?

Ahora veía que una parte de la sangre le había salido por la nariz y la otra por un corte irregular en la mejilla, como si le hubieran dado un puñetazo con un anillo en el dedo. Con el paño, le tocó varias veces la herida con suavidad y él hizo una mueca de dolor.

—Porque lo he insultado —sonrió con sarcasmo—. Los españoles suelen merecérselo.

—¿Tienes alguna otra herida?

—Me duele todo. Me ha apaleado. No me puedo apoyar en la rodilla.

—Tienes que quitarte esa ropa. Está empapada.

—¿Me ayudas? —le preguntó—. No me tengo en pie.

De modo que Tilly lo ayudó, a la trémula luz de las velas. Le desabrochó la chaqueta y la dejó a un lado con cuidado. Le ayudó a levantar los brazos y le sacó la camiseta por la cabeza, dejando al descubierto el torso delgado y musculoso. Tilly sentía el fuego en el cuerpo. Se moría de ganas de tocarle el pecho y seguir la línea del vello. Pero tuvo que contenerse, recordándose a sí misma que la situación era muy seria.

—Ven —le dijo—. Levanta.

Con un resuello ronco, Jasper se levantó y, apoyándose en ella, se desabrochó los pantalones y los dejó caer en el suelo, por lo que solo se quedó con los

calzoncillos de lana. En ese momento vieron que tenía la rodilla muy hinchada. Era evidente que no podría apoyarse en ella.

—Cariño —le dijo Tilly—, te voy a secar, pero después tienes que meterte en la cama y no mover la rodilla. Me encargaré de llamar a un médico por la mañana.

—No —replicó—, no podemos pagar un médico.

—Creía que habías liquidado todas las deudas.

—Sí, y por eso no podemos meternos en más.

—Jasper, un médico podría evitar que te quedaras cojo.

Pensó en el dinero que había escondido para que él no lo viera y la indecisión la dejó sin respiración.

Pero él no quiso seguir hablando del tema. Tilly se quitó la bata y se la echó por los hombros al ver que se le había puesto la piel de gallina.

—Ahora, deja que te lleve a la cama.

Muy despacio, comenzaron a subir las escaleras. La vela formaba sombras grotescas en las paredes. Jasper gruñía y resoplaba cada vez que tenía que apoyarse en la rodilla, hasta que por fin llegaron a la habitación. Tilly abrió la puerta y encendió las velas que tenía en su dormitorio. Luego volvió y le echó unas mantas por encima.

—Tengo la ropa interior mojada —dijo Jasper—. Tendré que cambiarme.

Señaló al armario. Tilly abrió las puertas. No había nada colgado. No había nada doblado. Tuvo que rebuscar entre una montaña de ropa hasta dar con unos calzoncillos y una camiseta interior. Le parecía imposible que alguna vez Jasper hubiera llegado a darle la impresión de ser un hombre esmerado y cuidadoso. ¿O solo era que sin criados era incapaz de ordenar su ropa? Cuando se dio la vuelta, él la estaba esperando de pie, desnudo, con las manos pudorosamente cruzadas sobre sus partes íntimas. Aquello la excitó de tal forma que casi se le cae la ropa de las manos. A la luz parpadeante de las velas, le veía el borde oscuro del vello púbico y en su interior se abrió paso un deseo secreto y abrasador de apartarle las manos. Con la respiración entrecortada, le pasó la ropa interior, y cuando Jasper le pidió que se diera la vuelta mientras se vestía, ella obedeció, al tiempo que la decepción le enfriaba la piel.

—Gracias, Tilly —le dijo cuando terminó.

Cuando ella se volvió, ya se había tumbado en la cama.

—¿Qué necesitas? ¿Qué más puedo hacer?

—Nada. Vete a la cama.

Pero no podía ser. No estaba bien que durmieran separados, sobre todo aquella noche, cuando él estaba herido y la necesitaba.

—No. Me quedaré contigo.

Sin esperar respuesta, se tumbó en la cama a su lado.

Él hizo un movimiento como para defenderse, como si esperara otro golpe.

—Deberías volver a tu cuarto.

—Jasper, no te voy a pedir nada. Solo quiero cuidarte —replicó, desorientada y herida—. Soy tu mujer. Mi lugar está aquí, a tu lado.

—Lo siento, cariño —suspiró—. Ha sido una noche difícil. Solo quiero dormir.

—Y yo dormiré a tu lado y estaré aquí por si me necesitas.

Tilly le dio un beso en la mejilla y le cogió la mano entre las suyas. Qué felicidad, echarse por fin a su lado, separados únicamente por la fina tela del camisón, quedarse dormida en la cama de Jasper, tal y como siempre había soñado.

O mejor dicho, casi como siempre había soñado.



A la mañana siguiente, la hinchazón de la rodilla ya apenas se notaba, pero Tilly le advirtió que debería guardar cama y disfrutó subiendo y bajando las escaleras con bandejas de comida y té antes de que llegara la señora Rivard. Empezaron a salirle cardenales en la cara y en los hombros, y Tilly no pudo evitar pensar en la rabia y la intensidad de la violencia que alguien había dirigido contra él. El mundo de los hombres parecía aterrador. Por una vez, se alegró de que su vida estuviera protegida por las comodidades de una casa y un hogar.

Con la llegada de la señora Rivard, su presencia en las escaleras se desvaneció. Tilly se pasó el día en la biblioteca. No se había aplicado ningún sistema para clasificar los libros, por lo que pudo disfrutar del placer de pasar los dedos por los lomos de cada uno de ellos y descubrir algunas joyas, como la primera edición de Pepys, un volumen ilustrado y con tapas de piel de *Faerie Queene*, y poco a poco fue ordenándolos de forma que tuvieran algún sentido. Fue haciendo varios montones en el suelo, estornudando por el polvo, preparándolos para que pudieran empaquetarlos y enviarlos a Escocia. Cuando empezó a anochecer ya había creado una sección para los griegos, otra para los

romanos, otra para Chaucer y otra para las historias del rey Arturo, y esperaba poder hacer otra sección para Shakespeare la próxima vez que tuviera unas cuantas horas libres. Le daba pena que no pudieran quedarse con aquella maravillosa colección de libros, pero por lo menos podría tener unos meses para hojearlos.

Cayó la noche, y Jasper y ella volvieron a quedarse solos en la casa. Jasper no la llamó; lo más seguro era que no la necesitara. Pero ella deseaba con todas sus fuerzas pasar otra noche a su lado y hacer que su matrimonio fuera real, no un mero deseo o recuerdo.

Por eso se tomó su tiempo, para soltarse los rizos pelirrojos y peinarse de forma que el cabello le cayera por los hombros, para impregnarse los hombros y brazos blanquísimos con agua de rosas, para ponerse un camisón holgado de algodón sin mangas. Cuando terminó, respiró profundamente y cruzó el pasillo descalza hasta su habitación.

Llamó suavemente a la puerta.

—Entra.

La abrió. Jasper estaba donde lo había dejado, con la colcha echada hacia un lado. La rodilla, vendada, descansaba sobre varios cojines. Tenía una bandeja en el regazo, pero en vez de comida, lo que tenía era un bote de tinta y un libro de contabilidad.

—¿No es hora de acostarse, mi amor? —le dijo.

Jasper suspiró y con un gesto le indicó que podía llevarse la bandeja.

—Supongo que sí, ya me bailan los números. Pero, según mis cuentas, hemos salido de todas las deudas, y cuando me paguen por el próximo cargamento de baldosas que me están preparando en la cantera, por fin tendremos algo de dinero a nuestra disposición.

Tilly se alegró muchísimo.

—Estarás muy contento, ¿verdad, cariño?

—Lo estaría si la rodilla dejara de dolerme tanto. De todas formas, estoy seguro de que en unos días se me pasará —le sonrió—. Estos últimos tiempos han sido tumultuosos, y aún más desde tu llegada. A lo mejor deberías haber llegado una semana después.

—Entonces no habría podido darte las joyas ni lo que había en el baúl.

—Sí, tienes razón. Bueno, lo primero que voy a hacer cuando me paguen es comprarte un collar de perlas para recompensarte por las que has perdido.

Jasper apenas podía mirarla a los ojos.



—No debes sentirte culpable —le dijo Tilly acercándose a la cama y sentándose a su lado—. Ahora somos marido y mujer. Lo compartimos... todo. —Intentó sostener su mirada, de modo que captara todo el significado de sus palabras. Pasó un momento, y otro.

—Será mejor que te vayas a la cama.

—Me acostaré aquí otra vez, con mi marido.

—No. No dormiría tranquilo. Podrías darme un golpe en la rodilla.

—Jasper, estamos casados. ¿Cuándo vamos a...?

Le puso dos dedos en los labios para callarla con firmeza.

—No me hables de estas cosas. Me estoy recuperando de una herida y una humillación. No dejes que los apetitos más bajos te controlen, Tilly. No es bueno para una mujer.

—Pero yo...

La voz de él ahogó la suya.

—Cuando vuelva a estar bien. Cuando vuelva a ser rico, porque es una insensatez traer a un niño a esta casa si apenas podemos mantenernos nosotros. Cuando vuelva a conocerte de verdad, ya que te empeñaste en quedarte en Inglaterra, creando este mar de extrañeza entre los dos. Pero sobre todo, Tilly, cuando yo lo permita. No cuando tú lo desees. Tú hablas de cómo debe ser un matrimonio. Muy bien, pues en ese caso entenderás que soy yo quien decide. Y ahora, vete. Ya nos has avergonzado y rebajado bastante a los dos.

Una madeja de sentimientos la atravesaron. Vergüenza, tristeza, pero, sobre todo, rabia. Jasper había encendido la mecha de la ira en su interior, y ahora tenía que aplacarla de algún modo.

—Lo siento —farfulló y salió de la habitación lo más rápido que pudo.

Se fue a su cuarto y se puso a dar vueltas enfurecida, apretando y retorciéndose las manos. No podía, ¡no podía!, volver a la habitación de Jasper y abrir la boca para dejar que el río de palabras y acusaciones que estaban subiéndole por la garganta salieran de ahí. «¿Y soy yo la que nos avergüenza y rebaja, cuando tú te presentaste ante mi abuelo como un hombre rico y te casaste conmigo con la promesa de una gran mansión rebosante de esplendor; cuando has vendido todas mis joyas y has vuelto a casa después de una riña callejera; cuando no te has dignado a escribirme en seis semanas?».

Poco a poco, el fuego se fue consumiendo. Despacio, muy despacio. Pero no se extinguió del todo. Ese era el problema de Tilly; siempre quedaban las brasas, que si se atizaban, volvían a arder con toda su fuerza.



Jasper tardó cinco días en poder levantarse y caminar de nuevo. Se mostraba afable, a pesar de haberle recriminado tanto. Pero también distante, como si quisiera rehuir cualquier muestra de afecto antes de que ella pudiera expresarla.

A la hora del desayuno, se sentaron cada uno en una esquina de la mesa, con los huevos duros y las tostadas, mientras la señora Rivard les llenaba alegremente las tazas de té. De pronto, Jasper levantó la mirada del plato y dijo:

—Señora Rivard, ¿hoy es sábado?

—Sí, señor.

Miró a Tilly.

—Ralph y Laura Mornington dan una fiesta esta noche, en Saint Peter Port. Tenemos que ir.

—¿Sí?

—Ralph es uno de mis mejores clientes y mi mejor amigo. ¿Tienes algo que ponerte?

—Sí, tengo varios vestidos.

—Señora Rivard —la llamó para que volviera de la cocina—. Saca mis pantalones de cachemira y el chaleco de brocado dorado, plánchalo y que esté todo listo para las siete.

La señora Rivard respondió con un gruñido de asentimiento y Tilly se atrevió a decir:

—No es muy agradable.

—Desde luego que no, pero es barata.

Tilly no comentó nada más acerca de la rudeza de la señora Rivard. No quería contradecirlo.

—Será agradable, Jasper, ¿no te parece? —aventuró—. Cenar con amigos. Los dos con nuestros mejores trajes, como cuando éramos novios. A lo mejor eso nos ayuda a reencontrarnos de nuevo.

Jasper le sonrió evasivo.

—Hoy pasaré el día en mi habitación, Tilly. Estoy muy ocupado, así que no me interrumpas. Y espero que estés lista para las siete.

Empujó la silla para atrás y salió del comedor, cojeando un poco todavía. Tilly se terminó el desayuno. ¿Qué podía hacer durante todo el día? En la casa

del abuelo pasaría el tiempo leyendo para él, cortando flores, cosiendo con su bastidor de bordado, dándose un paseo por el pueblo, cuidando el jardín..., haciendo cualquier cosa que le gustara. En la casa del abuelo se sentía libre y a gusto. Allí, se sentía inquieta y encerrada entre los lúgubres paneles de madera de las paredes, y más allá, por el mar oscuro que circundaba la isla. A lo mejor por eso se sentía tan acorralada. Las islas estaban en lugares intermedios; no eran ni aquí ni allí, sino más bien un sitio de paso. Así era como se sentía. Sin raíces.

¿Ella también estaba de paso?

Decidió que lo mejor sería pasar un rato fuera. Encontró los guantes de jardinería en el cajón, donde la señorita Broussard se los había dejado, limpios y con olor a jabón de limón. Se ató el delantal. Había llegado el momento de desbrozar el jardín.

El sol estaba alto y el cielo despejado, aunque una brisa fría le levantaba el pelo y mecía las copas de los árboles. Cogió una vieja lona, que estaba doblada por la mitad, y la extendió delante del arriate por el que pensaba empezar. Después se encaminó hacia el cobertizo, lo abrió y cogió una pala, un cubo y una podadera.

Y se puso manos a la obra. Arrancó las malas hierbas y cortó las hojas secas de los rosales. Removió la tierra y colocó bien las piedras de los bordes. Aunque le pareció un trabajo agotador —desde luego, no la habían educado para ese tipo de tareas—, le encantó. Pero no era solo por la alegría de ver cómo el caos se transformaba en orden y serenidad, sino más que nada el sentirse tan cerca de un entorno natural y participar en él, en la satisfacción del crecimiento y el ritmo de las estaciones. Se sentó y se quitó los guantes embarrados. Miró al cielo y sonrió. Ya lo único que necesitaba era un poco de lluvia. Había removido la tierra, le había llegado la luz y el aire, así que todo crecería bien para la próxima primavera.

Intentó imaginarse cómo sería su vida la primavera siguiente. Para entonces, los problemas económicos de Jasper ya se habrían acabado y él volvería a mirarla con ojos extasiados, como en Inglaterra. A lo mejor, hasta tendrían ya un niño. Una vida cargada de esperanza. Estaba deseando que aquellas rosas florecieran.

Pero primero tendría que afrontar aquella tarde.

Echó todas las brozas sobre la lona y la arrastró hasta una zona de tierra que había cerca del jardín para quemarlas.

Tilly se sentó cerca del fuego, pasando las manos por delante de las rodillas.

Tenía la ropa y las manos sucias y le dolían los brazos después de todo un día de trabajo. Contempló el temblor y el parpadeo de las llamas, el fuego azulado le picaba en los ojos, pero era agradable el olor a madera. Pensó en lo que le diría el abuelo si la viera tan abatida: que tuviera paciencia, que fuera sensata, que no se esperara tanto de la vida.

También le recordaría que estaba llena de tierra y que tenía que lavarse bien antes de salir a cenar.

Esperó a que el fuego se extinguiera solo y recogió las herramientas de jardinería. Sin que nadie la viera, se aseguró de que la caja de puros siguiera bien escondida en su sitio, cerró el cobertizo y volvió a la casa para lavarse y vestirse.

A las siete, ya estaba esperando a los pies de la escalinata, con su vestido de seda rosa palo con cuello a la caja y lazos de satén azul marino. Bailarinas, guantes blancos largos, el pelo recogido con abalorios y un lazo que la señora Rivard le había ayudado a ponerse a regañadientes. Pero sin sus pendientes colgantes ni el collar turquesa. Había perdido todas sus joyas.

Esperó. Pasó media hora.

La señora Rivard cruzó el vestíbulo pasando por delante de ella cuando se iba.

—¿Has visto al señor Dellafore? —le preguntó.

—No —contestó—, pero la ropa que le había preparado ya no está colgada en su habitación.

Un dardo de pánico le atravesó el corazón.

—¿Crees que ha podido irse sin mí?

—¿Y yo cómo voy a saberlo? —le espetó y se fue, cerrando la puerta tras de sí.

Tilly subió a la tercera planta y abrió la puerta del dormitorio de Jasper. Estaba ordenado, con toda la ropa doblada y colgada en su sitio. Pero él no estaba. Se asomó a la ventana, mirando a través del cristal combado que adornaba todas las habitaciones del piso de arriba. Se veía el sendero y la carretera. Y allí estaba Jasper, caminando con determinación, con su chaleco y la pajarita. Volviendo de algún sitio.

Tilly abrió el armario, sacó el abrigo que iba a necesitar y se cruzó con Jasper a mitad de las escaleras.

—¿Dónde has estado?

—Ocupándome de unos negocios.

—¿Con la ropa de la fiesta? —le dijo mientras le pasaba el abrigo.

Él entornó los párpados.

—No entres en mi habitación sin mi permiso —le dijo—. Y cómo me vista para ir a trabajar no es asunto tuyo.

Tilly tragó saliva e intentó mantener la calma.

—No quería molestarte, amor mío. Venga, vamos a pasar una buena velada.

Jasper se puso el abrigo y ella lo cogió del brazo. Hacía una tarde estupenda y el paseo por los bosques que llevaban al pueblo era muy agradable, por lo que Jasper fue tranquilizándose poco a poco.

—Lo siento, cariño —le dijo por el camino, por la zona en la que ya empezaba a haber menos árboles y el sendero se ensanchaba—. Es solo que preferiría que no entraras en mi habitación, porque ahí es donde guardo los periódicos y la correspondencia. Antes tenía un despacho en el segundo piso, pero después vendí el escritorio y me sentía tan triste en una habitación vacía que no lograba concentrarme en las cuentas.

Y ahí estaba, su oportunidad para preguntarle sobre las cartas, para aclararlo todo. Tal vez con cierta imprudencia, le dijo:

—Ya sé que tienes muchas cartas en los cajones.

—Sí —dijo él distraído, mientras le daba una patada a una piedra del camino.

—He visto una de mis cartas.

—Eso es imposible.

—Pero entiendo que no quisieras escribirme para que no me preocupara. Estabas pasando por un momento muy difícil.

—Yo no he recibido ninguna carta tuya, Tilly. ¿De qué estás hablando?

—Pero yo vi...

Tilly no terminó la frase. La estaba mirando con ojos de desconcierto. Aquello no era una respuesta airada.

—Tilly, cariño. Si hubiera recibido alguna carta tuya te lo habría dicho. Igual que tú no me habrás mentido, espero, al decir que no has recibido ninguna de las mías.

Y se abrió paso la duda. A lo mejor se lo había imaginado. Recordó que el día que entró en su habitación, ella estaba agotada y había muy poca luz. Quizá había confundido su letra con la de otra persona.

Ya se veían los tejados con sus chimeneas, las calles ventosas, los mástiles que se mecían en el puerto.

—Si quieres te lo enseño —le dijo Jasper—. Cuando volvamos a casa puedo enseñarte todo lo que hay en mi mesa, si quieres.

—No, no. No quería decir... —Forzó una sonrisa—. Soy una tonta.

—Sácate esa idea de la cabeza.

—Sí, sí, claro —dijo Tilly—. No volveré a pensar en ello.



La casa de los Mornington en Le Paradis no era tan grande como la de Jasper, pero las escaleras estaban bien iluminadas y las paredes estaban recién pintadas y decoradas con azulejos relucientes. Le Paradis era donde vivían los ingleses más ricos de la isla, una calle adoquinada y bastante empinada, flanqueada por casas con fachadas de colores pastel. Tilly y Jasper subieron los amplios escalones blancos, llamaron a la puerta principal y a la luz de un farol esperaron a que alguien fuera a abrir. Se oía bullicio al oeste y en el aire flotaba el olor de los crisantemos húmedos.

Jasper se inclinó hacia ella y con tono brusco le susurró al oído:

—No hables de nuestros problemas financieros con nadie, y mucho menos con Ralph y Laura.

—Por supuesto —dijo Tilly.

Jasper miró a su alrededor, arrugando el ceño y con las comisuras de los labios ligeramente hacia abajo mientras cogía la aldaba dorada con forma de abanico.

—Antes mi casa era como esta.

—Y volverá a serlo. —Le apretó la mano—. Estoy segura.

En ese momento salió un hombre corpulento con un gran bigote y el pelo negro engominado que saludó a Jasper con un apretón de manos y una alegre carcajada.

—¡Dellafore! ¡Has venido! Después de la pelea con el español, creíamos que ibas a tener que pasarte un poco más de tiempo en casa lamiéndote las heridas.

Jasper sonrió y repuso:

—La próxima vez se lo pensará dos veces antes de insultar mi honor. Yo siempre pago mis deudas con puntualidad, Ralph. Espero que no dieras crédito a ninguna de las sandeces que dijo.

Ralph se rio y los invitó a entrar con un gesto.

—Más bien creo que tú fuiste el que se llevó la peor parte, pero en fin. Por lo menos, ahora que ha regresado a España, espero que no vuelvas a hacer más

tratos con él. —Miró a Tilly—. ¿Así que esta es nuestra querida Matilda? —dijo mientras le cogía la mano y besaba el aire a dos centímetros de ella.

—Tilly —le contestó ella—. Todo el mundo me llama así, a no ser que esté metida en algún lío.

El hombre sonrió tan abiertamente que se le iluminó la cara.

—¿Y eso pasa a menudo?

—Pues me ha ido pasando cada vez menos conforme me he ido haciendo mayor, señor.

Ralph les cogió los abrigos y se los dio a un mayordomo.

—Bienvenida a mi casa, Tilly, y bienvenida a la isla. Ven, te presento a mi esposa.

Ralph se dio media vuelta y Jasper la cogió del brazo para seguirlo.

—Es muy agradable —le comentó Tilly en voz baja.

—Pero cuando bebe dice muchas tonterías. No te tomes en serio todo lo que diga, cariño.

Ralph los condujo a un salón en el que había unos doce invitados. Algunos estaban sentados en los sofás, mientras que otros estaban de pie, charlando delante de las ventanas, de la chimenea o al otro lado de las puertas francesas, fumando puros en la terraza. La estupenda iluminación resaltaba los finos brocados de los sofás, los dibujos dorados del empapelado y las immaculadas lámparas de araña, dando la impresión de que toda la habitación relucía como una joya, y Tilly sintió el aguijón de la envidia. Esa era la vida a la que ella creía que estaba yendo al ir a la isla, no a la lúgubre y vacía Lumière sur la Mer. ¿Luz en el mar? Si apenas proyectaba una luz en el jardín por la noche.

Pero después se reprendió por ser tan superficial. Gozaba de buena salud y vivía con el hombre que amaba. Su vida juntos acababa de empezar y poco a poco todo iría mejorando. Además, una vida sencilla no era menos noble o valiosa que una vida rodeada de lujos. Y se acostumbraría, si tuviera que hacerlo.

Le presentaron a mucha gente, incluida Laura, con su voz suave y las mejillas sonrojadas, y la hija mayor de los Mornington, Maria, que estaba de visita. Maria le pidió a la niñera que bajara a su hija, una niña pequeña que estaba empezando a andar, y todas las damas se acercaron para hacer arrumacos a aquella pequeña belleza de brazos regordetes al tiempo que los caballeros le sonreían con indulgencia. Tilly pensó en cómo sería tener una niña, y la idea le transmitió tal sentimiento de afecto y felicidad que se pasó toda la velada sonriéndole a Jasper con dulzura, por más que él no se diera ni cuenta.

—¿Eres feliz aquí? —le preguntó Laura cuando la niña volvió a su habitación y ellas se quedaron un momento a solas.

—Todavía tengo que acostumbrarme a la isla —dijo Tilly con sinceridad—, pero estoy segura de que seré muy feliz aquí.

Laura hizo un ligerísimo movimiento con las cejas que Tilly no logró descifrar. Pero enseguida le sonrió.

—Puedes contar conmigo para lo que necesites —le dijo—. Ralph y Jasper son muy buenos amigos, así que espero verte más veces por aquí.

Cuando sirvieron la cena, Tilly se encontró sentada entre Ralph y otro hombre mucho más mayor que no mostraba ningún interés por ella y que se pasó todo el tiempo dándole la espalda mientras conversaba con el caballero que tenía a su lado, de forma que fue Ralph el que se encargó de hacerla sentir más integrada, charlando con ella, preguntándole sobre su abuelo y poniéndole la mano en el hombro cuando se daba cuenta de que se le ponían los ojos rojos al recordar aquellos días. Era muy amable con ella, como un amigo, y enseguida se sintió a gusto hablando con él.

El menú, que consistía en una serie de platos de la cocina tradicional de Guernsey —abulones rebozados con panceta, pastel de pescadilla y *gâche mélé*—, lo había creado especialmente para aquella cena la cocinera de Ralph y Laura, a la que al final tuvieron el gusto de presentar en el salón a petición de los fascinados huéspedes. Tilly se sorprendió al ver que la cocinera que apareció en el salón era una mujer que no podía tener más de veinticinco años, con una hermosa melena rubia rojiza recogida de un modo desenfadado y unos preciosos ojos achinados, que transmitía un halo de belleza imposible de conjugar con tantas horas encerrada en una cocina cargada de humo y vapor.

—Os presento a Chantelle Lejeune —dijo Laura, dándole un codazo a Chantelle para que hiciera una reverencia—. No habla inglés muy bien, pero estamos muy contentos de tenerla con nosotros desde finales de año. —Laura sonrió amablemente.

Chantelle asintió, mirando a todas las damas de una a una. Cuando llegó a Tilly, respiró hinchando la nariz y apartó la mirada con arrogancia. Entre ella y la señora Rivard, Tilly estaba empezando a preguntarse por qué los ingleses cogían a las francesas a su servicio, si no eran capaces de mantener las formas. Empujó el plato. La manzana especiada del postre acababa de perder todo su sabor. Miró a su alrededor buscando a Jasper, que estaba hablando con un hombre en el otro extremo de la mesa. Las risas y chácharas recomenzaron y se llevaron los platos.



Ralph había entablado conversación con el señor que tenía a su lado, así que Tilly se encontró en medio de todo aquello completamente sola. Cruzó las manos en el regazo e intentó dar la impresión de que estaba disfrutando del ambiente. Los comensales empezaban a moverse, arrastrando las sillas hacia atrás, y los caballeros estaban pensando en retirarse a la biblioteca para tomarse un *brandy*.

Laura se le acercó por detrás, se inclinó ligeramente y le dijo:

—Ven, Tilly. Las demás damas y yo vamos al salón del ala sur para tomar el té.

Tilly la cogió del brazo agradecida y las cinco señoras que participaban en la fiesta tomaron asiento en el salón. Hacía mucho que no pasaba el tiempo en compañía de otras damas y disfrutó mucho con sus charlas y risas. ¿Cuánto hacía que no se reía, que no se reía de verdad? Sin duda, desde antes del fallecimiento del abuelo. De hecho, era la primera vez desde que murió el abuelo que no sentía toda aquella pesadez en el ánimo. Quizá era por la copa de vino que se había tomado durante la cena, o tal vez por estar en compañía de otras mujeres.

La conversación recayó en la cocinera.

—No sé por qué la tienes en la casa, Laura —dijo una de las señoras, la viuda de un noble, de unos cincuenta años, con un tocado de rizos muy sofisticado.

—Cuando la conocimos, estaba con una familia de Alderney que la trataba de un modo abominable. Realmente tenía un don para la cocina, y nos sentíamos como si la estuviéramos rescatando. Es huérfana, siempre ha tenido que trabajar para vivir y es muy buena en lo que hace. Ralph y yo hemos intentado darle una familia.

Siguieron otras opiniones.

—Es arrogante.

—Yo creo que es solo su expresión, que le hace parecer engreída.

—Nadie tiene una expresión engreída si no tiene un carácter engreído.

—Es muy guapa —se atrevió a comentar Tilly.

Una de las señoras le sonrió.

—Sí, pero la belleza no lo es todo.

—Es una joven encantadora —afirmó Laura convencida.

En ese momento, Jasper apareció en la puerta.

—Tilly, tenemos que irnos.

—¿Tan pronto? —replicó Laura levantándose—. Espero que vaya todo bien, señor Dellafore. Su esposa es una maravillosa compañía.

Jasper inclinó educadamente la cabeza ante Laura, pero su mirada se dirigió

inmediatamente hacia Tilly. Chasqueó los dedos.

—Vamos. Me duele un poco la rodilla y tengo que descansar.

Tilly se levantó, apartando la taza de té y deseándoles una agradable velada a sus nuevas amigas.

—Siento mucho que no te encuentres bien —le dijo a Jasper en el vestíbulo mientras los criados les ayudaban a ponerse los abrigos.

Él no contestó, y Tilly no le dio importancia.

Comenzaron a andar en silencio. Jasper iba demasiado rápido y a Tilly le costaba mantener el ritmo.

—Jasper —le dijo—, ¿podríamos ir un poco más despacio, por favor? Estos zapatos no están hechos para caminar tan rápido por el campo.

Jasper no contestó, ni aminoró el paso. Ni siquiera dio señales de haberla oído. Tilly empezó a preocuparse. ¿Por qué se comportaba así? ¿Había dicho algo que pudiera molestarle? Pero habían estado en salas separadas; él no podía saber nada de las conversaciones frívolas en las que ella había participado. Aun así, repasó mentalmente todo lo que habían dicho. ¿Qué habría podido entender mal desde la otra habitación? O a lo mejor había ofendido de algún modo a Ralph, el anfitrión, durante la cena. Sí, tenía que ser eso. Ralph le habría comentado algo a Jasper sobre ella. Trató de hacer memoria, pero no recordaba nada que hubiera podido molestarle. Con todo, él le había vuelto la espalda hacia el final de la cena. A lo mejor había malinterpretado algo y se había sentido ofendido. Tilly siguió dándole vueltas a todo lo que había dicho por si se pudiera inferir alguna ofensa de sus palabras, pero no se le ocurría nada.

—Jasper —lo llamó mientras corría tras él sin aliento, hasta que por fin lo alcanzó en el camino de la entrada—. ¿He dicho algo que haya podido molestar a Ralph? Porque si es así, no era mi intención. Ha sido muy amable y...

Jasper se dio media vuelta y la miró directamente a los ojos.

—Ya veo que no has sido capaz ni de llegar a la puerta antes de pronunciar su nombre.

—¿Cómo? —preguntó desconcertada—. Yo solo lo digo porque se ve que estás enfadado conmigo y no se me ocurre nada que haya podido hacer para molestarte, así que he pensado que a lo mejor es porque he dicho algo que...

Pero Tilly ya no estaba tan segura.

—Dios nos guarde de que hayas podido decir algo para no gustarle a Ralph.

El tono de Jasper rebosaba desprecio y Tilly empezó a sentirse frustrada e indignada.

—Ya veo que he hecho algo que te ha molestado —replicó con la voz cargada de angustia—, así que, por favor, dime claramente qué es e intentaré remediarlo.

—No sabes lo que has hecho —resopló.

—No, no lo sé.

—Entonces eres una mentirosa.

—Yo no... —Se tragó la rabia. Tenía que contenerse. El enfado y la ira de Jasper eran sinceros. Aquello tenía que ser culpa suya y no podía perder los nervios ahora—. Jasper, te prometo...

Pero él ya había echado a andar otra vez.

—La promesa de una mentirosa no vale nada. Y la de una mujer desleal, todavía menos.

«¿Desleal?».

Jasper recorrió el resto del camino a toda prisa y abrió la puerta. Tilly consiguió entrar antes de que él cerrara de un portazo y subiera las escaleras como una exhalación.

—Jasper, por favor.

—No me hables.

Tilly se sentó en el primer escalón y oyó cómo cerraba la puerta con firmeza. Volvió a pensar en toda la conversación, concentrándose en cada uno de los detalles, analizando cada palabra, cada frase, obligándose a razonar y a no dejarse llevar por las emociones. Jasper creía que se había comportado de un modo inapropiado con Ralph, y de algún modo había consolidado su opinión cuando estuvo conversando con los hombres. Por más que se esforzara, no lograba recordar ni una sola cosa que hubiera podido inducir a nadie a pensar algo así, pero de todas formas aceptó que esa tenía que ser la razón por la que Jasper estaba tan enfadado.

La única solución era hablarlo con Jasper, pero tendría que ser por la mañana, cuando se hubiera calmado un poco. Se animó pensando que todo aquello no era más que una discusión tonta, nada que no pudiera resolverse con amor y sinceridad.



Pero él no quiso dirigirle la palabra por la mañana. Ni siquiera la miró durante todo el desayuno. Se limitó a hacer como si ella no estuviese allí, por más que

Tilly estuviera sentada frente a él, suplicándole con lágrimas rabiosas que contestara a sus preguntas, que la creyera cuando lo negaba. Y cuando intentó aferrarlo del brazo para que no se fuera de la casa, él la empujó con tanta fuerza que llegó a asustarla, aunque no a hierirla.

Al cuarto día del obstinado silencio de Jasper, Tilly estaba más hundida de lo que lo había estado jamás. Bajó a cenar, esperando encontrar una de sus expresiones imperturbables. En cambio, lo que encontró fue una mesa montada tan solo para uno.

—¿Señora Rivard? —le preguntó mientras ponía en la mesa una bandeja con sopa de rabo de buey, jamón asado y verduras—. ¿El señor Dellafore ha salido?

—Me ha pedido que de ahora en adelante le sirva todas las comidas en su habitación —le contestó con un sutil regodeo que le torció la boca como si fuera una leve sonrisa.

La caldera chisporroteó en su interior y de pronto todo hirvió. Se puso de pie, echando el brazo hacia delante con tanto ímpetu que el cuenco de sopa salió volando por la habitación hasta que se estrelló contra la pared y el suelo quedó lleno de trizas y sopa.

—Contrólese —dijo la señora Rivard, muy bajo pero claramente.

Tilly salió disparada del comedor, subió las escaleras y abrió la puerta de la habitación de Jasper antes de que la furia se disipara y volviera a amedrentarse.

—¡No voy a permitir esto! ¡No te lo permito! —le gritó.

Jasper, sentado a su mesa de trabajo, se recostó y la miró en silencio.

—Esto tiene que terminar. Tú eres mi marido y yo soy tu mujer. No podemos pasarnos el resto de la vida así. ¿Qué tengo que hacer para que vuelvas a hablarme?

Jasper dejó la pluma en la mesa, la colocó de forma que quedara perfectamente paralela al papel, la miró y dijo:

—Admítelo.

—¿Que admita qué?

—Admite que deseabas a Ralph Mornington, que no podías quitarle los ojos de encima y que, creyendo que con eso te ganarías su compasión, le hablaste de nuestros problemas económicos.

—Yo... Yo no hice nada de eso...

—Por eso Ralph quiso apartarse conmigo en la biblioteca y me dijo: «¿Cómo van las cosas en realidad, viejo amigo? ¿Has saldado ya todas tus deudas?». ¿Por qué otro motivo lo iba a hacer?

—No lo sé. A lo mejor porque tuviste una pelea con el español.

—Aquello no fue por dinero. Fue por honor. No sabes nada del mundo de los hombres.

—Jasper, yo no le dije nada a Ralph sobre nuestras finanzas, y desde luego yo no...

Jasper levantó la mano para pedirle que se callara.

—Entonces no tengo nada más que decirte. Jamás.

La rabia que le ardía por dentro le estaba destrozando el estómago y los músculos. Por un momento se preguntó si contenerla no le haría realmente daño. Abrió la boca y la cerró, pero no profirió palabra.

Por fin, logró articular:

—Entonces, si admito que estaba coqueteando con Ralph, ¿volverás a hablarme?

Jasper no contestó.

—¿Y no vas a reprenderme, a llamarme furcia, mentirosa y traidora, por contar tus secretos? Porque yo no soy nada de todo eso, Jasper Dellafore.

De nuevo, no hubo respuesta.

Tilly salió dando un portazo.



Era imposible dormir. La pesadumbre, esa sensación de abatimiento que seguía a la irascibilidad, le estaba carcomiendo el estómago. A medianoche bajó al comedor y limpió los trozos de cerámica y la sopa del suelo a la luz de una vela. A las dos de la mañana estaba llorando abrazada a la almohada. La pesadumbre comenzaba a tornarse remordimiento. Siempre hay dos versiones para cualquier discusión; tal vez se había mostrado demasiado abierta con Ralph Mornington para ser su primera conversación. Solo esperaba que Laura no pensara mal de ella también. ¿Había dicho algo que hubiera podido llevar a Ralph a pensar que las cosas no iban bien? Quizá una sonrisa triste y un «todo irá bien» era lo único que se necesitaba para haberle dado a entender eso. Al fin y al cabo, aunque no se acordara de haber dicho nada semejante, tampoco lograba recordar no haberlo hecho.

Y, aunque tuviera razón, ¿qué más daba? No podían seguir sin hablarse.

Durmió un poco y, antes del amanecer, cuando los pájaros ya empezaban a

cantar en el jardín, llamó a la puerta de Jasper.

—Siento despertarte —le dijo con dulzura al tiempo que se arrodillaba al lado de su cama y le acariciaba la frente—. Pero quería decirte que sí, que lo admito, lo admito todo. Pero, por favor, ¿podemos volver a ser como éramos antes, como éramos en Dorset? Tú nunca querías separarte de mí.

Jasper se incorporó, se inclinó y le besó la frente. Aquella pequeña muestra de cariño la llenó de gratitud.

—Vuelve a la cama, Tilly —le dijo—. Es demasiado temprano para estar despierta.

Estuvo a punto de preguntarle si podía dormir a su lado, pero no quiso arriesgarse a que la rechazara de nuevo. Se fue a su cuarto y, por fin, durmió.



Jasper parecía otra persona. Durante una semana, una semana entera, fue amable con ella, considerado, la cogía de la mano, iba a verla cuando ella estaba trabajando en el jardín, le hacía promesas sobre todo lo que le compraría cuando tuvieran dinero. Aun así, siguió sin invitarla a compartir su cama y ella empezó a acostumbrarse. A fin de cuentas, ¿qué sabía ella del matrimonio? A lo mejor aquello era lo normal y Jasper tenía razón, tener un niño con una situación económica tan precaria era una irresponsabilidad.

De modo que siguió durmiendo en su propia habitación todas las noches, con la ventana entornada para dejarse arrullar por el rumor del mar incluso en las noches más frías y poco a poco comenzó a sentirse a gusto en Lumière sur la Mer.

Estaba llegando el otoño cuando algo la despertó en plena noche. No sabía lo tarde que era, ya que no se veía el reloj en la oscuridad, pero parecía más de medianoche.

Oyó un ruido. Un golpe suave. Una risa ahogada. Voces. Un hombre y una mujer, hablando fuera. Se acercó a la ventana, la abrió un poco más y aguzó el oído. Pero no se oían más voces. Miró al invernadero desde la ventana. ¿Había alguien pasando por allí? ¿Tomando un atajo por su propiedad?

El mismo ruido otra vez, y por un instante le pareció que venía del interior de la casa. Frunciendo el ceño, se dirigió hacia la puerta con la intención de salir al pasillo para ver si desde allí se oía algo más.

Pero no se abría. La manija de la puerta no se movía. Lo intentó con más fuerza. La hizo traquetear.

Y entonces lo entendió. Estaba encerrada.

Se volvieron a oír voces y risas. Esta vez procedían claramente del invernadero. Se precipitó hacia la ventana y oyó cómo las voces se alejaban en la distancia. En ese sentido, no había nada que temer. Mucho más preocupante era quién había podido encerrarla y por qué. ¿La señora Rivard? ¿Jasper? Por favor, Jasper no. Pensó que podría aporrear la puerta y llamarlo a gritos, pero era muy tarde y estaría durmiendo. Además, ahora las cosas iban tan bien entre ellos... A lo mejor la había encerrado la señora Rivard. Había llegado el momento de pedirle a Jasper que la despidiera. Esa mujer empezaba a darle miedo.

No obstante, tuvo que admitir que era mucho más plausible que lo hubiese hecho Jasper. Él ya había demostrado hasta qué punto podía ser celoso, hasta dónde llegaba su afán de controlarla.

Volvió a arrebujarse entre las sábanas, diciéndose que todo iría bien. Lentamente, fue cayendo en un sueño profundo hecho de pasillos oscuros, puertas cerradas y grandes distancias entre la felicidad y ella.



Por la mañana, la puerta se abrió sin dificultad. Pensó atentamente lo que le diría a Jasper en el desayuno, eligiendo bien las palabras. Pero él se había marchado muy temprano, según le dijo la señorita Broussard.

—Tal vez lo encuentre en la oficina de correos —le dijo.

Tilly no había ido muchas veces al pueblo. A Jasper no le gustaba que cruzara el bosque ella sola, pero aquel día necesitaba demostrarse a sí misma que era libre, así que se puso sus zapatos más cómodos y un abrigo ligero y embocó el sendero que se adentraba en el bosque.

Las hojas parecían marchitas, algunas se movían en las ramas y otras ya estaban esparcidas por el suelo. Una ráfaga de aire otoñal llegó del mar y echó de menos su abrigo de visón. ¿Quién se lo estaría poniendo ahora? ¿Y su collar de perlas? El que las ramas de los árboles hubieran perdido parte de su frondosidad hacía que entrara algo más de luz en el bosque, unos rayos pálidos y helados que bañaban de un gris plateado la hojarasca. Oyó unos pasos entre la espesura y vio a Jasper aproximarse.

—¿Tilly? ¿Qué haces aquí?

—He salido a buscarte. Para preguntarte una cosa importante —contestó, esforzándose por hablar con desenvoltura.

No era justo que tuviera que estar siempre temiéndose lo peor, pero los imprevisibles cambios de humor de Jasper la hacían sentirse constantemente atemorizada.

—Bueno, pues ya estoy aquí, y con buenas noticias. —La cogió de la mano—. Pero antes, ¿qué es esa cosa tan importante que tienes que decirme?

Lo observó a la luz de la mañana. Parecía más mayor que cuando lo conoció. Tenía el ceño marcado y unas arrugas le surcaban el rostro desde la nariz hasta las comisuras de los labios. Y ella estuvo a punto de no decir nada. No quería seguir preocupándolo.

—Dime —insistió.

—¿Cerraste la puerta de mi habitación ayer por la noche?

Él la miró con desdén.

—¿A qué viene esa estupidez ahora?

«Qué idiota. No tendría que haber dicho nada».

—No, es solo que ayer por la noche intenté abrir la puerta de mi cuarto y estaba cerrada. Si no fuiste tú, tuvo que ser la señora Rivard. Ya sabes que no me gusta y...

—¿La señora Rivard? ¿La sirvienta que tenemos en casa? Matilda, ¿has estado leyendo demasiadas novelas fantasiosas? —Le tiró de la mano—. Ven, voy a enseñarte una cosa.

Tilly dejó que tirara de ella por el sendero, al tiempo que le pedía perdón e intentaba explicar el motivo de su pregunta. «Lo siento. Me sentí atrapada. Me asusté. No te enfades». Pero él se limitaba a seguir tirándole de la mano, cruzando a grandes zancadas el camino, el vestíbulo, las escaleras y el pasillo hasta llegar a la puerta de su cuarto. Estaba cerrada.

—Mira —dijo Jasper.

—¿El qué?

Jasper señaló la puerta.

Ella miró.

—¿Ves una cerradura con llave? —le preguntó Jasper.

Y ella tuvo que admitir que no.

—No —logró decir. La mente le daba vueltas—. Pero intenté abrir y la manija no se movía, como si estuviera cerrada.



—Y sin embargo, como ves, no se puede cerrar.

A Tilly se le hundió el suelo bajo los pies. Y con él, todas sus certezas.

Jasper la miró muy serio.

—No es la primera vez que te imaginas cosas, Tilly.

—Yo habría jurado...

—Pero ¿qué clase de hombre te crees que soy? —Jasper levantó la mano y se la puso en el pecho—. ¿Qué clase de marido te crees que soy?

Tilly se ruborizó de la vergüenza.

—Oh, Jasper, lo siento. Yo... Lo siento de verdad, lo siento.

Jasper dejó caer la mano y dio un paso atrás.

—Tienes suerte. Hoy tengo muy buenas noticias y no estoy dispuesto a albergar resentimiento. Tengo una carta de un hombre de Dublín que quiere verme. Tiene a un cliente interesado en adquirir las baldosas que compré tan baratas. En cuanto me manden las muestras, iré a verlo y volveré siendo un hombre rico —le sonrió, con aquella sonrisa que le recordaba tanto a los meses en los que él la cortejaba; cuando era todo encanto y ojos brillantes—. Y entonces, mi querida Tilly, podremos empezar la vida que nos merecíamos desde el principio. Tienes que tener paciencia. Y quitarte de la cabeza esas imaginaciones tuyas.

Él soltó una risilla y ella se lanzó a sus brazos e intentó buscar alivio en la calidez de su cuerpo masculino.

—Nunca podrás perdonar mis tonterías —le dijo—. Ni siquiera puedo perdonarme a mí misma.

—Yo lo único que te aconsejo es que te quedes en casa y descanses. Está claro que sigues sufriendo por el fallecimiento de tu abuelo y nuestros problemas económicos te han causado cierta ansiedad. Por eso tu mente se está inventando cosas. Quédate en la cama y descansa. Intenta relajarte. Llamaré a un médico si crees que puede ayudarte. Creo que ahora ya podemos permitirnoslo.

—No, no —dijo Tilly—. No hace falta.

Aquella noche volvió a despertarse. No se oían ruidos ni voces. Solo la había despertado la curiosidad. ¿Se abriría la puerta? Se levantó, dio unos pasos y se arrepintió. Era una locura. La puerta no tenía llave. No estaba encerrada. Su marido era un hombre bueno y podía fiarse de él.

Se acercó a la ventana y la abrió. Entraba frío, pero no le importó. Era una noche clara, plagada de estrellas. El viento rugía entre las secuoyas y en la distancia se oían las olas que rompían en el mar. Debajo de la ventana estaba el

invernadero, y si lo necesitara, si algún día tuviera que escapar y la puerta no se abriera, podría encaramarse a la cornisa, saltar a una rama, de ahí a la otra cornisa, de ahí al tejado del invernadero, y de ahí al suelo...

Si algún día tuviera que hacerlo.

## OCHO

### EN LA DISTANCIA

Tilly y Jasper pasaron unos días tranquilos. Comían juntos, y luego él se retiraba a su habitación para seguir trabajando con sus números y ella también se dedicaba a sus cosas, al jardín, si hacía buen día, o a la biblioteca si llovía. Tilly se esforzaba por inferir amor y ternura de todo lo que Jasper decía y hacía: «Cariño», «Tilly, mi amor», o una leve caricia en el hombro o el cabello. Se esforzaba asimismo por no agobiarlo con demasiadas muestras de afecto, pues ya sabía que las demostraciones de cariño lo perturbaban, por lo que aprendió a ser juiciosa con sus sonrisas, templada en sus expresiones de estima y a reprimir las ganas de abrazarlo. Tan solo por la noche, cuando se despedían en las escaleras, Tilly insistía en ofrecerle los labios para un beso. Una vez tras otra, ella deseaba que se encendiera, que la estrechara contra él, que le diera un beso apasionado. Y una vez tras otra, él ponía sus labios en los de ella con frialdad, firmemente cerrados, y decía: «Buenas noches, Tilly».

Y cada uno se retiraba a su propia habitación, a su frialdad, a su cama vacía.

A veces Tilly lloraba desesperada, hundida en la almohada, gritando en silencio por lo injusto que era que su matrimonio fuese una decepción tan inmensa. Y otras veces conseguía reprimir todos sus sentimientos y hacer que la mente se impusiera. Él no quería niños todavía. Probablemente, sus dificultades económicas le afectaban como hombre. El tiempo que había transcurrido entre la boda y su llegada lo habían llenado de dudas, contra las que estaba luchando poco a poco, con tenacidad. El que ella no supiera ser tan paciente no significaba que él no lo fuera.

Aunque tampoco es que ella deseara el sexo de un modo obsesivo. Sentía curiosidad, desde luego, y deseaba a Jasper. Pero, por encima de todo, lo que realmente necesitaba era consuelo, un consuelo físico. El abuelo y ella no habían dejado pasar ni un solo día sin darse un abrazo, sin hacerse una caricia en el pelo o dar un paseo de la mano. Su pérdida la hacía sufrir, pero el haber perdido el

contacto humano era otro tipo de dolor, aún más profundo. Tilly necesitaba que Jasper la abrazara, pero no porque fuera una mujer desenfrenada que no soportara la virginidad, sino porque se sentía aislada y rodeada de frialdad. Una isla. Un lugar intermedio.

Tilly estaba en el jardín, preguntándose si aquel sería el último día lo suficientemente cálido como para poder trabajar allí fuera. El viento que llegaba del mar soplaba con fuerza y los rayos del sol no habían secado aún el rocío de la mañana. Se arrodilló sobre la vieja lona y limpió los arriates de lavandas. El cielo era un inmenso arco azul sobre ella, pálido y apenas caldeado por el sol. Intentaba no pensar en cómo lograrían combatir el frío del otoño, ni mucho menos el del invierno. Jasper no había ganado un penique durante meses. Todo dependía de la venta de las baldosas de granito al cliente de Dublín, y el cantero que le había prometido un negocio tan rentable llevaba una semana desaparecido.

—¡Tilly! ¡Tilly!

Era Jasper, llamándola desde la casa. Se levantó, se quitó los guantes del jardinero y esperó. Él estaba corriendo hacia ella, radiante de felicidad.

Se animó.

—¿Ya han llegado? —preguntó.

—¡Ya han llegado! Cuatro baldosas de granito, biseladas, limpias y listas para darles cera, por fin se ha decidido a mandármelas ese miserable de la cantera —dijo—. El precio era muy bueno, y aunque yo no tenía nada con lo que pagarle, no me asustan los riesgos. Acepté el préstamo del español y vendí tus joyas, y me avergüenzo de las dos cosas, pero ha valido la pena. El cliente de Dublín me pagará el triple de lo que me costaron. Esta tarde me voy, para llevarle las muestras y firmar los papeles. —Movió la cabeza con tristeza—. Y para cobrar el anticipo que nos hará respirar de nuevo. Lo siento. Lo siento.

—Yo juré estar contigo en la riqueza y en la pobreza —dijo Tilly—. Me alegro mucho, mi amor, mi marido.

Él se inclinó y le dio un beso en la frente con tanta ternura que a ella le dio un vuelco el corazón. Cerró los ojos y se apoyó contra él. Una ráfaga de viento sopló a su alrededor y enseguida se pasó. Tilly levantó la mirada hacia él.

Y lo vio. Ese gesto, esa expresión intermedia, ese sentimiento que se imponía antes de que Jasper consiguiera ocultar lo que realmente sentía. La misma expresión que había visto en la boda, y que ella había olvidado cuando su abuelo se desmayó. Pero acababa de verla otra vez. Una expresión de pena y...

¿Condescendencia? ¿Desdén? ¿O era... desprecio?

—¿Jasper?

—Hay viento —dijo él—. Hace demasiado frío aquí.

¿Debía admitirlo? ¿Que su corazón latía desbocado, cargado de incertidumbre? ¿Que había visto esa expresión en sus ojos, solo unas décimas de segundo, que le hacía temer que no la amara? No podía admitirlo. Él ya la consideraba propensa a arrebatos absurdos, y estaba empezando a dudar de sí misma. Sí, el viento estaba helado. Y a él no le gustaba estar allí fuera, ya se lo había dicho otras veces. ¿Por qué iba a asumir que aquel gesto de desprecio era por ella, y no por el viento?

Sencillamente, porque ya lo había visto antes.

Tilly se preguntó si Jasper tendría razón. El dolor por la pérdida del abuelo, el haberse mudado a un sitio desconocido, la ansiedad por el dinero..., quizá todo eso le estaba pesando tanto que su mente le estaba jugando una mala pasada.

Al entrar de nuevo en casa se prometió firmemente que jamás se permitiría mencionarle esos sentimientos a Jasper, que descansaría e intentaría serenarse, y que llamaría al médico si no los superaba. No estaba bien recelar de su marido. Eso no era lo que correspondía a la vida conyugal.



Jasper se marchó al tiempo que se acercaba un frente frío, arrastrando un cielo plomizo cargado de lluvia. Tilly estaba atrapada en casa. La primera vez que intentó salir para ir a dar un paseo por Saint Peter Port, el paraguas se le puso del revés y a los pocos segundos ya estaba empapada. Sus conversaciones con la señora Rivard eran monosilábicas y Jasper le había dado vacaciones a la señorita Broussard durante su ausencia. Dos sirvientas para una sola persona eran demasiado, le había explicado. De modo que, durante días, no habló con nadie. La casa estaba sumida en el silencio y la desolación. El cielo encapotado hacía que anocheciese antes y a ella le daba la impresión de vivir a la luz de las velas.

Con el jardín inundado, a Tilly no le quedó más remedio que volver a su otra ocupación: organizar los libros de la biblioteca. Fue sacándolos de uno en uno, estornudando de vez en cuando por el polvo. Los iba poniendo en el suelo y, después de apilarlos en el montón que les correspondía, los volvía a poner en las repisas de forma ordenada. Tenía las cortinas corridas de par en par, y aun así

seguía estando prácticamente a oscuras. Iba muy despacio, parándose a menudo para sentarse en el suelo y leer algún poema o recordar su parte favorita de algún libro. La lluvia caía sin cesar aporreando los cristales de las ventanas y el viento silbaba de un modo inquietante por los aleros. Tilly se preguntaba cómo le estaría yendo a Jasper, cuándo volvería a verlo. A veces, mientras cogía los libros de las repisas y los iba poniendo en el suelo, se imaginaba cómo sería su vida tras el cambio de su fortuna. Se imaginaba dando una fiesta como la de los Mornington. La casa estaría llena de flores y bonitas decoraciones, con todos los candelabros encendidos y una nueva lámpara de araña en el vestidor. La idea la hacía sonreír y deseaba con todas sus fuerzas que él ya estuviera allí.

A los ocho días dejó de llover. Cuando Tilly se despertó, la mañana estaba clara. El sol seguía bajo en el cielo, pero con un amarillo que transmitía alegría.

No se quedaría en casa.

Después de desayunar, se puso los zapatos más recios que tenía, los guantes, el abrigo de paseo y el pañuelo. Pensó en decirle a la señora Rivard que iba a salir, pero ella la miraría con indiferencia y ni siquiera se molestaría en darle un apático *adieu*, así que salió, se metió la llave en el bolsillo y embocó el sendero.

Tres metros por el bosque y supo que no podría continuar. El camino era un profundo charco de fango. Pero ella sabía que había otra forma de salir de las tierras de Jasper. Por un camino mucho más escarpado, un sendero que descendía por la ladera que pasaba por detrás de la casa. Volvió a Lumière sur la Mer, cruzó el jardín y salió por la cancela que daba al huerto de manzanos del vecino. La señorita Broussard le había hablado de aquel camino, pero ella nunca había salido por allí, de forma que recorrió atentamente el sendero que bordeaba la cerca, subió los escalones y comenzó a descender. Desde allí se veían las puntas de las rocas y la playa. Un camino de piedras llevaba al norte de Saint Peter Port y, por el sur, bajaba por la colina hasta el agua.

Se le antojó ir hacia el sur. Llevaba cinco semanas viviendo allí y todavía no había visto la playa. Además, con tanta lluvia y mal tiempo, estaba segura de que la arena estaría repleta de cosas interesantes.

Avanzaba con mucho cuidado. No había barro, pero algunas piedras estaban llenas de musgo. Era peligroso. No había árboles. El sol le picaba en los hombros. Se desató el sombrero y se lo quitó, disfrutando de la sensación de los cálidos rayos del sol sobre el pelo. Sabía que tenía que tener cuidado con el sol o le saldrían pecas, pero después de tantos días recluida en la casa, unas cuantas pecas tampoco sería un precio demasiado alto que pagar.

La brisa marina era suave, casi apacible. El rumor de las olas, reconfortante. Miró hacia abajo y vio dos figuras en la distancia. Un hombre y una mujer, en la playa. Él estaba sentado en una roca, y ella delante de él. Los dos estaban mirando al mar. Él la tenía abrazada por las caderas. Tilly sonrió ante aquella demostración de amor. Seguramente, muchos jóvenes saldrían a pasear aquel día, aprovechando el sol otoñal, muchos jóvenes como aquellos dos.

Su corazón lo supo antes de que lo vieran sus ojos.

Uno de ellos era Jasper.

Se paró, con la piel de gallina. ¿Volvían a ser imaginaciones suyas? Se frotó los ojos y miró de nuevo. Intentó pensar que no era él. Después de todo, le estaba dando la espalda. Jasper estaba en Irlanda. Jasper no estaba en la playa con las caderas de otra mujer entre los brazos. El hombre se levantó, deslizando las manos por sus pechos, estrechándola hacia él. Los dos seguían mirando al mar. A unos quinientos metros de ella.

Quinientos metros. Demasiado lejos para verlos con claridad.

La mujer se soltó y empezaron a pasear por la playa. Tilly avanzó, y enseguida empezó a caminar apresuradamente, resbalándose entre las piedras, desesperada por llegar hasta ellos. Porque lo había visto claramente: la mujer llevaba su abrigo. Su abrigo del ribete de visón. Por el cuello le sobresalían unos largos mechones pelirrojos que se le levantaban con el viento. Jasper la llevaba de la mano. Oh, sí, era Jasper. Cuanto más se acercaba, más segura estaba. Ya estaba corriendo, desesperada por llegar hasta la playa antes de que ellos doblaran la ensenada y los perdiera de vista.

Pero iba demasiado rápido y sin fijarse en dónde ponía los pies. Tropezó con una piedra, y al apoyar el otro pie resbaló con el musgo. Cayó hacia delante y aterrizó con fuerza sobre la muñeca izquierda. La caída en sí fue muy lenta, como si le estuviera pasando a otra persona. Pero el dolor en la muñeca la obligó a concentrarse. Era un dolor agudo y punzante.

Y al tiempo en que la atrapaba aquel horrible dolor, Tilly quedó atrapada en su matrimonio, en la isla, en la intensa y penetrante certeza de que su marido no la amaba. Porque amaba a otra mujer.



Se quedó tumbada en el suelo mojado un buen rato. El corazón le retumbaba en

los oídos. No se atrevía a mirarse la muñeca. Al final, levantó el brazo y fue moviendo los dedos de uno en uno. Luego intentó doblar la muñeca. Se movía de un modo extraño. Sintió una punzada de dolor y dejó escapar un grito.

Sin moverla, entonces. No podía moverla. Se incorporó lentamente y se puso de pie, poniéndose la muñeca por delante del pecho. La playa ya estaba desierta, así que miró hacia la colina, al tiempo que sentía las punzadas en la muñeca.

Y comenzó a subir, con mucho más cuidado de como había bajado.

Empezó a imaginarse la solemne y fría lección que le daría a su marido cuando regresara a casa. Sobre los juramentos nupciales y cómo lo juzgaría Dios. Y pensar que Jasper no la tocaba, no compartía su cama con ella, y sin embargo había ido a encontrarse con esa otra mujer, a la que tocaba con tanta... confianza. De pronto se dio cuenta de que estaba llorando, con la boca abierta como una niña chica, con la cara llena de lágrimas y moco. Se paró, respiró varias veces y se secó las mejillas y la boca con un pañuelo. El corazón le retumbaba en el pecho por el esfuerzo de la subida, le dolía la muñeca y en la cabeza se le arremolinaban un tropel de pensamientos y frases sueltas. «¿Cómo has podido? ¿Quién es? ¡Mi abrigo!».

Siguió subiendo por el sendero. Tenía que llegar a casa, tenía que meterse en la cama, tenía que dejar la muñeca en reposo, tenía que esperar a que Jasper terminara con su amante y volviera a casa. Y entonces él tendría que afrontar su furia.



Pero él no volvió. Pasaron las horas y Jasper no llegaba. ¿Cuándo se había bajado del barco? ¿Cuánto tardaba en... complacer a aquella mujer? ¿Por qué no volvía a casa, con su esposa?

La señora Rivard tocó la campana para la cena y Tilly se quedó en su habitación. No tenía hambre y la muñeca le dolía demasiado como para levantar un tenedor. Vio horrorizada cómo se le hinchaba hasta alcanzar casi el doble de su tamaño. Encontró una funda de almohada limpia y la dobló hasta que pareciera una venda, y con la mano buena y los dientes, se la ató alrededor de la muñeca con fuerza. Necesitaba a un médico, pero no quería llamarlo. Quería que Jasper volviera a casa, tarde y culpable, y se la encontrara allí herida y rabiando de dolor. A lo mejor así se arrepentiría de lo que había hecho.



Llegó la noche, pero él no. Un pensamiento más doloroso y oscuro: ¿y si no se había ido nunca? ¿Y si se había inventado toda aquella historia solo para estar con la otra mujer? Tilly oyó a la señora Rivard que salía por la puerta. La casa se quedó en el grotesco y tétrico silencio al que había tenido que acostumbrarse la semana anterior. No encendió ninguna vela, apenas se movió, solo esperaba poder dormirse y descansar, pero no lo consiguió. Entre una pequeña cabezada y algún momento de quietud, se le fue casi toda la noche entre un remolino de pensamientos, las punzadas de la muñeca y el terrible dolor de saber que él no estaba en su cama porque estaba en la de otra mujer.

Justo antes del amanecer se despertó sobresaltada, asombrada por haber sido capaz de dormir algo. Las cortinas seguían descorridas y el cielo estaba perdiendo su profunda oscuridad. Se oyeron unas pisadas por las escaleras, pero era demasiado temprano para que la señora Rivard estuviera allí. O sea, que Jasper estaba en casa.

Tilly se levantó de la cama, ignorando la terrible punzada de la muñeca, corrió por el pasillo y se lo encontró al fondo de las escaleras.

—¿Qué te ha pasado en la muñeca? —le preguntó señalando la funda de la almohada.

—¿Dónde has estado? —le gritó. Tenía los ojos rojos y la furia rebosó a borbotones—. ¿Qué horas son estas para volver a casa?

Jasper la miró con la boca abierta, parecía que iba a contestar, pero ella se lo impidió.

—¿Quién es esa mujer? ¿Te crees que soy idiota, que voy a aceptar cualquier tipo de infidelidad? ¡Y pensar en todas las veces que me he acercado a ti buscando tu cercanía física solo para que me rechazaras y me juzgaras! ¡Me juzgaras! ¡Tú a mí! ¡Y mientras tanto tú estabas...!

Jasper levantó la manos.

—¡Calla! —rugió, y Tilly habría sido capaz de jurar que toda la escalera, y toda la casa, tembló con la fuerza de sus palabras—. ¡Calla, estúpida! Pero ¿qué estás diciendo?

—¡Te he visto! —gritó entre lágrimas—. Te vi con esa mujer. Ella llevaba mi abrigo, ¡el que tú dijiste que tenías que vender! Te vi con ella en la playa ayer por la tarde.

—Tilly, hace veinte minutos que llegué con el barco de vapor que viene de Dublín. —Su cara era como un libro abierto: parecía desconcertado, ofendido. Inocente.

Tilly se tragó un sollozo. Daba hipidos, le ardían los pulmones intentando respirar.

La rabia se estaba retirando de sus venas, dejándolas totalmente heladas y a ella aterrorizada.

—¿Qué? —dijo en voz baja.

—El barco de Dublín. Me he pasado toda la noche en el mar. Apenas he conseguido pegar ojo, he tenido que recorrer varios kilómetros andando para llegar hasta la casa y... ¿Qué es todo esto? ¿De qué me estás hablando?

—Te vi —repitió. «Quinientos metros es mucha distancia»—. O por lo menos... creí que eras tú.

La miró de arriba abajo.

—Y aquí estás, llena de barro y con manchas de hierba. ¿Esa es la ropa de ayer? ¿Eso es lo que se supone que me tengo que esperar de mi mujer, que sale a recibirme después de haber hecho un viaje tan largo para asegurarnos un techo sobre la cabeza?

Con un rápido movimiento, Jasper se acercó a ella, la levantó como si fuera una muñeca y se la echó al hombro.

—¡Suéltame! —gritó.

—Es evidente que has perdido la cabeza —replicó Jasper mientras la llevaba a su habitación.

La soltó en la cama y ella gritó de dolor cuando la mano fue a caer sobre el colchón.

Jasper la señaló con el dedo.

—Duerme. Y piensa en lo que me has dicho.

Salió dando un portazo. Tilly levantó la mano con cuidado y se apretó la funda de la almohada donde se había aflojado. Y entonces oyó algo raro en el pasillo y un ruido sordo en la puerta.

Se acercó e intentó abrirla. La manija no se movía. Pero sabía que no tenía llave. La realidad se tambaleó. ¿Era verdad que estaba perdiendo la cabeza? ¿Cómo la había encerrado sin llave?

Se acuclilló en el suelo y miró por la rendija que se formaba entre la puerta y el parque. Se veían las patas de una silla, así que la había encerrado. La manija no se movía, como la otra vez. Y lo había hecho rápidamente y con facilidad, como si ya lo hubiera hecho antes.

Le mintió cuando le dijo que no la había encerrado. Era un mentiroso.

¿O era otra vez la ira, que podía con ella? «Las mujeres no deben

encolerizarse y chillar».

Tilly volvió a la cama y se tumbó de lado, mirando hacia la ventana con ojos rojos. Intentó recordar con más detalle lo que había visto el día anterior, pero las figuras ya se estaban disolviendo en el recuerdo, convirtiéndose en arena. Mechones dorados y un hombre que abrazaba la cintura de una mujer con ternura. Eso era lo único que recordaba con seguridad. ¿De verdad había salido corriendo detrás de ellos por un camino tan escarpado, sobre piedras resbaladizas, creyendo que no se haría daño? Tilly cerró los ojos, desesperada y desolada, dándose cuenta de que ya no era capaz de distinguir lo que era real de lo que era un mero producto de la imaginación.



Se despertó unas horas más tarde, cuando la puerta se abrió con suavidad. Se volvió, esperando ver a Jasper con actitud amable y cara de preocupación. La cara que vio parecía preocupada y amable, pero no era la de Jasper.

—¿Señora Dellafore? —dijo—. Soy el doctor Hunt.

Tilly se incorporó y se sentó con cuidado para no hacerse daño en la mano. El médico puso un gran maletín de cuero al lado de la cama.

—Siéntese en el borde de la cama para que pueda verla.

—¿Quién le ha llamado? —quiso saber Tilly mientras se sentaba donde él le había dicho.

—Su marido, por supuesto. Está preocupado por usted.

—Ah, ¿sí?

El doctor Hunt no contestó. Muy despacio, le desató el vendaje que se había hecho con la funda de la almohada. Aunque la hinchazón había bajado un poco, a Tilly le impresionó ver que el cardenal de la muñeca se hubiera extendido tanto y estuviera tan negro.

—¿Puede moverla? —le preguntó el médico.

Tilly asintió.

—Por favor, no me pida que lo haga.

—La creo —le dijo sonriéndole y mirándola con su espeso bigote gris.

Tilly pensó que se parecía a Papá Noel.

—¿Puede mover los dedos?

—Sí.

—¿Le duele cuando la levanta sin moverla o todo el tiempo?

Tilly levantó el brazo sin mover la muñeca.

—No, solo me duele si la muevo.

El médico extendió la mano y le dio un golpe ligero en el brazo.

—¿Le ha dolido?

—Un poco. No mucho.

—No creo que esté fracturada, debe de ser una contractura fuerte. Se la voy a vendar bien y es importante que guarde reposo durante una semana como mínimo.

—Entonces, ¿no la puedo mover para hacer nada?

—Es la muñeca izquierda, así que puede tomar sopa y pan. Me han dicho que la señora Rivard hace una *vichyssoise* espectacular. —Abrió el maletín, sacó un frasco plateado y se lo dio—. Es *brandy* —dijo—, para el dolor.

Tilly dio un trago y enseguida notó el ardor en la garganta. Se le pusieron los ojos llorosos y tosió.

—El reposo no es solo para la mano —añadió el doctor Hunt al tiempo que sacaba la venda y empezaba a colocársela con firmeza alrededor de la muñeca.

Tilly hizo un gesto de dolor.

—Lo que le estoy pidiendo es reposo absoluto, es decir, que guarde cama durante una semana al menos. La semana que viene vendré para ver cómo está. Su marido me ha contado cómo se hizo esto. No es la primera vez que veo algo así. Las mujeres no están preparadas para la soledad de la isla, y además usted está recuperándose de la pérdida de su abuelo. Venga, tome un poco más de *brandy*.

Tilly se humedeció los labios de mala gana. El doctor Hunt puso el dedo debajo del frasco y lo levantó de forma que el líquido le llenara la boca. Ella se obligó a tragárselo creyendo que se iba a ahogar, y esta vez el ardor le llegó hasta el estómago.

—Venga, otra vez.

Tilly se armó de valor y dio otro trago. Empezó a sentirse mareada.

El médico cogió el frasco y lo cerró.

—Enseguida se sentirá mejor —la animó mientras lo dejaba encima de la mesita de noche—. Vaya dando tragos de vez en cuando, así estará más tranquila. Estoy seguro de que el señor Dellafore se encargará de rellenárselo.

El doctor Hunt hizo amago de levantarse, pero Tilly le cogió la muñeca con la mano buena.

—Por favor —le dijo—. Jasper me tiene aquí encerrada. No puedo soportarlo.

Frunció el ceño. Un Papá Noel preocupado.

—Hablaré con él.

—Temo que... —empezó a decir bajando tanto la voz que se convirtió en un susurro.

—¿Qué?

—Que no es el hombre... No sé si es el hombre que yo creía que era.

—Eso no tiene sentido —dijo el médico mientras se ajustaba el cinturón—. Mire, esa es precisamente la razón por la que necesita descansar. Dentro de una semana se sentirá mucho mejor. Acuérdesse de lo que le digo.

Y dicho esto, se fue, dejando la puerta abierta. Se oyeron los crujidos de los escalones mientras bajaba. Tilly se acercó a la puerta para escuchar, aunque apenas se mantenía en pie. El doctor Hunt tenía razón. Todas sus penas parecían mucho más leves con el *brandy*.

—Reposo absoluto durante una semana. Asegúrese de que le suban las comidas. Y por el amor de Dios, no le cierre la puerta. Ya está bastante angustiada como está.

—Por supuesto —contestó Jasper con educación—. Yo me ocuparé de ella.

La puerta se abrió y se cerró, y Tilly se quedó sola en la casa con Jasper.



Pasaron los días y la niebla se instaló al otro lado de la ventana. Tilly seguía en la cama, llorando muchas horas al día por la vida que había dejado atrás, por la pérdida del abuelo y por la angustiada incertidumbre de su nuevo mundo. Jasper, que seguía enfadado por su exabrupto, iba a verla solo una vez al día para llevarle el *brandy* y se negaba a dirigirle la palabra, exactamente igual que la última vez que lo había molestado. Tilly terminó por acostumbrarse al sabor fuerte de la bebida, pero no al recalcitrante rechazo de Jasper ni su obstinación en no hablar con ella ni contestar a sus preguntas. Los llantos y las demostraciones de ira no servían para nada, si no era para dejarla con la cara encendida de rabia y el corazón en lágrimas.

Aparte de Jasper, solo veía a la señora Rivard cuando le llevaba las comidas, con el mismo silencio. Aun sin palabras, el modo en que la juzgaba resultaba

evidente: Tilly era una histérica, una carga molesta. Tilly se sentía aliviada cuando la oía marcharse todas las tardes, después de dirigirle a su marido una alegre despedida, a la que él siempre contestaba. Todas las noches, Jasper y ella se quedaban solos en la casa, a oscuras. El doctor Hunt la había condenado a la cama y Jasper no veía ninguna razón para ir a verla. Era como si la casa fuera una isla, y ellos seguían rutas de navegación completamente distintas a su alrededor.

Por eso se sorprendió tanto cuando una mañana Jasper entró sin llamar y se plantó delante de la puerta. Llevaba una carta en la mano y la apretaba con tal fuerza que tenía los nudillos blancos.

La curiosidad se esfumó ante el miedo que le provocaba su expresión. Tilly estaba a punto de preguntarle qué pasaba cuando él tiró la carta encima de la cama. Ya estaba abierta.

—Hay correo para ti —le espetó.

Tilly estaba demasiado desconcertada en ese momento como para preguntarle por qué había abierto la carta si era para ella. La dirección del remitente era la de su antigua casa. Se la mandaba Godfrey. Sacó el papel y lo extendió para leerlo. Mientras tanto, Jasper había abierto su armario de par en par y estaba empezando a sacar toda su ropa y tirarla sobre la cama.

—¿Qué estás haciendo? —le preguntó, tan asustada como indignada.

—¿Dónde está?

Tilly sabía a lo que se refería. El corazón le martilleaba el pecho cargado de remordimiento.

—¿Dónde está, el qué?

Él empezó a rebuscar en la última balda del armario. Sacó cajas llenas de antiguas postales, cartas y fotografías del abuelo, las volcó y lo tiró todo por el suelo. Tilly se levantó de la cama e intentó recogerlas con la mano buena, pero él ya estaba revolviendo en los cajones de la cómoda, sacando y tirando al suelo corsés, medias, peines y horquillas.

—¡Para! —le gritó.

—Lee la carta —contestó Jasper con brusquedad sin dejar de revolver entre sus cosas.

Tilly la leyó:

Prima Matilda, no me tomes por tonto. Pamela y yo nos hemos pasado muchas horas en la casa del viejo catalogando todos los bienes. La cantidad

de cosas que faltan es impresionante. ¿De verdad creías que no me iba a dar cuenta?

Seguía una lista con todas las cosas que el abuelo había metido en el baúl, las que Jasper y ella ya habían vendido. Tilly no se sentía culpable. Todo aquello eran regalos que su abuelo le había hecho cuando aún vivía, cuando todo era suyo y tenía plena libertad para regalárselo a quien quisiera, de forma que le escribiría para decírselo exactamente así. Pero, entonces, ¿por qué Jasper seguía rebuscando en su habitación? Siguió leyendo:

Luego está el asunto de las doscientas treinta y tres libras en billetes de banco que Pamela vio en una caja de puros que estaba en la repisa de la chimenea la última vez que estuvo aquí. Ya te puedes imaginar cómo se ha sentido al ver que también nos has robado eso.

La cabeza le dio vueltas. Pamela sabía cuánto dinero había en la caja, mientras que ella ni siquiera lo había contado. ¿Qué clase de personas eran, que se ponían a examinar todas las pertenencias de un anciano pocas semanas antes de su muerte?

Ahora, por lo menos, ya sabía qué estaba buscando Jasper en su habitación.

—Jasper, para —le dijo sin levantar la voz pero con tono firme—. Supongo que estarás buscando el dinero.

—Por supuesto que estoy buscando el dinero. Estamos casados. Yo tengo deudas y tú dinero. No puedes quedártelo para ti sola.

—No está aquí —replicó, y con más énfasis en la voz, añadió—: No me dio ningún dinero. Todo lo que me dio ya lo hemos recibido y vendido.

Jasper se paró y se volvió hacia ella con un zapato en la mano.

—Entonces, ¿por qué Godfrey cree que lo tienes tú?

—Porque él es así, y además se ha casado con una mujer horrible... —A Tilly se le quebró la voz nada más que de pensar que estaban viviendo en la casa del abuelo, paseándose por los pasillos, por las habitaciones, por todos los lugares que antes le eran tan familiares y había tenido que dejar atrás—. Si el abuelo tenía ese dinero allí, a lo mejor era porque tenía intención de usarlo. O quizá pensó en dárselo a alguien, como la pobre Granger, a la que Godfrey ya habrá dejado en la calle.

Jasper soltó el zapato y, sin pedir disculpas, se dio media vuelta y se fue.

—Jasper —le dijo Tilly mientras se metía en la cama—. Yo no puedo recoger todo esto. Se supone que no puedo mover la muñeca. Tendrás que ayudarme.

Pero el silencio había vuelto. Y allí la dejó, cerrando la puerta tras de sí.

Tilly miró el desorden a su alrededor y decidió que volvería a la cama, como el médico le había dicho. Se tomó un poco más de *brandy*. Ya se había acostumbrado. La carta de Godfrey seguía en la cama. La cogió y la leyó hasta el final.

En pocas palabras, los dos consideramos que tu falta de honestidad es una terrible traición para con nosotros y una muestra de terrible ingratitud ante el abuelo, que ya le dio mil doscientas libras a Dellafore como regalo de bodas. Pamela insiste en que tendríamos que acudir a la policía, pero nuestro abogado nos ha aconsejado que no lo hagamos. Por consiguiente, supongo que puedes sentirte orgullosa por tu hazaña. Pero eso sí, que te quede bien clara una cosa: jamás serás bienvenida en esta casa.

Tilly dobló la carta. No sabía que el abuelo le hubiera dado tanto dinero a Jasper, aunque sabía que algo le habría dado como dote, por supuesto. ¿Qué había pasado con esas mil doscientas libras? Se incorporó con la intención de ir a buscar a Jasper y preguntarle, pero después se lo pensó mejor. Su marido no le dirigiría la palabra. Tendría que esperar a que volviera a hablar con ella.

Mientras observaba todas sus cosas tiradas por el suelo se le ocurrió que podría volver a meterlo todo en el baúl y, sencillamente, marcharse. Escapar de todo aquello. Pero no, ella había hecho un juramento ante Dios y lo respetaría.

Volvió a tumbarse en la cama. Estaba harta de ver el interior del baldaquín, y sin embargo allí era donde seguía clavando la mirada mientras continuaba dándole vueltas a la situación. El abuelo le había confesado que había sido él el que le había buscado a Jasper y que lo había organizado todo para que pareciera que se habían conocido por casualidad. ¿Qué tipo de acuerdos habrían hecho? ¿El abuelo le había ofrecido dinero a Jasper a cambio de que se casara con ella? No, no pudo ser así. El abuelo tenía que saber que eso la abocaría, sin duda alguna, a una vida completamente infeliz. ¿O habría sido Jasper el que había engañado al abuelo, con su porte elegante y sus buenas maneras, para hacerle creer que era un marido mucho más adecuado para ella de lo que era en realidad?

Suspiró. Nada de eso era lo más importante en aquel momento. Lo primero



era conseguir que su marido volviera a hablarle, y que lo hiciera con cariño y ternura. Tenía que ganarse su confianza, hasta el punto de poder expresarles todas sus dudas. Pero en aquel momento, el cariño y la ternura no parecían ni remotamente posibles.



Jasper tardó otros seis días en volver a dirigirle la palabra. Y lo hizo sin motivo alguno, o por lo menos sin ningún motivo que ella pudiera entender. Le llevó el *brandy* una tarde y dijo:

—El doctor Hunt está muy satisfecho por cómo procede la curación de la muñeca.

Tilly intentó no dar muestras de asombro y se limitó a moverla.

—Sí, yo también.

—Los Mornington nos han invitado a cenar esta noche, pero ya les he dicho que tú no podrás ir. Hasta que no te recuperes del todo tendrás que seguir exactamente donde estás. De todas formas, yo iré.

—Yo ya estoy bien —le dijo—. Por favor, déjame acompañarte. Estoy cansada de estar siempre en la cama.

—He notado que desde que estás en la habitación no tienes más arrebatos de histeria ni te imaginas cosas donde no las hay —replicó con aire de superioridad, al tiempo que las comisuras de la boca se le torcían bajo el bigote—. De modo que te quedarás donde estás.

Tilly le dio un sorbo al *brandy*. El líquido que le quemaba la lengua la ayudaba a reprimir la rabia que siempre estaba al acecho.

—Ahora que ya tienes la mano mejor —prosiguió—, voy a tener que despedir a la señora Rivard. No nos queda dinero para pagarle —dijo—, así que vas a tener que encargarte de las tareas de la casa y la comida.

—No nos queda... pero ¿y tu viaje a Irlanda?

—Sigo esperando el dinero. No tardará mucho.

Tilly lo observó atentamente, deseando saber si podía creerle o no.

—¿Por qué me miras así? —protestó Jasper.

Ella se esforzó en sonreír.

—¿Es que una esposa no puede mirar con admiración al hombre que ama?

La expresión de Jasper cambió e incluso pareció que iba a sonreír. Por unos

instantes, Tilly se llenó de esperanza. Se acordó de la época en la que él la cortejaba, de la amabilidad y ternura que leía en su rostro. ¿Aquel hombre seguía allí, oculto en el interior de un marido cada vez más irritable e irascible? ¿O siempre había sido irritable e irascible, pero había sabido suavizar esos sentimientos para engañar a un anciano dispuesto a pagarle para que se casara con su nieta?

No podía existir un hombre tan ambicioso en el mundo.

—Jasper —le dijo—, dime la verdad. El día en que nos conocimos, ¿fue por casualidad? Lo digo porque siempre he tenido la impresión de que el abuelo pudo organizar el encuentro de algún modo. Al fin y al cabo, yo siempre fui muy reacia a aceptar a los potenciales maridos que él me presentaba.

—Pues claro que fue por causalidad —dijo, con una expresión digna de un hombre abierto, honesto y sincero.

«Dios mío, qué bien sabe mentir».

—Y nos enamoramos y nos casamos muy pronto —añadió—. Demasiado pronto. Como dos idiotas. —Apartó la mirada de ella—. Si quieres saber por qué se han enfriado mis sentimientos por ti, no tienes más que pensar en cómo te has comportado durante las últimas semanas.

Tilly se mordió la lengua.

—Pero tenemos que salir adelante —continuó—, y eso implica prescindir del servicio durante un tiempo.

Tilly pensó en el dinero que tenía en el cobertizo del jardín. Si se lo daba, ¿cuánto duraría?

—Pero, por ahora, descansa —dijo y señaló el vaso de *brandy* que le había llevado—. Y no te olvides de tomarte tu medicina. Hablaré con la señora Rivard.

Tilly se bebió el *brandy* mientras él se iba. Después, se sentó delante de la ventana y contempló las copas de los arrayanes que se mecían con el viento a lo largo de la cerca. El doctor Hunt había sido muy claro con ella: no podía dejarse llevar por la histeria, tenía que descansar y dejar de imaginarse historias terribles o su salud empeoraría. Pensar que su marido se había casado con ella por dinero al tiempo que vivía una aventura con otra era el tipo de delirio histérico que tenía que apartar de su mente.

Y, sin embargo, Tilly seguía sospechando que era verdad.



Tilly se despertó en plena noche. Le retumbaba la cabeza. Demasiado *brandy*. Ya no lo necesitaba para el dolor de la muñeca, pero le parecía una buena medicina para el dolor en el corazón y Jasper se lo llevaba con gusto cada noche. Él no bebía nunca. Estaba siempre completamente sobrio. A lo mejor, si hubiera sido un bebedor, a ella se le habría hecho más fácil pensar que era un mentiroso y un mujeriego. Pero Jasper era absolutamente, casi cruelmente, racional.

Oyó un ruido en el pasillo, como si alguien estuviera intentando pasar sin que se notara. Pensó que sería Jasper, pasando de puntillas con la esperanza de que ella no se despertara y empezara a echarle en cara cualquier otra cosa. Pero luego se oyó otro ruido distinto, como si estuvieran arrastrando algo por el suelo. Se incorporó y escuchó atentamente. La manija traqueteó, se oyó como una rozadura y un golpe seco, y los pasos se alejaron.

De pronto se sintió abatida. Se acercó a la puerta. La manija no se movía. La había vuelto a encerrar.

Pero ¿por qué?

Se arrodilló, apoyó las manos en el suelo y miró por debajo de la ventana. Todo estaba oscuro. Se quedó un momento inmóvil, aguzando el oído. Oyó la voz de Jasper, atenuada por las paredes de madera. O sea, que tenía compañía. Se le puso la piel de gallina. Esperó, con todos los sentidos alerta.

Y esperó.

Entonces llegó la confirmación: el tono ahogado y agudo de una risa de mujer.

La amante de Jasper estaba en la casa con él. Mientras su mujer estaba prisionera en su habitación.

Le hirvió la sangre con tal furia, rabia e indignación que llegó a asustarse. Hasta entonces había podido dudar de sí misma, había podido luchar contra sus peores miedos, había podido aceptar las mentiras de Jasper. Pero aquello... aquello era la confirmación.

Todos los nervios y tendones de su cuerpo luchaban por mantener a raya la rabia que estaba a punto de hacerla saltar en mil pedazos. Le entraron ganas de derrumbar las paredes a puñetazos, arrancarse la venda a tirones, echar la puerta abajo a patadas, empezar a pegar alaridos de cólera hasta dejarlo sordo. En cambio, se dejó caer completamente en el suelo, bocabajo, y apretó los dientes para que no la oyeran llorar.

## NUEVE

### EL ABRIGO DEL RIBETE DE VISIÓN

Tilly ya había pasado demasiado tiempo allí dentro. Ya había descansado lo suficiente. Ya había bebido suficiente *brandy*. Ya había pasado demasiado tiempo prisionera de su propia mente. Tras una noche de sueños intermitentes, se encontró la puerta de nuevo abierta y se preguntó cuándo habría ido Jasper a quitar la silla. ¿Cuándo se había ido la mujer?

Se lavó las manos y la cara, se vistió y bajó las escaleras. No se veía a Jasper por ninguna parte. La señora Rivard acababa de sacar el desayuno, pero en lugar de saludarla, Tilly se dirigió hacia la puerta principal.

—¿Adónde va? —le preguntó la señora Rivard.

—No lo sé —le contestó.

—El señor Dellafore dejó claro que tenía que quedarse en su habitación.

Tilly la ignoró y cerró la puerta al salir.

Y echó a andar. Recorrió el camino de entrada, cruzó la cancela, bajó la pequeña cuesta de grava y se adentró en el bosque. Siguió caminando y sintiendo el cuerpo en movimiento. La sangre le corría por las venas, la mente se calmaba un poco. Paso a paso se movía por el mundo, bajaba hacia los farallones de Saint Peter Port, donde había otros seres humanos, entre las calles ventosas rebosantes de ruido y movimiento. Llegó a Le Paradis, la zona en la que vivían los Mornington, y se paró un momento a pensar.

Ralph y Laura habían sido muy amables. La habían recibido muy bien y Laura le había dicho que podía contar con ella para lo que fuera. Y en aquel momento, necesitaba desesperadamente hablar con alguien.

Por un instante, dudó. Si Jasper llegara a enterarse...

Pero le daba igual. Le daba exactamente igual. Jasper la había tratado muy mal. Su amor por él se había convertido en amargo resentimiento. No sabía lo que le deparaba el futuro, no sabía lo que Jasper se esperaba de su vida juntos ni qué quería de ella, aparte de tenerla ocupada con las tareas de la casa y encerrada

en su habitación cuando su presencia le incomodara. Aquello no era un matrimonio, era una novela de terror. Ya solo le faltaba una habitación llena de cadáveres de antiguas esposas.

Tilly se encaminó hacia la casa de los Mornington, subió los grandes escalones y llamó a la puerta con determinación.

Una sirvienta acudió a abrir. Tenían servicio en casa. Tilly recordó haberlo tenido.

—¿Sí, señora? —dijo la mujer.

—Estoy buscando a la señora Mornington. ¿Está en casa? Soy Matilda Dellafore.

La sirvienta asintió, reconoció el nombre.

—Un momento, señora.

Tilly esperó, apretando el borde de los guantes, mirando a su alrededor. La casa de los Mornington estaba bien cuidada. Así era como se suponía que tenía que estar la suya. Eso era lo que ella siempre había conocido, para lo que la habían criado, no la lúgubre existencia en la que había caído.

Laura Mornington salió y la cogió del brazo.

—¡Tilly! Cuánto me alegro de verte, y qué sorpresa. Jasper dijo que seguías muy enferma.

—No estoy enferma ni lo he estado. Solo me hice daño en la muñeca, pero ya estoy harta de estar en casa. —Tilly se dio cuenta de que las palabras le estaban saliendo solas—. Estoy desesperada, no sé... —Le faltó la respiración.

Laura arrugó el ceño. La estrechó contra ella y, mirando por encima del hombro, dijo:

—Myra, limonada en el jardín. Lo más rápido que puedas, por favor.

Se inclinó un poco hacia atrás y miró a Tilly a los ojos.

—Ahora nos vamos a sentar al sol, tomamos un poco de aire fresco y me cuentas lo que me quieras contar.

Tilly estaba tan agradecida que le temblaron las rodillas.

—Gracias —susurró—. Gracias.

Laura la cogió del brazo y cruzaron la casa. Salieron a la parte de atrás, a un patio de césped rodeado de vallas. En una esquina se alzaba una gran cancela, entre arbustos de verónicas y lavandas. Entre los barrotes, Tilly vio otra calle estrecha con altas paredes de cemento cubiertas de enredaderas. Era tan estrecha que apenas había espacio para que pudiera pasar una persona andando. Laura le pidió que se sentara en una de las sillas de hierro forjado que hacían juego con la

mesa de jardín, y ella se acomodó enfrente. Los rayos del sol le iluminaban la cara y el pelo con reflejos níveos.

—Tienes que contármelo todo, cariño —le dijo.

Tilly respiró hondo.

—Jasper... es... —No encontraba las palabras adecuadas para explicar algo tan privado—. Jasper tiene una amante.

Laura no parecía sorprendida.

—Lo sé —dijo.

Y de pronto se sintió aliviada, realmente aliviada, por haber encontrado a alguien que la creyera, que no se lo negara, que no le ofreciera *brandy* diciéndole que era una histérica.

—Muchas esposas se encuentran en tu misma situación —dijo Laura—. Y muchas de ellas deciden ignorarlo.

—Yo creía que me quería.

—Puede que os quiera a las dos.

A Tilly se le encogió el corazón nada más que de pensarlo.

—Me encierra en mi habitación. Nunca me habla con amabilidad. Creo que se casó conmigo por el dinero que le ofreció mi abuelo.

Laura asintió, sin dejar de mirarla a los ojos.

—Conocemos a Jasper desde hace mucho tiempo. Es un hombre inteligente y encantador, y siempre me ha parecido bien educado y bromista. Cuando nos dijo que se había casado contigo, nos alegramos mucho por él. Desde que lo conocemos, y hace ya muchos años de eso, siempre ha tenido altibajos con el dinero. No creo que se haya casado contigo por eso. Nunca ha estado tan desesperado como para usar a nadie con tanta crueldad. —Laura se inclinó y le puso la mano en la rodilla—. Su situación económica mejorará. Siempre lo hace.

La amabilidad de Laura le impresionó y se le llenaron los ojos de lágrimas.

—Pero ¿cómo voy a soportar... sabiendo que está con otra mujer? ¿Quién es? ¿Por qué ella?

Laura dobló la cabeza, miró hacia atrás y señaló una de las ventanas de la planta baja. Volvió a mirar a Tilly y bajó la voz.

—Desde hace dos años, Jasper nos paga un pequeño alquiler para que una de nuestras empleadas tenga su propia habitación.

—¿Qué? Pero si no tiene dinero.

—Nos debe varios meses de alquiler.

—¿Quién es? —dijo Tilly, pensando en la mujer que le había abierto la

puerta. Pero de pronto lo entendió. La pelirroja—. ¿Chantelle?

—Ah, aquí está la limonada.

Mientras la sirvienta ponía la bandeja en la mesa, Tilly observó la ventana que Laura había señalado. La segunda empezando por el final, la que no tenía macetas. A lo mejor no podía poner flores para que Jasper pudiera entrar y salir. Se le revolvió el estómago. Sintió un retortijón. Se levantó de la silla, pero Laura la cogió del brazo y la obligó a sentarse otra vez. La sirvienta la miró extrañada.

—Gracias, Myra, no vamos a necesitar nada más —le dijo Laura con educación.

Luego se volvió hacia Tilly y le echó un poco de limonada en el vaso.

—Toma —le dijo—, te sentará bien.

Una ráfaga de viento helado que se había levantado del mar silbó entre los setos de la valla. Tilly se tomó el zumo de un trago. Amargo y suave a un tiempo. Pero no le hizo sentir mejor.

Laura se tomó el suyo a pequeños sorbos. Cuando terminó, lo apartó y le cogió la mano.

—Tilly, una vida sin marido no es vida. Y la vergüenza de escapar de un matrimonio... ¿Qué vas a hacer? No tienes familia con la que volver, Jasper ya nos lo ha contado. ¿No serías capaz de pasar por encima de todo eso? Ya sé que ahora mismo te sientes fatal, pero a lo mejor conseguirías acostumbrarte. Cuando Jasper vuelva a tener dinero y Lumière sur la Mer empiece a parecerte un lugar más acogedor, seguramente te sentirás más cómoda.

—¿No se supone que hay que buscar algo más que eso? Podría haberme casado con cualquiera de los viejos que me presentó mi abuelo y me habría sentido «cómoda». Pero lo que yo esperaba era ser feliz.

—Las expectativas son el enemigo de la felicidad —repuso Laura, al tiempo que apartaba los dedos fríos de la mano de Tilly. Las ramas de las magnolias que se agitaban con el viento creaban sombras a su alrededor—. Si me necesitas, ya sabes dónde estoy. Puedes venir a verme cuando quieras, aunque solo sea para llorar. Yo siempre estaré aquí para escucharte —dijo, y añadió susurrando—: Sé por lo que estás pasando.

Tilly levantó la mirada.

—¿Ralph?

Laura apretó los labios, pero sonrió. Tilly notó cómo se le marcaban las arrugas alrededor de los ojos y los labios.

—Bueno —dijo—, fue hace mucho tiempo.

—Cuéntamelo, por favor.

Tilly necesitaba oír que no era la única persona que sufría de aquel modo.

—Los niños eran pequeños. Yo nunca le dije nada. Hacerlo solo habría provocado una discusión, e incluso habría podido echarme de casa. Si tenía que irme, quería ser yo la que decidiera cómo y cuándo. —Se encogió de hombros—. Ya han pasado doce años y he superado todo aquel dolor. Ralph y yo somos felices. Sus amantes nunca pueden retenerlos. Sus esposas, sí.

Pero Tilly se resistía con todas sus fuerzas. Todo su cuerpo y toda su mente insistían en seguir aferrándose a la idea que la había ayudado a seguir adelante durante todo aquel tiempo: que Jasper la amaba, que ella lo amaba a él y que vivirían felices en su nueva casa. El dolor era aterrador, mucho peor que nada de lo que había sentido cuando se dislocó la muñeca.

—No dejes que te pueda la ira. La ira solo empeora las cosas. Chantelle no conoce nada mejor y no sé lo que será de ella cuando la aventura termine. Ya sé que no quieres oír nada de esto, pero que no se te olvide que ella tiene mucho menos poder que tú en el mundo. Jasper es tu marido. Mientras sea discreto, deberías intentar consolarte pensando que ella no tiene ningún poder real sobre él.

¿Le estaba pidiendo que se apiadara de la amante de Jasper? Tilly intentó que no se notara hasta qué punto le parecían indignantes sus palabras.

—¿Crees que podrás soportarlo, Tilly? —le preguntó Laura.

Tilly se obligó a sonreír. Dijo que sí, aunque no era verdad.

Porque no era justo y, sobre todo, porque quería plantarle cara a su marido y afrontarlo con toda su rabia. Sin embargo, le daba demasiado miedo hacerlo. Y con toda esa rabia dentro, era imposible recuperar un mínimo de tranquilidad.



Aquella noche hubo tormenta. Tilly estaba leyendo en la biblioteca, a la pálida luz de una vela, cuando se oyó el primer trueno en la distancia. Se acercó a la ventana de guillotina y la abrió. Las estrellas estaban desapareciendo detrás de los nubarrones, que avanzaban entre relámpagos. La primera ráfaga de viento tormentoso le heló la garganta, así que volvió a deslizar el cristal hacia abajo al tiempo que contemplaba cómo se agitaban las ramas de los árboles.

Los truenos resonaban con tanta fuerza que no oyó los pasos de Jasper en la



puerta.

—¿Tilly? —la llamó, y ella dio un respingo.

Se dio la vuelta. Jasper estaba en el umbral con una vela que le proyectaba sombras extrañas en la cara. Tilly se dio cuenta de que el corazón se le había acelerado.

—¿No deberías estar descansando? —le preguntó.

—Estoy bien.

—Creo que deberías irte a tu habitación. La señora Rivard te llevará la cena antes de marcharse esta noche.

—Podría cenar abajo contigo.

—El doctor Hunt dejó muy claro que...

—Y sin embargo consideras que estoy lo suficientemente bien como para que tenga que ponerme a limpiar toda la casa muy pronto —replicó señalando a su alrededor.

—No me gusta tu tono.

Tilly no dijo nada.

—No me hablabas así cuando te conocí —insistió.

—Sería más justo decir que los dos éramos muy distintos cuando nos conocimos —se atrevió a objetar Tilly.

—A la cama —dijo Jasper—. Tu insolencia no cambia las cosas. Yo soy tu marido y te ordeno que vuelvas a tu cuarto.

Tilly cogió varios libros y salió pasando por delante de él. Cuando entró en su habitación y cerró la puerta, no le sorprendió que Jasper pusiera la silla en su sitio. Había un vaso de *brandy* en la mesita de noche. Se lo bebió, esperando que pudiera calmar el fuego en su interior. Pero después se rio: lo único que se consigue con un chorreón de *brandy* es avivar el fuego.

La vela chisporroteó y se apagó, y Tilly se quedó sentada en la cama a oscuras, oyendo los truenos y cómo avanzaba la tormenta. Nadie le subió la cena y supuso que Jasper la estaba castigando. Se preguntó si Chantelle habría llegado bajo la lluvia, si su ropa estaría secándose en la cocina mientras ella se echaba desnuda en los brazos de Jasper. Se preguntó si entre la ropa colgada también estaría el abrigo con el ribete de visón, el que ella había elegido una mañana de otoño que salió a comprar con el abuelo. En cuanto se lo puso, supo que lo quería. No abrigaba lo suficiente para las nieves del invierno, pero era perfecto para una tarde ventosa de octubre, con sus grandes bolsillos para calentarse las manos si el frío arreciaba. Cuánto echaba de menos aquel abrigo.

Cuánto echaba de menos aquella vida.

La tristeza atizó la rabia. ¿Cómo se atrevía a...? Quería recuperar su abrigo. Iba a recuperar su abrigo.

Se abalanzó contra la puerta y agarró la manija con todas sus fuerzas. No se movía. Le dio una patada a la puerta, pero solo consiguió hacerse daño en el tobillo. Así que se fue a la ventana y la abrió.

La tormenta había pasado. Estaba chispeando. Las nubes se habían abierto y empezaban a verse algunas estrellas solitarias. Miró hacia abajo. Se acordaba de lo que había planeado: primero la cornisa, luego la rama, después la otra cornisa, de ahí al tejado del invernadero y al suelo. La rabia superaba el miedo. Sacó una pierna por la ventana, después la otra, y se subió a la cornisa. Era muy estrecha. Se cogió al marco de la ventana. Le entró vértigo y sintió una punzada de terror en el corazón. Pero luego se le pasó, recorrió la cornisa pegada a la pared y puso una mano, y después la otra, en la robusta rama del árbol que había entre su ventana y la siguiente cornisa. Dobló las rodillas. Alargó una pierna, luego la otra. Esperó, sobrecogida al pensar que podría crujir o romperse.

Se fue moviendo muy despacio, abrazada a la rama. Las mangas se le enganchaban en la corteza, que le arañaba las manos. Luego se sentó y movió las piernas, intentando llegar al otro lado con las puntas de los pies. Por fin, medio caminando y medio saltando, llegó a la otra cornisa.

Se paró un momento a respirar. El tejado del invernadero era de cristal, así que tenía que tener cuidado para dejarse caer sobre una de las gruesas placas que lo unían a la casa. Estuvo a punto de perder el valor. Si caía con demasiada fuerza en un mal sitio, el cristal se rompería y ella aterrizaría en el suelo destrozada. La lluvia helada la estaba obligando a razonar. Aquello no era una buena idea. Estaba muy bien planear un plan de fuga en caso de incendio o cualquier otra emergencia, pero ¿usarlo solo para recuperar un abrigo? Era una locura.

Sin embargo, su marido y su médico ya la consideraban loca; con lo cual, ¿qué más daba?

Apoyó bien la espalda contra la pared de piedra y se deslizó hasta sentarse en el borde. Todavía le faltaban unos cuantos centímetros para alcanzar el tejado con las puntas de los pies. Se estiró, se dejó caer.

Y aterrizó. Como no se esperaba que el tejado del invernadero fuera tan resbaladizo, se deslizó a gatas por la placa de cristal. Cuando llegó al borde vio que estaba a más de dos metros del suelo. Era demasiado alto. Estuvo a punto de

echarse a llorar después de haber hecho todo aquel camino sin darse cuenta de que no podría bajarse del tejado.

El problema era que tampoco se atrevía a volver atrás. Enseguida se acordó de que había un seto en la otra parte del invernadero, cerca de la fachada principal, que seguramente amortiguaría la caída.

Se agazapó y tocó la primera placa de cristal. Estaba mojada y resbaladiza. Se pasó las manos por la barriga. Antes tenía la ropa un poco húmeda, pero ahora tenía la blusa empapada. Se arrastró, como una serpiente, por el techo de cristal. Cada vez que llegaba al borde de una de las placas, tenía que volver a ponerse a gatas, levantar una rodilla y después la otra. No podía evitar hacer una mueca cada vez que ponía la rodilla sobre el siguiente cristal, siempre temiendo que se rompiera.

Por fin llegó al último y miró el seto en la oscuridad. Había estado bien cuidado, en su día, por lo que era bastante grueso, solo que ya había pasado tanto tiempo desde la última vez que lo podaron que estaba lleno de ramas puntiagudas que sobresalían por todas partes. Se cruzó los brazos por delante del pecho, oprimiendo bien la muñeca contra el cuerpo, y saltó.

Más que un salto, fue una caída más o menos controlada. El seto aguantó su peso un momento y luego se hundió. Las ramas le desgarraron la ropa y la piel.

Pero por fin estaba en el suelo. Resopló. La lluvia apretó. Salió corriendo, dobló la esquina de la casa, llegó a la puerta de la cocina y la empujó.

Tal y como se esperaba, había ropa de mujer colgada delante de la chimenea. Pero el abrigo no estaba. Y ellos no estaban arriba, en la habitación de Jasper. Casi de inmediato se dio cuenta de que se oían sus voces en el salón.

Tilly se miró a la luz del fuego de la chimenea. Tenía la ropa desgarrada y le salía sangre de los arañazos del brazo y el muslo. El pelo le caía empapado por los hombros. No quería afrontar a la amante de Jasper así.

Pero le pudo la curiosidad. Cruzó la cocina de puntillas y salió al pasillo. Llegó al comedor y puso la oreja en la pared. No se oía nada. Sin embargo, alguien le había dicho una vez que si ponía un vaso contra la pared, se oían las conversaciones de la habitación contigua, de forma que sacó un vaso del aparador, pero seguía sin oír nada.

Volvió al pasillo y se sentó en el suelo, al lado de la puerta. Por debajo se veía el resplandor de las velas. La voz suave de Chantelle. Jadeos de Jasper. No estaban diciendo frases completas, solo se oían gemidos y palabras sueltas, como «sí», «sigue» y «ahí».

Se preguntó si Laura Mornington habría tenido que oír alguna vez a su marido traicionándola. Hundió la cabeza entre las rodillas y escuchó hasta el final. Todo lo que siempre había creído que aprendería con Jasper. Ahora, lo más que podía esperar era oírlo mientras lo hacía con otra mujer.

Empezaron a hablar. Se reían y bromeaban sobre cosas que ella no entendía; sin duda, referencias a temas que compartían en la intimidad. Tilly pensó que debería irse. Estaba empapada y tenía frío, pero entonces Chantelle le preguntó:

—¿Cuánto tiempo?

Tilly quería saber a qué se refería, así que se acercó un poco más a la puerta y escuchó.

—El dinero me llegará a fin de mes. Todos los prestamistas han aceptado el plazo. Lo peor ya ha pasado.

Tilly se sintió aliviada por la noticia, y al mismo tiempo triste de que no se lo hubiera dicho a ella, su mujer.

—Ya sabes que no me refiero al dinero. ¿Cuánto tiempo?

Silencio. A Tilly le habría gustado saber de qué estaban hablando.

—Ya lo sabes. Dos años. Pero si consigo hundirla y que parezca que sea ella la que...

Un escalofrío le recorrió la espalda. ¿Estaban hablando de ella?

—No tienes que hundirla. Deshazte de ella y punto. Ya no te sirve para nada, me lo dijiste tú.

—No sabía que su abuelo había hablado con el miserable de su primo sobre el acuerdo.

A Tilly se le puso la piel de gallina. ¿Estaban hablando de Godfrey?

—Me prometiste que estarías conmigo. No quiero ser tu amante para siempre. Yo quiero ser tu mujer.

El tono de Chantelle era petulante; el de Jasper, mucho más comedido.

—Y yo quiero ser tu marido. Pero hay que hacer bien las cosas.

Tilly se acordó de lo que le había dicho Laura, que las amantes nunca pueden retenerlos, pero sus esposas sí. Y estaba de acuerdo. Jasper no la dejaría para casarse con una cocinera, igual que no dejaría aquella casa para irse a vivir a una choza inmunda. Él tenía un lugar en la sociedad, le importaba lo que pensara la gente. Pero había algo en lo que decía Chantelle que la ponía nerviosa.

Sí, eran las palabras que había usado: «Deshazte de ella y punto».

¿Estaba en peligro? ¿Y qué quería decir él con lo de «hundirla»? ¿Ponerle las cosas tan difíciles que fuera ella la que lo dejara o... algo peor?

—Es todo demasiado lento para... —dijo Chantelle, pero después se hizo el silencio y Tilly se dio cuenta de que Jasper la había callado con besos.

Los besos que siempre había deseado para ella.

Se estaba quedando helada, y todo aquello era demasiado triste. Con mucho cuidado, se puso de pie y subió las escaleras hasta su piso. Allí estaba la silla, apoyada sobre las dos patas de atrás. Ahora entendía por qué no se movía la manija de la puerta. Era una de las sillas del comedor, las que tenían el respaldo alto y tallado con una «U» estrecha y profunda. La había puesto de forma que la manija encajara. Apartó la silla, la tumbó en el suelo para que pareciera que se había caído y entró a ponerse un camisón seco.

Se marcharía al día siguiente. Era la única solución.



En la cama, tumbada de lado, contempló las estrellas que iban apareciendo entre las nubes y lloró todo lo que tenía que llorar. Por la pérdida del abuelo, por la pérdida del amor, por la pérdida de sus sueños. Pero eran lágrimas furiosas, cargadas de despecho. No era justo. Ella no había hecho nada para merecerse todo aquello. Ella solo se había comportado como lo que era, una mujer. Una mujer a la que no la habían educado para ganarse la vida o cuidar de sí misma. Una mujer que tenía que depender de la generosidad de una serie de hombres — su abuelo, Godfrey, Jasper— que la habían tratado mal. Sí, el abuelo también, porque le había mentado sobre Jasper y la había abocado al fracaso. Pensó, y no era la primera vez que lo hacía, que si pudiera coger las riendas de su vida, todo sería muy distinto. Pero estaba casada, irrevocablemente atada a una vida de problemas. Los divorcios eran caros, imposibles. Tendría que probar el adulterio de Jasper, gastar un dinero que no tenía y soportar el estigma. El camino que había elegido, escapar y fingir que nunca se había casado, era más fácil, pero la obligaría a no volver a enamorarse ni casarse jamás. Su futuro ya estaba destruido.

Siguió llorando hasta que se durmió y soñó con mares tempestuosos.



Tilly sabía que tenía que planearlo atentamente. El barco para Saint Malo, el puerto del norte de Francia, zarpaba de madrugada, antes del amanecer, solo que a esa hora él ya la tendría encerrada otra vez en la habitación. Y si se iba por la tarde, Jasper podría sospechar algo y salir a buscarla. Así que decidió que se iría justo después de cenar; haría como que iba a volver a su cuarto y aprovecharía para salir por la puerta principal mientras que Jasper estuviera encendiendo la chimenea del salón.

Para eso, tendría que meter todas sus cosas en el baúl y esconderlo fuera de la casa durante el día. Estaba claro que el mejor sitio para eso era el cobertizo del jardín, donde también tenía la caja de puros con el dinero con el que pagaría el pasaje para Saint Malo y dondequiera que fuese después. Ella seguía teniendo la única copia de la llave del cobertizo. Se le revolvió el estómago nada más que de pensarlo. No tenía ni idea de adónde podría ir después, pero tenía que ser muy, muy lejos. La India. África. Lo más lejos posible.

«No me da miedo. No me da miedo».

Desayunó con su marido, que no le dirigió ni una sola palabra. Tilly le dijo que pasaría un rato en el jardín. Él se encogió de hombros y no comentó nada sobre las nubes, el viento helado y que no hacía sol.

Jasper se subió a su cuarto con el correo, como hacía todos los días después de desayunar. Era imposible meterlo todo en el baúl y bajarlo por las escaleras. Jasper podía salir en cualquier momento y la vería. Abrió el armario y sacó la maleta de cuero pequeña, la que llevaba como equipaje de mano el día que llegó. La grande tendría que dejarla allí. Cogió las sábanas de la cama y envolvió la maleta con ellas. El corazón le latía tan rápido que le entraron arcadas. Se lo tragó todo y se dirigió con determinación hacia la puerta. Salió al pasillo. Si Jasper salía de su cuarto, le diría que estaba llevándole las sábanas a la señora Rivard para que las lavara. Pero él no salió. Tilly cruzó la puerta de la cocina y salió a hurtadillas al jardín. Dejó la maleta en el cobertizo y volvió a la casa.

La señora Rivard la sorprendió en la cocina con todas las sábanas enrolladas.

Tilly intentó no sobresaltarse.

—Ah, aquí estás. Te estaba buscando para dártelas —le dijo y las dejó caer al suelo—. ¿Podrías darme unas limpias, por favor?

La señora Rivard entornó los párpados y miró el montón de sábanas que había dejado a sus pies.

—El señor Dellafore no me paga lo suficiente para lavar sábanas.

—Entonces, lo haré yo. Y mientras tanto, sacaré unas limpias del armario.

Tilly se dio media vuelta, con el corazón desbocado. La señora Rivard no dijo nada.

Lo siguiente que tenía que sacar era su ropa. Para hacerlo, se desvistió, se fue poniendo todas las camisas que tenía, una encima de la otra, y al final, uno de sus vestidos de estar por casa. En el cobertizo, se las fue quitando una a una, doblándolas y metiéndolas en la maleta, junto con la ropa interior. Estaba en penumbra y se oían los crujidos de la madera. Todo su cuerpo estaba en tensión; se sobresaltaba con cualquier ruido, por mínimo que fuera. Después, los vestidos. Siguió entrando y saliendo de la casa, con un vestido distinto cada vez debajo del vestido de casa. Intentaba andar con seguridad, sin ponerse de puntillas para no llamar la atención.

Una de las veces, Jasper salió de su habitación y la miró con desaprobación. Tilly se había puesto dos corsés debajo de la ropa, pero no se los había ajustado mucho. Cruzó los brazos para que Jasper no le notara una forma extraña.

—Estás dando muchas vueltas hoy. Creía que ibas a estar en el jardín.

—Hace mucho frío fuera —le dijo—. He subido un par de veces para coger los guantes y la bufanda.

—Estoy intentando concentrarme. ¿Te importaría no pasar tanto por aquí? Necesito silencio.

—Lo siento.

Él cerró de un portazo y Tilly respiró.

Solo le quedaban sus últimas pertenencias. Un cepillo, un espejo de mano, la caja de escritura. Poco a poco se las fue llevando al cobertizo, escondidas entre la ropa o envueltas en un abrigo. La maleta estaba hasta los topes. Ya solo tenía que sacar la caja de puros, ponerla encima de la ropa y cerrar la maleta. Cuando terminó, escondió la maleta debajo de una repisa baja y puso varios tientos alrededor de forma que no se viera.

Salió del cobertizo y se dio un último paseo por el jardín. No llegaría a ver florecer aquellas rosas, no llegaría a vivir la fantasía de amor y niños que había imaginado.

«No me da miedo». Se dio cuenta de que el estar enfadada la ayudaba a no tener miedo, de modo que se concentró en cultivar la rabia. ¿Cómo se atrevía Jasper a tratarla así? ¿Cómo se atrevía Godfrey a decirle tan claramente que no volvería a ser bienvenida en casa? ¿Cómo se atrevía su abuelo a organizarle un matrimonio tan absurdo? Sí, eso era lo mejor. El terror se convirtió en profunda determinación.

Puede que al final su mal carácter se convirtiera en su mejor aliado.



Tilly bajó a cenar sabiendo que no volvería a entrar en aquella habitación. Se alegró de dejarla atrás, porque se había convertido en una prisión. Cada paso que daba, cada uno de sus movimientos, estaban impregnados de solemne resolución. Notaba la tensión en los hombros. En la cabeza le retumbaba toda la sangre del cuerpo y cada respiración.

—Buenas noches, Jasper —le dijo.

Para su sorpresa, él le sonrió.

—Buenas noches, Tilly.

La señora Rivard puso la comida en la mesa. Tilly no se sentía capaz de comerse el pescado grasiento que tenía en el plato. Cogió el tenedor, intentando que todo pareciera normal. Solo porque él estuviera siendo educado, no tenía por qué perdonarle.

—Eso es todo, señora Rivard —dijo Jasper.

Aquello era una novedad. El corazón de Tilly le martilleó el pecho. Las cosas no debían ser distintas aquella noche. Tenían que ser como siempre.

«Tranquilízate. Tranquilízate».

—¿Has pasado un buen día en el jardín? —le preguntó Jasper mientras untaba el pan con mantequilla.

—Yo... —Se aclaró la garganta. Bebió un poco de agua. Tenía que parecer natural. Tenía que ser educada—. Disfruto mucho en el jardín.

—Tienes que cuidar tu salud —le dijo Jasper con amabilidad. No era una broma cruel.

En lo más profundo de su ser, se conmovió. Cómo deseaba que aquel fuera un hombre nuevo, un nuevo Jasper. Le estaba hablando como lo hacía cuando se conocieron. Tuvo que recordar lo mal que la había tratado aquellas últimas semanas para sobreponerse a la emoción. Pero ¿estaba exagerando? Ella siempre había tendido a enfadarse enseguida. Estaba tan ensimismada pensando en los pecados de su marido que no oyó la siguiente pregunta.

—¿Cómo, perdona? —dijo y forzó una sonrisa—. Estaba distraída.

—Te estaba diciendo que el descanso te ha sentado muy bien.

Tilly se recordó a sí misma que al principio él la había tratado bien porque



quería algo de ella. Si ahora la estaba tratando bien, sin duda quería algo de ella. No podía seguir dudando. El hombre que tenía delante era un manipulador, un mentiroso, un adúltero. Tilly Kirkland no se dejaría engañar. Apretó los dientes, pero se obligó a responder con voz suave.

—Sí, creo que tienes razón. Ahora veo las cosas de otra forma. Siento mucho haberte disgustado tanto.

Ahora era él el que parecía nervioso. ¿Cómo es que no se había dado cuenta cuando se sentó a la mesa? Tal vez porque se había concentrado demasiado en disimular la ansiedad. Tilly se preguntó qué iría a pedirle ahora. Si le pedía sus vestidos para venderlos, la descubriría. Solo había dejado un par de vestidos viejos en el fondo del armario.

Pero Jasper no le pidió nada. Siguió charlando, como si los últimos días de pálido silencio no hubieran existido jamás. Irían a visitar a los Mornington pronto, le dijo. El dinero llegaría en cuestión de semanas y ella podría ayudarle a elegir los muebles nuevos para las habitaciones vacías. Tilly asentía, sonreía y se reía donde correspondía, consciente de que todo era un juego. Solo esperaba que Jasper no se diera cuenta de que ella también estaba participando.

Terminaron de cenar y Jasper se levantó arrastrando la silla hacia atrás.

—Muy bien —dijo—, pues buenas noches.

Rodeó la mesa y le dio un beso en los labios. Tilly se acordó de la primera vez que la besó, de cómo respondió su cuerpo con toda una cascada de cálidas sensaciones y vertiginoso placer. Pero ahora, un beso suyo le provocaba la misma sensación que si la besara el pescado medio crudo que tenía en el plato. El mismo repelús. Sin embargo, infundió ternura en sus labios y, cuando se apartó de él, le dedicó una de sus mejores sonrisas.

—Buenas noches, Jasper —le dijo y salió del comedor.

Tilly lo oyó salir detrás de ella, dirigirse hacia el salón y cerrar la puerta.

Y allí estaba, recorriendo paso a paso el pasillo hasta que llegó a la puerta principal. Cogió el pomo. Abrió la puerta.

—¡Tilly! ¿Qué estás haciendo? —tronó Jasper.

Se volvió. Jasper estaba avanzando hacia ella, cruzando el vestíbulo con cara de recelo y desdén. Llevaba un vaso de *brandy* en la mano. Le dio un vuelco el corazón.

—Yo...

Pero él ya estaba negando con la cabeza.

—No, no, no. Tú no te vas. No vas a dejarme. No puedes marcharte sin más.

—Iba a dar un paseo.

—No, tú ahora subes a tu cuarto, yo te llevo el *brandy* y a dormir.

A Tilly se le erizó la piel. ¿Por qué le estaba llevando el *brandy*? Ya hacía más de una semana que no se lo llevaba. Se acordó de la conversación sobre cómo deshacerse de ella.

—No tengo sueño, y ya quedan pocas noches tan...

—¿Te crees que soy idiota? —bramó y se abalanzó hacia ella para cortarle el paso—. No puedes abandonar a tu marido. Estamos casados. Eres mía.

—No, señor, yo no soy de nadie —repuso y dio un paso atrás, de vuelta a la casa.

De pronto le cayó la mirada en un abrigo que estaba colgado en el perchero de la pared. Su abrigo. El abrigo con el ribete de visón. Lo cogió de un tirón y alargó los brazos agarrándolo con fuerza.

—¿Lo ves? El abrigo. Me has mentido. Dijiste que me lo había imaginado cuando lo vi. Y mira, aquí está. No lo has vendido. Tu amante se lo dejó aquí ayer por la noche, ¿no? ¿Acaso creías que la tormenta iba a ahogar vuestros gemidos de adulterio? Pues no. Lo oí todo. Y no voy a quedarme aquí para que me trates de un modo tan espantoso.

—Ven conmigo —le dijo y le aferró el brazo con la otra mano.

Ella forcejeó y lo empujó. A Jasper se le cayó todo el *brandy* sobre el abrigo. Arremetió contra ella, la agarró y, entre gritos y forcejeos, consiguió llevarla a rastras hasta el salón. Le dio un empujón para tirarla en el sofá, y ella se dio un golpe en la cabeza contra el brazo duro del mueble y gritó.

—Quejica —se rio—. No te levantes, debilucha.

—No puedes tratarme así.

—Tú harás lo que yo te diga —le dijo inclinándose sobre ella—. Tu abuelo me hizo ciertas promesas...

—Mi abuelo no sabía en qué clase de matrimonio me estaba metiendo. Si estuviera vivo, rompería todas esas promesas —contestó mientras hacía una bola con el abrigo y lo ponía delante de ella para defenderse—. Yo no te importo nada, así que déjame ir.

—No. Si dejas que te vayas, tendría que devolverle el dinero a Godfrey y ya tengo bastantes deudas.

El que Jasper le confirmara cuál era su verdadero valor para él, el saber que no la quería y que nunca lo había hecho, la llenó de coraje.

—Ah, ¿sí? Pues entonces a lo mejor deberías dejar de gastarte el dinero en tu

amante. ¿Cuánto tiempo tengo que quedarme? Porque no voy a pasar aquí ni un día más —dijo y se levantó.

De un empujón, Jasper volvió a tirarla al sofá y la agarró para que no pudiera levantarse. Tilly se retorció, forcejeó, levantó el pie y le dio una patada con todas sus fuerzas entre las piernas.

Él cayó hacia atrás, agarrado al abrigo empapado de *brandy*, y chocó contra la lámpara.

El abrigo prendió al instante. Jasper gritó y lo tiró lo más lejos que pudo. Cayó sobre una de las pilas de papeles viejos que tenía amontonados en el suelo. Tilly estaba más cerca de la puerta que él y salió corriendo. Las llamas ya habían alcanzado la alfombra en la que se había volcado la lámpara de aceite. Tilly cerró la puerta tras ella, vio una silla del comedor y la cogió para atrancarla, igual que él había hecho tantas veces con la puerta de su cuarto.

Y echó a correr lo más rápido que pudo, totalmente desesperada. Corrió hacia el ala oeste de la casa, segura de que él saldría por la ventana del salón, por el este. Llegó al cobertizo, entró, cerró y se agazapó agarrando la llave con fuerza en el puño sudado.

Esperó acuclillada en la oscuridad, con el corazón tronando en el pecho. Avanzó a cuatro patas por la suciedad del suelo hasta encontrar una grieta entre los tablones de madera de la pared y miró, sin atreverse a levantar la cabeza por la ventana, buscando a Jasper. Iría a buscarla al bosque, estaba segura. En cualquier momento vería su sombra corriendo por el camino de la entrada.

Pero eso no fue lo que vio. El brillante resplandor naranja de las llamas se recortaba en la oscuridad. Humo, muchísimo humo. La casa estaba ardiendo. El fuego salía por las ventanas de la planta baja. «No, por favor». Había incendiado la casa. El fuego era atronador. El humo estaba alcanzando las ventanas del segundo piso. Miró horrorizada, pensando en todos los libros de la biblioteca. Chaucer, Shakespeare, Milton, Wordsworth. Todos ardiendo en sus ordenadas estanterías. El humo le picaba en los ojos. La casa estaba a unos sesenta metros, pero las fuertes ráfagas de viento esparcían humo y brasas por todas partes. Tilly estaba petrificada, con el ojo lloroso en la grieta. Buscando a Jasper, sin verlo. El estruendo de las llamas le retumbaba en los oídos. Las paredes se derrumbaban, las vigas se desplomaban. ¿Dónde estaba Jasper? ¿Por qué no había huido?

De pronto, lo entendió. El abrigo. No se había quedado allí la noche anterior. Chantelle lo había llevado aquella noche. Cuando Jasper le hablaba con tanta amabilidad en el comedor, y sin embargo a ella le parecía que estaba nervioso

por algo, no era porque quisiera envenenarla con el *brandy*, sino porque no quería que se diera cuenta de que Chantelle ya estaba allí. Así que Jasper no había ido al bosque a buscarla a ella, sino al piso de arriba a rescatar a Chantelle. Y ninguno de los dos había salido.

## DIEZ

### UNA MUJER NUEVA

Tilly no durmió en el mohoso cobertizo del jardín. Estuvo mirando la casa hasta que el fuego se consumió. No acudió nadie. Estaban demasiado lejos del pueblo como para que alguien hubiera podido ver las llamas. Tilly no había ido a buscar ayuda porque, ¿qué iba a decir?, ¿que había encerrado a su marido con el fuego y había dejado que se quemara vivo?, ¿que sin querer había causado la muerte de dos personas? Para cuando hubiera llegado la ayuda, ya habría sido demasiado tarde. Ya era demasiado tarde cuando se dio cuenta de que Chantelle estaba dentro con él.

¿Por qué lo había encerrado? ¿Por qué?

Así que Tilly se hizo un ovillo en el suelo y se acunó. El sentimiento de culpa que le inundó el estómago era inmenso, un océano, un terror que no la abandonaría jamás. Ahí tenía la prueba de lo que siempre le había dicho el abuelo, que su temperamento furioso era algo que tenía que aprender a controlar, y de lo que algún día tendría que arrepentirse. Y ahí lo tenía. Los había quemado vivos a los dos. Se imaginó los morbosos detalles de las llamas, el terror, los alaridos. No importaba cuánto despreciara a Jasper, cuánto rencor albergara contra Chantelle. Ella nunca les habría deseado una muerte así. Ni a ellos ni a nadie. El castigo era inconmensurablemente desproporcionado a su pecado. Sí, era verdad que habían intentado engañarla, volverla lo suficientemente dócil como para continuar con su adulterio mientras esperaban a que pasara el plazo que el abuelo había establecido para no tener que devolver el dinero. Sin duda, el abuelo había pensado que tendrían un hijo el primer año, lo que cimentaría las obligaciones de Jasper con ella. Y sin duda, esa era una de las razones por las que Jasper no estaba dispuesto a meterla en su cama.

Y ahora Jasper estaba muerto y la cama reducida a cenizas.

Se puso en pie en cuanto brilló la primera luz del alba. Se cambió de ropa, sacó unos zapatos adecuados y, con hábiles movimientos, se recogió el pelo. Se

concentró en los pequeños detalles, como abotonarse los guantes y colocar bien el broche del sombrero, para no pensar en las cosas horribles que habían pasado.

Las cosas horribles que ella había provocado.

No, no podía pensar así. Esos pensamientos acabarían con ella y terminaría hecha un ovillo, llorando y gritando tirada en el suelo. Tenía que moverse, tenía que ir a Saint Peter Port y coger el primer barco que zarpara hacia Saint Malo.

«Pero ¿y si no están muertos?». Se le ocurrió de pronto, y casi al mismo tiempo fue como si se le empezaran a desatar nudos de tensión en la espalda. Jasper le pagaba una habitación a Chantelle en la casa de los Mornington, o sea que aún cabía la posibilidad de que hubiera huido por el ala este envuelto en una manta y hubiese corrido a los brazos de su amante.

Si ella se fuera, nunca llegaría a saberlo. Se maldeciría toda la vida por el papel que había jugado en sus muertes, cuando tal vez ellos estuvieran sanos y salvos en la casa de los Mornington.

Era muy temprano. Nadie la vería.

Tilly cogió su maleta y salió del cobertizo, dándole la espalda a la casa aún humeante, sus piedras blancas renegridas, el techo derrumbado y el invernadero convertido en un montón de cristales y madera quemada. Embocó el sendero y se adentró en el bosque, esperando con toda su alma que al pegar la cara al cristal de la ventana de Chantelle los viera durmiendo en su cama, acurrucados como dos amantes.

Aquella mañana horrible, Saint Peter Port estaba desierto. Sin el ruido de los carruajes y la gente, sin el bullicio del puerto, parecía un sombrío laberinto excavado entre las inclementes rocas. El viento gélido hacía traquetear los letreros que colgaban en las ventanas arqueadas de las posadas y le heló la cara al doblar la esquina de la casa de los Mornington para adentrarse en el angosto callejón de atrás. Las enredaderas le rozaban los hombros mientras avanzaba buscando la cancela del patio trasero. Al verla se dio cuenta de que era demasiado alta para saltarla trepando, pero consiguió meter los dedos entre los barrotes y abrir el pestillo. La cerró con mucho cuidado al entrar.

El césped estaba mojado de rocío casi escarchado. Ya estaba delante de la ventana cuando pensó que si Jasper la viera, no la dejaría irse. Hasta podría levantar cargos contra ella por haberlo encerrado en una habitación en llamas.

Cielo santo, lo había encerrado en una habitación en llamas.

Se paró un momento, aterrorizada y odiándose, sin saber qué hacer. Puso la maleta contra la pared y se montó encima. Apoyó los dedos en el alféizar y miró

por el cristal. La habitación estaba vacía y la cama hecha. Se le cayó el alma al suelo.

La ventana estaba entornada. La empujó y se abrió con facilidad. No sabía lo que estaba haciendo, qué estaba buscando, pero se encaramó y entró.

La habitación era pequeña y anodina. A un lado había un aparador desportillado con un espejo tan deslustrado que apenas se veía reflejada en él. La cama era un colchón estrecho tirado en el suelo con una manta áspera y gris echada por encima. La situación de Chantelle era mucho peor que la suya, y Tilly se avergonzó de haberla envidiado por haberse quedado con el abrigo de visón. ¿Dios no había creado a todos sus hijos iguales? Detrás de la puerta del armario había una fotografía de Jasper. Llevaba un sombrero de paja y una chaqueta blanca, y le estaba sonriendo a Chantelle. Era una sonrisa tierna y sincera, de las que Tilly no había recibido jamás.

Dentro del armario estaban los vestidos de Chantelle, las joyas de Chantelle... Tilly reconoció las perlas de su madre, pero no se atrevió a cogerlas, ahora que Chantelle estaba muerta. Y allí estaba su maleta, que era poco más que una caja con una tapadera y un broche. La abrió. Estaba llena de hojas de papel. Cogió una. Una carta de amor de Jasper. Todas las cartas de amor que no le había escrito a Tilly estaban allí, dirigidas a Chantelle; una cada tres o cuatro días. Se sentó un momento en el suelo y leyó la carta por encima: «Ayer por la noche fue precioso. Te quiero más de lo que puedo expresar, *ma chère*. No cambiaré nada cuando ella llegue, pero perdería la casa sin su dinero». Cada carta era una condena. Jasper había embaucado al abuelo y la había minado a ella —alegremente, según las cartas—, y pretendía dejarla en cuanto pasaran los primeros dos años. Tilly no tenía las cartas de Chantelle allí para poder leerlas, para poder comprobar su complicidad, pero por las cartas de él ya se veía que lo estaban planeando todo juntos.

Y ahora los dos estaban muertos. Y ella viva.

Tilly respiró profundamente. Estaba a punto de dejar las cartas en su sitio cuando vio una pequeña funda de piel en el fondo de la caja. Tiró de ella para sacarla y al abrirse se desplegó una hoja de papel más grande. Estaba escrita en francés.

Era un pasaporte de la oficina de extranjería francesa: «A quien corresponda: Se concede a la señorita Chantelle Marie Lejeune plena libertad de circulación, así como asistencia y protección en caso de solicitarla. París, quince de marzo de mil ochocientos ochenta y nueve». Seguía una somera descripción: «Estatura:

1,60 m. Ojos: avellana. Cabello: pelirrojo dorado. Tez: blanca. Rostro: pequeño, redondo».

Debajo, la firma de Chantelle.

El estruendo de la aldaba de bronce retumbó por toda la casa, aterrorizando a Tilly. Se le heló la sangre. Recordó dónde estaba y lo que pretendía hacer. Se precipitó hacia la ventana y salió. Desde el patio se veía la calle. Había un carruaje negro con la insignia de la policía de Saint Peter Port. El corazón le latía al doble de su velocidad normal. Se pegó a la pared lo más que pudo y se movió sigilosamente hasta ponerse detrás de los arbustos para ver si podía oír lo que decían.

Para cuando logró oírlos, la voz de Laura ya estaba cargada de angustia.

—¿Qué? ¿Los dos?

—Me temo que sí, señora. Hemos encontrado los cuerpos en el invernadero. Parece que intentaron escapar tirándose por la ventana del piso de arriba.

A Tilly empezaron a zumbarle los oídos. Apoyó las palmas de las manos contra el muro de piedra para no caerse.

—Es espantoso —dijo Ralph—. Laura, tranquilízate. Entra en casa.

Se oyó movimiento. Tilly estaba paralizada. Ralph se había alejado unos pasos con el alguacil después de mandar a Laura a la casa. Por la esquina del seto veía el hombro de la casaca azul y la parte de atrás del sombrero.

No podía moverse. No podía hacer ningún ruido.

—... si tiene alguna información que pueda ayudar en las pesquisas —estaba diciendo el alguacil.

—Dellafore tenía una aventura con nuestra cocinera. Puede subir a su habitación si cree que eso puede ayudar en algo.

Se fueron. Ahora Tilly tenía que encontrar el valor de salir corriendo mientras ellos estaban dentro, en la misma habitación en la que ella había estado un minuto antes.

Forzando los nervios crispados, volvió a por su maleta, cruzó de nuevo el patio, embocó el callejón y corrió hacia el puerto, hacia el barco que la sacaría de aquella isla para arrojarla a un futuro incierto.



Tilly no llegaba al metro sesenta, pero podía erguirse. Tenía el pelo demasiado



oscuro como para definirlo pelirrojo dorado, pero a lo mejor solo se fijaban en lo de pelirrojo. Tenía los ojos más verdes que avellana, pero avellana era un color abierto a la interpretación. Tenía la cara más ovalada que redonda, pero tenía las mejillas carnosas y sonrojadas. No se parecía en nada a Chantelle, y sin embargo la descripción del pasaporte era lo suficientemente vaga como para no levantar sospechas. En cuanto a la firma, la ensayó un millón de veces en una hoja del bloc de notas mientras esperaba el transbordador. El escribir tantas veces aquel nombre, Chantelle Marie Lejeune, la obligaba a recordar una y otra vez los horribles detalles de todo lo que había pasado y el papel que ella había jugado en su muerte. Sin embargo, aquella era su única oportunidad de escapar y no volver a mirar atrás. La policía creía que era ella la que había muerto con su marido, no que fuera la responsable de su muerte. Si quería tener algún tipo de futuro a partir de este momento, tenía que conseguir que siguieran creyendo lo mismo para siempre.

De Saint Peter Port a Saint Malo. De Saint Malo a París. De París a Marsella. Tilly siguió practicando aquella firma hasta que fue capaz de escribirla como si fuera suya, como si realmente fuera Chantelle Lejeune. Gracias al abuelo, hablaba francés a la perfección. Cambió todos sus billetes y se dirigió hacia el puerto de La Joliette. Hizo cola en el primer mostrador que encontró que vendiera pasajes de larga distancia y reservó un camarote en el primero que zarpaba aquel día, para Australia.

El otro extremo del mundo.

ONCE

## ELLA NO ES MI MADRE

2012

No hubo tormentas durante una semana. Días y días de cielos despejados. Los rayos del sol se reflejaban en el mar y la hierba amarilla y verde resplandecía en el descuidado camino que llevaba a Starwater. El techador aprovechó para ir a la casa y reparar el tejado. Apenas pude trabajar los tres días que estuvo allí. Estaba demasiado distraída. No estaba segura de lo que tenía que hacer. ¿Le ofrecía café? ¿Iba a verlo cada vez que dejaba de hacer ruido en el tejado para comprobar que no se hubiera caído? Mientras el techador trabajaba fuera, Joe trabajaba dentro. Me llenó el frigorífico y empezó a raspar las paredes y levantar los paneles de yeso. No se me hizo muy difícil ignorarlo, porque no dejaba de decirme: «Haz como si yo no estuviera. Ponte a trabajar».

Lo intenté. Lo intenté de verdad. Puse todo mi empeño. Volví a leerme el último libro de la viuda Wayland. Lo llené de notas donde veía que la historia funcionaba. Pero luego me di cuenta de que no podía seguir adelante hasta que no arreglara el principio, así que me resigné a la idea de que tendría que reescribir secciones enormes, con lo que terminé hecha un lío. Había perdido la línea temporal y el hilo de la historia. Aquello iba cada vez peor, después de trabajar una semana entera, había acumulado aún más retraso que el que tenía cuando empecé.

Por eso, cuando llegó el viernes y Joe me puso el correo encima de la mesa, con un sobre que me mandaba Marla con el logo de la agencia, me sentí invadida por el terror. ¿Qué era aquello? ¿Un documento legal en el que se me informaba de la rescisión del contrato? ¿Una carta en la que me expresaban claramente su profunda decepción? ¿Una crítica de la prensa exigiendo una explicación?

No era nada de eso, claro. Ellos tenían una paciencia infinita conmigo. Mi agente ya me había dicho muchas veces que todos los autores que conocía sufrían episodios de bloqueo o se convencían de que eran unos impostores o veían su éxito como un fortuito, insensato y terrible error. ¿Qué me hacía pensar que yo iba a ser distinta? Abrí el sobre y saqué una maqueta de lo que sería la cubierta del próximo libro.

No podía seguir más tiempo sentada. Me levanté con un movimiento brusco y empecé a dar vueltas por la habitación con la cubierta del libro en la mano. Era impresionante: una imagen borrosa de la viuda (tan guapa como siempre), una abadía en ruinas y varias ilustraciones miniadas medievales. Mi nombre, Nina Jones, ocupaba el lugar de siempre, escrito con el tipo de letra de siempre, y debajo, el reclamo de siempre: «Número uno en ventas». En el sitio en el que debía ir el título, habían escrito: «El título va aquí», y me acordé de que les había prometido que les mandaría el título a finales del mes pasado. ¿O era anterior? Se me había olvidado por completo.

Joe volvió y me vio levantada.

—¿Vas a descansar un poco? ¿Te preparo un té?

Lo miré distraída.

—No, yo... Será mejor que siga.

—¡Vaya! —exclamó con una sonrisa de oreja a oreja—. ¿Es la cubierta del libro?

Se la di, intentando parecer contenta a pesar del torbellino de ansia e inseguridad que me azotaba por dentro.

—Es un título interesante —se rio.

—Sí, ya... Es que no se me ocurre nada. Yo... Es que no sé... —Me quedé sin palabras.

Joe me miró extrañado.

—¿Estás bien?

—Me queda mucho para terminar. La cubierta ya está lista, pero yo no.

—No pasa nada, ya lo has hecho otras veces, solo tienes que superar el bloqueo del escritor. De verdad que me parece increíble lo que haces, yo sería incapaz de hacer algo creativo. —Me devolvió la cubierta—. Deberías colgarla en la pared, a lo mejor te inspira. Pero no quiero molestarte más, llámame si necesitas algo.

Estuve a punto de decirle que no se fuera. No quería estar sola. Mi mente era un lugar demasiado aterrador como para quedarse a solas ahí dentro. Pero lo

último que necesitaba era a alguien más en mi vida ofreciéndome consuelo y diciéndome lo bien que hacía mi trabajo. O peor aún, animándome y proponiéndome que me fijara un número de palabras al día.

Porque la cantidad de palabras que tendría que escribir cada día para terminar el libro a tiempo era muy superior a lo que yo era capaz de hacer, y lo sabía.

Volví a sentarme, y a mirar las palabras negras sobre el fondo blanco. Me sentía completamente perdida, aterrorizada, deprimida. ¿Por qué había firmado aquel contrato? ¿Por qué había pensado que sería capaz de hacerlo? Ya había tenido mucha suerte las tres primeras veces. ¿Qué me había llevado a pensar que volvería a tener la misma suerte otra vez? Tendría que haberme retirado.

Me sentía tan mal que tenía ganas de llorar. Apoyé la cabeza en la mesa y me quedé escuchando mi propia respiración durante unos minutos. Después, en vez de colgarla en la pared para inspirarme, hice una bola con la cubierta y la tiré a la papelera. Si de verdad quería hacerlo, tenía que olvidar que había una enorme red editorial contando los minutos, esperando a que yo les terminara el manuscrito como alma que lleva el diablo.



Había parado un rato para comer —tostada de espaguetis, mi perdición— cuando el teléfono sonó. Era un mensaje de Stacy: «Lláname cuando recibas el mensaje. Es por trabajo».

Dejé el móvil en la mesa y terminé de almorzar. Me había propuesto volver a sentarme delante del ordenador en cuanto acabara. Aunque un poco de aire fresco me sentaría bien; a lo mejor conseguía despejarme, para que mi cabeza no siguiera empeñada en volver a escribir las mismas cien palabras una y otra vez. Para una llamada de trabajo, lo mejor sería bajar a la cabina, así que dejé el plato en el fregadero y me encaminé hacia el pueblo.

La cabina estaba ocupada. Una señora mayor estaba hablando con una amiga o pariente más joven que acababa de tener un niño. Intenté no parecer impaciente, aunque sabía que se me iría toda la tarde si no volvía a ponerme a trabajar pronto.

A los diez minutos salió y por fin pude llamar a Stacy.

—Hola, isleña —me dijo—. ¿Así que ya te ha llegado el mensaje? Te lo mandé anoche.

—Por aquí se ve a mucha gente usando el móvil. No sé por qué el mío está así.

—A lo mejor tendrías que cambiar de compañía.

—No me quedaré tanto tiempo, espero.

Pero ¿cuánto iba a tardar en terminar? Moví la cabeza, intentando aclararme las ideas.

—¿Qué querías decirme? —le pregunté.

—Alguien está intentando acceder a tus papeles.

Mis papeles, los antiguos manuscritos y la correspondencia de mis antiguas novelas, estaban en la biblioteca de la Universidad de Queensland. Los doné, junto con los escritos de Eleanor, el año anterior, pero les puse un acceso restringido para poder dar mi consentimiento cada vez que alguien quisiera consultarlos. Y cuando me mudé a Sídney, le pedí a Stacy que se ocupara del acceso a las consultas.

—¿Quién es?

—Una periodista, una tal Elizabeth...

—Parrish —dije—. Joder, ¿por qué no me deja en paz? ¿Qué quiere ahora?

—No lo sé, Nina, pero le puedo negar el acceso y ya está.

—Sí, gracias. —Me sentía incómoda y un poco asustada—. Ya le he dicho que no quiero hablar con ella. No sé lo que espera encontrar entre las antiguas cartas de mis lectores.

—¿Quieres que la llame y le diga que te deje en paz? Puedo soltarle un par de palabrejas de abogado.

Me reí.

—No, solo deniégale el acceso y a ver si se harta. Por cierto, te espero para la semana que viene, ¿no?

—Sí, claro, y te llevo una sorpresa.

—¿El qué?

—Si te lo digo, ya no es una sorpresa —replicó—. Venga, y ahora ponte a trabajar.

—Lo haré —dije, aunque no estaba segura de que fuera verdad.



Sobre las cinco, oí unas voces fuera de la casa y cerré el portátil sintiéndome

agradecida. Caminé con pesadez hasta el porche y llegué a tiempo de ver a Joe saludando a una mujer de unos sesenta años, morena y con los ojos negros. Había venido a acompañar a Julian, el hijo de Joe.

—Mamá —dijo Joe—, esta es Nina. Nina, esta es mi madre.

—Hola, señora... —Me volví hacia Joe—. Ni siquiera sé tu apellido.

—McKiernan —dijo la señora—, pero llámame Lynn.

—Es un placer, Lynn —le dije alargando la mano—. Hola, Julian.

Julian estaba muy ocupado, montándose en la barandilla y caminando como si fuera un acróbata. Le sonreí a Joe.

—Gracias por tu ayuda. ¿Puedes venir los mismos días la semana que viene?

Joe había venido a trabajar el lunes, el miércoles y el viernes. Si hubiera sido por mí, lo habría tenido allí todos los días destripando las paredes, pero tenía que seguir con su tesis.

—Si a ti te viene bien, sí.

—¿Te vuelves a Sídney para el fin de semana? —me preguntó Lynn.

—No, estoy intentando evitar la ciudad —dije.

Todavía faltaba una semana para que viniera Stacy, y el fin de semana se presentaba muy largo y vacío.

—¿Estás aquí sola? —preguntó Lynn, que me notó un poco triste.

—Sí.

—Entonces, vente a cenar con nosotros. He hecho lasaña. Hay más que suficiente para todos. El padre de Joe se alegrará de conocerte.

Me sorprendió la invitación. No estaba segura. No sabía si era bueno ver a Joe fuera del horario de trabajo. Ya había un afecto entre nosotros que no debería estar ahí. No quería meterme en más líos, después de lo que había pasado con Cameron.

—¡Tienes que venir! —exclamó Julian—. Así te enseño mi Lego de *Star Wars*.

Me miraba tan entusiasmado que no pude decir que no.

—Ah, entonces, vale —asentí.

—Estupendo —dijo Lynn—, abriremos una botella de vino bueno.

—Voy a ponerme los zapatos.

Bajamos la colina juntos, a la suave luz del atardecer. El sol se estaba poniendo por detrás de las nubes, creándose unos rayos ámbar que cruzaban el cielo. Nuestras sombras eran muy largas. Julian correteaba delante de nosotros, quitándose las telarañas que se le habían formado después de tantas horas

sentado en el banco del colegio. Casi se percibía cómo el aire marino le refrescaba las mejillas, tonificándole la piel. Pensé que aquel debía ser un sitio maravilloso para criar a un niño. Lynn abrió la cancela de la finca y embocamos el largo camino de entrada.

Julian volvió corriendo y señaló una cabaña prefabricada.

—Ahí es donde vivimos papá y yo. Papá, ¿le puedo enseñar mi Lego, por favor?

—No creo que le guste mucho el Lego —objetó Joe.

—No, qué va, me encantaría verlo —dije. En realidad, me picaba la curiosidad. Quería ver cómo se vivía en una cabaña.

—Voy a meter la lasaña en el horno —dijo Lynn revolviéndole el pelo a Joe con un gesto de cariño—. Tenemos tiempo.

Así que Joe, Julian y yo desandamos parte del camino y nos adentramos por un sendero lleno de matorrales que llevaba a la cabaña. Tenía varias ventanas y una puerta, y fuera había unos cuantos macetones de nomeolvides rosas y blancas. Joe abrió la puerta y entró para encender la luz.

Dentro había un único espacio, pero muy acogedor. Una cocina pequeña, unas alfombras cuadradas en el suelo con un montón de piezas de Lego esparcidas por todos lados, dos camas individuales colocadas cada una en una esquina y una estantería hecha de bloques de hormigón con largos tablones de madera.

—Bienvenida a mi mansión —dijo Joe medio sonriendo, y pensé que a lo mejor se sentía un poco avergonzado.

—Parece muy cómoda.

—No tenemos cuarto de baño.

—¡Regamos los arbustos con pipí! —declaró Julian entusiasmado.

—Pero solo por la noche, para no molestar a mis padres —aclaró Joe ruborizado.

Me reí a carcajadas. Julian me cogió de la mano y me llevó a ver su Lego, e insistió para que me sentara en el suelo con él, en una alfombra con círculos en la que había montado una estación espacial. Mientras me enseñaba sus naves y figurillas, Joe sacó dos cervezas del frigo. Las abrió y me dio una.

—Chinchín —dijo y chocó su botella contra la mía.

—Chinchín —brindé.

Nos miramos un momento y dejé que un tímido afecto me envolviera, al tiempo que me recriminaba por permitir que aumentaran sus expectativas.

—¿Cuánto tiempo lleváis viviendo aquí? —le pregunté.

—Cuatro años. Antes vivíamos en la ciudad, pero era difícil. Los alquileres son muy caros y vivimos de la beca de estudios. Julian es muy bueno con el Lego, pero no es una profesión muy rentable.

Le acaricié el pelo a Julian, pero estaba tan concentrado en su Lego que ni siquiera se dio cuenta.

—Acababan de concederme la beca cuando me ofrecieron el trabajo de guía en la agencia de avistamiento de ballenas. Durante un tiempo, todo fue bien. Compré la cabaña y la amueblé, les pasaba algo de dinero a mis padres..., pero después, como ya sabes, George y Kay cerraron la actividad.

Me recosté en el sofá de terciopelo.

—¿Cómo eran?

—Pues no se sabe —bromeó—. Eran agradables, aunque supongo que no es lo que te gustaría oír, con la cantidad de dinero que te deben.

—El dinero no me preocupa mucho.

—De todas formas, Julian y yo estaremos aquí hasta que termine la tesis. Después espero encontrar un buen trabajo en algún sitio y nos iremos. Y nos compraremos una casa, con baño, para no hacer pipí en el jardín.

—Un objetivo admirable —dije sonriendo mientras me llevaba la botella a los labios.

Nos sentamos en la alfombra con Julian, nos tomamos las bebidas y estuvimos charlando un rato más. No sé si fue por la cerveza o por la compañía, pero empecé a sentirme a gusto, tranquila, como si todo fuera a salir bien; el mundo ya no me parecía un lugar tan horrible. Al cabo de media hora, Lynn nos llamó para cenar y por fin conocí al padre de Joe, Dougal.

Joe no se parecía a su madre, y mucho menos a su padre, un escocés pelirrojo y corpulento. Me llamó «jovencita» y me dio un abrazo antes de sentarnos. Julian me pidió que me sentara a su lado en uno de los bancos largos. La mesa era tan grande que ocupaba casi toda la cocina y Lynn tuvo que aguantar la respiración y meter barriga para pasar por detrás de nosotros con la lasaña y la ensalada. Era de madera maciza, sin mantel, y todos los cubiertos estaban amontonados entre nosotros para que cada uno cogiera el suyo.

—Qué bien, es genial que venga gente a comer —dijo Dougal.

—Se está muy bien aquí —comenté—. La mesa es enorme.

Lynn se deslizó por el banco hasta su sitio.

—Nos encanta tener invitados, pero es difícil que se presente la ocasión. En



Navidad viene toda la familia del continente, pero normalmente estamos nosotros cuatro. Venga, a comer.

Me serví una pequeña ración de lasaña, y enseguida Dougal chasqueó la lengua con desaprobación y me dijo que tenía que meterme más carne entre los huesos. Joe parecía abochornado. Julian se inclinó sobre mí y me puso la cabeza en el hombro. Pensé en las cenas con mi familia. La mesa cuidadosamente montada; la insistencia en que usáramos cada cubierto en el momento adecuado, y mi madre, que se aclaraba la garganta suavemente si alguien ponía los codos en la mesa. Los padres de Joe hablaban alegremente con la boca llena y Julian se comía los tomates *cherry* con las manos. Todos volvieron a echarse un poco más. El vino también corría libremente. Yo nunca había visto a mi madre tocar una gota.

Me encantaba la familia de Joe.

—Bueno, ¿y qué estás haciendo en Ember Island, jovencita? —soltó Dougal cuando se hizo un momento de silencio entre las bromas y risas—. ¿Trabajando o divirtiéndote?

Acababa de meterme el tenedor en la boca, así que mastiqué lo más rápido que pude para contestar, pero Joe se me adelantó.

—Nina está de vacaciones, es... periodista.

—Periodista, ¿eh?

—¿Y de qué periódico?

Tragué, sin saber qué decir. ¿Por qué les había mentido?

—Trabajo para una revista local de Sídney —dije, esperando parecer convincente. No se me daban muy bien las mentiras—. Artículos sobre perros y cosas así.

—Joe nos ha dicho que Starwater siempre ha sido de tu familia —dijo Lynn.

Eso tampoco era totalmente cierto, pero no sabía qué decir. Le estaba siguiendo el juego a Joe, aunque no sabía por qué.

—Sí, era de mi bisabuela, Eleanor Holt. Era toda una señora.

Les conté algunas anécdotas de Eleanor y se olvidaron del tema de mi trabajo.

Joe se inclinó un poco hacia mí mientras Lynn y Dougal estaban recogiendo la mesa.

—Créeme —susurró—, si se huelen que eres famosa, te volverán loca. Mi madre empezará a llevarte a todos los círculos de lectores y mi padre acabará enseñándote sus memorias incompletas.

Me reí.

—Gracias, es agradable fingir que no soy escritora.

—Bueno, escribes lo de los perros esos.

Nos reímos los dos, y Dougal se volvió y nos miró afectuosamente. Al verlo, me aparté un poco de Joe, recordando que tenía que mantener las distancias. Pero era tan agradable sentir las primeras chispas de la atracción y coquetear un poco, y tenía tan pocos momentos buenos en la vida, que me agarré a aquel.

—¿Un poco de flan, Nina? —propuso Dougal.

—Sí, gracias.

—Es de café —dijo Lynn mientras destapaba la fuente del horno.

—La salsa está para morirse —añadió Dougal—. Mantequilla, nata y azúcar. Nada más. Me va a matar de un infarto.

—No caerá esa breva —dijo Lynn mientras jugueteaba con él dándole latigazos con un paño de la cocina—. Seguirás atormentándome toda la vida.

Eran tan cariñosos y expresivos, y se divertían tanto riéndose y metiéndose unos con otros, que no me sorprendía nada que Joe tuviera tan buen corazón y que su hijo fuera tan franco y efusivo.

Lynn puso unos cuencos de aquella delicia templada y pegajosa delante de Julian y de mí, y le echó una cucharada de helado de vainilla por encima. Luego se volvió hacia Joe y dijo:

—¿Quieres un poco, Jonás?

—Sí —dijo Joe.

—¿Jonás? —le pregunté sonriéndole—. ¿Te llamas Jonás y trabajas con ballenas?

—Sí, eso tiene su historia —dijo Dougal echándome un poco más de vino en el vaso. Entre la cerveza de antes y el vino de la cena, ya empezaba a sentirme mareada, pero no podía decirle que no.

Todo el mundo se sentó a comer —aquel era el mejor postre que había probado en mi vida— y Dougal me llenó el vaso hasta el final.

—Lynnie y yo no podíamos tener hijos. Lo intentamos durante años...

Lynn lo interrumpió.

—Seis años —dijo, con un tono tan vehemente que entendí perfectamente lo largos que se habrían hecho aquellos seis años para ella. Se me encogió el estómago. Me acordé de la cara que me ponía Cameron y cómo me decía: «¿Por qué no quieres intentarlo? ¿Por qué no podemos explorar todas las posibilidades?». Para él era fácil decirlo. No era su integridad la que se ponía en

tela de juicio; no era su cuerpo el que tenían que examinar hasta que lo declararan defectuoso.

—Sí, cariño, ahora déjame que lo cuente —dijo Dougal—. Lo intentamos seis años y luego pasamos otros ocho en lista de espera para la adopción. Nos llamaron en agosto, la época de las migraciones de las ballenas. Lynn y yo estábamos sobrecogidos por la noticia. Bajamos al muelle para esperar el barco que llegaba del continente para ir a recoger a nuestro bebé y pasó una manada de ballenas jorobadas. Madre mía, yo nunca había visto nada igual, jovencita. Pesaban más que un camión, pero saltaban en el agua como si no pesaran más que una pluma. Así que se me ocurrió que podríamos ponerle Jonás al niño, por las ballenas.

—Pero, claro, Dougal no se había leído la Biblia en su vida y me dijo que Jonás se montaba en las ballenas y que era una especie de rey de las ballenas —se rio Lynn—. Después de ponerle ese nombre al niño y firmar todo el papeleo, lo busqué en una enciclopedia y resulta que, en realidad, se lo había comido una ballena.

—Sí que me había leído la Biblia —protestó Dougal—, bueno, o por lo menos las partes más importantes, pero se ve que de chico no la entendí muy bien en la catequesis.

—Bueno, pero el caso es que ya teníamos a nuestro pequeño Jonás. Aunque ya ha crecido y prefiere Joe. —Lynn se estiró sobre la mesa enorme para darle una palmadita a Joe en la mano—. Y no me sorprende que le gusten las ballenas, las ha visto pasar por aquí todos los años de su vida y la verdad es que son unos animales impresionantes.

Siguieron más bromas y risas sobre el tema y Julian gritó «¡me encantan las ballenas!» porque quería participar en la conversación. Poco a poco conseguí terminarme el flan, aunque estaba a punto de reventar. Era imposible compadecerme de mí misma estando medio borracha, con el estómago lleno y rodeada de tanto cariño en un ambiente tan familiar. Y entonces Dougal me miró y me preguntó directamente:

—Bueno, jovencita, ¿y estás casada?, ¿estás saliendo con alguien?

—¡Papá! —protestó Joe.

Abrí la boca para contestar, y aunque no sabía qué decir, sabía que tenía que decir algo. Y Joe tenía que saber que yo no buscaba nada con nadie, aunque tampoco era fácil explicar por qué. No iba a estar mucho tiempo en la isla, así que no pasaba nada si le mentía.

—Tengo novio —dije y me aclaré la garganta—. Se llama Cameron.

—Entonces, ¿por qué no está aquí contigo? —preguntó Lynn desconcertada.

—Está en Sídney. No podía venir, tenía mucho trabajo.

Podía percibir cómo se abría una incómoda distancia entre mi hombro y Joe. Estaba decepcionado, tal vez enfadado. A lo mejor creía que había jugado con él y puede que tuviera razón.

—¿En qué trabaja? —quiso saber Dougal, y noté que se había perdido una pizca de calidez en su voz.

—Es poeta —dije.

Dougal soltó una carcajada, pero después se dio cuenta de que no era una broma y fingió un ataque de tos.

—Un poeta, ¿eh? —dijo Lynn—. Debe de ser un hombre muy callado y sensible.

—Sí, un poco.

Esas no eran precisamente las dos primeras palabras que se me venían a la mente para definir a Cameron. ¿Obsesivo y vanidoso?

—Hombre, pues es una pena que tuviera tantas poesías que escribir como para no poder acompañarte —dijo Dougal recuperando su tono afectuoso y bromista—. De todas formas, espero que disfrutes de tus vacaciones.

—Y puedes venirte a cenar cuando quieras. Cualquier día de la semana.

—Ven todos los días —dijo Julian enganchándose del brazo.

—Seguro que vendré algún día —dije con cierta torpeza. El corazón me latía con fuerza.

Joe quiso acompañarme a casa mientras Lynn y Dougal lidiaban con Julian, que tenía que bañarse y lavarse los dientes. El cielo estaba despejado y cálido y la brisa del mar mecía las ramas de las palmeras. Caminamos un rato en silencio y luego le dije:

—Siento no haberte dicho nada de Cameron. No he encontrado el momento, la verdad.

Ya está. Con eso se terminaría todo.

—No tienes que disculparte. Mi padre no tenía por qué preguntarte. Siempre está metiéndose donde no le llaman.

—Espero que no se te haga raro o algo.

—Mis padres sí que son raros —se rio.

—A mí me parecen fantásticos.

—Y a mí también, pero ya han hecho ese tipo de cosas tantas veces que casi

me he acostumbrado.

Seguimos caminando en silencio, hasta que de pronto dijo:

—¿Es poeta de verdad?

—¿Eh? Sí.

—¿Y vive de eso?

—También da clases y escribe artículos para revistas de vez en cuando.

Pero más que nada había vivido a mi costa, y ahora estaba gorroneándole a Tegan y su padre rico. Ya habíamos llegado al camino de entrada de Starwater. Tosí, deseando cambiar de tema.

—Entonces, ¿te veo el lunes?

—¿Quieres que te acompañe a la puerta?

Creo que los dos nos sentíamos un poco incómodos.

—No, no hace falta —dije—. No hay asesinos en la isla, ¿no?

—Ya no, desde que cerraron la prisión.

Le sonreí. La chispa seguía allí y estoy segura de que él también la sentía. Pero aquel barco había zarpado. Me repetí una y otra vez que era lo mejor. La próxima vez que me enamorara tendría que ser de un hombre de más de cincuenta años que ya hubiera tenido una familia y lo que buscara fuera una jubilación tranquila en una casa limpia. Y a lo mejor un gato.

—Gracias —dije—. Buenas noches.

—Buenas noches.

Nos separamos. Subí por el camino que llevaba a la casa arrastrando un poco los pies. Entré. Me sentía bastante perdida allí sola, después de haber pasado la noche en tan buena compañía. Me metí en la cama y decidí que me pondría a leer el diario que habíamos encontrado entre los ladrillos. Aquel era del año anterior, Eleanor lo escribió cuando tenía once años. No me sorprendió que escribiera tan bien aun siendo tan pequeña. Llevaba el arte de la escritura en la sangre. Ojalá hubiera heredado yo aquello, en vez de una caja de papeles viejos.



*5 de octubre de 1890*

He decidido comenzar este diario porque mi madre se está muriendo y yo no

tengo con quién hablar. Mi maestra es una mujer sin compasión, mis compañeros de clase tienen la cabeza hueca y papá dice que tengo que ser fuerte y no depender mucho de él.

Lo más triste es que mamá es la persona a la que me gustaría poder contarle todos mis problemas, por lo que a su muerte sufriré doblemente: por perderla a ella y por perder a la persona en cuyo regazo quisiera apoyar la cabeza y llorar. Me siento como si estuviera en alta mar, en un barco que zozobra lentamente.

Hace dos meses que mamá está enferma. Al principio dormía mucho. Le costaba levantarse por las mañanas y en cuanto empezaba a atardecer ya quería acostarse otra vez. A veces se iba a la cama antes que yo. Poco a poco, el cansancio fue a más. No podía pasar un día entero sin echarse a dormir un rato. La oía bromear con papá diciendo que se estaba haciendo mayor, pero solo tenía treinta y seis años y yo conocí una vez a una mujer de ochenta años que podía resistir todo el día sin dormir.

Luego empezó a adelgazar. No tenía apetito y se quejaba de un constante dolor de espalda.

Aun así, yo no estaba muy preocupada, porque ninguno de ellos parecía estarlo. Hasta que uno de los martes que el médico del continente había venido para visitar a los prisioneros de la enfermería, papá le pidió que viniera a casa a ver a mamá. Yo estaba jugando con mis muñecas de madera en el porche sur, así que no sé lo que le dijo a mamá, pero después papá y el médico salieron al porche este y lo oí todo con claridad.

«¿Cuánto tiempo hace que tiene esos bultos debajo del brazo?».

«No me ha dicho nada, así que supongo que los tendrá desde hace tiempo».

«No es buena señal, superintendente Holt. El dolor de espalda y los bultos. Ya he visto otros casos».

Me quedé helada.

«¿Debería llevarla a la ciudad?», dijo papá sin perder su tono comedido y sensato.

«No serviría de nada. Le queda poco tiempo».

Silencio. Me habría gustado ver la cara de papá. Yo estaba temblando.

«¿Qué pasará?», le preguntó papá en voz baja.

«Bueno, estará cada vez más cansada hasta que un día se acostará y no volverá a levantarse».

Empecé a llorar y una de las veces se me escapó un hipido, así que me puse la mano delante de la boca para que no me oyeran, me levanté de un salto y bajé

los escalones del porche lo más rápido que pude y crucé corriendo el jardín. Me daba miedo que me hubieran oído, porque papá odia que me ponga a escuchar sus conversaciones a escondidas, pero también estaba asustada por lo que habían dicho y no sabía qué hacer. Me subí a una higuera, trepando por sus raíces enormes, me senté en la rama más grande y seguí llorando.

Al cabo de una media hora, papá me encontró.

«Baja», me dijo desde el suelo. No parecía muy enfadado.

«¿Es verdad? —pregunté—. ¿Mamá se va a morir?».

«Baja».

Me encaramé por las ramas hasta llegar a la más baja, que estaba a un metro del suelo. Salté y él me cogió y me abrazó un momento antes de soltarme. Mi padre no me abraza nunca.

Lo miré a los ojos, esperando la respuesta.

«Tu madre está muy enferma. Supongo que habrás oído lo que ha dicho el médico».

«No todo. Me vine corriendo aquí».

«Estará cada vez más cansada, hasta que no sea capaz de levantarse de la cama. Dormirá mucho. Tendrá algunos dolores, pero el médico le dará unas medicinas para ayudarla. La veremos muy enferma. Hasta que un día se duerma y no vuelva a despertarse».

Asintió, con un gesto resuelto, a modo de conclusión, como si ya me hubiera impartido todo lo que yo necesitaba saber.

«Todo esto tardará unas cuantas semanas o unos pocos meses —añadió—. En ese tiempo, no podrás pedirle absolutamente nada, ni siquiera que te lea un cuento. Por el contrario, tú harás todo lo que ella te pida sin rechistar. ¿Lo has entendido?».

Me sentía totalmente abatida.

«Sí, pero...».

Las lágrimas no me dejaron terminar, y papá me puso una mano en el hombro.

«Que no se te olvide que no puedes llorar para no hacerla sufrir más. Tú seguirás viviendo y verás muchos más amaneceres y puestas de sol. Mientras tanto, ella nos estará viendo a los dos desde el cielo».

En la última palabra, papá vaciló un poco y a mí se me encogió el estómago. Papá no vacila. Él no duda jamás. El mundo estaba patas arriba.

Ya es julio. Mamá lleva cinco semanas en la cama. Yo voy todos los días para

estar con ella. Le leo algo o me paso un rato bordando hasta que se adormece. Cada vez le cuesta más sonreír, pero hoy...

Hoy ha sido peor.

Le estaba leyendo *Sir Gawain y el caballero verde* —que es la historia que más me gusta del mundo— y ella se ha quedado dormida cuando *lady Bertilak* rechaza a Gawain por segunda vez, así que he cerrado el libro y me he inclinado sobre ella para darle un beso en la mejilla, y sin querer me he apoyado en el brazo, que estaba debajo de las sábanas.

Y ella ha abierto los ojos y se ha puesto a gritar: «¡Ah! ¿Es que eres idiota? ¿Quieres torturarme, o qué? Como no me duele nada, ¡pues venga! ¡Siéntate encima de mí, si quieres!».

Yo me he apartado enseguida y le he dicho que lo sentía. Se me estaban escapando las lágrimas, pero como papá me dijo que no podía llorar delante de ella, me las he tragado como he podido. Y entonces papá, que la había oído gritar, ha entrado a toda prisa en la habitación y también me ha regañado a gritos. He salido corriendo y me he sentado en los escalones del porche. He metido la cabeza entre las rodillas y me he puesto a llorar.

Papá ha llegado a los pocos minutos y se ha sentado a mi lado.

«Lo siento —le he dicho—, yo no quería hacerle daño, no sabía que tenía el brazo ahí».

«Tranquila —me ha dicho papá—, no pasa nada. Es que mamá está sufriendo mucho. No te imaginas cuánto le duele. Por eso no puede controlarse».

«¿Puedo ir a decirle que lo siento? ¿Me ha perdonado?».

«No, creo que va a ser mejor que a partir de ahora pases menos tiempo con ella. Deberías concentrarte en tus estudios. Todavía falta un poco para que nos deje y tú eres demasiado pequeña para hacerle compañía a una mujer moribunda».

Yo quería gritarle: «¡Pero es mi madre!».

Sin embargo, en ese momento es cuando me he dado cuenta de que esa mujer ya no es mi madre. Mi madre ya se ha ido. Se ha disuelto en la enfermedad y el dolor, y lo único que ha quedado es una mujer impaciente y enfadada conmigo, y yo no puedo con eso. No puedo.

*15 de octubre de 1890*

Mamá está muy mal. Hoy papá me ha dejado que me siente una hora con ella. Se



le ve la forma del esqueleto debajo de la piel. Apenas puede hablar. Papá dice que es por la medicina que se está tomando para el dolor, que también le quita la capacidad de saber lo que está pasando a su alrededor. Me da miedo. Me mira como un monstruo. Esa mujer no es mi madre.

*19 de octubre de 1890*

Hoy me he pasado todo el día en la cama leyendo Malory abrazada a Pangur Ban. Oía a mamá en la habitación de al lado. Respira muy raro, como si tuviera cuchillas en la garganta. No me gusta ese ruido. Me gustaría poder irme a otro cuarto. Yo quiero que vuelva mi madre. La mujer de esa habitación no es mi madre. ¡Yo quiero a mi madre!

*27 de octubre de 1890*

Está amaneciendo y no sé lo que está pasando y nadie va a venir a decirme nada. Por la noche me desperté porque se oían voces y pasos y fui a la habitación de mamá para ver. El doctor Groom estaba allí, ha venido dos o tres noches para atender a mamá, y papá estaba arrodillado al lado de la cama cogiéndole la mano a mamá y estaba llorando. ¡Yo nunca he visto llorar a papá! ¿Por qué estaba llorando? El doctor Groom me ha sacado de la habitación a empujones, diciéndome que me fuera y que volviera a acostarme.

¿Creen que todavía estoy durmiendo? ¿Mamá está muerta? Me lo habrían dicho, ¿no? Además, yo lo sabría, percibiría de algún modo si mi madre se hubiera muerto, notaría cómo todos los hilos del cosmos tiemblan igual que una telaraña cuando aterriza una mosca. Me da miedo ir a la habitación de al lado por si se ha muerto; o si no se ha muerto, me da miedo lo que pueda ver, que todo sea más horrible que nunca. Me da miedo ir y que el doctor Groom me grite diciéndome que me vaya y que por qué los molesto en un momento así.

No sé qué más decir.

*1 de noviembre de 1890*

Hace dos días enterramos a mi madre en el cementerio del sur de la isla. Se

murió la noche del 27 de octubre, con treinta y seis años y ciento siete días. Solo le quedaban cuatro pelos grises en la cabeza pero todavía tenía las manos suaves. Papá me llamó para que viera el cuerpo y le diera un beso en la mejilla fría a la mañana siguiente, y lo hice, pero habría preferido no hacerlo porque seguía notando ese frío en los labios durante todo el día y a veces todavía me parece sentirlo y no me gusta.

El día que la enterramos hacía mucho calor. El capellán, que es un hombre grande y gordo, estaba sudando a mares mientras leía la Biblia. El cielo estaba muy azul y se oía el rumor del mar. De vez en cuando se levantaba un poco de brisa del agua fría y me refrescaba las mejillas encendidas y la piel pegajosa. Todo fue muy rápido, comparado con todo lo que había sufrido mi madre antes de morir. Aunque yo creo que fue tan rápido porque el capellán tenía mucho calor.

Hay dos cementerios en la isla. Uno para los empleados y las familias, y otro para los prisioneros. En las tumbas de los prisioneros no hay nombres. En las cruces solo pone la letra de la celda y el número del prisionero. Las tumbas del otro cementerio cuentan historias tristes de gente como mamá, a la que «queremos», «echamos de menos» y que «descansa en paz». La lápida de mamá no está lista todavía, la están haciendo en el continente, pero papá me ha dicho que pondrá: «Amada esposa y madre, descansa entre los ángeles». Me ha parecido un epitafio muy bonito y le he preguntado que quién lo había escrito. No me esperaba que me dijera que lo había pensado él.

Nunca he tenido mucha relación con mi padre, aunque supongo que eso va a cambiar. Mientras yo lloraba en el funeral, él me estrechó fuerte entre sus brazos, me acarició el pelo, me dio un beso en la cabeza y me dijo que no estuviera triste porque mamá ha dejado de sufrir y ahora está en un lugar mejor. Él no derramó ni una sola lágrima, pero me di cuenta de que algo en su interior se enterneció.

Ahora que está enterrada, la habitación de al lado está en silencio. A veces eso también me pone triste. Me acuerdo de cuando tenía pesadillas y salía corriendo a su habitación para apoyarme en su pecho y que ella me dijera que no pasaba nada y que volviera a acostarme.

Pero ya hace mucho tiempo desde que ella me consolaba, así que más que nada me siento aliviada. Puedo seguir recordando cómo era antes de que esa horrible enfermedad le dominara el cuerpo, la desfigurara y le robara toda su luz y su cariño.



Pasé mucho tiempo despierta, tumbada en la cama, después de leer el diario. Aquellos eran mis antecesores. Aquella era la historia de mi familia. Yo no sería la antecesora de nadie. En el fondo, esa era la idea que Cameron no lograba aceptar: nadie llevaría su herencia genética. Para él era realmente importante, de un modo que yo no llegaba a entender, aunque quizá le encontré algo más de sentido en ese momento, después de pensar en mi relación con Eleanor. ¿Honramos el pasado proyectándonos a nosotros mismos en el futuro, transmitiendo nuestros genes, nuestras características personales y nuestras historias familiares? Estaba inmersa en este tipo de consideraciones cuando el teléfono lanzó un pitido. Estaba acostumbrada a que sonara en momentos raros, ya que la señal iba y venía dependiendo del tiempo y el viento. Alargué la mano y lo cogí a oscuras. Era un mensaje de un número desconocido: «Nina, por favor, llámame. Soy Elizabeth Parrish. Es por un artículo que estoy escribiendo. Necesito información. Es urgente. No ignores este mensaje».

Apagué el móvil y lo dejé en la mesita de noche. Me temblaban las manos de la rabia. Urgente, ¿para quién? No para mí. No iba a hablar con ella. «No ignores este mensaje». ¿Por qué esa última línea me parecía amenazadora? No era una amenaza, ¿o sí?

Intenté quitármelo de la cabeza. Tenía que pasarme el fin de semana escribiendo, no pensando en periodistas fisgonas y en lo que pudieran querer de mí.

## DOCE

### ESTO ES VIDA

Me senté a la sombra en el porche. Las vistas eran preciosas, el sol de la mañana iluminaba la gran extensión de hierba que cubría la colina y el profundo azul del mar más allá de la isla. Unos días antes había sacado la mesa de la cocina al porche. Me pasaba mucho tiempo allí, con el portátil encendido, intentando escribir. Aquella mañana, quité el ordenador y puse una jarra de agua y una planta de azafrán en su lugar. Stacy llegaría pronto, y había pensado que podríamos tomarnos una de esas frituras de pescado con patatas fritas que se venden para llevar acompañadas con una botella helada de *sauvignon blanc*. Insistió en que no quería que fuera a recogerla al muelle, así que estaba esperando a que llegara.

Al cabo de un rato divisé a alguien en la distancia con una maleta de ruedas y un sombrero enorme. Me levanté y me incliné sobre la baranda agitando los brazos como loca. Ella me saludó con el mismo gesto y recorrió el resto del camino a toda prisa, hasta subir los cinco escalones del porche.

—Ya te dije que encontraría el camino yo sola —me dijo.

—Nunca lo he puesto en duda.

Se quitó el sombrero. Llevaba el pelo recogido con dos trenzas.

—Voy a dejar la maleta en la habitación y después tengo que hablar contigo de una cosa de trabajo antes de quitarme de en medio.

—Eso suena fatal. ¿No quieres que saque el vino?

—No, qué va, no es tan malo, y sí, sácalo, ya tiene que ser por la tarde en algún lugar del mundo.

A los dos minutos ya estábamos otra vez en el porche. Serví las dos copas de vino. Stacy me dio un sobre marrón.

—Enhorabuena por tu nueva lancha.

—¿Mi nueva...?

—He hablado con George y Kay y ya la han puesto a tu nombre a cambio de

todo el alquiler que te deben. Las tasas del registro y todos los demás impuestos están pagados también.

Hojeé todos los papeles y los dejé en la mesa, al tiempo que soplaba una brisa fresca.

—Vaya, tengo una lancha. ¿Y qué voy a hacer con ella?

Stacy se recostó, saboreando el vino.

—¿Aprender a navegar? O buscarte a alguien que la lleve. ¿Ellos tenían a alguien?

Leí rápidamente la descripción en los papeles.

—Ni idea. Joe lo sabrá.

—¡Joe! —exclamó—. A lo mejor podrías pedirle que nos lleve a dar una vuelta.

—No sé su número.

—No habrá más de trescientas personas en la isla, no puede ser tan difícil enterarse —dijo, y enseguida entornó los párpados con suspicacia—. Tú sabes dónde vive, ¿no?

—Sí.

—Entonces, ¿por qué te lo piensas tanto?

—No, por nada. Es solo que... No sé, está trabajando para mí.

Después de la cena en la casa de sus padres, me había pasado toda la semana evitándolo. Cuando llegaba, me metía en la oficina y no salía para hablar con él, y a él tampoco parecía que le molestara pasarse todo el día arrancando paneles de yeso sin tener que hablar conmigo.

—Venga, nos lo pasaríamos bien. Solo voy a estar aquí este fin de semana. Podríamos hacer una merienda en la lancha.

—Ya veremos —dije, intentando darle largas.

—Te gusta, ¿no?

—¿Hemos vuelto al instituto, o qué? —bromeé.

Stacy volvió a recostarse en la silla mientras me miraba con una sonrisa presumida y agitaba el vino en la copa.

—Siempre noto cuando te gusta algún chico porque de pronto dejas de hablar de él.

Levanté las manos sin pensar para pedirle que no siguiera.

—Por favor, no.

—¿Por qué? ¿Qué pasa? Ya llevas sola casi un año...

—Nunca te he contado por qué corté con Cameron.

—No hace falta. Es un engreído y se estaba aprovechando de ti.

—No fue por eso.

—Pues debería. —Stacy sonrió para que no sonara tan mal lo que acababa de decir—. Lo siento, ya sabes no me gustaba mucho. ¿Y por qué no me lo cuentas? La verdad es que nunca había hablado de aquello con nadie.

—Él quería tener niños y yo..., bueno, ya sabes que yo no puedo. Por eso lo dejé, y por eso me dolió tanto cuando lo vi aquel día con Tegan.

—¿Sigues enamorada de él?

—No.

Stacy apretó los labios un momento, pensativa.

—¿Y eso qué tiene que ver con Joe?

—No puedo volver a pasar por lo mismo otra vez.

—Espera, ¿ya te estás preocupando por los niños? ¡Pero si ni siquiera has salido con él!

—A él le gustan los niños. Tiene uno y seguramente quiere más.

Stacy se reclinó sobre la mesa y me dio una palmada en la mano.

—Yo solo quiero que le preguntes si puede llevarnos a dar una vuelta en la lancha. Te prometo que no te voy a obligar a criar a su prole.

Me entró la risa y por fin asentí. Metimos la botella de vino en el frigorífico y bajamos por el soleado sendero de la colina hasta que llegamos a la cabaña de Joe.

Llamé. El eco resonó con fuerza. La puerta se abrió y apareció el pequeño Julian.

—¡Nina! —exclamó entusiasmado y se abalanzó sobre mí para darme un abrazo tan fuerte que casi me tira al suelo.

—Julian, esta es mi amiga Stacy. Estamos buscando a tu padre.

Aunque, en realidad, yo ya lo había visto, estaba con sus libros en una mesa redonda pequeña mientras Julian jugaba con la PlayStation.

—Perdona que te moleste, ¿estabas trabajando? —dije, pero al segundo ya estaba en la puerta dándole la mano a Stacy y rechazando mis disculpas.

—No, qué va, ya me empieza a doler la cabeza y Julian lleva demasiado tiempo reventando coches. Apaga ya la tele, campeón —le dijo antes de volver a dirigirse a nosotras—. ¿Os apetece una taza de algo?

—No, no queremos molestarte... —empecé a decir.

—Pero Nina tiene una lancha nueva —soltó Stacy.

—¿Una lancha? —preguntó Joe.

—La lancha —expliqué—, la de George y Kay.

—Y queríamos saber si estarías libre mañana para llevarnos a dar una vuelta —dijo Stacy pestañeando como siempre lo hacía; era un gesto que siempre le funcionaba, daba igual que fueran hombres, mujeres o niños.

—¿Queréis que os saque con la lancha? —dijo Joe—. Pues claro, me encantaría.

—¿Puedo ir? —preguntó Julian.

—Por mí, sí —dije—. Vamos a hacer una merienda.

—La abuela te va a llevar a la ciudad para ir a ver a la tita Pam —le dijo Joe.

—La tita Pam huele raro. Nina huele muy bien.

—¡A que sí! —dijo Joe sonriendo, y yo me derretía al verlo.

Stacy me dio un codazo con una sonrisa burlona.

—Pero la tita Pam todavía tiene tu regalo de cumpleaños, desde el mes pasado —añadió Joe.

Julian asintió con cara meditativa.

—Lo siento, Nina. Al final no voy a poder ir a tu merienda.

—No pasa nada —le dije—, la próxima vez.

Joe volvió a concentrarse en nosotras dos.

—Tengo que hacer unas cosas por la mañana, pero si queréis, podríamos quedar en el varadero sobre las doce.

—¡Genial! —exclamó Stacy entusiasmada.

—Es la temporada de las ballenas —le dijo Joe—. No os prometo nada, pero puede que veamos una o dos.

—¿Dan miedo? —quiso saber Stacy.

—Miedo no, pero son... enormes —se rio Joe—. Te das cuenta de que de verdad estás vivo cuando te cruzas con una de ellas, eso seguro. Cruzad los dedos.

Empecé a preguntarme si Joe, que parecía tan cercano a la naturaleza, no sería capaz de transmitir toda esa magia que tenía al avistar las ballenas.

Mientras volvíamos a Starwater, Stacy llevaba una sonrisa de oreja a oreja.

—¿Qué? —le pregunté.

—Ya lo sabes —me dijo.

Sí, tenía razón. Ya lo sabía.



Acababa de meterme en la cama aquella misma noche cuando Stacy llamó suavemente a la puerta de mi cuarto.

—Entra.

La puerta se abrió. Stacy llevaba un pijama rosa pálido y el pelo recogido en una trenza muy larga.

—Mira lo que he encontrado —me dijo y me dio un fajo de papeles.

Me incorporé.

—¿Dónde?

—Se me ha caído el pendiente y se ha metido debajo de la cómoda. He tenido que moverla y esto estaba encajado entre dos ladrillos, en un hueco sin cemento.

Lo cogí y lo abrí. Leí las primeras palabras acercándolo a la lámpara de la mesita de noche.

—«La confesión secreta de Eleanor Holt». No se ve bien la fecha.

Stacy la miró.

—¿1869?

—No, todavía no había nacido. Tiene que ser 1889, de cuando tenía diez años.

—¿Lees la letra? Es muy pequeña.

—Sí. —Aparté las sábanas—. Súbete.

Stacy se sentó a mi lado y empecé a leer.

A quienquiera que encuentre esta carta, en confidencia. El día de hoy, doy constancia de que el señor Burton, nuestro capellán y durante un tiempo profesor de las Sagradas Escrituras, ha actuado de un modo inapropiado para conmigo. Esta carta servirá para dar fe de dichas acciones etc., etc.

Stacy se rio.

—¿Qué niña de diez años escribe así?

—Mi bisabuela, por lo que se ve —repliqué.

—Ya sé de dónde te llega ese gen de la escritura —dijo.

No le contesté; ya estaba leyendo la siguiente línea.

Hoy hemos estado en clase de religión con el señor Burton. Solo estábamos cinco porque dos de los hermanos Randolph están enfermos con vómitos. El señor Burton nos ha tenido leyendo proverbios hasta que Bertie se ha quedado dormido, y a la una nos dijo que nos fuéramos a comer.



Cuando los Randolph se fueron me pidió que esperara un momento porque tenía que enseñarme una cosa. Lo seguí a la parte de atrás de la capilla, debajo de donde está esa imagen tan triste de Jesús. Cogió una silla que había en la esquina y la puso debajo de la trampilla del techo. Se subió en la silla y miró a su alrededor un momento. La trampilla se abrió y una escalera de madera se deslizó hacia abajo.

«Esto lo hizo el primer capellán de la isla —me dijo—, para poder encender el cirio debajo de la cruz todas las noches, pero ya hace mucho tiempo que no se usa».

Me apremió para que pasara por delante de él.

«Venga, sube. Te voy a enseñar lo que hay ahí».

No estaba segura de si debía subir las escaleras, pero pensé que él era el capellán y que un hombre de Dios no haría nada que me pusiera en peligro. Subí mientras él me miraba desde abajo. La escalera llevaba a una buhardilla. Dentro hacía mucho calor y había mucho polvo, y tenía que tener la cabeza inclinada porque me llegaba al techo. Más adelante se veía una puerta muy pequeña.

«Sigue», insistió el señor Burton.

Yo seguí. La puerta, que se abrió fácilmente, daba a una especie de pasadizo de un metro que llevaba a la enorme cruz de madera que se alzaba sobre mí.

«¿Lo ves? —dijo el señor Burton, que estaba justo detrás de mí—. ¿No son unas vistas preciosas?».

Pensé que el señor Burton no entendía para qué servía realmente aquel pasadizo. No era un buen sitio desde el que mirar, sino un buen sitio para que nadie te viera. Y nadie sabía de la existencia de aquel lugar, estaba segura. Papá nunca lo había mencionado. Me imaginé escapándome de las clases para subirme allí arriba a escribir y esconder mis historias en la buhardilla cálida y oscura. Me encantó la idea.

Pero entonces el señor Burton me tocó. Alargó la mano regordeta y me pasó los nudillos por la mejilla. Yo di un respingo, y él se rio y me dijo:

«No te hagas la difícil, señorita Holt. No te voy a hacer daño».

Y me miró de una forma rara. No sé por qué, pero me sentí confundida y avergonzada, y pensé que había sido una tonta por dejar que me llevara allí.

«Quiero bajar», le dije, porque él estaba delante y no me dejaba salir, pero yo no quería empujarle porque no quería que volviera a tocarme.

«Cuando tengas dieciséis años vas a ser preciosa, Nell», me dijo.

Tenía la voz empastada y a mí me dio miedo, pero luego me acordé de que mi padre era el hombre más poderoso de la isla y le dije muy seria:

«Déjeme pasar o se lo diré a mi padre».

El señor Burton se apartó, pero estaba riéndose, y cuando pasé a su lado se me acercó un poco y se restregó la barriga contra mí.

A él le pareció muy gracioso, pero a mí me ha dado mucha vergüenza y mucha rabia, así que me he venido aquí para escribirlo todo y ahora me siento un poco mejor por haberlo contado.

No se lo he dicho a papá porque él ya tiene bastantes problemas, y de todas formas yo no debería haber subido allí.

Así que, si lo estás leyendo, eres la única persona que lo sabes.

Atentamente,

Eleanor Holt

Stacy cogió la carta y la miró.

—Es horrible —dijo.

—La pobre, y encima creía que había sido culpa suya por haber subido allí.

—Tuvo suerte de que no le pasara nada peor —comentó Stacy—. En el siglo XIX no debía de resultar nada fácil ser mujer. ¿Crees que esa capilla será la ermita que hay abajo, cerca de la verja?

—Sí, es esa, siempre se la ha considerado parte de Starwater, pero creo que ya no hay ninguna cruz de madera, solo la cruz luminosa que está pegada a la fachada.

Stacy bostezó y se bajó de la cama mientras me devolvía la carta.

—Gracias por el cuento antes de dormir. Buenas noches.

—Buenas noches.

Cuando se fue, volví a leerme la carta. De mi bisabuela para mí, aunque ella no supiera que la habría encontrado yo. Me habría gustado poder volver atrás en el tiempo y abrazar a aquella niña y decirle que no se preocupara por el horrible señor Burton; que había sido increíblemente lista, y que llegaría a ser una gran escritora. Poco a poco me quedé dormida, soñando con antiguas iglesias oscuras y repisas polvorientas llenas de libros en blanco.



El domingo por la mañana vi la lancha por primera vez. Era una Shark Cat 1979,

de fibra de vidrio y siete metros de eslora, con dos motores fueraborda prácticamente nuevos, o eso me dijo Joe. Yo solo vi una lancha amarilla. Él había dejado el coche cerca de la puerta del cobertizo del varadero y había abierto la puerta enrollable. Stacy, untada de crema solar a prueba de bomba nuclear y con un sombrero de paja gigante, me estaba esperando en el césped. Llevábamos una cesta con la merienda. Stacy sería una ambiciosa abogada, pero también era una magnífica cocinera capaz de hacer unas magdalenas y unos pasteles de limón increíbles. La botella de champán era cosa mía.

Joe enganchó el arrastre y sacó la lancha del cobertizo. Miré el interior vacío. Telarañas y moho, y el helor que solo puede haber dentro de las construcciones de piedra.

—¡Nina! ¡Venga!

Era Stacy, que había echado a andar detrás de Joe, que tiraba del arrastre. Me apresuré para alcanzarlos, sujetando la cesta contra la cadera con bastante torpeza.

Joe sabía muy bien lo que estaba haciendo, por supuesto. Había estado metiendo y sacando la lancha del cobertizo y navegando con ella por la bahía durante dos años. Se sentía totalmente cómodo y seguro con lo que estaba haciendo, vestido con sus vaqueros rotos y la camiseta de manga larga. Stacy y yo íbamos haciendo lo que él nos pedía, embutidas en los chalecos salvavidas, y subimos a bordo cuando él nos lo dijo.

Zarpamos, surcando la bahía. La lancha necesitaba unos cuantos arreglos. El vinilo de los asientos estaba desgarrado y el relleno se salía; una de las ventanas de proa tenía una grieta que habían tapado con cinta adhesiva y el revestimiento impermeable del suelo estaba raído. Pero Joe me aseguró que era seguro y que había sido un buen acuerdo.

—¿Adónde vamos a ir? —pregunté.

—Nos vamos a alejar un poco y después iremos hacia el norte. Seguramente veremos dugones y algunas tortugas, y un montón de medusas. Mira por la borda y disfruta.

Eso hice. Me incliné sobre la borda y observé cómo la lancha cortaba el agua.

Una flotilla de medusas nos rodeaba. El sol me calentaba la espalda y tuve la sensación de estar pasando el día en buena compañía. Incluso parecía que sería capaz de olvidarme del libro durante un rato. Stacy abrió la cesta de la merienda y sacó palitos y queso y una jarra de café. Le echó un vaso a Joe y se sentó a mi lado con un vaso de plástico.

—Esto es vida.

—Gracias por la lancha.

—A ti.

Seguimos navegando, y Stacy y yo estuvimos hablando y comiendo y contando chistes tontos. Me veía reflejada en sus gafas de sol, y aunque estaba más delgada que nunca y tenía el pelo alborotado, me sorprendió verme riendo.

Joe apagó los motores y nos dejamos llevar por las olas. Él se fue hacia el otro lado y nos llamó.

—Tortugas bobas —dijo.

—¿Dónde? —exclamó Stacy mientras salía corriendo hacia el otro lado del barco.

Y allí nos quedamos un rato, hombro con hombro, siguiendo la dirección que Joe nos señalaba con el dedo.

—¡He visto una! —dijo—. ¡Mira!

Yo también la vi, con el caparazón marrón y los ojos negros, y se sumergió de nuevo.

—¿Merendamos? —preguntó Stacy esperanzada.

—Buena idea —dijo Joe.

No había sitio para poner la comida, así que nos sentamos en el banco largo como tres pájaros en una rama, sacando de la cesta lo que queríamos mientras charlábamos. Joe no probó el champán, pero Stacy y yo nos hartamos. Joe parecía a gusto con nosotras, riéndose con naturalidad de nuestros chistes tontos, con el cuerpo tan cerca del mío que notaba el calor de su piel y le olía el perfume a sol y sal del cabello. Necesitaba más de aquello, más bromas tontas entre amigos, más Joe, más momentos al sol. Me había convertido en una criatura encorvada de ciudad, concentrada en mí misma, como si me hubieran sacado de una historia de Poe. De repente, Joe se levantó, mirando hacia el este con cara de admiración.

—¿Qué pasa? —le pregunté siguiendo su mirada.

Joe volvió a encender los motores y cogió el timón.

—He visto una aleta.

—¿Ballenas? —gritó Stacy.

—Espera —dijo Joe.

Viró y nos dirigimos hacia la bahía a toda prisa. La velocidad y el movimiento no se llevaban muy bien con el champán y los pasteles de limón en mi estómago, pero aguanté.

A los pocos minutos, la vi. Una enorme joroba rompiendo las olas, con la aleta levantada como si fuera una ola, y después desapareció. No estaba preparada para lo que sentí. Había visto fotografías de ballenas y sabía cómo eran, claro, pero aquello, en mar abierto, me despertó una emoción profunda y natural.

Stacy se me cogió del brazo.

—Es una ballena —dijo—, una ballena de verdad.

—Tú ya habrás visto muchas —le dije a Joe—. ¿Te sigue emocionando verlas?

—Sí, siempre —contestó—. Nunca te acostumbras a verlas. Son impresionantes.

Apagó los motores y nos fuimos acercando poco a poco al lugar en el que la habíamos visto. Y esperamos, casi conteniendo la respiración.

Con un enorme resoplido, un lomo gris y negro cortó las olas y salpicó agua por todas partes. Stacy gritó de miedo y a mí me dio por reír.

—¡Por el otro lado! —dijo Joe.

Me volví y vi otra, nadando por debajo del agua, cerca de la otra cubierta.

Stacy me apretó el brazo.

—No pueden volcar la lancha, ¿verdad? —preguntó.

—No ha pasado nunca —dijo Joe.

La que estaba más cerca emergió un poco y soltó un chorro de agua por el orificio del lomo.

—Está respirando —dijo Stacy—, como nosotros.

—Sí, y está muy cerca —dijo Joe, preparándose para encender los motores otra vez.

Entonces la primera rompió las aguas, y aquella masa enorme se arqueó de modo glorioso mostrando la parte blanca de abajo al tiempo que volvía a hundirse y desapareció regándonos a los tres.

El corazón me dio un vuelco cuando me salpicó el agua salada en la piel. Me quedé sin palabras. Era como si hubiera visto claramente todo el artificio de la civilización, como si de pronto no hubiera nada más importante que la fuerza del mar y la inmensidad del cielo. Stacy casi me arranca el brazo.

—Dios mío —dijo.

—Sí —le dije yo, porque era la única palabra que se me ocurrió.

Joe sonrió, como si él hubiera orquestado directamente la exhibición.

—Han venido a saludaros —se rio—. Tenéis suerte.



Después de nuestra excursión en lancha, Stacy invitó a Joe a cenar con nosotras en Starwater, pero él dijo que le había prometido a Julian que estaría en casa a las seis, de forma que nos separamos de camino a casa. Yo estaba más decepcionada de lo que quería aceptar. Seguía pensando en él, en cómo se volvió a mirarme, con los rayos del sol iluminándole el pelo, diciendo que la ballena había venido a saludarnos. Ahora su recuerdo se había unido al de aquella experiencia, a un momento tan profundo e impresionante. ¿Por qué seguía pensando en él así? ¿Por qué mi mente y mi corazón no podían ponerse de acuerdo?



No podía dormir. Creo que seguía impresionada por el encuentro con la ballena, pero también porque últimamente no dormía bien. Tenía demasiadas cosas en la cabeza. Al día siguiente era lunes, y en el momento en que Stacy volviera a coger el transbordador, yo tendría que volver a sentarme delante del ordenador para escribir el libro que era incapaz de escribir.

A las dos de la mañana dejé de intentarlo y me levanté. Encendí el portátil, pensando que a lo mejor conseguía escribir algo, pero terminé de pie en la cocina, mirando embobada la tetera que hervía. Me hice un té. Stacy se despertó por el ruido y salió.

—¿Qué pasa? —quiso saber.

—No puedo dormir. ¿Quieres té?

Se sentó a la mesa.

—Sí, gracias. ¿Quieres que hablemos? ¿Es por Joe y todos los niños que no le puedes dar? —sonrió, esperando que me riera con ella, supongo. Pero yo estaba demasiado cansada y agobiada y me faltó la respiración.

—No, Nina, de verdad, lo siento —dijo y me cogió la mano.

—No es eso —le dije intentando respirar hondo—. Es por el libro. No puedo escribirlo. Cada vez voy peor. No voy a poder.

—Sí que podrás.

—No, te lo prometo, no puedo hacerlo. Devolveré todos los anticipos. Los editores de veintitrés países me han pagado anticipos, algunos enormes. Tengo la hipoteca del piso de Sídney. Tendré que mudarme, tendré que buscarme otro trabajo y tendré que enfrentarme a mi madre, que siempre ha sabido que en algún momento fracasaría.

Stacy esperó a que le diera la taza de té y me sentara frente a ella.

—¿Y si todo eso pasara?

—Sería horrible —le dije—. Sería el final de todo.

Gracias a Dios, Stacy supo estar a mi lado y mantener la calma.

—No, sería el final de algo, eso seguro, pero sigues teniendo mucho, eres joven, tienes buena salud y amigos —sonrió—. O por lo menos, me tienes a mí, y también tienes este sitio, que ya has pagado por completo, así que, ¿qué más te da si tu madre, los editores y quien sea se sienten decepcionados contigo? Si te abandonan es porque no valen la pena.

Fruncí el ceño. Lo que me estaba diciendo tenía sentido, pero no me aliviaba en absoluto. Stacy no tenía que vivir mi vida. Yo tenía que convivir con mi conciencia, y aunque no hubiera una sola alma en el mundo que supiera lo que había hecho ni jamás llegara a saberlo, yo seguía sabiéndolo.

—Te conozco desde hace siglos, Nina —continuó Stacy—. Siempre has sido demasiado crítica contigo misma y no deberías serlo. Yo creo que eres genial.

—Gracias, Stace —le dije mientras cogía la taza de té con las dos manos—. Siento haberte despertado.

—No pasa nada. —Se levantó y echó el té por el fregadero—. Lo siento, tiene demasiada azúcar.

—¿No le echas dos cucharaditas?

—Una.

—Ah, es verdad.

—Estás demasiado cansada para pensar con claridad, así que no te hundas del todo. Mañana por la mañana te sentirás mejor.

—Ya es por la mañana.

—Ya sabes a lo que me refiero. Buenas noches.

Me quedé mirándola mientras se iba y la oí cerrar la puerta de su cuarto con suavidad. Me bebí el té, sentada a la mesa, pensando en lo que me había dicho. Cuando terminé, dejé la taza en el fregadero y me fui al salón, donde Joe ya había arrancado todo el yeso de las paredes. Recorrí todos los ladrillos con el rayo de la linterna. Sabía que si encontraba algo, serían más páginas del diario de

Eleanor. Aun así, la desesperación me animó a seguir buscando, fantaseando con el momento en el que daría con los papeles que harían que todo saliera bien.



El lunes por la mañana me despedí de Stacy y volví al despacho decidida, completamente decidida, a hacer que aquel día fuera distinto. Joe estaba trabajando en el otro extremo de la casa, arrancando placas de yeso y tirándolas en la pila que había debajo de la ventana. Lo que de verdad quería era ir allí y sentarme a mirarlo. Ver cómo se le movían los músculos debajo de la piel bronceada y respirar el aroma cálido y terroso de su cuerpo; así volvería la magia del fin de semana y volverían a disiparse las expectativas del mundo que se extendía más allá de la isla. Pero tenía obligaciones, obligaciones que había aceptado tanto tiempo atrás, y el estar cerca de Joe empezaba a ser peligroso.

Estaba lo suficientemente desesperada como para intentar cualquier cosa con tal de trabajar, así que dejé de lado el libro nuevo. De todas formas, era un desastre total. Arrastrada por el miedo y la inseguridad, había borrado una parte enorme de la historia, y ahora me daba cuenta de que no había sido una buena idea. Así que abrí el archivo del primer libro de la viuda Wayland y empecé a copiarlo entero. Desde la primera línea.

No sabía lo que pretendía conseguir con eso, pero pensé que a lo mejor sería una forma de engañar al cerebro. Si volvía a poner en movimiento todas aquellas palabras en las páginas, igual que había hecho cinco años antes cuando lo empecé, a lo mejor lograba despertar algún mecanismo en mí, encender el botón necesario de la maquinaria que necesitaba activar para escribir otro.

Lo mejor del plan es que me obligó a quedarme sentada delante de la mesa, trabajando sin interrupciones, haciendo algo. El tiempo voló. Cuando Joe asomó la cabeza y me dijo: «A mi madre le ha sobrado tanto pastel de carne que tengo suficiente para los dos», me di cuenta de que había estado trabajando tres horas seguidas.

Le sonreí.

—Ha sido una buena mañana.

—Me alegro —dijo.

—Me encantaría probar el pastel de carne de tu madre.

—Lo estoy calentando.



—Ahora mismo salgo.

Joe se fue y yo me quedé mirando las palabras que tenía en la pantalla. Me daban la sensación de que por fin había hecho algo, aunque en realidad no había hecho nada. En cualquier caso, había recuperado la confianza y estaba segura de que por la tarde conseguiría escribir algo.

No, mierda, lo sabía. Abrí el archivo del libro nuevo, miré el cursor en la primera línea y escribí un título con arrojo: «Los campos en vilo». Luego deslicé la página hasta la última frase. La había dejado a la mitad. Armada de valor, la terminé. Con un ademán ostentoso, apreté la tecla del punto.

Y aparte. Nuevo párrafo. «Eleanor corrió, más rápido de lo que lo había hecho jamás». Resistiendo y resistiendo la sensación de que no era una buena frase. «Buscó refugio en el...». ¿Cómo se llamaba la entrada de una iglesia? ¿Y no debería hacer antes algún tipo de reflexión filosófica sobre el papel de las iglesias como refugio de las almas? Si supiera algo más sobre la Edad Media; si hubiera leído más, si fuera más lista, más creativa. «Buscó refugio en el [atrio: buscar] de la iglesia. Estaba diluviano». Ay, no, «diluviando». Me dejé caer hacia atrás. No sonaba bien. Nada de lo que escribía sonaba bien.

—Ya está —dijo Joe, con tono tranquilo, desde la puerta—, pero puedo dejar el tuyo en el horno si estás trabajando.

Arrastré la silla hacia atrás.

—No, ya voy.

Sacamos los platos a la mesa del porche. Me senté frente a él, pero se me perdió la mirada entre las olas del mar que se agitaban en la distancia. Comimos en silencio durante un rato y luego dijo:

—¿Qué ha pasado?

—¿A qué te refieres?

—Cuando fui a llamarte estabas contenta y sonriente, pero cuando volví...

—Ah, ya, no sé, creo que no estoy tan contenta con mi trabajo como pensaba.

Noté que tenía el pelo lleno de motas blancas del yeso y me entraron ganas de levantarme y quitárselas con los dedos.

—Supongo que esa es la vida de un artista, ¿no? A veces fluye y otras se atasca, y entonces bebe *whisky* —me sonrió.

Miré el plato.

—Sí, supongo, nunca me he sentido una artista.

—¿No? ¿Después de todos esos libros?

—Son solo tres.

—Pues ya son tres más de lo normal.

Joe se terminó la comida, apartó el plato y añadió:

—¿Y tu novio, el poeta? ¿Él también se bloquea a veces?

Suspiré y dejé el tenedor en el plato.

—Nunca he visto a Cameron bloqueado, no. Pero tengo que ser sincera contigo. Él ya no es mi novio.

Joe me miró con curiosidad y esperó a que terminara de hablar.

—Tus padres estaban...

—Sí, sí, lo sé, te estaban masacrando a preguntas.

—Te debería haber dicho la verdad —admití; luego levanté el dedo índice y le apunté—, pero que no se te olvide que fuiste tú el que empezó a soltar mentiras, cuando les dijiste que era periodista.

Se rio.

—Sí, es culpa mía.

Seguimos comiendo en silencio, hasta que dijo:

—Entonces, ¿no estás con nadie?

—No, pero no... Terminamos muy mal. Necesito mucho más tiempo, yo...

—Sí, claro.

—Eso no significa que yo...

—Sí, lo entiendo.

No éramos capaces de mirarnos, después de las medias frases que nos habíamos dicho. Yo me sentía triste, pero también aliviada.

Joe cogió su plato y se levantó.

—Tengo que irme.

—Deja el plato, ya lo limpio yo.

—Gracias.

Lo vi marcharse, con una punzada en el corazón, pero sabiendo que había sido lo mejor.



Me llegaba una montaña de correo dos veces por semana. Facturas que me reenviaban desde la dirección de mi casa, declaraciones de derechos de autor y el montón de correo no deseado que recibe todo el mundo. Siempre lo abría en cuanto llegaba. No era capaz de trabajar si lo dejaba encima de la mesa atado

con una gomilla. Aquel día me llegó también una postal muy bonita de Stacy. Dentro había metido toda la correspondencia original de Elizabeth Parrish, que solicitaba el permiso para consultar mis documentos, y una copia de la carta en la que Stacy le negaba el acceso. Lo saqué todo, bien doblado, pegué la postal donde pudiera verla y me puse a trabajar otra vez.

Después de cenar volví a pensar en la carta de la periodista. La abrí para ojearla rápidamente antes de tirarla a la basura, pero al desplegarla, una línea me llamó la atención.

«[...] acceso a los documentos de Nina Jones y Eleanor Holt».

Volví al principio de la carta y me la leí entera. Stacy no me había mencionado ese detalle, porque no tenía ni idea de lo importante que era. En la solicitud, Elizabeth Parrish no solo pedía acceso a mis documentos, sino también a los de mi bisabuela.

Un escalofrío me recorrió la espalda. Mis peores sospechas se habían confirmado. Elizabeth Parrish y yo estábamos buscando lo mismo.

Y si ella lo encontraba antes que yo, sería mi ruina.

# TRECE

## OTRA ISLA

1891

Tilly estaba sentada en el banco de madera del patio polvoriento de la parroquia, con las manos cogidas sobre el regazo y los talones perfectamente unidos. Llevaba varias semanas concentrándose en el autocontrol, tanto físico como mental; entrando y saliendo de barcos y trenes, buscando un lugar donde asentarse y comenzar una nueva vida, preferiblemente en algún sitio cálido, porque el escalofrío del remordimiento la acompañaba adondequiera que fuese y ya le estaban empezando a doler los huesos. La pensión femenina de la señora Fraser, al lado de la bahía de Brisbane, le había proporcionado un nuevo lugar, modesto pero acogedor, en el que estar. La señora Fraser era atenta y solícita, y un poco fisgona, pero se reía de corazón y le ofrecía una comida sustanciosa todas las noches.

Tilly sabía que el dinero no le duraría eternamente, y por eso había enviado su solicitud para aquel puesto de trabajo. No era la primera que presentaba. Ya le habían ofrecido un trabajo como camarera personal de una dama que poseía una enorme ganadería en el oeste, pero el día antes de ponerse en viaje decidió que ni el calor polvoriento ni el servilismo eran cosas que ella fuera capaz de soportar. Y aquel mismo día vio el anuncio en el *Courier*: se necesitaba una institutriz para una niña de doce años; era obligatorio saber francés y bordar.

En cuanto lo vio supo que sería institutriz. Era inteligente, le gustaban los niños y no se convertiría en una sirvienta.

Y allí estaba, sobriamente ataviada con su vestido de lana negra y la rebeca azul marino, y con las manos sudorosas enfundadas en sus guantes de ante marrón, viendo cómo iban llamando una a una al resto de las candidatas. Tilly

empezó a pensar que no conseguiría el empleo. Las otras mujeres eran mayores que ella, todas con caras severas e impecables currículos, mientras que ella solo tenía la carta que le habían mandado, en la que le confirmaban el lugar y la hora de la entrevista. Se metió la mano en el bolsillo y la sacó. «Sterling Holt, Superintendente, Instalación Gubernamental de Ember Island, Bahía de Moreton».

Para ella, Sterling Holt no era más que una voz incorpórea que se encontraba al otro lado de la puerta del otro extremo del patio de la parroquia. Las demás candidatas fueron cruzando aquella puerta una a una, para volver a salir con expresión indescifrable, atravesar el patio y salir de nuevo a la reluciente luz del día. Hasta que solo quedó ella.

—Chantelle Lejeune —se oyó en la otra parte del patio.

Tilly se levantó. Ya se había acostumbrado a que la conocieran como Chantelle Lejeune, y sin embargo, cada vez que oía pronunciar ese nombre en voz alta, sentía los profundos escalofríos del remordimiento. Después de escapar de lo que había hecho, quizá fuera un castigo adecuado el que todos los días de su vida le recordaran regularmente a la mujer que había muerto por su culpa.

Entró en el pequeño despacho del otro extremo del patio y cerró suavemente la puerta tras ella antes de volverse y ver por primera vez a Sterling Holt. Una pequeña ventana iluminaba desde atrás a un hombre alto y de anchas espaldas, con el pelo rizado castaño oscuro peinado con la raya a un lado y vistosas patillas. La sonrisa del hombre la desconcertó. En sus ojos se leía una amabilidad que Tilly no se esperaba de un tono de voz tan áspero.

—*Bonjour, mademoiselle Lejeune* —le dijo.

Tilly se quitó los guantes y se apoyó las manos en el regazo. Su alianza descansaba ahora en el fondo del océano.

—Buenos días, señor —contestó.

Él abrió los ojos de par en par.

—¿No es francesa? Por el apellido, pensé que...

—Mi padre era francés, pero apenas lo conocí. Falleció cuando yo era muy pequeña. Crecí en Dorset, con la familia de mi madre.

La mentira le salía con facilidad, la había ensayado miles de veces delante del espejo.

—Pero ¿habla francés?

—Sí, señor, perfectamente.

Una fugaz expresión de cansancio le cruzó el rostro. Tal vez había atendido a

demasiadas solicitudes en las que se afirmaba falsamente la capacidad de hablar un francés impecable, porque en aquel momento él se dirigió a ella en ese idioma para preguntarle quién era su escritor francés preferido.

Ella le contestó en francés:

—Victor Hugo, señor. Solía leerle sus libros a mi abuelo cuando yacía en la cama enfermo, preparándose para morir. Atesoro esos recuerdos con mucho cariño.

Sterling Holt escondió una sonrisa.

—*Très bien* —dijo—. ¿Y latín y griego?

—Los dos, señor.

—¿Cree que tendría que comprobarlo también?

—Como desee, señor. Estoy a su disposición para cualquier prueba que desee hacerme, también de lectura.

El señor Holt se recostó en la silla y alargó los dedos.

—No, no hace falta —dijo y ladeó un poco la cabeza observándola atentamente—. Sin embargo, no tiene referencias.

—No he enseñado nunca y fui absolutamente sincera con usted en la carta de solicitud que le envié. Pero adoro a los niños y me gusta aprender. Y tengo buena mano para la costura. No le defraudaré, señor.

—Mi hija es... muy precoz.

—Estará muy orgulloso de ella.

—Quiero dejarla crecer. No quiero apabullarla. Algunas de esas señoras... Usted no me parece excesivamente rígida.

—Llegaría a ser una buena amiga de su hija. Aun así, sería firme con ella.

—No sé... Su falta de experiencia... —dejó la frase inacabada mientras miraba los papeles que tenía ante él—. Tengo candidatas muy cualificadas aquí.

Tilly se obligó a no dejarse llevar por la desesperación. Ya había puesto punto final a los altibajos del pasado.

—Como desee, señor.

—Dígame una cosa, ¿sabe usted algo sobre literatura o historia medieval?

—Desde luego, señor, he leído a Chaucer, Malory, algunas de las leyendas artúricas francesas...

—¿Y le gustan?

Tilly no se esperaba la pregunta.

—¿Que si me gustan?

—Nell, mi hija, está obsesionada con esa época.

Tilly sonrió.

—Parece una niña fascinante. Sí, señor, me encantan. Me han gustado muchos libros, pero el que ocupa un lugar especial en mi corazón es y será siempre *Sir Gawain y el caballero verde*.

A Tilly le pareció que acababa de dar en el clavo, porque Sterling la estaba mirando con una sonrisa abierta y sincera, asintiendo. Al cabo de un instante se levantó y alargó el brazo por encima de la mesa para darle la mano.

—Señorita Lejeune, me complace ofrecerle el puesto.

Tilly, que estaba tan sorprendida que ni siquiera se acordó de levantarse, le estrechó la mano. E inmediatamente se sintió aliviada.

—¿De verdad?

—Creo que Nell y usted se llevarán muy bien. Le haré llegar una carta con todo lo necesario para entrar en la isla.

Tilly se levantó, sintiéndose repentinamente ligera.

—Gracias, gracias, señor. No le defraudaré.

—No espero que lo haga —contestó Sterling—. No sé si la carta lo dejaba claro, pero soy el superintendente de una gran instalación gubernamental en la isla. Tenemos reglas de seguridad muy estrictas, y he de pedirle que las observe atenta y cuidadosamente, y que se asegure de que Nell haga lo mismo.

—¿Qué tipo de instalación es? —quiso saber Tilly.

—Una prisión de alta seguridad —dijo con tal naturalidad que se creó un desequilibrio enorme entre la respuesta y el gélido escalofrío que le provocó a ella.

Tilly había pensado en un hospital, una fábrica de algún tipo..., cualquier cosa menos una cárcel. Y aunque intentó esconder el miedo, él tuvo que percibirlo, porque enseguida preguntó:

—¿Le parece bien?

—Sí..., yo... ¿Hay asesinos?

—Sí, claro, pero usted no correrá ningún riesgo. Los prisioneros están bajo llave y seguimos un régimen muy estricto. No tendría a Nell en la isla si no estuviera absolutamente seguro de que no corre ni el más mínimo riesgo.

Tilly asintió.

—Gracias, acepto la oferta encantada y quedo a la espera de su carta.

Tan solo cuando salió a la calle, y por fin sintió la luz del sol y la brisa marina en la piel, se permitió un momento de horrorizado sentimiento de responsabilidad. Porque lo que Sterling no sabía era que la idea de que los

prisioneros se escaparan no era lo que a ella le preocupaba, sino la idea de que de algún modo había ido a parar a una prisión. Al fin y al cabo, tampoco era tan distinta de ellos.



Cuando se acercaba a Ember Island en el barco de vapor, Tilly tenía la misma sensación que cuando estaba llegando a Guernsey, antes de que toda aquella pesadilla empezara. Todo era igual, una bahía, un barco, una maleta y un corazón lleno de dudas. Pero, al mismo tiempo, todo era distinto. En vez de un cielo gris cargado de lluvia, aquel día era claro y soleado. De hecho, no había habido ni un solo día sin brillo desde que llegó a Australia ocho días antes. Todo resplandecía de un modo distinto, más reluciente, la luz brillaba tan fuerte que le picaban los ojos. Tilly estaba en la cubierta principal, con su parasol alzado, contemplando cómo se acercaba la isla. Estaba circundada de árboles frondosos que parecían salir directamente del agua salada. Se veía una escarpadura en la isla, más vegetación y el pico de un tejado.

Un señor mayor y bien vestido se unió a ella agarrándose a la barandilla cuando cortaron una ola.

—Ember Island —dijo.

—Sí —contestó Tilly—. Yo me quedo ahí. ¿Y usted?

—Soy el médico encargado de todas estas islas. Doctor Groom.

—Encantada de conocerle —dijo Tilly extendiendo la mano—. Yo soy Chantelle Lejeune, la nueva institutriz de la hija del superintendente.

—¿Nell? —dijo frunciendo el entrecejo—. Pues le deseo buena suerte.

—El superintendente Holt ya me avisó de que es una niña precoz.

—Incontrolable sería un término más apropiado.

Tilly decidió que no juzgaría a Nell antes de conocerla, pero al mismo tiempo comenzó a preocuparse. ¿Y si la niña llegara a hacerle perder los nervios? Jamás, jamás volvería a perder el control de sí misma.

—De todas formas —continuó el doctor Groom—, hoy no me bajaré en Ember Island. Seguiré adelante, hasta la leprosería de la otra isla.

—¿La leprosería?

—Es donde se lleva a los leprosos para apartarlos de la sociedad. La bahía de Moreton es donde los marginados de la colonia terminan sus días, querida.



La isla ya estaba mucho más cerca y Tilly veía claramente el muelle, una especie de muro tortuoso que sobresalía del agua. También se divisaba una chimenea muy alta, una nube de humo y muchos edificios de ladrillo.

—¿Usted sabe por qué se llama Ember Island? —le preguntó al doctor Groom.

—Dicen que cuando Matthew Flinders arribó aquí y descubrió la zona, llamó a todas las islas Green Island. Green Island I, Green Island II, y así sucesivamente. Pero en esta había un incendio, y al ver el fuego incontrolable la apuntó en su diario como Ember Island, la isla de las brasas, porque decía que desde la distancia parecía una montaña de brasas sobre la oscuridad del mar.

Fuego. La idea le revolvió el estómago.

El doctor Groom estuvo charlando un rato más con ella, preguntándole sobre su viaje desde Inglaterra y cómo había llegado a ser institutriz, y Tilly tenía todas las mentiras tan preparadas que le salieron de los labios como si fueran la pura verdad.

—Bueno, será mejor que la deje para que vaya a recoger su equipaje —dijo el doctor Groom cuando el barco arribó al muelle—. Ha sido un placer conocerla, y sé que volveremos a vernos, señorita Lejeune. ¿O puedo llamarla Chantelle?

—Tilly —dijo sin pensar; aunque después de todo, tampoco resultaba tan retorcido pensar que Tilly pudiera ser un diminutivo de Chantelle—, todo el mundo me llama Tilly.

El barco tardó unos minutos en atracar. Varios hombres corrían por el muelle y la cubierta atando unas gruesas amarras al tiempo que se gritaban órdenes unos a otros. Tilly sacó su maleta y esperó con paciencia a que le dijeran lo que tenía que hacer. El aire era húmedo y caliente, y unos tábanos diminutos se le posaron en la piel, entre los guantes y las mangas. Tilly los ahuyentó perezosamente. Un sobrecargo fue a ayudarla con el equipaje y ella lo siguió por la pasarela hasta llegar al muelle.

—¿Qué es eso? —le preguntó al sobrecargo señalando lo que parecían unos cuadrados cercados dentro del agua. Unos barrotes de metal sobresalían por encima de las olas.

—Es la piscina de los guardias de seguridad, señorita —le dijo el sobrecargo doblando la cabeza hacia atrás para mirarla. Iba muy rápido y Tilly apenas lograba seguirle el paso.

—¿Y por qué necesitan una piscina? —preguntó—. ¿No pueden bañarse en la playa?

—No, señorita. Hay demasiados tiburones.

Tiburones. La idea la aterrorizó, con todos aquellos dientes.

—¿Hay tiburones?

—Sí, muchos, la isla está rodeada de tiburones. Todas las vísceras del matadero se tiran al agua para atraerlos —dijo y soltó una sonrisa cruel por encima del hombro—. Así los prisioneros se lo piensan dos veces antes de intentar la fuga.

A Tilly le pareció increíble que un lugar pudiera ser tan bonito —con tanto sol, el cielo azul y las sombras de los árboles— y tan hostil al mismo tiempo. Bosques de agua salada, asesinos, fugitivos, tiburones y hasta tábanos, que le habían dejado habones rojos en las muñecas. De pronto se le ocurrió que tendría que desarrollar una dureza que no tenía; de lo contrario, se convertiría en el blanco de innumerables burlas rebosantes de crueldad.

Sterling Holt la estaba esperando en la otra punta del muelle con un caballo y un carro. El sobrecargo dejó la maleta en el carro mientras Sterling la saludaba.

—Bienvenida, señorita Lejeune.

—Gracias, superintendente Holt. Puede llamarme Tilly.

—Muy bien, Tilly.

Al ver que él no le ofrecía que lo llamara por su nombre, Tilly se sintió un poco decepcionada. Sterling se limitó a alargarle el brazo para ayudarla a subirse al carro, se sentó a su lado y arreó al caballo.

—Espero que haya tenido un buen viaje —dijo el superintendente.

—Sí, gracias. He conocido al doctor Groom.

—Pues ha tenido suerte, ya que contar con el doctor Groom como aliado es algo muy bueno en estas islas.

Tilly obvió decir que había llamado «incontrolable» a su hija.

El carro abandonó el camino pavimentado del muelle y empezó a traquetear por los socavones del suelo. Sterling levantó un poco la voz para que se le oyera sobre el traqueteo de las ruedas.

—Permítame que le señale algunos de los edificios de la isla. No somos solamente una prisión, también tenemos un buen puñado de actividades boyantes —dijo mientras levantaba la mano derecha un momento antes de volver a ponérsela en la cintura—. Tenemos un horno de cal; seguramente habrá visto la chimenea desde el barco. Los edificios altos del oeste son los del molino de azúcar. Por aquí, a la derecha, están los talleres. Tenemos a nuestros prisioneros muy ocupados: fabrican botas, ropa y hojalata, e incluso encuadernan libros.

Se veía un gran bullicio entre las distintas construcciones. En un primer momento, Tilly no supo distinguir entre los guardias y los prisioneros, hasta que después se dio cuenta de que los que llevaban los uniformes azules tenían un aspecto más cuidado y estaban más erguidos, mientras que los que iban vestidos de blanco parecían más encorvados, cansados y desaseados.

—¿Cuántos prisioneros hay? —preguntó Tilly.

—Doscientos cuarenta y seis hombres y ocho mujeres. Las mujeres tienen sus propias celdas en el extremo sur de la empalizada. Allí está la panadería y, por allí, la herrería.

Sterling seguía señalando edificios, pero Tilly no podía dejar de pensar en aquellas ocho mujeres. Estaba deseando preguntarle qué habían hecho.

—Aquello de allí es la empalizada con los barracones, que es donde los prisioneros comen, duermen y viven sus vidas cuando no están trabajando. Usted no debe ir allí bajo ningún concepto.

—Entendido.

—Ahora —continuó diciendo al tiempo que el carro seguía traqueteando por el camino—, ha llegado el momento de que conozca a Nell.

Mientras subían por la ladera escarpada, Tilly miró hacia abajo. Se veían los amplios campos de cañas de azúcar salpicados de ganado y, más allá, la inmensidad del mar entre verde y plateado que los separaba del continente, que se entreveía como una mancha azul brumosa en la lejanía.

Al llegar a la cima, el camino se allanó y apareció la casa, una gran construcción de ladrillo y madera con grandes porches de madera y, delante, un magnífico jardín de flores.

—Un jardín —suspiró.

Desde que llegó a Australia, Tilly solo había visto matorrales y los patios delanteros de algunas casas, casi todos descuidados, aunque en algunos había setos de rosas y nomeolvides. Sin embargo, aquel era un jardín inglés, con amplios tramos de césped bordeados por setos bajos de flores de colores, un reloj de sol y una estatua preciosa de una mujer griega que llevaba una urna al hombro.

—Es bonito, ¿verdad? —dijo Sterling.

Rosas, violetas, peonías, petunias, margaritas, lavandas, aguileñas, flores de azafrán, setos de boj bien recortados, cornejos plagados de flores y arriates de hortensias rosa y púrpura. Una profusión de colores y olores. Tilly sonrió de oreja a oreja.

—¿Y este es su jardín?

—No paso mucho tiempo aquí, casi siempre estoy en mi despacho —dijo mientras paraba al caballo mirando hacia el otro lado—, pero a Nell le encanta.

—¿Hay alguna posibilidad de que... yo pudiera trabajar un poco aquí? Siempre me ha encantado la jardinería, me relaja mucho.

Sterling miró hacia atrás, frunciendo un poco los labios.

—Pues, tendré que pensarlo. Verá, es que una de las prisioneras nos cuida el jardín. Lo hace bien y la mantiene ocupada, y eso es bueno para ella.

—¿Hay una prisionera en el jardín?

—No se preocupe. No volverá a delinquir y lo sabemos, pero mientras esté cumpliendo su pena, quiero que aproveche el tiempo lo mejor que pueda, así que viene casi todos los días, y de esa forma se mantiene ocupada y se siente productiva. Es lo mejor para las prisioneras como ella.

Sterling se bajó del carro y lo rodeó para ayudar a Tilly a bajarse.

—¿Cómo sabe que no volverá a delinquir? —preguntó Tilly con cautela mientras bajaba.

Sterling no le contestó, se limitó a decirle: «Usted no se preocupe», y Tilly entendió que no le hablaría de esos temas. A sus ojos, ella formaba parte del mundo que habitaba el interior de la casa, trabajando para su hija, no para él. ¿Por qué iba a tener que hablarle de los asuntos de los hombres?

—Voy a llamar a alguien para que venga a recoger su equipaje —le dijo y señaló hacia las escaleras que llevaban a la casa—. Mientras tanto, le presentaré a Nell.

Entraron. Por la ubicación de la casa, en lo alto de la colina, los ladrillos oscuros, los grandes ventanales y los porches con los aleros de madera, Tilly pensó que tenía que ser muy fría. Sobre el entarimado del suelo solo había unas cuantas alfombras. En las paredes había cuadros y candelabros. Sterling señaló un banco acolchado que había debajo de una ventana del vestíbulo y le pidió que esperara. Tilly se sentó, se quitó los guantes y esperó mientras él se adentraba en el pasillo.

Y entonces la oyó. Una voz de niña, pero más profunda de lo que se esperaba: «Ahora mismo estoy ocupada», la oyó replicar con tono desafiante.

La voz de Sterling, demasiado baja para entender las palabras, sonaba severa y contundente.

Tilly cruzó los brazos. Nell no quería salir a conocerla. No quería tenerla allí.

Sterling salió, con la niña detrás. Era alta y delgada, con la tez pálida y los

mismos ojos azules del padre; el pelo castaño con rizos rebeldes y la boca torcida en gesto de desaprobación.

Tilly se puso en pie. Pensó que era importante no ser la primera en sonreír. Si Nell no quería considerarla una amiga, ella no debía obligarla.

—Señorita Lejeune, esta es mi hija Eleanor. Yo la llamo Nell.

—Usted no puede llamarme así —le dijo Nell a Tilly.

—Un poco de educación, Nell —le advirtió Sterling.

—Encantada de conocerte, Eleanor —dijo Tilly.

—¿Por qué es señorita Lejeune y no *mademoiselle* Lejeune? ¿Por qué tiene acento inglés? Creía que sería francesa.

—¡Ya está bien! —le regañó Sterling—. Nell, la señorita Lejeune es tu institutriz y tendrás que tratarla con todo el respeto que se merece. Y ahora tengo que volver a mi despacho. Nell, quiero que le enseñes a la señorita Lejeune el resto de la casa y, antes que nada, enséñale cuál es su habitación y el cuarto de baño. Señorita Lejeune, usted comerá todos los días con Nell y conmigo. Se ha perdido el almuerzo, pero la cena es a las seis. Esta tarde no podré atenderla porque me esperan para una reunión, le pido disculpas.

—Por supuesto, señor.

—Si tiene hambre mientras tanto, busque a la cocinera o a la gobernanta. Las encontrará en la cocina, en la lavandería o por algún otro sitio en el ala este. No se ande con cumplidos. Estamos bastante aislados de la sociedad, así que no tenemos una campana para llamarlas y que nos traigan el té ni ningún otro sistema parecido. Si necesita algo, encuentre a alguien que pueda ayudarla. Mi despacho está por este lado. No me gusta que me molesten.

Y dicho esto, volvió a lanzarle otra mirada admonitoria a Nell y se encaminó hacia su despacho. Entró y cerró la puerta.

Tilly y Nell se quedaron solas. Se miraron. Ninguna de las dos sonrió. Pasaron varios segundos, hasta que Tilly empezó a sentirse ridícula. Las dos estaban intentando no ser la primera en dar alguna muestra de amabilidad o simpatía. Pero ella era una adulta, y estaba compitiendo con una niña. Le entraron ganas de reírse y cada vez se le fue haciendo más difícil no dejar escapar una sonrisa. Nell se dio cuenta y también intentó contenerse.

Así que Tilly se soltó. Inclino la cabeza hacia atrás y dejó escapar una fuerte carcajada, y Nell hizo lo mismo. Luego Nell le cogió la mano y dijo:

—Venga, le enseño la casa.

—Gracias, Eleanor —contestó Tilly apretándole la mano.

—Nell.

—Tilly.

Recorrieron el pasillo de la mano.

—Que no se le olvide: el ala oeste es la mejor. Ahí es donde están el dormitorio de mi padre y el mío, y donde estará el suyo. Y la biblioteca también, claro, que es donde mi padre quiere que demos las clases. Mi padre tiene su cuarto de baño, y nosotras dos compartiremos el otro. El ala este es la del servicio, la despensa, la lavandería y el almacén de las lámparas. Vendré a por usted para la cena y le enseñaré el comedor, pero está cerca del despacho de mi padre, y él termina de trabajar a las seis.

Nell abrió la puerta de una pequeña habitación con las paredes llenas de libros y una mesa muy grande en el centro.

—Mi clase —anunció, y se dirigió hacia un gato de madera pintado de blanco del tamaño de dos puños que descansaba en la mesa junto a sus papeles—, y este es Pangur Ban. Lo tengo desde que tenía cuatro años.

—Es muy bonito.

—Me acompaña a todas partes y me mira mientras escribo.

Tilly miró a su alrededor.

—Tu padre tiene muchos libros.

—A él no le gustan mucho los libros. Mi padre prefiere los hechos y los números. Todos estos son míos. Yo nunca pido juguetes, para eso ya tengo a Pangur. Yo siempre pido libros. —Se acercó a una de las estanterías y pasó el dedo por los lomos—. ¿Cuál es su libro favorito?

—Me gustan muchos. Tu padre me dijo que te gustan las leyendas del rey Arturo.

—Me encantan. Me gustan todas las historias de la Edad Media.

—A mí me gusta mucho *Sir Gawain y el caballero verde* —dijo Tilly, acordándose de que aquello fue lo que le aseguró el puesto.

Nell se volvió hacia ella y exclamó:

—¿En serio? ¡Es mi preferido! Cuando tenía ocho o nueve años, siempre me ponía una cinta verde y decía que era el tahalí de Gawain.

—Vaya, ¿y leías y entendías el poema a esa edad?

—Aprendí a leer antes de cumplir tres años —declaró con orgullo—. Tengo buena cabeza y buena mano y me gusta escribir mis propias historias. Mira. —Dejó a Pangur Bar en la mesa y cogió un fajo de papeles—. Ahora mismo estoy escribiendo un poema épico al estilo de Beowulf. Salen muchos monstruos —le

explicó y empezó a leer—: «De la boca de la bestia chorreaban gotas y coágulos de sangre, y el héroe se adentró en su alma estremeciéndose de horror infernal».

—Es muy... descriptivo —dijo Tilly.

—Me gusta mucho escribir y sé que lo hago bien, pero soy un desastre con la costura.

—Yo puedo enseñarte a bordar —le propuso Tilly—, y a lo mejor tú podrías enseñarme algunas historias medievales que yo no conozca.

—¿Ha leído *Los cuentos de Canterbury*? —preguntó ladeando la cabeza.

—Sí, por supuesto.

La miró con los ojos muy abiertos.

—No le diga a mi padre que hay algunos inmorales. Me quitaría el libro.

—No se lo diré —dijo Tilly y pensó en la copia de *Los cuentos de Canterbury* de la biblioteca de Lumière sur la Mer, que ya no era más que cenizas.

—¿Qué pasa? —preguntó Nell.

Tilly movió la cabeza, confundida.

—¿A qué te refieres?

—No sé, ha puesto una cara rara, como si un fantasma se hubiera paseado por su tumba.

Tilly pensó que tenía que tener más cuidado con sus expresiones delante de la niña, que evidentemente era muy aguda.

—Me he acordado de la biblioteca de una casa en la que viví una vez. Estaba en otra isla, muy distinta de esta. Todos los libros se quemaron.

Nell dio un respingo.

—¿Se quemaron? Qué pena. ¿Y de quién era la casa?

Ya había dicho demasiado.

—Fue hace mucho tiempo. De una persona que conocía. La casa se llamaba Lumière sur la Mer.

—¿La luz en el mar? Qué bonito. Tendríamos que ponerle a esta un nombre parecido. Luz en el mar, luz en el mar... Pues estrellas en el agua, Starwater o algo así. ¿Qué le parece?

—Starwater es bonito.

—Venga, le voy a enseñar su habitación. Supongo que estará cansada y querrá descansar un rato.

Nell, que ya se había animado bastante, acompañó a Tilly por el pasillo del ala oeste y abrió la puerta de la habitación. Era pequeña pero acogedora, con

papel pintado azul y una cama con dosel de roble. Tilly se acercó a la ventana y descorrió la cortina. Daba directamente al jardín.

—Es precioso —dijo.

Entre los setos se veía a una mujer vestida de blanco y se preguntó si no sería la prisionera de la que le había hablado Sterling.

—El cuarto de baño está aquí al lado —explicó Nell—, entre su dormitorio y el mío. Ahora la dejo para que descanse y luego vuelvo a la hora de la cena.

—Gracias, Nell.

Nell se fue, y al segundo ya estaba de vuelta, antes de que a Tilly le hubiera dado tiempo a sentarse en la cama y quitarse los zapatos.

—¿Tilly?

—¿Sí?

—Espero que seamos amigas.

Tilly sonrió.

—Pues claro que sí.



Tilly solía soñar con fuego. Un fuego incontrolable, del que salía corriendo mientras caían cenizas a su alrededor. Nada más claro ni específico que eso. Aquella noche, su primera noche en Ember Island, la sacó de la pesadilla el estruendo de un trueno.

Era tarde. Muy tarde. Había dejado la ventana entornada para que entrara la brisa del mar, pues creía que no llegaría a acostumbrarse jamás al calor pegajoso de la noche, pero ahora estaba entrando un viento húmedo y helado. Se levantó, se acercó a la ventana descalza, apartó la cortina y abrió un poco más el cristal. Al notar que tenía los pies mojados se dio cuenta de que había agua en el suelo y esperó que nadie se diera cuenta de que había dejado entrar la lluvia su primera noche en la casa. Encendió una lámpara y se agachó para secar el agua con el vestido que se había puesto aquel día. Cuando terminó, lo colgó del respaldo de la silla y apagó la lámpara. Se quedó de pie, delante de la ventana cerrada, contemplando la tormenta. Nunca había visto llover con tanta intensidad. El jardín estaba inundado.

¿Qué habría hecho la prisionera que cuidaba el jardín? ¿De verdad se merecía estar encerrada en la celda de una isla a la que, como decía el doctor Groom,



iban todos los marginados de la colonia a terminar sus días? ¿Se lo merecía más que ella? Si la gente supiera lo que había hecho...

«Me enfadé y le di fuego a la casa, y luego encerré a mi marido y a su amante para que no pudieran salir».

No, no había sido así. Esa era la versión con la que Tilly se torturaba en noches tan oscuras como aquella. Sí, se había enfadado. Pero el incendio fue un accidente. Ella encerró a su marido en una habitación de la que era fácil escapar, y lo hizo para salir corriendo porque temía por su propia vida. Ella no sabía que la casa se incendiaría y tampoco sabía que él tenía a su amante en el piso de arriba. Era imposible prever las consecuencias de sus acciones.

Pero daba igual cuántas veces se lo repitiera. Tilly se sentía culpable y nada podría cambiarlo.

## CATORCE

### UN JARDÍN INGLÉS

Nell era muy lista y sabía muchísimas más cosas que las niñas de su edad. A Tilly le daba la sensación de que no conseguiría enseñarle nada que ella ya no supiera. Cuando Nell vio los primeros ejercicios de latín y griego que le había preparado, la niña se echó a reír.

—Pero, Tilly —le dijo con las mejillas sonrojadas—, eso es demasiado fácil.

Se calmó cuando Tilly le pidió una doble traducción de algunos pasajes latinos de la *Historia eclesiástica* de Beda y por fin se puso a trabajar en silencio, haciendo tintinar la pluma en el tintero antes de raspar el papel. Nell insistió en que no quería usar la pizarra. A ella le gustaba escribir con la pluma y había desarrollado una escritura muy florida y personal, y por lo visto su padre se lo permitía y le daba el papel de su despacho. Un rayo de sol se coló por el ventanal, entre las pesadas cortinas, e iluminó los papeles y los libros. Tilly la vigilaba mientras deshacía distraídamente lo que Nell había bordado por la mañana. El problema era que Nell no tenía paciencia para coser. Lo hacía todo deprisa y corriendo, deseando terminar para dedicarse a otra cosa, y Tilly la entendía, aquella niña estaba hecha para formarse en cosas mucho más importantes que el punto de cruz.

—¡He terminado la primera! —declaró Nell.

Tilly miró la traducción, sintiéndose un poco inquieta. Necesitaba encontrar al menos un error para demostrarle a la niña que ella era su maestra, y que servía para algo más que para corregirle algún que otro error en el bordado.

—Muy bien —dijo despacio—, pero has confundido los casos aquí. ¿Ablativo?

—Ah, sí, es verdad —dijo Nell sonriendo—. Estoy intentando hacerlo rápido para impresionarla.

—¿Impresionarme o intimidarme?

Nell se rio.

—Creo que lo primero, aunque lo otro también lo he hecho con otras institutrices. Tengo que admitirlo.

Tilly escondió una sonrisa.

—Ahora, vuelve a traducirlo en latín sin mirar el original.

—Vale.

Nell volvió a hundir la cabeza en los libros, consultando el diccionario y su guía de gramática, con el gato de madera delante.

Asomándose por encima de su hombro, Tilly leyó lo que había escrito. Había elegido los famosos comentarios sobre la vida del hombre en la tierra, comparándola con un gorrión que atraviesa una sala durante una noche ventosa: «No sabemos nada de lo que hubo antes de esta vida, ni de lo que va a haber después». La calidez de la habitación se desvaneció al leer aquella línea. ¿Dónde estaría Jasper en ese momento? ¿En el cielo? ¿En algún otro sitio? ¿Era consciente de lo que le había pasado? ¿La odiaría eternamente por lo que le había hecho?

Unos suaves golpes en la puerta les hicieron levantar la mirada a las dos.

—Papá, mi nueva institutriz me ha puesto el ejercicio más difícil de todos —dijo Nell emocionada.

—Ah, ¿sí?

—Y lo está haciendo estupendamente —añadió Tilly.

—Me he equivocado con los casos —dijo Nell, pero parecía entusiasmada, no frustrada ni avergonzada.

—Entonces tendrás que ir más despacio y con más cuidado —comentó Sterling antes de dirigirse a Tilly—: Me alegro de que le guste trabajar con usted.

—Yo también.

Sterling cruzó las manos por detrás de la espalda.

—He estado pensando en lo que me pidió ayer y la respuesta es sí.

Tilly se quedó perpleja.

—¿Lo que le pedí?

—Sí, sobre el jardín. Le voy a pedir a la 135 que le deje una parte del terreno para que usted pueda hacer lo que quiera ahí.

—Uno-tres-cinco es el nombre de la prisionera —aclaró Nell al darse cuenta de que Tilly estaba un poco desconcertada—. No los llamamos por sus nombres.

—Ya veo. ¿Y voy a tener que trabajar con... la 135?

—No es peligrosa y siempre está dispuesta a ayudar, le enseñaré dónde está

todo lo que necesite. Pero no tiene que hablar con ella, ni mucho menos trabar ningún tipo de amistad. La prisionera 135 trabaja en el jardín porque le gusta, es muy buena en su trabajo (incluso ganamos un reconocimiento del gobierno por nuestros jardines) y su conducta siempre ha sido intachable. Los prisioneros suelen obtener los mejores trabajos por buena conducta, mientras que los más incontrolables permanecen constantemente encadenados trabajando en los campos de azúcar.

—¿Y la 135 tiene algún nombre real que pueda utilizar para dirigirme a ella? —quiso saber Tilly.

Sterling frunció el ceño.

—Tendría que mirarlo, pero como ya he dicho, no es oportuno que trabee ningún tipo de amistad con ella, independientemente del buen comportamiento que pueda tener.

—Los prisioneros están prisioneros por un motivo —afirmó Nell con la convicción del que ha oído la misma frase durante toda la vida.

—Exacto —dijo Sterling y se aclaró la garganta—. En cualquier caso, señorita Lejeune, eh..., Tilly, espero que disfrute en el jardín en su tiempo libre. Quiero que se sienta usted a gusto con nosotros. —Apartó la mirada—. La educación de Nell es muy importante para mí.

—Gracias, superintendente Holt —dijo Tilly.

En cuanto se fue, Nell se inclinó hacia Tilly y le dijo:

—Hettie Maythorpe. Así es como se llama la 135.

—¿Y tú cómo lo sabes?

—La veo casi todos los días. Quería saberlo, así que lo miré en el registro de mi padre, pero no vaya a decírselo.

—No me parece apropiado que curiosees entre los papeles de tu padre, Nell —le dijo Tilly con cautela—. Y ahora, venga, ponte a trabajar.

Nell se ruborizó avergonzada y volvió a concentrarse en el ejercicio. En realidad, Tilly se moría de ganas de preguntarle si sabía lo que había hecho Hettie. Se levantó y se asomó a la ventana. El sol le calentaba la cara y resplandecía en los campos de caña de azúcar. Pensó en los hombres encadenados que estarían trabajando allí fuera.

—¡He terminado! —declaró Nell.

Tilly se dio la vuelta.

—¿Cuántos cañaverales hay en Ember Island? —le preguntó.

—Cuarenta y cinco acres. Está pensando en lo que ha dicho mi padre,

¿verdad? ¿En los prisioneros? Tienen que encadenarlos porque en otoño las cañas se ponen muy altas y los fugitivos se podrían esconder.

—¿Alguien ha conseguido escaparse alguna vez?

Nell negó con la cabeza.

—Catorce prisioneros lo intentaron. A ocho los cogieron y seis murieron. — Nell cogió la traducción—. ¿Me la va a corregir?

Tilly se concentró en lo que estaban haciendo.

—Por supuesto —dijo.

Volvió a la mesa y levantó la hoja.

Nell la cogió por la muñeca.

—No debería sentir pena por ellos. Mi padre es un buen director, es muy humano con ellos. Pero no podemos olvidar que están aquí para cumplir una pena y que ese castigo es bueno para sus almas y para la sociedad que han dejado atrás.

—Gracias, Nell. Todavía tengo mucho que aprender sobre cómo se vive en un lugar como este.

—Yo llevo aquí desde que tenía tres años y no conozco nada más. Puede preguntarme siempre que quiera —dijo, y después sonrió—. Apuesto a que no encuentra ningún error en la traducción.

Y tenía razón, así que Tilly la puso a hacer de nuevo el bordado, con un metrónomo para que le marcara el ritmo de cada puntada y no pudiera correr. El tictac retumbaba en la biblioteca polvorienta mientras Tilly esperaba sentada en una silla que había puesto delante de la ventana, con un libro abierto en el regazo, pero sin leerlo. Tenía la mente allí fuera, en los campos de caña de azúcar, con los prisioneros encadenados unos a otros por sus pecados. Ella también llevaba cadenas por sus pecados, que la ataban a cosas de las que no podía escapar, como tampoco había plantas doradas lo suficientemente altas como para poder esconderse tras ellas.



A pesar del cariño que Tilly le estaba cogiendo a Nell, el estar con ella era realmente agotador. La mente de la niña saltaba de una cosa a otra con extrema rapidez; tenía una opinión para todo y estaba convencida de que Tilly quería oírla, y además siempre quería estar literalmente pegada a ella, lo que a Tilly le

provocaba una sensación desagradable de pegajosa humedad. A la hora de la cena, después del breve descanso, Tilly tenía que esforzarse para ocultar el cansancio. La noche anterior, su primera noche en la casa, Nell le había estado hablando sin parar durante toda la comida. Pero aquel día era distinto, porque Sterling estaba con ellas.

—Buenas noches, Tilly —le dijo.

Se había quitado la chaqueta y llevaba un chaleco y una camisa de algodón blanca remangada por encima de los hombros, dejando al descubierto unos antebrazos sorprendentemente fuertes. Tilly se sonrojó y tuvo que mirar para otro lado.

—Buenas noches, superintendente Holt —contestó y se sentó al lado de Nell, que inmediatamente acercó un poco más la silla.

—¿Qué vamos a hacer mañana en clase? —le preguntó.

—Tilly no está trabajando ahora —replicó Sterling con brusquedad—. Déjala respirar un momento, Nell.

Nell bajó la mirada. A Tilly le dio pena, así que le acarició el brazo y dijo:

—Será un día estupendo, ya lo verás, no importa lo que hagamos.

Se hizo un silencio incómodo. La sirvienta llevó una bandeja de lomo de cerdo, una fuente con patatas y guisantes y una salsera. Sterling se levantó para cortar la carne y luego se fueron pasando los platos en silencio. Cuando terminaron de servirse, Sterling carraspeó y dijo:

—Tilly, me estaba preguntando si le parece bien que después de cenar nos retiremos al salón de forma que podamos hablar en privado.

Se le veía muy serio.

—Por supuesto —dijo Tilly, reprochándose por la inquietud que sus palabras le habían despertado. No tenía ningún motivo para pensar que quisiera hablar con ella de su pasado, como tampoco le había ofrecido ningún motivo de afrenta que hubiera de señalarle.

Nell hizo un mohín.

—¿Y por qué no puedo ir yo también?

—Porque tú eres una niña, Nell —contestó Sterling sin más explicaciones.

Nell sabía cuándo no debía insistir. Siguió comiendo, callada y de mal humor. El tictac del reloj y el tintineo de los cubiertos era lo único que rompía el silencio.

Cuando acabaron, Sterling le pidió a Nell que fuera a buscar a la sirvienta para que recogiera la mesa y, después de hacerlo, la niña se fue a su habitación y

se metió en la cama a leer.

—¿Me acompaña? —preguntó Sterling al tiempo que soltaba la servilleta y echaba la silla hacia atrás.

—Sí, le sigo.

Ya estaba anocheciendo, y Tilly lo siguió al salón a la luz de una vela. Una vez allí, Sterling encendió varios candeleros y se dirigió hacia el mueble bar, que estaba detrás del piano. A Tilly le entraron ganas de quitarse los zapatos y pisar descalza la enorme alfombra india que decoraba el suelo de la habitación.

—Siéntese, por favor —le dijo—. ¿Puedo ofrecerle una copa? ¿Un *brandy*?

Tilly se estremeció. Era un olor y un sabor que le traería malos recuerdos.

—No, yo...

—¿*Sherry*?

—Sí, mejor, gracias.

Sterling sacó dos vasitos de cristal y destapó la botella de *sherry* mientras le hablaba.

—Espero que no le importe que le haya pedido que nos vengamos solos al salón, pero necesito hablar con usted sin que Nell esté presente.

—Sí, por supuesto.

Sterling le dio el vaso.

—Antes de empezar tengo que estar seguro de que Nell no nos esté escuchando —dijo.

Sterling se irguió ladeando la cabeza y Tilly oyó unos pasos que se alejaban por el pasillo.

—A Nell le encanta oír las conversaciones ajenas —dijo Sterling moviendo la cabeza con pesar.

—Es una niña muy despierta y se aburre fácilmente.

—Sí, lo sé, y me alegra que usted también se haya dado cuenta. Su última maestra, la esposa de uno de los carceleros, nunca llegó a entenderla realmente. Para ella, Nell era simplemente una niña difícil.

Tilly se acordó de lo que le había dicho el doctor Groom: para él, Nell era «incontrolable».

—A mí me parece muy buena niña.

—No me cabe duda de que usted también le gusta a ella y, desde luego, su relación ha comenzado con muy buen pie. Pero esta noche he visto con qué familiaridad se dirige a usted y... En fin, quería decirle una cosa.

De pronto se dio cuenta. ¿Cómo es que no lo había pensado antes? Había

dejado que la niña se tomara demasiadas libertades con ella.

—Sí, lo entiendo —dijo—, y pondré inmediatamente más distancia si...

—No, no —la interrumpió Sterling levantando la mano—, no es eso. En absoluto. Nuestra capacidad de amar es lo que nos diferencia de los animales, Tilly. Me alegro mucho de que Nell llegue a encariñarse con usted, como estoy seguro de que hará. Usted es exactamente como ella quiere ser: inteligente y de buen trato.

Tilly esperó no ruborizarse.

—Yo solo quería decirle que... —Sterling se quedó en silencio un instante, buscando las palabras—. Nell perdió a su madre hace menos de un año. Si llega a cogerle cariño a usted, ¿me promete que no se marchará demasiado pronto? Usted es una mujer joven con grandes capacidades y mucha gente considera Ember Island un lugar inhóspito por encontrarse tan aislado, tan lejos de todo. ¿Podría garantizarme al menos un año completo?

Tan aislado, tan lejos de todo. Eso era precisamente lo que Tilly necesitaba.

—Le doy mi palabra, superintendente.

Al oír la respuesta, al señor Holt se le transformó la cara y Tilly pensó que no era difícil imaginarse cómo habría sido de niño, con la cara despejada y la nariz llena de pecas.

—Entonces, será mejor que empiece a llamarme Sterling —dijo.



El viernes a las cuatro, cuando la brisa marina y las sombras que ya empezaban a alargarse comenzaban a imponerse sobre el calor del día, Tilly terminó las clases de la semana con Nell y fue a buscar algo más adecuado que ponerse para salir a trabajar en el jardín. Estaba deseando saber cuál sería el pequeño terreno que Sterling había decidido dejarle para que ella hiciera lo que quisiera. Le había dicho que la prisionera 135 iba por las tardes para no tener que trabajar a pleno sol, de modo que se encaminó hacia el porche, bajó los escalones y salió a buscarla.

La prisionera estaba arrodillada delante de una fila de hortensias, arrancando unas matas. Llevaba una falda y una camiseta blancas, llenas de manchas de hierba y barro. En la espalda se leían unas letras negras. Tilly se detuvo y la miró un momento, sin saber cómo llamarla.



La mujer se paró y se dio la vuelta, como si la hubiera oído llegar. Tilly pensó que debía de tener unos quince o veinte años más que ella. Era grande y fuerte, con los ojos oscuros y las cejas muy pobladas, y llevaba el pelo, moreno y con algunas canas, recogido en un moño desaliñado. Su rostro no transmitía ninguna expresión, la estaba mirando sin una sonrisa de bienvenida ni una mueca hostil.

—Hola... —le dijo Tilly, pero no se atrevió a llamarla 135, así que dejó el saludo ahí y esperó.

—¿Usted es la señorita Lejeune? —dijo la mujer.

—Sí.

—El superintendente me dijo que vendría. Deje que le enseñe la parte del jardín que será suya.

La mujer mostró una leve sonrisa y Tilly se relajó un poco mientras la seguía.

—Gracias, te lo agradezco. Yo..., mira, yo sé que te llamas Hettie, pero me han dicho que os suelen llamar por el número...

—Llámeme Hettie, algunos guardias lo hacen, y el capellán también.

—Mejor. Gracias, Hettie.

—El superintendente me ha dicho que se le da bien el jardín.

—Me relaja meter las manos en la tierra —dijo Tilly, sin saber muy bien cuánto debería hablar con ella. Sterling había sido muy claro en que no podía hacerse amiga suya.

—Sí, a mí también —dijo Hettie—. Si no fuera por el jardín, estoy segura de que me habría hundido en la desesperación hace ya mucho tiempo.

Tilly no dijo nada, aunque le habría gustado preguntarle muchas cosas. ¿Qué había hecho? ¿Por qué estaba allí? ¿Cuánto tiempo faltaba para que la dejaran volver a casa?

Hettie pasó por delante de un arriate de rosas y dobló la esquina.

—Tendrá que limpiarlo antes. Puedo ayudarla, si quiere.

El terreno era de unos tres metros por tres, y estaba lleno de basura del jardín y hojarasca. Había una higuera cerca, así que tendría suficiente sombra como para poder trabajar por las tardes sin temor a que le salieran pecas. La pequeña parcela estaba en el borde de la ladera, por lo que le llegaría la brisa del mar y podría distraerse siempre que quisiera con las vistas de los campos y la bahía. Se le hinchó el corazón de pensar que tal vez encontraría un poco de felicidad allí.

—El único problema es que lo he usado como vertedero para todos los restos de la poda —continuó Hettie—, pero podemos tirarlo todo detrás de esos arbustos, así nadie lo vería y este podría ser su rincón del jardín.

—Gracias —contestó Tilly.

—No me lo agradezca a mí. Dele las gracias al superintendente.

Tilly miró hacia la casa. Desde allí solo se veía el tejado por detrás de los árboles y los setos. Sería un buen sitio para librarse un poco de Nell, también, cuando lo necesitara. Igual que le pasaba a Hettie, el trabajo en el jardín la ayudaría a no hundirse en la desesperación.

—Gracias por ofrecerte a ayudarme —dijo Tilly—, pero prefiero hacerlo yo sola, sin tener que hablar, solo pensando...

—Lo entiendo —le dijo Hettie con una sonrisa.

Tenía la boca pequeña, así que más que una sonrisa parecía que solo había hecho una mueca con los labios, pero tenía una mirada agradable.

—De todas formas —insistió—, estoy aquí para lo que necesite.

Hettie se dio media vuelta y desapareció por detrás de los arbustos. Tilly observó el terreno, pensando en lo que tendría que hacer. Le había prometido a Sterling que se quedaría por lo menos un año. Tenía mucho tiempo para desbrozar, abonar y plantar.

Regresó a la casa dando un paseo, aprovechando el fresco de la tarde, hasta que se encontró con Nell por el camino.

—¡Anda, aquí está! —exclamó Nell—. No sabía adónde había ido.

—Tu padre me ha dado una pequeña parcela del jardín para que la cuide.

—¿Puedo verla?

—Ven.

Nell siguió hablando mientras caminaban. Cuando llegaron, se paró y miró el terreno con cara de preocupación.

—Pero va a ser mucho trabajo para usted.

—No importa, me gusta.

—Puedo ayudarla.

Tilly respiró hondo. Ya se había imaginado que Nell le propondría algo así.

—Nell, ¿te acuerdas de cómo te sientes cuando te estás leyendo un libro que te encanta, cómo te gustaría que desapareciera el mundo a tu alrededor y lo que te molesta que alguien te hable en ese momento o te interrumpa?

Nell la miró con los ojos muy abiertos y tristes.

—Sí, lo entiendo.

—Estoy segura de que seré una mejor amiga para ti si puedo tener un poco de tiempo para mí sola al final del día.

Nell la miró convencida.

—Tiene razón. Además, yo también tengo que dedicarle mucho más tiempo a mi historia épica si quiero salvar al príncipe Claudio de las fauces de la bestia de fuego.

—Desde luego, y estoy deseando saber cómo consigue escapar.

—También le puede pedir a la 135 que la ayude —dijo Nell bajando la voz—. No tiene que tenerle miedo, yo sé lo que...

De pronto, una ráfaga de viento silbó entre las copas de los árboles y a Tilly se le levantaron algunos mechones del pelo suelto. Nell miró al cielo.

—Se acerca otra tormenta —dijo.

Tilly no quería cambiar de tema.

—¿Qué me estabas diciendo: «Yo sé lo que...»?

Nell se puso un dedo delante de los labios.

—A lo mejor no debería decírselo. ¿Seguro que no se va a enfadar y se lo va a contar a mi padre?

Tilly negó con la cabeza y se inclinó para que Nell pudiera hablarle al oído.

—Quiero saberlo.

Nell levantó la cabeza y la miró a los ojos.

—Sé lo que dicen de ella, que no volverá a cometer el mismo delito, y es verdad que no puede volver a hacerlo.

—¿Por qué? ¿Qué hizo?

Nell sostuvo la mirada, sin parpadear, y susurró:

—Mató a su marido.

## QUINCE

### CHARLA POSTMERIDIANA

Tilly entró y cerró la puerta de la pequeña capilla de piedra. Fuera, el sol era abrasador y hacía el calor húmedo y pastoso típico del verano subtropical. Llevaban dos días así. El sudor que se le acumulaba en la frente, las axilas y entre los pechos era insoportable, y lo que de verdad le habría gustado poder hacer era aflojarse el corsé, quitarse las enaguas y sentarse a tomar el fresco en algún sitio. Ni siquiera había habido una tormenta de verano que les diera un momento de tregua. No tenía ningunas ganas de ocuparse del jardín. Se ponía mala nada más que de pensar que tendría que ponerse a hacer un trabajo físico tan agotador, de forma que había aprovechado las tardes para coser. Se había hecho dos camisones muy finos y sin mangas, y aun así se derretía en la cama, por más que se acostara encima de las sábanas y con la ventana abierta, luchando contra los mosquitos que de algún modo lograban colarse por debajo de la mosquitera. Nell le había dicho que no haría tanto calor durante todo el verano; solo tenía que cambiar el viento desde el sureste para que llegara el aire fresco del océano. Pero mientras tanto, buscó refugio.

El frescor de la ermita era agradable, de modo que cruzó el pasillo entre los bancos y se sentó en el primero. Pese al fresco que hacía allí dentro, olía a cerrado y madera sin tratar. Un rayo de sol entraba por una ventana estrecha. Tilly hizo una inclinación de cabeza, juntó las manos y rezó, como había hecho todos los días desde que Nell le contó cuál había sido el crimen de Hettie.

«Perdóname, Padre. Perdóname por lo que le hice a mi marido. Yo no sabía que iba a morir. Aunque había pecado, no me correspondía a mí, sino a Ti, decidir su castigo. Lo siento. Lo siento. Perdóname».

Levantó la cabeza y vio la imagen de Jesús en la cruz en la pared, detrás del atril.

—Perdóname —dijo en voz alta.

Oyó un carraspeo detrás de ella y miró hacia atrás rápidamente. Nunca había

visto a nadie allí y creía que estaba sola, pero no. Esta vez había un hombre alto y rechoncho en el pasillo, que la miraba con curiosidad. Tenía el pelo blanco y la piel exactamente del mismo color que el pan antes de meterlo en el horno, aunque cubierta con una fina capa de sudor.

—Hola —le dijo Tilly mientras se levantaba inquieta y avergonzada—. No sabía que estaba usted aquí.

—Acabo de entrar, ¿no me ha oído?

Tilly negó con la cabeza. Había estado demasiado concentrada echándose la culpa de todo.

Él la miró con avidez y engreimiento, pasándole la mirada desde el pelo hasta la cintura y de nuevo a la cara.

—No era mi intención asustarla. Soy el señor Burton, el capellán.

—Yo soy la señorita Lejeune, la institutriz de Eleanor.

Al señor Burton le brillaron los ojos, como si se hubiera acordado de algo.

—Ah, la institutriz. Estaba deseando conocerla.

Avanzó unos pasos por el pasillo y extendió la mano. Tilly le dio la suya y él se la levantó y se la acercó a la boca para besarla. Tenía los labios mojados y se los apretó en los dedos más tiempo del que hubiera cabido esperar. Tilly enderezó los hombros para no estremecerse. En cuanto le devolvió la mano, ella se la puso a salvo, junto a la otra, detrás de la espalda.

—¿Puedo preguntarle...?

—Solo estaba rezando —contestó Tilly, esperando que el señor Burton no insistiera.

—La he oído decir «perdóname».

—Sí, yo...

Tilly miró a Jesús, que tenía los ojos vueltos al cielo con tristeza. ¿Jasper había ido al cielo? ¿Había pensado en el cielo antes de morir o había luchado como un animal hasta el último momento, contra el humo, el fuego y las terribles heridas de la caída a través del cristal?

Volvió a dirigir su atención hacia el señor Burton, esperando que no le leyera el horror en la cara.

—Tengo mal carácter —le explicó—. Esta mañana pisé el cepillo sin querer y me enfadé tanto que lo tiré contra el espejo y lo rompí. Ha sido un comportamiento muy infantil. Estoy rezando para intentar mejorar.

Tilly se reprochó por haberse inventado semejante tontería. Lo último que quería era que la conocieran como la que arrojaba los cepillos por los aires.

Si no la creyó, el señor Burton no dio ninguna muestra de ello.

—Es bueno intentar mejorar, sobre todo si se tiene mal carácter y se es tan descuidado como para haber dejado un cepillo en el suelo.

A Tilly le molestó que la llamara descuidada, aunque se daba cuenta de que no tenía sentido enfadarse porque se lo acababa de decir ella.

—Siempre será bienvenida en mi ermita, para rezar, pensar o escapar del calor —le sonrió con complicidad al tiempo que en su semblante se abría paso la misma expresión engreída de antes—. Estaré encantado de volver a verla por aquí.

Tilly se sintió incómoda y ruborizada, pero no era por el calor. ¿Se estaba imaginando ese brillo en su mirada, ese evidente interés sexual?

—¿Vendrá al culto del domingo? —quiso saber el señor Burton.

—Espero venir con Eleanor y su padre —contestó.

El capellán asintió haciendo un mohín.

—Muy bien. Y ahora, tengo asuntos que atender, así que, si me disculpa... —le dijo y alargó la mano otra vez.

Tilly pensó en los labios mojados y su expresión ávida, y se llevó las manos a la espalda.

—Adiós —dijo.

Él esperó con la mano extendida durante un par de segundos. Luego, con los labios tan tensos que parecían blancos, la retiró, asintió con educación y se fue.

Tilly se dejó caer en el banco. Tenía que ser mucho más cauta y no dejar que nadie intuyera su remordimiento, si es que quería que no se descubriera qué lo causaba.



El sábado por la noche por fin cambió el tiempo, como Nell le había dicho. Tilly había dejado la ventana abierta, por lo que pudo sentirlo y oírlo con claridad. El rumor del viento entre las palmeras se hizo más fuerte, al igual que el sonido de las hojas de las higueras gigantes. Tilly se levantó en plena noche y se asomó a la ventana inclinándose sobre el alféizar hasta que notó la brisa que le secaba el sudor de los brazos y le ponía la piel de gallina.

Un ruido le llamó la atención, y al mirar vio a Sterling, que estaba saliendo del porche en calzoncillos largos y sin camiseta. Evidentemente, se había

despertado por el cambio de temperatura y había salido para aprovechar el frescor de la noche. Tilly se quedó paralizada al verlo con tan poca ropa. La forma de los hombros, los brazos, la musculatura de la espalda. Se sonrojó enseguida, y se dio cuenta de que tenía que separarse un poco de la ventana si no quería que él también la viera en camisón.

Se echó para atrás y tiró hacia abajo del cristal. Con las prisas, se le resbaló y la ventana se cerró dando un golpe contra el marco.

Tilly se dejó caer en la cama bocabajo e intentó ahogar una risa nerviosa apretando los labios sobre la suave funda de algodón de la almohada.



Todos los empleados de la prisión acudieron al servicio del domingo en la capilla. Los prisioneros tenían su propio servicio más tarde en los barracones de la empalizada, encerrados bajo llave. Tilly se sentó en la primera fila con Nell, que la tenía cogida de la mano y charlaba mientras la capilla se llenaba de carceleros, oficinistas, almacenistas y supervisores. Sterling entró el último y se sentó al otro lado de Nell. Tilly no había vuelto a verlo desde la noche que salió al porche y no quiso mirarlo directamente a los ojos por temor a que él se diera cuenta de que lo había visto tan ligero de ropa. Aquel día llevaba una camisa y un traje de *tweed* con la chaqueta sin cruzar, y cuando se sentó, a Tilly le llegó un ligero aroma a jabón. Se había bañado antes de acudir a la iglesia. A Tilly se le metió la idea en la cabeza y no había manera de sacársela. Su piel, el agua caliente, el jabón. Estaba tan ensimismada que no oyó a Nell mientras le hablaba.

—¿Qué le parece, Tilly? —insistió Nell.

—Eh..., lo siento, estaba distraída.

—Estaba diciendo que antes esta capilla era la escuela y que a lo mejor podríamos dar las clases aquí en verano porque no hace tanto calor. Además, desde el tejado hay unas vistas increíbles, y hasta se ven las ballenas cuando vienen, aunque solo se puede subir si sabes dónde está la escalera secreta que lleva a la buhardilla.

—¿Una escalera secreta? No parece muy seguro.

—No, qué va, está muy bien. Bertie Randolph y yo nos pasamos dos horas escondidos allí cuando su madre se enfadó porque yo le había corregido una

palabra que había escrito mal. Es un buen escondite —dijo Nell y miró al gato de madera que estaba metido en una bolsa de tela que llevaba colgada del hombro—, ¿verdad, Pangur?

—No, no, yo prefiero estar en la biblioteca, cerca de los libros. De todas formas, con la puerta y las ventanas abiertas entra un poco de corriente y no se está tan mal. Además, así tampoco puedes eludir las tareas de costura.

—Vale, de acuerdo —asintió Nell con convicción.

Sterling miró a Tilly por encima de la cabeza de Nell y le sonrió. Ella también lo hizo, pero estaba demasiado avergonzada por lo que se había estado imaginando como para ser capaz de sostener la mirada, y cuando la apartó, vio que el señor Burton ya estaba ocupando su lugar en la capilla, detrás del tambaleante atril de madera. El párroco empezó a hablar y ella intentó concentrarse en lo que estaba diciendo para no volver a distraerse con los pensamientos de antes.

No tardó en darse cuenta de que el sermón era sobre ella.

—Hoy quiero abordar el tema de la ira —dijo—, y en concreto os quisiera hablar acerca de la ira que nos hace perder el control y gritar o arrojar cosas o comportarnos de un modo imprudente. Recordemos que en los Proverbios se lee: «Como ciudad sin defensa y sin murallas es quien no sabe dominarse». El mal carácter nos deja indefensos. Si nos dejamos llevar por la ira, no podemos saber qué consecuencias pueden tener nuestras acciones, «porque la ira del hombre no obra la justicia de Dios».

Al principio, Tilly pensó que su encuentro había podido inspirarle para escribir el sermón, lo cual podía considerarse aceptable, pero el sacerdote continuó y las referencias se fueron haciendo cada vez más concretas, mordaces y despectivas.

—La mujer, en particular, ha de estar más atenta, pues de todos es sabido que en la mente de la mujer habitan las cosas más triviales e insignificantes. Suelen ser los que se consideran más listos e instruidos y se consideran superiores a los demás, y especialmente los hombres, los más propensos a este tipo de arrebatos. Por ello es tan grave y desagradable que una mujer se deje llevar por la ira.

Tilly vio que Sterling alargaba la mano buscando la de Nell y que se la cogía y apretaba con cariño. La rabia empezó a hervir en su interior. ¿Con qué derecho se atrevía el señor Burton a decir todo eso? Allí había solo dos mujeres: Nell y ella. Y en cualquier caso, Tilly era la única a la que de verdad se le podía considerar una mujer. Aquel sermón era una afrenta pública. Y ella lo único que



podía hacer era quedarse sentada en el banco, en lugar de ponerse en pie y gritarle. Una lección de control de sí misma en toda regla.

Cuando terminó, el señor Burton se aproximó a un grupo de feligreses que estaban rezando por la madre de uno de los carceleros, que estaba enferma. Tilly bajó la cabeza y se miró las manos unidas en actitud de oración. Tenía las mejillas tan enrojecidas que le ardía la piel. Mantuvo la mirada baja aun cuando acabaron de rezar para que nadie se diera cuenta de su malestar.

Tras la frase final, Nell se puso de pie y dijo: «Demos gracias al Señor», pero Sterling se quedó donde estaba.

—Vosotras id delante —dijo—. Yo tengo que hablar con el señor Burton.

Tilly se sintió desfallecer. Sin duda, Sterling quería preguntarle al señor Burton sobre el motivo de aquel sermón, con lo que él le contaría la ridiculez que ella le había confesado sobre perder los nervios y tirar el cepillo por los aires y Sterling la consideraría una idiota.

Nell la cogió de la mano y la sacó a la luz del sol.

—¿Cree que tiene razón, Tilly? —le preguntó la niña mientras cruzaban por una era y salían al camino de tierra; los demás feligreses ya se habían desperdigado—. ¿Cree que las mujeres tienen la cabeza llena de cosas triviales e insignificantes?

—No, no creo que tenga razón —contestó Tilly con atrevimiento—. Creo que está totalmente equivocado y que las cosas triviales e insignificantes pueden llenar la cabeza de cualquiera, sin importar el sexo. Yo creo que los hombres y las mujeres no son tan diferentes bajo la piel.

—Sí, yo también lo creo —dijo Nell.

Tilly miró hacia atrás.

—Supongo que no debería contradecirlo.

Nell bajó la voz y se le acercó aún más.

—El señor Burton es la persona más tonta que conozco.

Tilly la miró, con la expresión seria y los ojos muy abiertos, y se echó a reír. Nell también se rio, y allí se quedaron, en mitad del camino, riéndose a carcajadas y con tantas ganas que a Tilly se le olvidaron las preocupaciones.



Aunque era domingo y no había clases, Nell se pasó todo el día con Tilly,

pidiéndole que jugara con ella o le leyera. Tilly la contentó, al tiempo que se preguntaba si tendría que pasarse todos los fines de semana con la niña. Ella también necesitaba tiempo para estar tranquila, para pensar y leer. Nell, con su gran rapidez mental, se aburría de todo enseguida.

A la hora de la cena, Sterling se sentó con ellas y Tilly se fijó en él cuando no la miraba. ¿La desdeñaba? ¿El señor Burton había conseguido que pensara mal de ella? Podía ser, y sin embargo, él no le dio ninguna señal de que algo hubiera cambiado desde la última vez que hablaron.

Hasta que terminó de comer y dijo:

—Tilly, quisiera sentarme a hablar con usted en el salón después de la cena.

¿Sentarse a hablar? Eso no sonaba bien.

Nell los interrumpió antes de que Tilly pudiera contestar.

—Papá, no, yo quería leerle a Tilly lo que he escrito hoy y...

—¡Eleanor Holt! —bramó Sterling con un tono de voz que hasta Tilly se asustó.

Nell se amilanó. Tilly nunca la había visto encogerse de aquel modo.

—La señorita Lejeune es tu institutriz. Se le paga para que te dé clases de ocho a cuatro de lunes a viernes. No es tu niñera, ni tampoco es una amiga de tu edad. Antes de que ella llegara, tú te entretenías perfectamente estando sola y así seguirá siendo.

A Nell le tembló el labio.

—Y no llores —le dijo Sterling con brusquedad—. Tú eres mucho más fuerte que eso.

Nell se recompuso y dijo:

—Sí, papá.

Tilly fue a tocarle la mejilla, pero Sterling le cogió la mano y volvió a ponérsela en la mesa con suavidad.

—No —le dijo con educación—. Ella es más fuerte que eso.

Tilly se sintió avergonzada, como si la hubiera corregido y humillado. Siguió comiendo, incómoda y nerviosa, mientras Sterling y Nell se comportaban como si nada hubiera pasado, hablando de un barco que habían visto cruzar la bahía y conjeturando acerca de dónde podría estar dirigiéndose con su carga.

Cuando terminaron, Sterling le pidió a Nell que fuera a llamar a una sirvienta para recoger la mesa, como hacía siempre, y después le hizo un gesto a Tilly con la cabeza.

—Venga —le dijo.

Tilly se levantó, haciendo chirriar la silla demasiado fuerte. Le latían las sienes mientras seguía a Sterling hacia el salón.

—Siéntese, póngase cómoda —le dijo Sterling señalando un sofá sencillo pero acolchado—. No tenemos muchas comodidades en Ember Island — continuó al tiempo que se acercaba a la ventana, deslizaba el cristal hacia arriba y la brisa marina refrescaba el ambiente—, pero este salón es uno de los sitios que reservo para descansar y tomarme algo, un vasito de *brandy* o *sherry* todas las noches, solo uno, para relajarme después de la tensión del día. Es como una especie de ritual.

—Eso es bueno.

—¿*Sherry* para usted?

—Sí, gracias.

Lo miró por detrás. No llevaba chaleco ni chaqueta, y Tilly recordó su musculatura, imaginándosela debajo del fino tejido de la camiseta.

—Quería preguntarle... —le dijo Tilly—, ¿el señor Burton, el capellán, le ha dicho algo sobre mí?

—Sí.

Tilly se sonrojó y se imprecó por ello; solo esperaba que no se viera con la luz tan pálida de la lámpara.

Sterling se dio la vuelta y le ofreció el diminuto vaso de *sherry*.

—¿Usted cree en Dios? —le preguntó Sterling.

Tilly acababa de dar un sorbo. Se lo tragó de golpe para no escupir.

—Sí, por supuesto.

—Sí, yo también, yo también. —Sterling se mojó los labios en actitud pensativa y ella esperó en tensión—. Siempre he estado convencido de que tiene que haber algo más, como una fuerza superior que dirige el cosmos. No sé qué forma tiene ni qué es lo que se espera de nosotros, pero sí, creo en Dios. Sin embargo, el Dios en el que yo creo no diría jamás el tipo de cosas que dice el señor Burton.

—¿No?

—Nuestro capellán es un hombre que juzga, mientras que yo dirijo una prisión, trabajo con gente que ha sido declarada culpable por un tribunal, pero, Tilly, yo no juzgo. Eso se lo dejo a Dios.

Ella le sonrió.

—Entonces, ¿no ha rebajado la opinión que usted tiene de mí?

—Lo único que ha rebajado es la opinión que tengo de él. —Sterling sonrió y

añadió—: Que ya era bastante baja. Me quedé atrás para advertirle que tenía que tener más cuidado con lo que decía delante de Nell. —Se sentó enfrente de Tilly, estiró las piernas y cruzó los tobillos—. Antes de tenerla a ella, nunca me había parado a pensar en las distintas posiciones que ocupan los hombres y las mujeres en el mundo. El ideal de la «nueva mujer» me hacía sonreír y la idea de que la mujer pudiera votar me parecía curiosa, pero nada más. Sin embargo, después llegó Nell y..., ¿es orgullo de padre o es muy lista?

—Es muy, muy lista.

—Y ahora oigo todas esas sandeces que algunos hombres dicen sobre las mujeres y no lo aguanto. Mi hija es mucho más inteligente que Burton. Igual que usted. Burton no es más que un lerdo que se pasó un año en el instituto de estudios bíblicos anglicanos, y como le pareció demasiado difícil, se vino aquí a sermonear a los prisioneros, a gente que consideraba tremendamente inferior a él. ¿Con qué derecho se atreve a juzgarlas a Nell y a usted? —se rio—. ¿De verdad rompió un espejo con un cepillo?

Tilly negó vehementemente con la cabeza.

—No. Le mentí para no contarle lo que de verdad estaba pensando, porque eran pensamientos privados, y le dije lo primero que se me ocurrió. Le prometo que no soy el tipo de mujer que se pone a romper cosas cuando se enfada.

—Vaya, pues me alegro. ¿Otro *sherry*?

Tilly miró el vaso vacío.

—Madre mía —comentó al ver que se lo había bebido demasiado rápido—, me puse un poco nerviosa cuando me pidió que viniéramos al salón. Creía que había hecho algo mal.

Sterling se levantó, fue a coger la botella de *sherry* y se la acercó al vaso.

—No, tranquila, yo solo quería invitarla a participar en mi pequeño ritual y darle un poco de espacio, separarla un momento de mi hija, que no puede perderla de vista ni un segundo.

—Es muy cariñosa.

—Sí, pero es una niña y usted es una mujer. Y como tal, necesita hablar con adultos.

Dejó la botella en la mesita del salón que estaba entre ambos.

—Hace mucho tiempo que no hablo con nadie. Mi abuelo y yo hablábamos mucho, pero desde que murió... —No podía decir nada más sin contar demasiado—. Es como si hubiera dejado un mundo atrás y no hubiera encontrado todavía otro nuevo. A veces pienso que una isla es un lugar perfecto

para mí, porque no es ni aquí ni allí, sino un lugar intermedio.

—Puede que tenga razón —comentó Sterling—, aunque no sé si Ember Island está de camino a algún sitio. Es más bien un lugar fuera del mundo.

—¿Cuánto tiempo hace que vive aquí?

—Seis o siete años.

—Eso es mucho tiempo para vivir fuera del mundo.

—Ya no sé si algún día podré marcharme de aquí. Rebecca, mi mujer, está enterrada aquí...

Dejó la frase sin terminar y Tilly leyó la tristeza en sus ojos.

—Lo siento —dijo.

—Nos llegará a todos, supongo. Las nubes se apartarán y el último misterio quedará revelado. En cierto modo, su muerte fue un alivio. Ya no era la misma. La enfermedad la había cambiado. La pobre Nell estaba aterrorizada.

—Su esposa..., Rebecca..., ¿era una mujer instruida?

—No especialmente. Era la hija del mejor amigo de mi padre. La conocía desde que tenía cuatro años y era mi mejor amiga. Creo que siempre supe que me casaría con ella. A veces me pregunto si me habría enamorado de ella si la hubiera conocido de adulta.

—Entonces, ¿se casó con ella porque quería su padre?

—Lo queríamos todos, Rebecca y yo también. Éramos buenos amigos, y fue una estupenda compañera de vida, pero nunca hubo... —Volvió a dejar la frase a la mitad y se sonrojó—. Tendrá que perdonarme, Tilly. El vivir tantos años en esta isla, rodeado de prisioneros, me ha hecho perder los buenos modales. Usted es una mujer joven, y no debería hablarle de cosas tan personales, supongo.

—No se preocupe —dijo Tilly, aunque ella ya sabía lo que iba a decir: pasión. Nunca había habido pasión—. De todas formas, creo que sé lo que quiere decir. Yo rechacé a todos los pretendientes que me presentó mi abuelo. No había... chispa. No había luz. Algunos eran hombres encantadores, de sonrisa amable y uñas limpias. A lo mejor habría podido tener una buena vida con ellos.

Por eso se casó con Jasper. La chispa estaba, pero solo por su parte y se extinguió al poco tiempo de llegar a Guernsey.

Cuando Jasper estaba vivo.

Se terminó el *sherry* de un trago y dejó el vaso en la mesita.

—En cuanto a los buenos modales —dijo—, he bebido demasiado rápido y será mejor que no me eche más.

—Como quiera. —Sterling negó con la cabeza—. Debe de pensar que soy

muy mala persona, por haber hablado mal de mi difunta esposa, de la madre de Nell.

—Usted no ha hablado mal de ella. Ha dicho que era su mejor amiga, que fue una estupenda compañera en la vida y que no quiere marcharse de la isla porque aquí está su tumba. Todo su comportamiento desprende tristeza y respeto.

—Debo decir que es muy agradable conversar con usted —dijo—. Me doy cuenta de que hace mucho tiempo que echo de menos el tener buena compañía.

—Sí, yo podría decir lo mismo.

Se quedaron en silencio. Se oían las ramas de las palmeras a lo lejos y el rumor del mar.

—¿Ha tenido ocasión de ver su parte del jardín? —preguntó Sterling antes de que el silencio se volviera incómodo.

—Sí, gracias, y he conocido a Hettie.

—¡Hettie! Eso es, siempre se me olvida. ¿Quiere que mande a varios prisioneros para que limpien el terreno? Sé que está lleno de desechos del jardín.

—No, prefiero hacerlo yo. Me encanta trabajar fuera de casa, sobre todo en los jardines. —Vaciló un instante antes de atreverse a preguntar—: ¿Es verdad que Hettie mató a su marido?

—¿Se lo ha dicho Nell?

Tilly se dio cuenta de que el *sherry* le estaba soltando la lengua demasiado y acababa de delatar a Nell.

—No pasa nada, ya se le ve en la cara que ha sido ella, pero me gustaría que no revolviera entre mis papeles. Tenemos violadores en la isla, hombres que le han hecho cosas abominables a niños, y no quiero que ella lea sobre todo eso. Tendré que llamar a un cerrajero para que me ponga una buena llave en la puerta del despacho —dijo negando con la cabeza—, porque yo no voy a conseguir que deje de husmear donde no debe.

—La curiosidad es señal de inteligencia.

—Sí, sí, y también de falta de respeto, pero en fin, volviendo a su pregunta, sí, Hettie está en prisión por haber matado a su marido, hace cuatro años. Se le declaró culpable, pero no fue un crimen especialmente violento, ni cruel, y sinceramente albergo la firme esperanza de que dentro de unos quince años o así, el tiempo que le quede aquí, habrá expiado su culpa y no vuelva a tener más problemas con la ley.

—¿Se puede expiar una culpa así? La vida de un hombre, apagada para siempre, todo el potencial, todo lo que habría podido llegar a...

—Como le dije antes —replicó Sterling—, no me corresponde a mí juzgar. Una fuerza superior, más sabia y más inteligente que yo conoce el alma de Hettie Maythorpe. —Se terminó su vaso—. Ah, qué bueno está. Me siento mucho mejor. Seguro que me ayuda a dormir y mañana, a seguir con el trabajo. En cuanto a usted, no deje que Nell le controle la vida.

Tilly se llevó la mano a la sien. El *sherry* le estaba empeorando el dolor de cabeza.

—Haré todo lo que pueda. Ahora, si me disculpa, me está doliendo la cabeza.

—Por supuesto. Buenas noches, Tilly.

—Buenas noches, Sterling.



A la mañana siguiente, el dolor de cabeza seguía igual, pero Tilly se cambió y bajó a desayunar. Nell la estaba esperando, y la distrajo con su entusiasmo ante la nueva semana de estudio que estaba a punto de comenzar. Cuando salieron del comedor, se fueron directamente a la biblioteca para dar las clases, pero conforme iba avanzando el día, Tilly fue notando la garganta cada vez más seca y oprimida, y el dolor de cabeza se le extendió a las articulaciones.

—Hace mucho calor —le dijo a Nell mientras intentaba concentrarse en los números que le bailaban ante los ojos llorosos.

—Está muy pálida —contestó Nell—. A lo mejor debería salir a tomar aire fresco.

Sí, eso era, llevaba todo el día metida en la biblioteca. Tenía que salir un rato. En cuanto terminaron las clases, salió a respirar un poco de brisa marina, que le heló el sudor de la piel. Se fue hacia su parcela y se quedó mirándola un momento, observando la montaña de restos de poda. Una carretilla, eso era lo que necesitaba. Tilly miró a su alrededor buscando a Hettie, pero no la vio por ninguna parte.

Hasta que de pronto Hettie apareció por detrás de un arbusto de hortensias y Tilly se dirigió hacia ella.

—¿Hettie? —la llamó indecisa.

Hettie se dio media vuelta, con un pequeña sonrisa como la otra vez.

—Creo que debería empezar a limpiar el terreno. ¿Tenemos alguna carretilla? Si me dices dónde está, iré a por ella para ponerme manos a la obra.

Hettie asintió con respeto.

—Por supuesto, señorita, pero ya se la llevo yo, usted espéreme en el terreno.

Tilly hizo lo que le había pedido, intentando disfrutar de la brisa de la tarde, pero se notaba la cara y la cabeza ardiendo, así que se sentó en el césped apoyando la frente sobre las rodillas mientras escuchaba su propia respiración.

—¿Señorita Lejeune?

Tilly levantó la mirada. Hettie le había llevado una vieja carretilla de madera.

—Gracias —dijo Tilly y se levantó.

—No sabía si iba a volver —comentó Hettie—, hace varios días que no la veo.

—Hacía demasiado calor para trabajar, pero se me han ocurrido varias ideas para el terreno.

—Qué envidia, tiene usted una parcela de terreno totalmente nueva para convertirla en un jardín. Todavía me acuerdo, hace muchos años, en el continente, de la primera vez que limpié el terreno que teníamos detrás de la casa, removiendo la tierra del jardín mientras los niños juguetaban a mi alrededor —dijo con tristeza.

Tilly se quedó sin palabras. Hettie tenía hijos. Hubo un tiempo en que tenía una vida en el continente, con una casa, jardín y niños.

¿Dónde estarían los niños ahora? ¿Quién los estaría cuidando?

—Deje que le ayude —dijo Hettie recomponiéndose—. Entiendo que quiera plantarlo todo sola, pero limpiar toda esta basura es mucho trabajo y la veo un poco pálida esta tarde. Podríamos llenar la carretilla juntas y luego yo me la llevo a otro sitio para vaciarla.

Cualquier otro día, Tilly le habría dicho que no, pero era un trabajo tedioso y cansado y no se sentía muy bien.

—Sí, de acuerdo, te lo agradezco.

—No me dé las gracias, es mi trabajo.

—De un ser humano a otro —dijo Tilly de modo forzado—, gracias. No me siento muy bien hoy y creo que no puedo hacerlo sola.

Hettie asintió y empezaron a cargar los despojos en la carretilla.

El aire fresco le secó el sudor, y Tilly estaba disfrutando al ver cómo disminuía la hojarasca. Ya se imaginaba los arriates de lavandas, rosas, jazmines y magnolias. Un pequeño jardín en el que se sentaría a relajarse por las tardes, rodeada de dulces aromas. A lo mejor Hettie podía ayudarla a encontrar algún banco viejo de madera que ella pudiera pintar.



—Ya quedan pocos viajes —dijo Hettie al volver de nuevo con la carretilla vacía.

Tilly se dio la vuelta, pero cuando el movimiento de su cuerpo se paró, la cabeza siguió dándole vueltas. Unas luces destellaron en la periferia de la visión y un zumbido le embotó los oídos. La oscuridad descendió lentamente mientras ella caía desplomada al suelo. Notó unas manos cálidas en los brazos y oyó su nombre tres veces.

—¿Señorita Lejeune?

Intentó contestar, pero la invadió la oscuridad. En el preciso instante en que se desmayaba creyó oír a Hettie que le decía: «No te levantes, debilucha», lo mismo que le había dicho Jasper aquella noche, antes de que ella lo quemara vivo.



Los sueños que tuvo con la fiebre estaban cargados de los horrores que se merecía. Durante días yació semiinconsciente. El calor de su cuerpo se convertía en fuego en sus pesadillas. Corría y corría, escapando de un gigantesco monstruo negro con manos de carbón que echaba llamas por la boca hasta que la aplastaba; o se hallaba otra vez en Lumière sur la Mer, delante de la ventana del salón viendo a Jasper inmóvil, con la boca abierta gritando en silencio, con las llamas ondeando tras él; o estaba temblando en el cobertizo del jardín, tirada en el suelo frío y lleno de polvo, mientras Hettie Maythorpe estaba sentada como una muñeca de trapo en una esquina, pudriéndose hasta que solo quedaban unos huesos marrones. «Cámbiame el sitio —le decía—, tú te mereces estar aquí tanto como yo». Se despertaba de vez en cuando para beber un poco de agua, pero era incapaz de tragarse la comida. A veces Nell estaba allí, sentada en la silla con los labios blancos por la ansiedad. Otras veces iba a verla el doctor Groom, que le daba su medicina maloliente. Pero casi siempre estaba sola con su delirio y remordimiento, entrando y saliendo de sus febriles pesadillas o volviendo por un instante al mundo real, en el que todo el cuerpo le dolía como si le hubieran dado una paliza.

La cuarta noche, se despertó muy tarde, con las sábanas y el camisón empapados. Por fin se le había pasado la fiebre. No tenía fuerza, pero logró levantarse y cambiarse, puso ropa de cama nueva y volvió a acostarse. Por

primera vez desde que se desmayó en el jardín, pudo descansar tranquila. Incluso tenía apetito cuando amaneció.

Tras unos ligeros golpes, Nell se asomó a la puerta.

Tilly se incorporó.

—Hola —le dijo intentando sonreír.

—Parece que estás mejor.

—Sí, estoy mucho mejor.

Nell sonrió abiertamente.

—Menos mal —dijo, cruzó corriendo la habitación y se abalanzó a darle un abrazo.

Tilly la apartó con suavidad.

—Tengo hambre, pero no tengo fuerzas para levantarme.

—Voy a despertar a la cocinera para que te prepare el desayuno. Hemos estado muy preocupados, muy, muy preocupados. —Se puso de pie y se precipitó hacia la puerta—. ¡Papá! ¡Papá, Tilly está mejor!

Tilly se dejó caer hacia atrás y cerró los ojos. Esta vez no tenía las imágenes de las pesadillas impresas en la mente, pero estaba asustada por lo que los sueños febriles le habían traído a la cabeza, como una ola enorme que había levantado las peores inmundicias del océano. Aquellas imágenes eran su historia, las que la definirían para siempre. No iba a ser capaz de dejarlas atrás. Pensó en Sterling, en lo que diría o haría si llegara a enterarse. Ni siquiera él sería capaz de perdonarla. Al pensarlo, se puso triste. Nunca se había dado cuenta de hasta qué punto le importaba la opinión que pudiera tener de ella.

Nell regresó y se tumbó en la cama a su lado. Estaba abrazada al gato de madera. Tilly vio que le había escrito su nombre, Nell Holt, en la parte de abajo. Le acarició el pelo con ternura y le preguntó:

—¿Has seguido estudiando tú sola?

—No, he estado trabajando en una historia nueva. Es sobre una niña cuya madre se pierde en una zona desértica y mágica, como el Wirral de *Sir Gawain*, y su hermana tiene que ir a salvarla.

—Suena muy bien. Estoy deseando leerla.

—El personaje de la madre se basa un poco en usted y un poco en mi madre. —Nell vaciló un instante y añadió—: Se me ocurrió cuando usted se puso enferma.

—Ah, ¿sí?

—Parecía perdida en algún lugar inhóspito. He pasado mucho tiempo sentada

a su lado y parecía que tenía unas pesadillas horribles porque decía cosas extrañas.

A Tilly se le erizó la piel.

—Ah, ¿sí? —repitió.

—Llamaba continuamente a un tal Jasper y no paraba de decirle que lo sentía.

Tilly tragó saliva. Le entraron náuseas.

—¿Quién es Jasper? —quiso saber Nell.

—Un hombre que conocía.

—¿Y por qué le decía que lo siente?

Tilly forzó una sonrisa.

—Debe de ser el tipo de cosas sin sentido que dice la gente cuando cae enferma con fiebre. He soñado todo tipo de cosas.

—¿Era un pretendiente suyo?

—Jasper era un hombre con el que mi abuelo quería que me casara, pero no era muy amable conmigo.

—¿Así que no se casó con él?

—Como ves —dijo Tilly enseñándole la mano izquierda—, no estoy casada.

Nell la observó a la luz de la mañana, y Tilly tuvo la neta sensación de que la niña no la creía. Nell la estaba mirando como si fuera una extraña. En su expresión, carente de su habitual cariño y alegría, solo quedaba la curiosidad, una curiosidad despegada y fría.

—No pasa nada —dijo Nell y le dio un beso en la frente—, lo importante es que ya está bien y en cuanto podamos, retomaremos las clases.

Pero aún tuvieron que pasar otros cuatro días, con tos seca, antes de que Tilly pudiera levantarse y encontrarse bien. Nell estaba eufórica la noche que Tilly bajó al comedor y por fin pudo unirse a su padre y a ella sin toser ni respirar con dificultad. Durante todo aquel tiempo, Tilly apenas había visto a Sterling.

—Me alegro de ver que ya se ha recuperado —le dijo Sterling mientras ella se sentaba a la mesa.

Tilly le sonrió, y la sonrisa que le devolvió Sterling estaba cargada de una ternura que ella nunca había visto en él y que al mismo tiempo le transmitió una sensación de vulnerabilidad, pero que de algún modo le pareció dulce.

—Y yo —le dijo ella.

—¿Querrá venirse al salón después de cenar para tomarse un *sherry*? Me encantaría poder charlar un rato y la verdad es que hay pocas personas con una conversación tan agradable como la suya.

Nell escondió una sonrisa con el tenedor.

Tilly asintió.

—Me encantaría.

## DIECISÉIS

### LA VERDAD LO ARREGLA TODO

—No he arrancado la maleza.

Tilly se dio la vuelta. La suave luz de la tarde la cegó un momento, pero enseguida distinguió la silueta de Hettie Maythorpe. Era el primer día que Tilly salía al jardín desde que cayó enferma. Hettie había limpiado todos los despojos que se habían acumulado en el terreno.

—No he arrancado la maleza —repitió—, supuse que querría hacerlo usted.

Tilly le sonrió.

—Tienes razón, arrancar las malas hierbas da una especie de placer...

—Sí, lo sé —dijo Hettie asintiendo mientras miraba el terreno—, y hay muchas que arrancar.

—Desde luego.

Hettie la miró con su diminuta sonrisa y dijo:

—Me alegro de que ya esté bien.

—Gracias —contestó Tilly, y entonces se acordó de la última vez que la vio—. Hettie —se aventuró a decir—, el último día que estuve aquí, ¿me dijiste algo mientras me desmayaba?

«No te levantes, debilucha». Eso era lo que ella recordaba. Se le encogió el estómago.

Hettie frunció el entrecejo, concentrándose.

—La llamé varias veces por su nombre y cuando intentó ponerse de pie le dije que no se levantara porque estaba muy débil.

Eso era, entonces. Su imaginación febril lo había convertido en aquella otra frase tan odiada.

—¿Ocurre algo? —preguntó Hettie.

Tilly negó con la cabeza.

—No, en absoluto. He tenido muchas pesadillas. Gracias por quitar toda la basura. Empezaré a desbrozar ahora.

—Como desee, señorita.

Tilly se arrodilló. Todo el terreno estaba plagado de malas hierbas. Cogió el pequeño rastrillo y empezó. Disfrutaba con el trabajo, la espinosa resistencia de las plantas y la sensación cuando las raíces se soltaban del suelo. La mente le corría de aquí para allá. Recordó un día de verano, con su madre, cuando ella era pequeña y estaban en la India. Ella jugaba a sus pies, mientras su madre desbrozaba el jardín. A lo mejor fue entonces cuando se enamoró de la jardinería. ¿Sería la nostalgia de aquellos veranos húmedos y aquellas noches larguísimas en el jardín rebosante de aromas lo que la hacía disfrutar tanto al hundir las manos en la tierra?

Pensó en los hijos de Hettie y levantó la mirada. Hettie estaba al lado de las magnolias. Tilly se levantó y se encaminó hacia ella mirando la larga sombra que la precedía.

—¿Hettie?

Hettie miró para arriba. Una mancha de tierra le cruzaba la frente.

—¿Necesita ayuda?

Tilly se arrodilló a su lado.

—Me dijiste que tenías hijos. ¿Cuántos años tienen?

Hettie miró al suelo con tristeza.

—Mi niña ocho y mi niño seis.

—¿Quién se ocupa de ellos?

—Están con mi madre y mi hermana. Mi hermana es una mujer sencilla. No se ha casado, pero es muy cariñosa con los niños. Era lo mejor que les podía pasar, teniendo en cuenta las circunstancias. —La voz de Hettie parecía tensa y forzada, como si hubiera algo más, algo primario e innombrable.

—Los echarás de menos.

Hettie estiró los labios, intentando no llorar, y Tilly se sintió fatal por haber sacado el tema.

—Lo siento —le dijo Tilly levantándose—. Me he metido donde no me llaman y te he turbado. Será mejor que me vaya.

Pero Hettie se levantó y le cortó el paso para que no se fuera. Con voz profunda y gutural, le dijo:

—Daría cualquier cosa por volver a abrazarlos. Eran tan pequeños... —Se recompuso y se apartó un poco—. Lo siento, señorita. No debería haberle cortado el paso.

—Soy yo la que tiene que pedir perdón —dijo Tilly—. Me he dejado llevar

por la curiosidad y no he tenido ningún tacto.

—Hay muy pocos aquí a los que les preocupe el tener tacto con los prisioneros —repuso Hettie bajando la mirada.

Tilly no sabía qué decir, así que no dijo nada y se volvió a su terreno. Las palabras de Hettie seguían resonándole con fuerza en la cabeza. «Daría cualquier cosa por volver a abrazarlos». Tilly se arrodilló y siguió arrancando matojos. Al cabo de un momento se arriesgó a enderezarse y levantar la mirada hacia Hettie, pero ya no estaba donde ella la había dejado. Había desaparecido entre los arbustos.



Tras haberse recuperado por completo, Tilly siguió con su vida en Ember Island. Nell seguía siendo su centro de atención, pero por las tardes podía disfrutar de la tranquilidad del jardín para relajarse y después de cenar se iba con Sterling al salón, donde mantenían largas conversaciones sobre libros y otras reflexiones. No había vuelto a la ermita, ni siquiera para el servicio de los domingos. Esta decisión, que creyó que llamaría la atención y la haría parecer desobediente, en realidad pasó inobservada, o al menos nadie comentó nada, a excepción de Nell, que se quejaba de tener que ir sin buena compañía. Todas las noches, Tilly rezaba en su habitación, pidiendo perdón. No recibió ninguna respuesta de Dios, ninguna señal que le hiciera esperar que algún día llegaría a superar el remordimiento, pero de todas formas seguía rezando, enviando sus pensamientos a la muda oscuridad del cosmos.

Una noche, era muy tarde o tal vez antes del alba, Tilly se despertó al oír un crujido en el porche. Siempre dormía con la ventana entornada porque el calor de la primavera se intensificaba conforme se acercaba el verano y lo único que podía hacer para refrescarse era dejar entrar la brisa marina que soplaba desde el sureste. Tilly levantó la mosquitera del baldaquino y, escondiéndose detrás de las cortinas, miró por la ventana. Era Sterling, que estaba sentado en los escalones, con los codos hincados en las rodillas, contemplando la isla y la oscuridad del mar.

¿Por qué estaba despierto? Ya era de madrugada, estaba casi segura. Vaciló un momento, pero después decidió ponerse la bata. El corazón le latía con fuerza, pero abrió la puerta y salió.

—¿Sterling?

Él se volvió, la vio, sonrió y enseguida escondió la sonrisa.

—Es muy tarde. Siento haberla despertado. Vuelva a la cama, por favor.

Sin embargo, Tilly se sentó a su lado, y él no le dijo que se marchara.

—¿Qué hace despierto? —le preguntó al tiempo que percibía su suave olor.

—Nell ha tenido una pesadilla. Es la misma, una y otra vez, desde que Rebecca murió. Ahora mismo está en mi cama, dormida como una estrella de mar —se rio—. Es difícil dormir con una estrella de mar de su tamaño metida en la cama.

—¿De qué es la pesadilla?

—Es sobre su madre, que es cruel y monstruosa con ella. Siempre me pregunta lo mismo cuando viene a la cama. Quiere saber si su madre la quería.

Tilly se quedó en silencio, estaba segura de que Sterling quería decirle algo más. Se oía el flujo y el reflujo de las olas, las comadreas arañaban los árboles, la noche era agradable, tan solo iluminada por las estrellas, y en el aire flotaba el aroma de la tierra mojada y el agua de mar. Observó su perfil, sus rasgos marcados. Tilly lo animó a continuar:

—¿Y qué le dice?

—Su madre la quería, por supuesto, pero a Rebecca le resultaba difícil la maternidad. Cuando nació Nell, Rebecca cayó en un estado de desesperación, como un pozo negro y profundo. Había días en los que parecía que ignoraba al bebé. Dejaba que Nell se pasara horas y horas llorando. Yo la oía desde el despacho y me daba muchísima pena. Tuve que buscar a dos niñeras para Nell y una enfermera para que atendiera a Rebecca hasta que empezó a sentirse mejor. Pero desde el principio hubo algo que no iba bien entre la madre y la niña. Cuando por fin empezó a salir de aquel abismo, me suplicó que no tuviéramos más hijos.

—¿Usted quería más?

—Yo quería seis —se rio—. Yo soy hijo único y quería que Nell tuviera hermanos. Estaba seguro de que el tener hermanos pequeños le habría ayudado a entender que ella no es el centro del mundo —suspiró—. Rebecca aprendió a ser más tolerante y paciente, pero siempre fue una actitud forzada. Me acuerdo de que una vez, cuando Nell tenía cuatro o cinco años, le pregunté si quería a la niña, y ella me dijo: «Sí, pero a veces es como si no fuera mía», lo cual no tenía ningún sentido porque Nell había crecido dentro de su cuerpo —dijo y negó con la cabeza—. Cuanto más la rechazaba Rebecca, más la buscaba Nell, ya se puede



imaginar.

—Sí.

—Ese gato que todavía lleva a todas partes..., era incapaz de perderlo de vista. Me daba cuenta de que Nell se agarraba a Pangur Ban porque Rebecca no le daba todo el afecto que ella necesitaba. Se me partía el corazón —suspiró—. Siempre he sabido que yo la quería más que Rebecca.

—Tiene suerte de tenerlo a usted. Muchos padres son indiferentes con los hijos.

—Pero yo estoy siempre ocupado. Trabajo todos los días. —Se pasó la mano por la frente y el pelo, pero luego se recompuso—. Lo siento, Tilly. No está bien que muestre toda esta debilidad ante usted, y eso sin tener en cuenta que es mi empleada, una mujer joven y además estamos los dos en pijama. El vivir y trabajar en la isla nos hace perder las buenas maneras, se nos olvida lo que es apropiado y respetable.

—No, por favor, no pida disculpas. Me gusta escucharlo y espero que usted me considere más una amiga que una empleada.

Sterling no contestó, pero tampoco se fue. Tilly notaba el calor de su hombro, tan cercano al de ella, mientras seguían sentados en los escalones en la oscuridad de la madrugada. Le gustaba aquella sensación de cercanía, de intimidad. Pero, junto a la felicidad, llegó, como siempre, el remordimiento. Si los sentimientos de Sterling hacia ella estaban creciendo, como Tilly creía, en realidad eran por alguien que él ni siquiera conocía. Ella no era Chantelle Lejeune. Ella había dejado atrás un matrimonio desastroso y escondía un horrible secreto. ¿No estaba mal dejar que Sterling creyera que era otra persona, otra cosa, totalmente distinta?

—Debería volver a la cama —dijo Tilly tapando un bostezo exagerado—. Mañana tengo que estar un paso por delante de Nell en las clases, que ya es todo un reto.

Se levantó.

—Buenas noches, Tilly —dijo Sterling y le rozó la mano.

Saltaron chispas. Una ola de calor la inundó. Aquel roce, de menos de un segundo, despertó en ella una sensación ardiente que la derritió por dentro y estuvo a punto de jadear.

Se quedó de pie un instante, hasta que logró articular:

—Buenas noches.

Y volvió a su habitación.



Los días se fueron haciendo más largos y el bochorno era cada vez más insoportable. Algunas noches, debido al calor sofocante que llegaba del noreste, Tilly dormía envuelta en una capa de sudor bajo la mosquitera, mientras que otras noches llegaba un viento del sureste que arrastraba el fresco olor de la lluvia. Una semana estuvo lloviendo de domingo a domingo, con unas gotas enormes que martilleaban el tejado de la casa como si fuera el diluvio universal, hasta que de pronto escampó y, cuando Tilly se levantó, el cielo estaba de un azul resplandeciente, todo olía a musgo y entre los arbustos de la ladera tronaba el furioso canto de las cigarras.

Y de algún modo, bajo aquel sol abrasador y la terrible humedad, iba a celebrar la primera Navidad desde que falleció el abuelo. Nunca había echado tanto de menos el dolor de los dedos entumecidos por el frío, la nieve, el rosbif y abrir los regalos delante de la chimenea. Habían pasado seis semanas desde que llegó a la isla. El mismo tiempo que había durado su noviazgo con Jasper, igual que la enfermedad del abuelo y su fatídico matrimonio.

La mañana del día de Navidad entró en la capilla por primera vez desde que el señor Burton la humilló con su sermón. Pese a ser las nueve, ya notaba el sudor en las axilas y entre los pechos. Nell llevaba un pichi de cuadros sobre una camiseta de algodón de mangas cortas, y Tilly la envidiaba por poder ponerse una ropa tan ligera. Ella llevaba enaguas, corsé, un vestido de encaje y guantes. Se dio cuenta de que Sterling también iba bien vestido, pero no quiso preguntarle si estaba incómodo con tanto calor. Aunque seguían manteniendo su pequeño ritual de después de cenar en el salón, Sterling se estaba mostrando mucho más reservado con ella desde la noche en que le tocó la mano en el porche. Tal vez se recriminaba por haber superado los límites de las buenas maneras, y a pesar de que Tilly deseara que volviera a tocarla, sabía que no podía enamorarse de él, pues los secretos minaban las bases de una relación y ella tenía demasiados que ocultar, por lo que al final, la suya se hundiría, de modo que hablaban y hablaban, cada uno en su sitio del salón, sobre filosofía, literatura, historia y humanidad. Sterling había trabajado con prisioneros desde muy joven, por lo que tenía unas firmes convicciones sobre la justicia y cómo había de administrarse con humanidad. Tilly lo admiraba mucho, tanto que a veces le dolía el corazón.

Con todo, se mantenía a raya, sin permitirse imaginar ningún tipo de relación con él. Por la noche, cuando se acostaba, simplemente rezaba para pedir fuerzas y perdón.

La homilía de Navidad fue mediocre, como si el capellán acabara de escribirla a toda prisa aquella misma mañana. Cuando acabó, la congregación se levantó y se encaminó hacia la puerta ruidosamente. Sterling, Nell y Tilly esperaron a que los demás terminaran de salir. Tilly estaba a punto de marcharse cuando el señor Burton le cortó el camino.

—Señorita Lejeune, ¿puedo hablar con usted?

Tilly miró a su alrededor buscando a Sterling, pero se lo había tragado la multitud. Dejó que el sacerdote la llevara a un lugar apartado, más allá de la puerta interior de la capilla. Allí, todo estaba en silencio y en penumbra. Las voces de fuera parecían muy lejanas. El señor Burton se inclinó hacia ella y le dijo con tono severo:

—Sé por qué no ha vuelto a venir al culto dominical.

—Ah, ¿sí?

—Todo el mundo habla de usted y el superintendente. No se atreve a dar la cara, ¿verdad? —le dijo con mirada pétrea y cargada de ira.

—¿De mí y...? Pero ¿qué le he hecho yo para que esté tan furioso conmigo?

—Conozco a las mujeres de su calaña.

—Usted no sabe nada de mí —replicó Tilly intentando suavizar el tono. No quería perder los estribos, sobre todo delante del señor Burton, que ya tenía tan mala opinión de ella.

—Debería marcharse de su casa y de la isla antes de traer la vergüenza sobre un buen hombre.

La última persona que le había despertado tanta rabia había sido Jasper. El terror le erizó la piel. No sabía lo que la ira podía llevarla a hacer esta vez; tenía miedo de sí misma. Con una enorme fuerza de voluntad, consiguió que dejaran de temblarle las manos, se dio media vuelta y se dirigió hacia la puerta. El señor Burton intentó detenerla poniéndole una mano en el hombro, pero Tilly se volvió y le susurró:

—¡No me toque, sobón!

El señor Burton dio un respingo, pero el desconcierto de su mirada quedó sustituido enseguida por una mueca de desprecio.

—Yo sé lo que necesita. Sé lo que hace falta meterle en esa boca para taponársela.

Tilly volvió a darse media vuelta y se fue. Nell la estaba esperando fuera. Sterling ya se había ido.

—¿Tilly? —dijo Nell.

—Ahora no —replicó Tilly—. Necesito darme un paseo para calmarme.

Se dirigió hacia la parte trasera de la casa cruzando un campo de pastoreo de caballos y continuó por la parte más escarpada de la ladera. El ejercicio la ayudaba. Respiraba profundamente para calmar la rabia y consiguió abrir los puños lo suficiente como para no seguir clavándose las uñas en las palmas de las manos. Rodeó la casa por el norte y embocó un largo sendero repleto de flores hasta que llegó a su parcela. Ya estaba limpia y había plantado un arriate de claveles de la India. Se sentó en el césped, se dejó caer hacia atrás y contempló el cielo azul respirando profundamente.

Vio una sombra a su lado y se incorporó. Era Hettie, que la miraba indecisa.

—¿Hettie? ¿Estás trabajando el día de Navidad?

—Pregunté si podía, en vez de ayer por la tarde. Mis compañeras de celda no son buena compañía, y yo... Pues aquí —dijo antes de meterse la mano en el bolsillo del vestido, sacar un papel y dárselo a Tilly.

Era una postal, hecha con un viejo paquete de semillas. Hettie lo había recortado, le había dado la vuelta y había escrito: «Feliz Navidad a la señorita Lejeune de Hettie», con una caligrafía claramente infantil.

A Tilly se le llenaron los ojos de lágrimas.

—Yo no tengo nada para ti... —dijo.

—Pues claro que no. No me espero nada. Yo... hice eso para usted y me alegro de verla por aquí.

Sin pensárselo dos veces, Tilly alargó la mano y estrechó la de Hettie.

—Gracias. Significa mucho para mí.

—¿En serio?

—Sí, en serio. Has iluminado un día que se había vuelto muy oscuro.

Hettie sonrió y la dejó sola.

Tilly empezó a darle vueltas a la postal en la mano. Aquel día había recibido un insulto y un regalo, de un sacerdote y una prisionera. Cada vez estaba más claro que no siempre terminaba entre rejas el que de verdad se lo merece.



Las palabras del capellán no se le iban de la cabeza: todo el mundo estaba hablando de ella y del superintendente, dañando su buena reputación. Aquella noche, después de cenar, cuando Sterling le preguntó si se uniría a él para tomarse una copa en el salón, ella declinó diciendo que estaba muy cansada. A la noche siguiente hizo lo mismo.

A la quinta noche, la pregunta era más bien un desafío.

—Tilly, ¿sherry? —le dijo, y a pesar del tono forzado, se notaba que eran palabras cargadas de significado.

—Preferiría no ir.

Sterling controló enseguida la expresión, pero en el instante antes de conseguirlo, ella leyó la decepción en sus ojos. Se notaba que se sentía rechazado y desconcertado, y a ella le dio pena hacerle sufrir, pero se reconfortó pensando que era lo mejor.

Y se resignó al triste alivio de que él no volviera a pedírselo.



Fin de año dejó paso al año nuevo. Con él, nuevos casos de delitos cometidos durante las Navidades empezaron a juzgarse, lo que comportó la llegada de nuevos prisioneros. Sterling estaba ocupado y se volvió más distante. Ella también estaba ocupada. Había rechazado las vacaciones de verano en el continente y, para la delicia de Nell, preparó un proyecto sobre la Edad Media para el verano. Aprendieron un poco de inglés medieval juntas, escribieron poemas al estilo de Chaucer, tallaron tacos de madera para hacer su propia xilografía y diseñaron y cosieron un traje medieval para Nell. Aunque la falda salió bastante irregular y el dobladillo se le descosía continuamente, la niña no se lo quitó durante todo el mes de enero pese al calor y la humedad.

Tilly veía a Sterling todas las noches. Conversaban después de cenar sin ningún problema, hasta se contaban chistes y se reían juntos, pero siempre en el comedor, con Nell, para evitar cualquier tipo de intimidad. Con todo, llegó a conocerlo mucho mejor y cada vez lo admiraba más por sus principios, su inteligencia y su gran corazón. Tilly se preguntaba si él también entrevería algo así en su conversación, pero Sterling nunca dio muestras de ello ni de lo contrario.

Hacía tanto calor que era imposible salir al jardín hasta después del mediodía,

cuando el sol se situaba sobre el mar y la brisa hacía un poco más soportable la humedad. Las tardes más agradables, Tilly salía de casa y se quedaba en el jardín hasta que se oía el canto de los grillos y el rocío empezaba a condensarse.

Casi todas las tardes veía a Hettie. Se cruzaban a menudo y a veces trabajaban muy cerca la una de la otra, sumidas en un silencio cargado de compañerismo. Tilly no dejaba pasar ni una sola tarde sin dar alguna muestra de amabilidad; una expresión de gratitud por su ayuda, un comentario de admiración por su trabajo, cualquier cosa que la hiciera sonreír. Sin darse cuenta, el afecto creció. El estar las dos inclinadas sobre la tierra, rodeadas del olor de la hierba y las flores, las unió mucho más de lo que habrían podido hacerlo horas y horas de conversación.

Tilly no volvió a la ermita. De todas formas, se sentía más cerca de Dios en el jardín.

Se acostumbró a la vida en Ember Island. Dorset y Guernsey cayeron en el olvido y este lugar cálido y rodeado de mar se convirtió en su hogar.



Febrero pasó a un ritmo frenético. Fuertes lluvias durante toda la noche y sol abrasador al día siguiente. El aire estaba cargado de humedad y calor, y el jardín adquirió una exuberante frondosidad.

Nunca llegaría a gustarle aquel clima, pero Tilly aprendió a convivir con él. La clave era no apartarse de la sombra entre las diez y las cuatro. Después, un paseo por la playa con Nell metiéndose en el agua hasta las rodillas la refrescaba lo suficiente como para animarla a trabajar otra vez en el jardín. La mosquitera resultó ser una aliada perfecta, en la que no toleraba ni la más mínima rotura, pues una vez que la remetía bien tirante, podía dejar la ventana abierta para que entrara el frescor de la brisa y el olor de la lluvia, y ella podía dormir tranquilamente encima de las sábanas.

Una tarde, hacia finales de febrero, Nell se echó a llorar porque le dolía el estómago. Tilly no sabía si quedarse para estar con ella o salir a refrescarse un rato, pero la niña la obligó a irse.

—Yo solo quiero tumbarme en la cama, quejarme y llorar —le dijo—, y para eso no hace ninguna falta que se quede aquí.

Así pues, Tilly salió de casa para darse su paseo por la playa, y una vez allí,

se quitó los zapatos y las medias y se levantó la falda hasta las rodillas.

El agua estaba fresca, pero no fría. Las olas rompían a su alrededor, llevándose la arena bajo sus pies, transmitiéndole una sensación de paz. Cerró los ojos y respiró profundamente varias veces, disfrutando de la brisa salina. Cuando volvió a abrirlos, un barco navegaba a lo lejos, con rumbo a la boca del río que se adentraba en el continente. La gente se movía por el mundo, mientras que ella había aprendido a no hacerlo. Hundió los pies en la arena hasta los tobillos.

—¿Tilly?

Miró hacia atrás, vio a Sterling, se dio cuenta de que tenía las piernas al descubierto y soltó la falda que llegó hasta el agua.

—Nell me ha dicho que la encontraría aquí —le dijo Sterling avanzando al tiempo que ella caminaba por el agua, con la falda empapada y arrastrándola a su alrededor.

—¿Qué pasa? —contestó mientras recogía los zapatos y las medias.

Cualquier otro día se habría sentado en las rocas hasta que se le secaran las piernas y los pies al calor del sol, pero no podía hacerlo con Sterling allí, como tampoco podía ponerse las medias con las piernas mojadas y llenas de arena, así que se las puso delante cruzando torpemente las manos mientras esperaba de pie ante él.

—Necesito revisar con usted la lista de libros de texto para este año. Creo que lo he ido retrasando demasiado. Nell siempre va muy por delante, pero no quiero que su educación se resienta por no haber pedido los libros que necesita.

—Ah, pues... ¿Podríamos hablar de esto mañana, en su oficina, tal vez? —dijo mientras echaba a andar por el sendero.

Sterling la siguió.

—Tengo que mandar el pedido por la mañana. ¿Le parece bien después de cenar?

—En su despacho, si quiere.

Al pasar entre los cementerios, Tilly se hizo más consciente de los guardias y prisioneros que estaban por allí y la observaban descalza y con la falda mojada, que le marcaba la forma de las piernas hasta los tobillos. Aquello no estaba bien. La reputación de Sterling estaba en juego.

—Adiós, Sterling —le dijo e hizo amago de alejarse.

—Espere, Tilly —replicó Sterling agarrándola del brazo.

Ella se soltó de inmediato. Se miraron fijamente. El corazón le martilleaba el

pecho.

—He dicho que adiós —repitió y apretó tanto el paso que parecía que iba corriendo.

Llegó a la parte baja de la ladera jadeando y miró hacia atrás. Sterling se había marchado. Embocó el sendero de la escarpadura, quemándose los pies con las piedras ardientes.



Una hora más tarde, Tilly estaba plantando begonias cuando la alta figura de Sterling salió de la casa y se encaminó directamente hacia su parcela. Cuando estuvo frente a Tilly, miró a su alrededor para asegurarse de que nadie estuviera viéndolos.

—¿Sterling? —preguntó Tilly nerviosa y con curiosidad.

—Quería ver lo que había hecho en la zona del jardín que reservé para usted.

Tilly se incorporó.

—Tengo que estar horrible —dijo.

—No, en absoluto.

Se miraron un momento bajo las largas sombras de los árboles.

—Como ve —dijo Tilly moviendo la mano sobre las florecientes aves del paraíso, los hibiscos y los lirios de día—, habrá que esperar un año entero para ver cómo ha quedado, pero el terreno está limpio y tiene mucho potencial.

Sterling solo contempló el jardín un instante antes de volver a mirarla a ella. La pregunta le salió con soltura, como si llevara mucho tiempo esperando a hacérsela.

—¿Por qué ya no quiere participar en mi pequeño ritual de después de cenar?

Tilly parpadeó, sin saber qué decir.

—¿He dicho o hecho algo que le ha molestado?

—No, yo...

—Hoy ni siquiera ha querido caminar a mi lado. ¿La he molestado de algún modo? Le ruego que me diga la verdad.

Tilly vaciló.

—Habría parecido raro.

—La verdad lo arregla todo —repuso Sterling con tal convicción y seguridad que Tilly pensó que era el hombre más honrado que había en el mundo.



—Pues, en ese caso... —dijo Tilly sin mirarlo a los ojos—. Es por una cosa que dijo el señor Burton.

—Ya sabe lo que opino del señor Burton.

—Estaba seguro de que todos en la prisión están... Que se rumorea que nosotros... —Tilly no supo terminar la frase.

—Ah —dijo Sterling, y Tilly no sabía si la estaba mirando.

—Dijo que lo mejor para su reputación sería que yo me marchara de la isla. —Tilly levantó la cabeza. Sterling estaba mirando a lo lejos—. Y como no voy a hacerlo, he intentado poner cierta distancia entre nosotros.

—¿Le dijo algo más?

A Tilly le dio vergüenza tener que repetir las palabras cargadas de amenaza sexual del señor Burton. Ni siquiera estaba segura de haberlo entendido del todo, pero sus intenciones le parecían claras.

—Dijo... algo que ninguna mujer debería repetir, algo que ninguna mujer debería oír, y lo dijo con violencia y malicia.

Sterling asintió; seguía sin mirarla. Apretó la mandíbula y, sin decir una palabra más, se volvió a la casa. Tilly cerró los ojos, se sentía desgarrada.

—La verdad no arregla nada —murmuró—. La verdad solo es una carga.



Sterling la evitó durante una semana. Se ocupó de otros asuntos a la hora de la cena y ella ni siquiera se lo cruzó por los pasillos de la casa, e incluso llegó a pensar que estaba preparándose para despedirla. Intentó concentrarse en las clases con Nell, aunque siempre tenía un oído puesto en el pasillo por si lo oía llegar.

Pero un día, a mediados de la semana, Nell la estaba esperando con impaciencia en la biblioteca cuando ella salió de su habitación vestida para las clases.

—¡Tilly! —gritó Nell, pero después se acordó de que no debía gritar y bajó la voz—. Tengo que contarle una cosa.

Tilly se acercó a la ventana. Estaba cerrada y la habitación estaba cargada. Abrió el cerrojo y levantó el cristal.

—¿El qué?

—Venga, acérquese, es importante.

Tilly frunció el ceño esperándose algo malo y se sentó al lado de Nell. Había una pila de textos griegos esperando, pero estaba demasiado distraída para el griego.

—Cuéntame.

—Es el señor Burton, se ha ido.

—¿Se ha ido?

—Ha vuelto al continente —le dijo Nell levantando cuatro dedos—. Hace cuatro días que se fue. Mi padre lo ha echado de la isla.

—Pero ¿tú como sabes eso?

—No lo sabía, pero esta mañana lo oí hablar de eso con el subdirector Donaghy. Le estaba diciendo que los prisioneros tendrán que hacer sus estudios bíblicos ellos solos, y cuando el señor Donaghy le preguntó por qué había querido echarlo, ¿sabes lo que le dijo mi padre?

Tilly aguantó la respiración.

—¿Qué?

—Pues le dijo: «Porque ha sido extremadamente maleducado con una persona que es muy importante para mí». No sé a lo que se refiere. El señor Burton nunca ha sido maleducado conmigo, aunque siempre me ha parecido un idiota. A lo mejor es por lo de aquel sermón que dio, en el que dijo que las mujeres eran tontas, pero de eso hace ya mucho tiempo.

—Puede que lo hayas entendido mal —dijo Tilly escondiendo una sonrisa—. De todas formas, no deberías oír sus conversaciones a escondidas. —Dio unos golpecitos sobre la pila de libros—. Ahora vamos a seguir con la gramática griega.

—¡Griego! ¡Bien!

Nell cogió el libro y enseguida se puso a escribir. Tilly seguía sentada a su lado, con los ojos vueltos hacia la ventana pero con la mirada perdida, suprimiendo una sonrisa que intentaba abrirse paso por sus labios. «Una persona que es muy importante para mí. Una persona que es muy importante para mí». Tan solo por un momento, dejó aparcadas todas sus dudas y preocupaciones y disfrutó del afecto de aquella idea: ella era importante para él, ella era importante para Sterling.

—¡Ya está! —proclamó Nell al tiempo que deslizaba la hoja de los ejercicios de griego por la mesa y la levantaba hasta ponérsela delante de la nariz.

Las letras le bailaban. Intentó concentrarse: «Mi padre me da la vela. Le doy la vela a mi hermano. Esta es la vela de mi madre. Mi padre me da la vela de mi

madre y se la doy a mi hermano».

—No tienes ningún error —dijo—. Buen trabajo.

—Era demasiado fácil.

«Esta es la vela de mi madre». ¿Cómo se sentiría Nell si supiera que Sterling se refería a ella, que ella era esa «persona importante» para él? ¿Le gustaría la idea? ¿O todavía era demasiado pronto después de la muerte de su madre?

—¿Echas de menos a tu madre, Nell? —le preguntó.

Nell ladeó la cabeza.

—Qué pregunta. ¿Cómo se le ha ocurrido?

—Nunca hemos hablado de eso.

Nell se lo pensó un momento, apretando los labios, y luego dijo:

—Pienso en ella todos los días y cuando lo hago, me siento vacía, como si me hubieran quitado una parte de mí que no puedo recuperar. Supongo que eso es echarla de menos. Pero después me acuerdo de que a veces tenía esa misma sensación cuando estaba viva, incluso antes de que enfermara. Estaba siempre muy ocupada, así que muchas veces se enfadaba conmigo y me decía que la dejara en paz, y entonces también me sentía vacía. ¿Y usted? ¿Echa de menos a su madre?

—Pues yo la verdad es que ni siquiera la recuerdo. Murió cuando tenía cuatro años.

—Entonces supongo que tengo suerte, porque yo sí me acuerdo de mi madre y puedo echarla de menos.

Aunque no se le aclararon las dudas, Tilly pensó que seguramente estaba afrontando un problema que no llegaría a existir. Hasta cabía la posibilidad de que Nell no lo hubiera entendido bien. En cualquier caso, se prometió que aquella noche se armaría de valor y le propondría a Sterling retomar su pequeño ritual en el salón.

Poco después de mediodía, mientras Tilly observaba a Nell, que estaba concentrada en su labor siguiendo el ritmo del metrónomo, la puerta se abrió repentinamente de par en par y apareció Sterling.

Tilly le sonrió, pero él ni siquiera la miró.

—Nell, tenemos que poner en marcha el plan de emergencia número 3. Por favor, explícaselo a Tilly, rápido —dijo y se fue.

Nell empalideció.

—¿Qué pasa? —quiso saber Tilly.

—Mi padre y yo tenemos varios planes de emergencia para distintas

situaciones, como una tormenta, un incendio y cosas así.

—¿Y cuál es el número 3?

—Tenemos que cerrar todas las puertas y ventanas —dijo Nell—. Se ha escapado un prisionero.

## DIECISIETE

### RESCATE

La isla parecía distinta aquel día. Por el cristal —ya que no podían abrir las ventanas a pesar del calor—, Tilly observaba los campos. No había uniformes blancos por ninguna parte, solo azules, docenas de uniformes azules peinando toda la zona. Había hombres en las dos torres de vigilancia y un guardia armado protegía el porche de la casa. Reinaba un silencio extraño allí arriba, sin el constante ir y venir de la gente que iba a ver a Sterling a su despacho. Hettie tampoco estaba en el jardín. Estaba encerrada en su celda, como todos los demás prisioneros.

Bueno, todos menos uno.

Nell se le acercó por detrás.

—No debe preocuparse.

Tilly se volvió. El montón de libros yacía olvidado en la mesa. Estaba demasiado preocupada como para ponerse a trabajar.

—Entonces, ¿por qué estamos encerradas?

—Es solo por precaución. Ya ha habido fugas antes. Créame, el que se haya escapado intentará alejarse de los carceleros, no acercarse a ellos. Nunca vienen aquí arriba, intentan esconderse en los manglares, y allí es donde los cogen a casi todos.

Tilly levantó la ceja.

—¿A casi todos?

—A los que no mueren —afirmó Nell con convicción.

Tilly volvió a mirar por la ventana.

—Es raro —comentó—, aquí arriba está todo muy tranquilo, mientras que abajo tienen que estar todos muy tensos.

—Sí, y mi padre estará corriendo de un lado a otro. Pero no tendría por qué estar allí, ¿sabe? Él solo tiene que dar órdenes y quedarse tan tranquilo sentado en su despacho fumándose una pipa. —Nell mimó a un hombre fumando con

cara de suficiencia.

Tilly tuvo que reírse.

—Tu padre no fuma pipa.

—Ya, aunque podría hacerlo si quisiera. Podría ser uno de esos que se sientan a esperar con su pipa, pero no lo es. Mi padre es distinto. Cuando alguno se escapa, él siempre quiere estar presente cuando lo encuentran, porque sabe lo que pasa... Cuando los carceleros lo pillan, pueden ser muy crueles.

—¿Y tú cómo sabes «lo que pasa»?

—La gente debería hablar más bajo si no quiere que la oiga —atajó Nell con tono desafiante.

Tilly alargó la mano y le acarició los rizos.

—Tu padre se sentiría muy mal si supiera que sabes todo eso. Si oyes demasiadas cosas así, Nell, te volverás dura e insensible.

—¿Y qué más da?

—Pues...

Tilly no sabía qué contestar. Lo primero que se le ocurrió fue: «No encontrarás marido», que era una de las cosas que le decía su abuelo para animarla a controlar el carácter, pero algo le impedía decírselo a Nell. Al fin y al cabo, también podía vivir sin marido. Con su cerebro y fuerza de carácter, seguramente viviría bien. Y tal vez podría aplicarse lo mismo para ella, que allí estaba, trabajando para ganarse la vida, sin el beneficio de grandes herencias y enormes mansiones. De hecho, prefería estar ocupada a tener que pasarse la vida haciendo cojines o acuarelas.

—Creo que sería mejor que disfrutaras de la inocencia de la infancia un poco más —dijo Tilly—, porque el mundo de los adultos nos alcanza a todos con una velocidad y fuerza implacables. Ya tendrás tiempo de horrorizarte cuando seas mayor.

—Puf —contestó Nell—, este año cumpliré trece, y Julieta tenía trece cuando se casó con Romeo.

—Hombre, tampoco es que les saliera muy bien, al final.

Nell se rio a carcajadas mientras se alejaba de la ventana y se sentaba a la mesa.

—Venga, Tilly. ¿Por qué no pasamos la tarde leyendo mi nueva historia épica? Es muy parecido a las tareas de lengua. Y ya verá lo bien que he usado la palabra «crepuscular» en una frase, que además demuestra lo bien que conozco el mundo de los animales de la noche y el uso de las metáforas.

Tilly se sintió aliviada por la absoluta despreocupación con la que Nell vivía la situación. La escuchó atentamente mientras Nell le leía su historia, impresionada, como siempre, por la imaginación de la niña y el dominio que tenía del lenguaje, e intentó olvidar lo del fugitivo y la extraña sensación de vacío que se vivía aquel día.

No vieron a Sterling a la hora de cenar. Todos los empleados de la casa se retiraron al ala este, deseando buscar refugio en sus habitaciones. Tilly y Nell también se retiraron temprano.

Tilly se pasó un buen rato asomada a la ventana. Se veían luces de linternas por los campos de caña de azúcar y Tilly supuso que los manglares estarían igual. Le habría gustado abrir el cristal para que entrara un poco de aire fresco, pero no se atrevió. La idea de que pudiera haber un asesino suelto capaz de trepar por la ventana la atormentaba, así que se tumbó en la cama, encima de las sábanas, e intentó dormir, pero no lo consiguió.

Oyó entrar a Sterling muy tarde. Se levantó y salió a recibirlo al salón con una vela.

—¿Sterling?

Él la miró. Estaba lleno de barro y empapado en sudor. Parecía exhausto.

—¿Qué hace levantada tan tarde, Tilly?

—Hace mucho calor y... —vaciló—. Y estoy preocupada.

Sterling negó con la cabeza.

—No tiene por qué preocuparse. Hemos encontrado una balsa en los manglares. Estaba hecha con ramas caídas y madera de deriva atadas con cuerdas viejas y raíces. Estamos concentrando la búsqueda allí, que es donde debe de estar, muy lejos de aquí.

—¿Qué hizo, Sterling? Quiero decir, ¿por qué crimen lo mandaron aquí?

—No puedo hablar de eso, Tilly, pero le aseguro que no fue por asesinato. — Se pasó la mano por el pelo sucio y se le quedó una parte pegada a la cabeza—. Intentaré dormir unas horas antes de volver. Lo siento, no puedo quedarme a charlar hoy.

—Sí, por supuesto, no quiero entretenerle.

Tilly se quedó mirándolo mientras recorría el pasillo de camino a su habitación e intentó tranquilizarse pensando que Sterling estaba cerca, que el fugitivo estaba en los manglares y que no era un asesino. Volvió a meterse en la cama y consiguió dormir algo.

Mucho más tarde, se despertó sobresaltada. ¿Qué había sido eso?

Escuchó en la oscuridad, tensa pero sin saber por qué. Y entonces lo oyó otra vez. Un ruido en el tejado. Pero no eran las rozaduras de las comadreas que a veces la despertaban. Eran pasos.

Se incorporó. El corazón le latía tan fuerte que no lograba oír nada más. Se obligó a calmarse y aguzó el oído.

Un paso, otro paso, una pausa. Luego otra vez, un paso más, como si hubiera alguien allí arriba intentando que no se le oyera.

Tilly apartó las sábanas de un tirón, se puso en pie, se echó la bata por encima a toda prisa, abrió la puerta y salió corriendo descalza hacia la habitación de Sterling en la oscuridad. Se paró antes de llamar. Si ella oía los pasos del tejado, el que estuviera allí arriba la oiría si llamaba a la puerta, así que la empujó. Estaba abierta.

Sterling estaba echado en la cama, en diagonal, medio vestido. Sin duda, las largas horas en los campos y manglares le habían pasado factura. Dormía como un lirón.

Tilly le tocó el hombro desnudo y lo zarandeó un poco. Sterling se movió, abrió los ojos y dio un respingo al verla.

Tilly se puso un dedo delante de los labios y señaló hacia el techo. Sterling levantó la mirada y esperaron.

Se oyó otro paso. Sterling abrió los ojos de par en par, con todos los músculos en tensión. Se levantó y estrechó a Tilly contra él. Por un instante, tan breve como intenso, sus pechos se apretaron contra los de él, separados tan solo por la fina tela de la bata.

—Ve con Nell —le susurró, y Tilly notó su aliento cálido en el oído—. Cierra la puerta y no os mováis.

La soltó y salió corriendo. Tilly se quedó temblando de deseo y terror, e inmediatamente fue a la habitación de Nell, abrió la puerta y se metió en la cama con ella, poniéndole la mano en la boca.

Nell abrió los ojos desconcertada. Con un gesto, Tilly le hizo entender que tenía que estar en silencio y le quitó la mano de la boca. Le pegó los labios a la oreja y le dijo:

—Hay un hombre en el tejado.

—¿El prisionero?

—No lo sé. Tú padre ha salido a mirar.

—Pero creían que estaba en los manglares. ¿Hay guardias fuera? ¿Y si le ataca? —susurró desesperada.



Tilly levantó el dedo en señal de advertencia.

—Tenemos que mantener la calma. Quédate en la cama. Voy a bloquear la puerta.

Nell no le hizo caso, cogió a Pangur Ban de la mesilla y siguió a Tilly. Levantaron el escritorio entre las dos y lo pusieron delante de la puerta. A Nell se le resbaló la esquina y la mesa arañó el parqué. Las dos se quedaron petrificadas. A Tilly le latía el corazón con tal fuerza que no lograba oír nada más.

Transcurrieron unos segundos. No pasó nada. Se tranquilizaron. Tilly fue a la ventana para comprobar que el cerrojo estuviera echado.

Nell estaba detrás de ella.

—¿Y si rompe el cristal y entra? —susurró.

Tilly ya se había acostumbrado a la oscuridad y vio que la niña estaba pálida y temblando.

—A lo mejor deberíamos escondernos debajo de la cama.

Y allí se metieron a esperar, entre el calor y el polvo, aterrorizadas.

No se oyeron más pasos en el tejado. Un larguísimo silencio. Nell empezó a llorar.

—No llores, Nell. Todo irá bien.

—Sí, mi padre es muy fuerte —dijo insegura—, ¿verdad?

—Sí, es muy fuerte.

—Y se habrá llevado el rifle.

De repente se oyeron golpes en el porche. Una pelea. Ningún disparo. Tilly estaba desesperada, se sentía impotente allí metida, debajo de la cama, y aunque se daba cuenta de que aquel era el sitio más seguro para Nell, tenía que encontrar la forma de asegurarse de que Sterling no estuviera solo allí fuera. Solo quería acercarse a la ventana a escuchar, esperando oír las voces de los carceleros.

—Espera aquí —le dijo a Nell.

—¿Adónde vas?

Pero Tilly ya había salido de debajo de la cama, había cruzado la habitación y estaba poniéndose detrás de las cortinas. Con cuidado, miró por el cristal, pero no se veía nada en el porche. Con cautela, y sin hacer ningún ruido, abrió el cerrojo y levantó un centímetro el cristal.

Nell la agarró del brazo y las dos se quedaron inmóviles escuchando.

Un gemido. La voz de otro hombre. Nell le apretó la mano.

—Ese no es mi padre —dijo.

A Tilly le ardió la piel y se le heló al instante. Tenía razón. El hombre que estaba hablando (el viento llevaba palabras sueltas: «cerdo», «tirano») no era Sterling. Por lo tanto, el otro ruido, el gemido, era de Sterling.

—¿No se ha llevado el rifle? —susurró Nell angustiada—. ¿Por qué no le dispara?

Tilly notó un fuego helado que le recorría la piel. ¿Quién iría a salvarlas si le pasaba algo a Sterling?

Nadie. Tendría que ser ella.

—¿Tiene otro rifle? —preguntó Tilly mientras cerraba la ventana y el cerrojo.

—Yo también voy.

—No, tú te quedas aquí. Te metes debajo de la cama con Pangur Ban y te quedas quieta y en silencio con él. ¿Dónde está el rifle?

Le martilleaba el corazón.

—En el despacho, en el armario que hay detrás de la mesa.

—Espera aquí. Si no te quedas aquí sin moverte, nos pondrás a todos en peligro. Y no salgas de debajo de la cama hasta que alguien venga a buscarte.

Nell se echó a llorar en silencio.

—Vuelva, por favor.

Tilly se precipitó hacia la puerta y apartó la mesa. Comprobó que Nell se hubiera metido debajo de la cama y luego embocó el pasillo hacia el despacho de Sterling. Pero después se le ocurrió otra cosa. Ella no sabía disparar, así que se fue al salón, se acercó a la chimenea y cogió el atizador de metal. Se lo llevó a su alcoba, que daba al mismo porche que la de Nell. Desde allí, se encaramó a la ventana y escuchó las voces. Llegaban desde el porche del norte, el que estaba en la parte de atrás. Le temblaba todo el cuerpo, pero no podía permitir que hirieran o mataran a Sterling. ¿Dónde estaban los guardias? ¿Estarían todos en los manglares? Si gritaba con todas sus fuerzas en la oscuridad, a lo mejor acudirían todos corriendo y ella podría volver a esconderse en la casa, que era donde quería estar.

O a lo mejor eso incitaba al prisionero a matar a Sterling.

Tilly se paró en la esquina del porche. Tenía que asomarse para ver dónde estaban exactamente. Respiró hondo varias veces. Asomó la cabeza y volvió a echarse hacia atrás al instante. En menos de un segundo, lo que vio en el porche de al lado se le quedó grabado en los ojos: Sterling tirado en el suelo, bocabajo, y un hombre rubio y corpulento agachado sobre él, apretándole la cabeza entre las piernas, dándole codazos y puñetazos.

¿Cómo se atrevía? ¿Cómo se atrevía ese animal a darle una paliza a un hombre tan noble y compasivo? ¿Cómo se atrevía a pegarle a Sterling? A su Sterling. La rabia se inflamó en su interior. El agresor le daba la espalda.

Respiró profundamente y dobló la esquina. El fugitivo se volvió a tiempo para expresar su sorpresa ante aquella pelirroja enloquecida que le asestó un golpe con la parte más gruesa del atizador en la cabeza. Con un jadeo horrible, se desplomó sobre Sterling. Tilly le golpeó con todas sus fuerzas en la cara y se oyó el crujido de la nariz al romperse. Tras otro golpe en la cabeza, se quedó inmóvil, sangrando. El pecho seguía moviéndose. Seguía vivo.

Tilly resolló. Sterling se levantó a gatas, escupiendo sangre en el suelo de madera. Se arrastró hasta el borde del porche, cogió el rifle de entre los arbustos y apuntó al prisionero. Los dos aguantaron la respiración. Pero después Sterling levantó el rifle hacia el cielo y disparó. El tiro ensordecedor rompió el silencio de la noche.

Se apoyó en Tilly, dejando caer el rifle.

—Gracias —le dijo.

Los rayos de las linternas aparecieron por todas partes, atraídas por el disparo.

—Me ha quitado el rifle de las manos —dijo jadeando al tiempo que se llevaba las manos a las costillas—. Tendría que haberos protegido a las dos. Tendría que haberme quedado despierto. Seguro que todos los guardias de seguridad pensaban que estaba despierto.

—Nadie se esperaba que viniera a la casa.

—Soy demasiado débil, Tilly. Lo tenía a tiro. Podría haberlo matado, pero intenté convencerlo. —Señaló al hombre inconsciente en el suelo—. También podría haberlo matado ahora. Pero no puedo. No puedo. Soy débil.

—No, usted es fuerte, es muy fuerte. Yo lo admiro inmensamente, Sterling.

Se oyeron pisadas que se acercaban corriendo. Los gritos se superponían unos a otros. A Tilly todavía le zumbaban los oídos por el disparo y el miedo. Unos hombres con uniforme azul se abalanzaron sobre el prisionero. A la luz de las linternas se veían las heridas de la cara y la cabeza, y a Tilly le entraron náuseas al pensar que se las había hecho ella. Sterling, con las manos en las costillas, empezó a dar órdenes. Uno de ellos le puso una mano en el hombro. Tilly lo reconoció, era el señor Donaghy.

—Entre en casa, superintendente —le dijo—. Está herido. Tiene que descansar. El doctor Groom vendrá a verlo mañana. Deje que nos encarguemos

nosotros de esto.

Sterling dudó. Se veía claramente que estaba confuso y agotado.

Tilly logró sobreponerse.

—Yo lo ayudo a entrar —dijo, y en ese momento se dio cuenta de que estaba delante de un grupo de hombres con tan solo el camisón y la bata. ¿Qué pensarían de ella? ¿Qué habladurías despertaría?

Pero entonces el señor Donaghy dio un paso al frente y dijo:

—Sí, entre con la señorita Lejeune, Sterling. Señorita Lejeune, hay un botiquín de primeros auxilios en el despacho del superintendente. Haga lo que pueda. Si considera que las heridas son demasiado graves, baje a la parte este de la empalizada y mandaremos un barco al continente esta misma noche.

Tilly le pasó el hombro a Sterling por debajo del brazo y lo llevó a la casa. Nell salió corriendo hacia ellos.

—¡Papá! ¡Papá!

—Se suponía que tenías que quedarte en tu habitación —le dijo Tilly intentando que no se acercara a Sterling.

—Por favor, Nell, déjame —le dijo Sterling—. Estoy herido y agotado.

—Pero yo quiero ayudar, yo quiero...

—¡Nell! —le regañó Tilly, y enseguida se arrepintió de haber levantado la voz cuando la niña estaba tan angustiada, por lo que suavizó el tono—. Nell, cariño, si quieres ayudar a tu padre, vuelve a la cama. Si te necesitamos, te llamaremos.

—Pero no es justo. No me llamaréis.

—Yo sí.

—La noche que murió mi madre, nadie vino a llamarme.

Tilly soltó un momento a Sterling y se agachó para estar a la altura de Nell.

—Te lo prometo.

Nell asintió sin decir nada y con los ojos llenos de lágrimas se adentró en la oscuridad del pasillo.

Tilly llevó a Sterling al salón, lo dejó en el sofá y encendió los candelabros.

—Espere aquí —le dijo.

—No puedo moverme —sonrió con ironía.

Tilly fue al despacho a por el equipo de primeros auxilios y luego a la cocina a por agua y un paño. Cuando regresó, vio que Sterling se había rasgado la camisa y de pronto se acordó con angustia de la noche en la que Jasper llegó a casa después de la pelea con el español. Ahogó un jadeo.

—Tengo que limpiarle las heridas.

Sterling se movió de forma que le diera la luz a la altura de las costillas.

—Creo que no son más que cardenales —dijo y respiró profundamente—. Todavía puedo respirar bien. No creo que tenga ninguna costilla rota.

—Eso tendrá que decírnoslo el doctor Groom, Sterling. No se mueva.

Cuando le limpió la sangre del cuello, apareció la herida de un bocado. En el botiquín había un tarro blanco marcado con la letra del médico. Le puso un poco de pomada sobre la herida y después le limpió la cara. La sangre le había salido de la nariz y no se veía ninguna herida importante.

Sterling permaneció sentado y quieto mientras lo atendía.

—Le has golpeado con mucha fuerza, Tilly —dijo.

—Tuve que hacerlo —repuso, dándose cuenta de que se había puesto a la defensiva.

—Y tú..., una joven tan dulce —dijo y le acarició la mano.

Tilly le sonrió mirándolo a los ojos.

—Estaba enfadada.

—Das miedo cuando te enfadas.

Tilly no contestó. No podía contestar.

—Aquí —le dijo mientras cerraba el botiquín y lo apartaba—. Te ha mordido.

—Era como un animal salvaje. Algunos pierden la cabeza al estar tanto tiempo encerrados. Este era su cuarto año, de una condena de cinco por robo. El año que viene por estas fechas habría estado libre otra vez, pero se le metió en la cabeza que tenía que castigarme, igual que yo lo he castigado a él.

A Tilly le entró un escalofrío.

—¿Y tienes que tratar con hombres así todos los días?

—Normalmente no intentan matarme. —Sterling se quedó pensativo un momento y añadió—: Sabes que me habría matado, ¿verdad? No es la mejor forma de morir, que te golpeen hasta matarte.

Tilly se sentó en el sofá a su lado.

—No hace falta hablar de eso, Sterling. Haz como si no hubiera pasado. Te pondrás bien.

—Porque me has salvado la vida. —Se inclinó hacia ella y le acarició la mejilla con el dorso de la mano. Tilly se estremeció—. El día que te conocí en aquella iglesia no podía imaginar que llegarías a ser tan importante para mí.

Y con la misma vehemencia que la rabia se había encendido antes, ahora lo hacía el deseo. Le abrasaba la piel hasta lo más profundo de su ser. Se quedó sin

palabras, sin poder moverse, segura de que aquella sensación terminaría con ella.

Sterling le puso las manos en las mejillas, se inclinó sobre ella y le besó los labios con suavidad.

Pero con suavidad no era suficiente. Tilly se apretó contra él, se puso encima de él. Sterling la rodeó por la cintura. Tilly tocaba su cuerpo musculoso mientras él la besaba con pasión.

—Tilly —le dijo de pronto, apartándola con delicadeza—. Tilly, no.

Y allí estaba, el rechazo que tanto temía. La sensación, ya tan familiar, de que había dejado al descubierto el corazón, el deseo, con demasiada rapidez. Se le incendiaron las mejillas.

—Lo siento —dijo separándose de él.

—No. —Sterling la cogió de la mano, sonriéndole a la luz de la candela—. Aquí no. Ven. —Se incorporó, hizo una mueca de dolor y con un gesto le pidió que se levantara—. Nell podría seguir merodeando por aquí. Normalmente no cierro la puerta de mi habitación por si tiene pesadillas, pero esta noche la cerraré.

Su habitación. La estaba invitando a su habitación. Solo de pensarlo le flaquearon las piernas.

Cruzaron el pasillo a oscuras y en silencio. Delante del cuarto de Nell todo estaba tranquilo. Sterling la animó a entrar antes que él, cerró la puerta con cuidado y echó el pestillo. Se volvió hacia ella, le pasó los dedos por el cuello y la cara, le cogió los bordes de la bata y se la sacó por los hombros. Ya solo quedaba el finísimo camisón entre su cuerpo y el de ella. Sterling le acarició los pechos, pellizcándole los pezones, haciéndola arder de deseo. Sus ojos encontraron los de ella, la miró un momento y la besó.

—Sterling —susurró Tilly y jadeó.

Él ya tenía las manos en los bajos del camisón y se lo estaba quitando. Tilly levantó los brazos y él se lo quitó y lo tiró al suelo. Tilly buscó a tientas la cintura del pantalón, le desabrochó casi todos los botones y casi se los arranca.

Se rieron y se tumbaron en la cama.

—Ve con cuidado —le advirtió Sterling en la penumbra señalando los cardenales de las costillas.

—Se supone que soy yo la que tiene que decir eso —repuso Tilly sonriendo.

—Iremos los dos con cuidado —le dijo Sterling mientras se giraba boca arriba y la ponía a horcajadas sobre él.

Los pechos de Tilly le caían sobre la cara y él le buscó las caderas y le

masajeó las curvas. Piel cálida sobre piel cálida. Tilly le acarició suavemente con los dedos a la altura de las costillas y luego le puso las manos con firmeza sobre los brazos y los hombros. Acercó la boca a la de él. Mientras la penetraba, Tilly jadeó por una breve punzada de dolor, pero la boca de Sterling en sus pechos enseguida convirtió el dolor en placer. Él le deslizó las manos desde la cintura para abajo y se movieron juntos, llevados por el deseo y la pasión, con los cuerpos moldeados como si estuvieran hechos el uno para el otro.



Sterling la acompañó a su cuarto, después de que ella le ayudara a ponerse la ropa. Él se rio diciendo que antes no le había dolido nada, mientras que ahora le dolía todo el cuerpo.

—Lo siento —le dijo Tilly.

—Nunca te arrepientas de lo que hemos hecho. Pero, Tilly, no podemos arriesgarnos a que Nell nos descubra en la cama.

—Claro, ya hablaremos mañana sobre... esto.

Sterling se inclinó y la besó. Ella separó los labios y él apretó los suyos con firmeza y ternura. Pero después se apartó.

—Buenas noches.

Tilly sonrió.

—Buenas noches.

Una vez en su alcoba, Tilly se quitó la ropa, sola esta vez, y se tumbó en la cama.

Así estuvo mucho tiempo, recordando todos los detalles de lo que acababa de pasar. Qué sensaciones tan bonitas, palpitantes, profundas y elevadas le había provocado. Jadeó suavemente recordándolas, pasándose las manos por todo el cuerpo, preguntándose cómo la habría notado él. Suave y con curvas. Deseaba hacerlo una y otra vez.

Pero con el tiempo, los pensamientos felices empezaron a disiparse, dejando paso a otros mucho más lúgubres. No podía enamorarse de él, y desde luego no podía permitir que él se enamorara de ella. Ella estaba viviendo una mentira y esa mentira solo podía funcionar si se mantenía alejada de él y de cualquier otro hombre.

La idea no la dejaba dormir. No paraba de dar vueltas en la cama. Se giró

para un lado, para el otro, se echó las sábanas por encima, las apartó. El alba se abría paso al otro lado de las cortinas. Y entonces se le ocurrió: le había salvado la vida, y eso seguro que la había ayudado a expiar una parte de su culpa.

Y entonces lo vio claro: la culpa era permeable. No tenía por qué durar para siempre. Podía borrar las acciones del pasado con las acciones del presente, podía liberarse de sus culpas para poder amarlo.

Comenzó a serenarse poco a poco y empezó a adormecerse. Por alguna razón, le volvió a la mente Hettie Maythorpe, que estaba tan lejos de sus hijos. Se quedó dormida cuando el sol empezaba a asomarse por el horizonte.



Al día siguiente había mucho movimiento en casa. Guardias, administradores, médicos e investigadores llegados del continente entraban y salían sin parar. Con todo, se suponía que Nell y Tilly tenían que conseguir concentrarse en los estudios de algún modo.

Hasta que de pronto Nell cerró el libro de gramática francesa y proclamó con un gesto melodramático:

—¡Demasiadas pisadas!

Y tenía razón, el ruido de pasos que subían y bajaban por las escaleras era una distracción constante, si bien para Tilly la mayor distracción era pensar en cuándo volvería a verse a solas con Sterling.

—Venga, terminamos estos cuatro ejercicios y después hacemos otra cosa.

Nell volvió a hundir la cabeza en los libros, pero de repente se abrió la puerta y apareció Sterling. Tilly no lo había vuelto a ver desde la noche anterior. Sterling llevaba toda la mañana en el despacho, ocupándose de las innumerables consecuencias de la fuga. Se le veía cansado, aunque tenía buen color y le brillaban los ojos.

—Hola, señoritas —dijo con una sonrisa sincera.

Miró a Tilly, y ella se sonrojó.

Nell no se dio cuenta. Se abalanzó hacia él con los brazos abiertos.

—¡Papá! ¡Qué ganas tenía de verte!

—No tan fuerte, Nell. Mira —le advirtió y se levantó un poco la camiseta.

Tilly le vio una parte de la cintura e inmediatamente se sintió invadida por los maravillosos recuerdos de la noche anterior, pero luego él se la levantó un poco



más y Tilly vio lo que quería enseñarle a Nell. Unos cardenales negros le cubrían el torso.

—¡Papá! —exclamó Nell—. Pero ¿qué bestia te ha hecho eso? Espero que le dieras su merecido.

Sterling se bajó la camiseta.

—Bueno, es una historia interesante, porque en realidad fue tu institutriz la que le dio su merecido —explicó y le sonrió a Tilly—. Hasta los carceleros le tienen miedo. Es una pena que el señor Burton no esté aquí para oír lo que se está diciendo de usted.

Tilly se rio y Nell la miró de hito en hito.

—¿Tilly? No puede ser.

—Pues sí. —Tilly recordó la promesa que se había hecho la noche anterior, tenía que hacer obras buenas para expiar su culpa—. Pero fue muy desagradable y, aunque ese hombre fuera una bestia, salió malherido. ¿Sabe si lo ha visto ya el médico, Sterling?

Él le contestó con el tono frío de administrador.

—El prisionero recobró la consciencia poco después del arresto. Presenta varias heridas y una grave fractura en la nariz. Se lo han llevado a la ciudad para darle tratamiento médico y volver a juzgarlo, esta vez por agresión. Puesto que ahora se le considera un riesgo para mí, no regresará a Ember Island. Y fin de la historia.

Fin de la historia, y el principio de otra.

Sterling se sacó el reloj del bolsillo y resopló.

—Tengo que irme. Tengo otra reunión.

—Me alegro de que estés bien, papá —dijo Nell apretándole la mano antes de coger la de Tilly—. Y me alegro de que haya sido usted la que lo rescató.

Cuando Sterling se marchó, Tilly se volvió hacia Nell.

—Es imposible concentrarse —le dijo—. Hoy no hace mucho calor, ¿quieres que nos vayamos al jardín a terminar las clases? Te podrías llevar el cuaderno de dibujo y pintar unas cuantas flores.

—¡Sí, sí, sí, sí, sí! —contestó Nell levantándose de un salto y salió corriendo hacia su cuarto para coger el cuaderno de dibujo.

Tilly la esperó en el porche y se encaminaron juntas hacia el jardín.

Una vez allí, y libre, Nell desapareció entre los setos y Tilly siguió caminando hasta su parcela, donde buscó un sitio a la sombra para sentarse. Se pasó los brazos por delante de las rodillas, bajó la cabeza y escuchó. La brisa silbaba

entre las higueras, pero movía con fuerza las hojas de las palmeras. Las olas rompían a lo lejos. Los pájaros piaban, se oía el canto de los gorriones y las llamadas de los martines pescadores. Pensó en el momento en el que los tres se habían cogido de las manos como una familia.

¿Se merecía una familia?

Levantó la cabeza. Hettie estaba en la otra parte de la parcela, detrás de los arbustos de magnolias.

Sin saber lo que le iba a decir, Tilly se puso de pie y cruzó el césped. Hettie no la vio acercarse, pero después se volvió y sonrió.

—Ha llegado pronto —dijo Hettie.

—He traído a Nell para que haga unos bosquejos.

Tilly miró hacia atrás y, aunque no vio a la niña, supuso que estaría dibujando las lavandas. Volvió a mirar a Hettie.

—¿Se encuentra bien? —dijo Hettie.

—¿Por qué lo hiciste? —le preguntó Tilly, que aun sabiendo que estaba superando algún tipo de barrera invisible, era incapaz de contenerse.

—¿Cómo, perdón?

—¿Por qué mataste a tu marido?

Hettie se sonrojó. Abrió la boca una vez, y otra, pero no logró articular palabra.

«El remordimiento», pensó Tilly.

—Lo siento —se disculpó Tilly mientras unía las palmas de las manos en el aire y se daba la vuelta—, no debería haber dicho nada.

Pero Hettie alargó la mano, la cogió de la muñeca con tanta fuerza que Tilly hizo un mohín y se le acercó con un brillo extraño en los ojos.

—Me maltrataba. Todas las noches llegaba borracho y me pegaba. Solo era cuestión de tiempo que empezara a hacerles lo mismo a los niños. No veía otra salida.

A Tilly se le aceleró el pulso.

—Pero ahora me arrepiento, me arrepiento con toda mi alma. Yo lo quise mucho, y ahora tengo que vivir sabiendo que lo he privado de todo desde entonces; el canto de los pájaros al amanecer, la brisa de la tarde, se lo he robado todo. Todo.

Tilly tragó saliva antes de hablar.

—¿Crees que el estar en la cárcel te ayudará a expiar el pecado?

Hettie le soltó el brazo y dio un paso atrás.

—Rezo por eso todos los días, pero no me llega ninguna respuesta de Dios.

Tilly la observó un instante. Los mechones negros, que le llegaban hasta la nuca, se le estaban soltando y le golpeaban la cara por la fuerza del viento.

Hettie suspiró con gesto trémulo y dijo:

—Pero más que nada rezo para pedirle que me deje volver a ver a mis hijos.

Se le llenaron los ojos de lágrimas y a Tilly se le encogió el corazón. De pronto se hizo muy consciente de la presencia física de Hettie, su cuerpo grande y entrado en carnes, tan expuesto, tan vulnerable, tan necesitado de un abrazo. Con un ímpetu insensato, estrechó a Hettie entre sus brazos y la dejó llorar en su hombro. Seguramente no la había abrazado nadie desde el arresto, porque aquella mujer, mayor que ella, respondió a su abrazo con tanta fuerza que casi la deja sin aliento. Tilly le acarició la espalda intentando consolarla, pero Hettie lloraba y lloraba, y Tilly llegó a asustarse de lo que acaba de desencadenar en ella.

—¿Tilly? —se oyó a su espalda.

Hettie se apartó inmediatamente y se tapó la cara con las manos. Tilly le puso una mano en el hombro a Nell con firmeza y la alejó de allí.

—Olvida lo que has visto —le dijo.

—¿Qué ha pasado? ¿Hettie está bien? ¿Por qué la estaba abrazando? ¿Mi padre sabe que es amiga suya?

—No somos amigas. Hettie estaba angustiada y he hecho lo que habría hecho cualquier ser humano decente. Por favor, no le digas nada a tu padre. Ya tiene demasiados problemas en los que pensar.

—¿Por qué estaba angustiada?

—No me lo ha dicho. —Habían llegado a los escalones del porche—. ¿Has dibujado algo?

A Nell se le iluminó la cara, al tiempo que olvidaba el incidente.

—Mire —le dijo y le enseñó la hoja del cuaderno con su dibujo.

Tilly lo miró y le dijo que estaba bastante bien. A Nell se le daba mucho mejor escribir que dibujar, y por eso le gustaba, porque no le parecía fácil.

—Vamos a entrar —le dijo Tilly—, así puedes buscar el nombre de la flor en latín y escribirlo debajo.

Mientras Nell entraba, Tilly miró hacia atrás. Hettie estaba arrodillada delante de un arriate, compuesta de nuevo. En la distancia, parecía totalmente recuperada. Tilly estaba mucho menos compuesta, mucho menos recuperada.



Aquella misma tarde, Tilly estaba tomándose el té en el salón cuando vio que Nell salía del porche. Normalmente, la niña le habría estado insistiendo un buen rato para que se tomaran el té juntas, y sin embargo estaba saliendo de la casa ella sola, adentrándose en las sombras del jardín. Si bien al principio no le llamó la atención, luego recordó lo que le había estado preguntando sobre Hettie unas horas antes. Se levantó, miró por la ventana y vio a Nell. El sol de la tarde le iluminaba los rizos castaños y tenía las manos cruzadas por detrás de la espalda. Estaba hablando con Hettie.

¿Qué podía hacer? ¿Salir para que dejaran de hablar? No, todo iría bien. Hettie no le contaría a la niña lo que le había dicho a ella. Seguramente estarían hablando del tiempo o las flores. Tilly se quedó un momento en la ventana, observándolas, hasta que se acordó del té y volvió al sofá.

Se sentó, con el plato en el regazo, la taza entre las manos y la mirada perdida. La historia de Hettie la había conmovido profundamente. Su marido era un hombre violento. Ella se había defendido a sí misma y a los niños, y por eso estaba en la cárcel. Tilly juzgó su propia situación y se consideró más culpable que nunca. Era ella la que tendría que estar en la cárcel. El mundo estaba loco, si encerraban a una madre por proteger a sus hijos, mientras que ella, que no había sufrido más que la traición de su marido y por eso había causado dos muertes, vivía en libertad.

Tilly se preguntó si tendría el valor de hacer lo que sabía que debería hacer.

## DIECIOCHO

### EN LA EMPALIZADA

A la hora de cenar, Tilly no tenía apetito. Más que comer, se fijaba en cómo Sterling movía las manos y las muñecas mientras cortaba el pastel de carne y se comía las verduras. Ella lo único que quería era la dulce embriaguez que los había embargado la noche anterior. Sabía que en un momento así llegaría a olvidar los oscuros pensamientos que le invadían la cabeza. Ella lo deseaba a él, y la comida era innecesaria, una mera distracción.

Nell estaba tranquila y atenta, no hablaba mucho, solo quería ayudarle para que no tuviera que estirarse demasiado para coger la salsa o llenarse el vaso de agua, y se levantó para ir a buscar a la camarera y decirle que ya podía ir a recoger la mesa antes de que él se lo pidiera.

—Tienes que descansar, papá —le dijo—. Hoy tienes que acostarte temprano.

—Tú también, Nell —le contestó—. Pero ya sabes que a mí me ayuda mucho tomarme un vaso de *sherry* en el salón después de cenar.

Una oleada de calor alivió a Tilly. Por fin, al final del día, estarían juntos de nuevo.

Nada más terminar, Nell se fue a la cama y ellos se dirigieron al salón. En cuanto cerraron la puerta, Tilly se lanzó a sus brazos. Sterling la estrechó contra él, pero después la apartó con suavidad y le dijo:

—Tengo que mantener la cordura un momento para pedirte un consejo.

Tilly escondió la decepción.

—Dime.

Sterling fue al mueble bar y sacó los dos vasos como siempre.

—Es sobre Nell. —Destapó la botella y sirvió las bebidas—. La vida en la isla..., tal vez no sea lo mejor para ella.

—Nell es muy feliz aquí.

—Ya, pero la seguridad está por encima de la felicidad. El prisionero que se escapó vino a buscarme. ¿Y qué no habría hecho para hacerme sufrir? Después

de acabar conmigo, ¿qué le habría impedido entrar a por Nell?

—Eso no había pasado nunca —replicó Tilly—. Los prisioneros intentan alejarse de los hombres que los retienen, no correr hacia ellos. Ese hombre había perdido la cabeza, tú mismo lo dijiste.

—Sí, es extraño, pero precisamente por eso asusta más, porque fue un acto absolutamente imprevisible y ya nada nos asegura que no pueda volver a ocurrir lo mismo, o algo peor. Yo siempre he creído que Nell estaba a salvo aquí arriba, pero ahora ya no lo sé.

Tilly se llevó el vaso a los labios.

—¿Qué piensas hacer, entonces?

—Llevarla al internado de la ciudad.

—Lo pasaría muy mal allí.

—Estaría a salvo.

—La ahogaría, ella no está hecha para seguir las reglas.

—Tendrá que aprender a seguirlas, tarde o temprano.

Tilly miró a Sterling a la luz de las velas. Lo que de verdad quería preguntarle era qué sería de ella si Nell se marchaba al internado del continente. Sin embargo, intentó concentrarse para ofrecerle un buen consejo.

—Sterling, solo ha pasado una noche desde la fuga. Es normal que te sientas así. Tendrá que pasar tiempo antes de que todos nos sintamos seguros de nuevo y no creo que sea bueno tomar una decisión en estas circunstancias.

Sterling le sonrió y le acarició la mejilla.

—Eres muy sensata, mi Tilly.

—¿Me vas a besar? —le dijo ella bajando la voz al tiempo que dejaba el vaso en la mesita—. Necesito tus besos.

—Pues claro.



Tilly se despertó en el ambiente gris que precede al alba. Seguía en la cama de Sterling. La inquietud le corrió por las venas. Habían decidido que no dormirían juntos, que ella se volvería a su cama mucho antes de que Nell pudiera despertarse. Se aseguró de que todavía fuera muy temprano y se levantó. Miró a Sterling; seguía durmiendo. Había sido maravilloso tumbarse en la cama, acomodando la espalda contra él, que la abrazaba, y dejarse llevar por el sueño,

envueltos en la suave calidez de la noche y arrullados por el murmullo del mar al otro lado de la ventana, sintiendo cómo la pasión dejaba espacio a la felicidad en cada centímetro de su piel. Tilly sonrió —le habría sido imposible no hacerlo— y regresó al helor de su cama.



En los cuatro meses que llevaba en Ember Island, Tilly no había llegado tarde a clase ni un solo día. Pero aquella mañana era una excepción. Tras las aventuras de la noche, se despertó tarde, después del desayuno; se vistió, se recogió el pelo lo más rápido que pudo y llegó a la biblioteca muerta de hambre.

Pero Nell no estaba allí.

Tilly se sentó y repasó lo que iban a hacer aquel día. Ya se habían terminado las distracciones y era hora de retomar el programa que había preparado en enero. Aquella mañana tocaba una doble traducción de griego y después le concedería a Nell unas cuantas horas de escritura creativa, que podían contar como prácticas de retórica.

Nell seguía sin llegar. A Tilly le pareció raro y empezó a preocuparse. Salió de la biblioteca y fue al porche. En el cielo se estaban arremolinando unos oscuros nubarrones. La lluvia no tardaría en llegar. Bajó al jardín y buscó entre los setos y arriates. Después rodeó toda la casa, mirando en los porches y oteando la distancia. Los prisioneros de los uniformes blancos habían vuelto a los campos de caña de azúcar, cuyo color dorado contrastaba con el gris oscuro de cielo. Los escudriñó atentamente, esperando encontrar una mancha azul o roja, los colores de los vestidos preferidos de Nell, pero no vio nada.

De nuevo en casa, se dirigió hacia la alcoba de Nell y llamó a la puerta. A lo mejor estaba enferma.

—¿Nell? —preguntó—. ¿Nell?

No hubo respuesta. Abrió la puerta con cuidado. La habitación estaba vacía. La cama estaba hecha, como si no hubiera dormido allí. Pangur Ban tampoco estaba en el lugar que solía ocupar en la mesita de noche.

Nell se había ido.



Tilly esperó un rato, pero a las once ya no pudo aguantar ni un minuto más sin decírselo a Sterling. Acababa de desatarse la tormenta y las enormes gotas de lluvia martilleaban el tejado e inundaban los porches. Fue al despacho y llamó. Se oían voces dentro. Seguramente seguían ocupados con el papeleo relativo a la fuga.

—Adelante —gritó Sterling con brusquedad, y aquella voz era tan distinta de la que le había susurrado palabras de amor la noche anterior que Tilly se quedó sin respiración.

Empujó la puerta. Sterling estaba sentado al escritorio, con el doctor Groom enfrente. A un lado había un carcelero revisando un montón de papeles. Tilly tuvo la fuerte sensación de que acababa de entrar en el mundo de los hombres, en el que ni ella ni sus noticias serían bienvenidas.

—¿Tilly? —dijo Sterling con un tono de voz tan amable que el doctor Groom lo miró con recelo.

—Lo siento, no quería molestarles, pero Nell ha desaparecido.

Sterling se levantó de un salto, y enseguida se quejó de dolor llevándose una mano al costado.

—¿Qué? ¿Cuándo?

—No ha venido a la biblioteca en toda la mañana.

—¿Ha ido a su dormitorio?

—Sí, por supuesto. La cama está hecha, como si no hubiera dormido ahí. No sabía cuándo tenía que empezar a preocuparme, pero...

—Ahora, empezamos a preocuparnos ahora mismo. Hay prisioneros por toda la isla, y aunque estén bajo vigilancia o con cadenas, los guardias están armados y tienen orden de disparar ante cualquier movimiento extraño.

Tilly se sintió furiosa consigo misma por no haber dicho nada antes.

—Lo siento, he tardado mucho en avisar.

Sterling empezó a dar vueltas por la habitación con paso agitado.

—Si no ha dormido en su cama, ha podido pasar fuera toda la noche, y si ha bajado a los manglares, se la ha podido llevar la marea y entonces...

—¡Cálmese, Sterling! —tronó el doctor Groom—. Esa niña no hace más que traer problemas. Dos días después de la fuga, va a agotar todos nuestros recursos. En mi opinión, lo mejor es dejarla. Ya volverá cuando tenga frío o hambre.

Sterling se paró en seco, con las mejillas encendidas por la rabia, pero inamovible.



—Gracias por su consejo, doctor Groom —dijo y acto seguido se volvió hacia el carcelero y le ordenó—: Alerta a todos los hombres. Quiero a todos los prisioneros en sus celdas. Que alguien se encargue de comprobar que no falta ninguno. Y después, que todos los hombres comiencen inmediatamente la búsqueda. Necesitamos a un grupo que peine toda la zona de los manglares. Y mande a otros hombres a las torres vigías, en caso de que la marea la haya... — Sterling no pudo terminar la frase y a Tilly le dio un vuelco el corazón.

—Sterling —le dijo, deseando poder tocarlo y reconfortarlo—, Nell es lo bastante lista como para saber que no puede meterse en el agua.

—Lo sé —objetó Sterling—, y también es lo bastante lista como para ser capaz de colarse en mi despacho y coger la llave del cobertizo de las barcas, pero no es lo bastante fuerte como para remar un día de tormenta.

Sterling pasó a su lado a toda prisa, cogió el impermeable del perchero de la puerta y bajó las escaleras como una exhalación.

El carcelero salió corriendo detrás de él. El doctor Groom se quedó donde estaba, miró a Tilly con una sonrisa burlona y levantó las cejas.

—¿Recuerda lo que le dije? Esa niña es incontrolable.

—Voy a salir a buscarla —dijo Tilly sin devolverle la sonrisa.

Fue a su dormitorio a por el paraguas y se marchó. No vio a Sterling, por lo que supuso que habría bajado a los barracones, donde ella sabía que no podía ir. Había apretado la lluvia, que rebotaba en el suelo y le mojaba el dobladillo de la falda. Tilly cerró los ojos e intentó pensar como Nell. ¿Dónde se habría escondido?

Volvió a abrir los ojos. Tenía los zapatos llenos de agua. La buscó por todo el jardín, mirando por todos los setos y en cada una de las ramas de los árboles. Sopló una fuerte ráfaga de viento que le puso el paraguas del revés, de modo que lo tiró y se resignó a la lluvia. No estaba en el jardín. En los campos, los uniformes blancos habían desaparecido y ya solo se veían los azules. Tilly embocó el sendero que cruzaba el cementerio y se dirigió hacia los manglares para colaborar en la búsqueda.

Cuando salió del sendero y se adentró en la zona pantanosa que llevaba hasta el agua, el señor Donaghy estaba impartiendo órdenes a sus hombres.

—Debería volver a la casa, señorita Lejeune —le dijo al verla.

—No puedo estar allí sin hacer nada. Por favor, déjeme ayudar.

El sudirector le sonrió con amabilidad.

—En ese caso, puede acompañarnos, pero se llenará de barro.

—Ya estoy de barro hasta arriba.

Los hombres se separaron y ella siguió al señor Donaghy, que llevaba unas botas recias mucho más apropiadas que sus zapatos para el terreno pantanoso. Los manglares eran húmedos y fríos. Las raíces de los árboles sobresalían del agua salada como piedras puntiagudas. Los pies se le hundían en el lodo mientras intentaba seguir el paso del señor Donaghy. Los árboles crecían muy cerca unos de otros, y si no hubiera sido porque el barro era muy profundo y pestilente, habría sido un escondite perfecto. Tilly estaba segura de que Nell no se escondería allí, y mucho menos un día de tormenta.

—¿No hay ningún refugio en la isla? —le preguntó al señor Donaghy mientras el agua de lluvia le caía a chorros por la cara.

—No.

—¿Ninguna cueva ni rocas salientes?

—No, señorita Lejeune. Conocemos todos los escondrijos de la isla. Tiene que estar al aire libre, en alguna parte.

Tilly retomó el paso tras él. ¿De verdad que Nell era tan inconsciente como para obligar a su padre a pasar por todo aquello, para poner a todos los carceleros en su búsqueda, solo dos días después de haber estado buscando a un fugitivo? Y además, ¿en mitad de una tormenta? Tilly empezó a angustiarse. ¿Y si le había pasado otra cosa? Sterling lo pensó enseguida, se lo leyó en la cara. ¿Y si tenía razón? ¿Y si estaba herida o la habían secuestrado?

—¡Nell! —gritó con todas sus fuerzas—. ¡Nell!

El señor Donaghy la miró extrañado. No estaban acostumbrados a llamar a gritos a los prisioneros que se escapaban, pero de pronto se dio cuenta de que era una buena estrategia.

—¡Nell! —gritó él también—. ¡Nell, ¿dónde estás?!



A última hora de la tarde, Tilly volvió a casa helada, empapada y llena de barro. Estaba cansada y sin fuerzas. No había comido y no había encontrado a Nell. Entró en su habitación, se quitó la ropa y se secó. Tenía los dedos blancos y arrugados. Sacó ropa seca del armario, se la puso y se sentó en la cama a pensar.

¿Se había ido o la habían secuestrado?

¿Qué motivo podía tener para irse? Pensó en Sterling haciéndole el amor la

noche anterior. ¿Habían hecho mucho ruido? ¿Los habría oído y se había ido de casa, enfadada con los dos? No, ya era muy tarde cuando ella se sintió lo suficientemente segura como para ir a la habitación de Sterling sin que nadie la viera, y aunque Nell hubiese oído algo, tampoco sabría explicarse lo que era.

Entonces se acordó. Nell había estado hablando con Hettie poco después del mediodía y por la tarde había estado muy callada. ¿Le habría dicho algo Hettie? O, a lo mejor, al revés, ¿le habría dicho algo a Hettie?

Tilly se puso en pie. Tenía que hablar con Sterling. Pero ¿qué le iba a decir? ¿Y si alguien iba a interrogar a Hettie y descubría que ella le había estado preguntando por su crimen? Sterling ya tenía demasiadas cosas en la cabeza.

Tal vez podría bajar a la estocada. Tembló nada más que de pensarlo. Sin embargo, cada vez estaba más segura de que Hettie podía saber por qué se había ido la niña, e incluso puede que supiera adónde había ido.

Tilly fue al despacho a buscar a Sterling, que por supuesto no estaba allí. Estaría en algún otro sitio, buscando a Nell. Salió al porche y miró hacia abajo, por encima de las copas de los árboles que se extendían hasta la zona prohibida, los barracones de la empalizada. Piedra oscura, barrotes de hierro, mugre y silencio bajo la lluvia. ¿Le dejarían ver a Hettie?

Aquel día lo lograría, si conseguía no perder los nervios.

Enderezó la espalda y bajó los escalones. La lluvia se había convertido en llovizna, pero el cielo seguía cargado de nubes negras. Se adentró en el sendero de tierra, que se había convertido en barro, y luego se desvió por el camino que llevaba a la empalizada. Nunca había bajado por allí. No tenía ni idea de hacia dónde debía ir, pero se acordaba de que Sterling le había dicho que las prisioneras estaban en el extremo sur del edificio, de forma que se encaminó hacia allá.

El ala sur tenía una entrada aparte. Había un patio, tal vez para hacer ejercicio, rodeado de barrotes. Tenía muy poca hierba y mucho barro, nada más. No le sorprendió que a Hettie le gustara tanto el jardín. Más allá del patio había una puerta arqueada de piedra. No sabía si tenía que llamar. Corrió el cerrojo y vio que la puerta daba a una pequeña sala con paredes de madera que olía a lejía y limón. Un joven carcelero con el pelo de color zanahoria estaba sentado en una silla, con las piernas muy abiertas y metiéndose el dedo en la oreja, limpiándose la conciencia.

En cuanto la vio, se sacó el dedo de la oreja y se puso en pie.

—No puede entrar aquí, señorita.

—Me manda el superintendente Holt. Tengo que hablar con la prisionera 135.

—No me ha llegado ninguna orden al respecto.

—Pues claro que no. Está buscando a su hija por toda la isla. Yo soy la institutriz de Eleanor, y el superintendente y yo tenemos motivos para creer que la 135 puede ayudarnos a encontrar a Nell. Solo tengo que hablar con ella unos minutos.

Tras vacilar un momento, el joven dijo:

—Espere aquí.

Levantó una enorme argolla llena de llaves que llevaba colgada de la cintura, abrió la puerta que tenía detrás de él y desapareció. Se oyó el ruido de las llaves que volvían a cerrar la puerta. Tilly esperó. La lluvia apretó de nuevo. Retumbaba sobre el tejado de hojalata de un modo atronador. Las nubes no dejaban que pasara luz por las ventanas, por lo que la pequeña antecámara parecía sumida en la oscuridad de la noche. Pasaron cinco minutos. Y cinco más. Y entonces se abrió la puerta. Era el pelirrojo, con un hombre más mayor y con menos pelo.

—¿Dice que la manda el superintendente? —le preguntó con brusquedad.

—Sí.

Tilly lo miró sin pestañear.

—No ha mandado ninguna orden.

—Como ya le he dicho a su compañero, eso es porque está ocupado, y cuanto más me hagan esperar para hablar con la 135, más tiempo pasará Nell ahí fuera bajo la lluvia.

El mayor negó con la cabeza.

—Yo no amenazo, señorita. Yo cumplo órdenes. Y no he recibido ninguna.

El plan estaba fracasando, pero Tilly se mantuvo firme.

—Ayer vi a Hettie hablando con la niña. Podría darnos alguna pista. Tiene que dejarme hablar con ella. Eso es lo que Sterling quiere que haga.

El hombre levantó las cejas cuando Tilly llamó al superintendente por su nombre de pila y, para su sorpresa, no la echó de allí.

—Bien. En ese caso, espero que las órdenes por escrito estén al llegar. No quiero entorpecer la búsqueda de la niña. Sígame.

—Gracias —dijo Tilly intentando que la voz no le temblara por la emoción.

—Todos queremos encontrarla sana y salva —le dijo el hombre con voz ronca.

El carcelero mayor le abrió la puerta y Tilly entró en un despacho con dos

escritorios y una alacena de madera. Todo estaba absolutamente ordenado y limpio. Al lado de la alacena había una puerta con una ventanilla cuadrada con rejas. Abrió esa segunda puerta, que daba a un oscuro pasillo de piedra con toda una serie de puertas seguidas. El hombre fue hacia la primera y abrió el cerrojo. Empujó la puerta y le dijo a la persona que estaba dentro:

—La señorita Lejeune está aquí para hablar contigo.

Se apartó y le hizo un gesto a Tilly para que entrara mientras él esperaba en el pasillo.

Apenas había sitio en la celda. Hettie estaba sentada en una litera. Enfrente había otra litera en la que había otra mujer tumbada, una china con el pelo cano que le caía por la sien. En la esquina había un lavabo diminuto con un cubo de madera debajo. Una ventana muy alta, pequeña y con rejas, dejaba penetrar la única luz de la celda, además de unas cuantas gotas de lluvia. A pesar del frío que hacía fuera, la celda estaba húmeda y cargada. Tilly pensó que en verano tenía que ser insoportable. ¿Cómo conseguirían dormir?

—Hola —dijo Tilly.

—¿Qué pasa? —preguntó Hettie desconcertada.

Tilly se le acercó para que la otra prisionera no la oyera, pero Hettie dijo:

—No se preocupe, no habla ni una palabra de nuestro idioma.

—Nell se ha perdido.

Hettie abrió los ojos como platos.

—Entonces, ¿por eso estamos todos bajo llave?

—Creemos..., esperamos que se haya escapado. Hace muy mal tiempo ahí fuera y la estamos buscando como locos, esperando encontrarla sana y salva.

—¿Y por qué viene a hablar conmigo?

—Porque te vi hablando con ella ayer y he pensado que a lo mejor pudiste decirle algo o ella pudo decirte algo a ti. No sé, he pensado que a lo mejor podías darnos alguna pista. Piénsalo bien. ¿De qué estuvisteis hablando?

Hettie negó con la cabeza.

—Nada fuera de lo normal. Me enseñó sus dibujos, me contó que usted le había dicho que no les había dedicado suficiente tiempo y yo le dije que siempre hay que dedicarle tiempo a las cosas que importan y le conté cómo trabajo yo en el jardín... —Hettie frunció el ceño, intentando recordar todos los detalles de la conversación—. Me preguntó si podía plantar margaritas, me dijo que le gustaban mucho y yo le dije que vería qué se podía hacer. De verdad, señorita Lejeune, eso es todo.

Tilly dejó caer la cabeza suspirando.

—¿Nada más?

—Nada. Aunque...

Tilly levantó la cabeza de nuevo.

—Aunque, ¿qué?

—Esa niña sabe cosas que no debería saber. Por ejemplo, el año pasado vino a felicitarme por mi cumpleaños. ¿Cómo sabía que era mi cumpleaños? Tuvo que verlo en algún sitio, en algún documento que no debería haber leído, así que a lo mejor ha visto u oído algo que no entiende y que la ha hecho huir.

—¡Ah! —exclamó Tilly entendiéndolo de golpe.

Estaba tan empeñada en que ella tenía que tener la culpa debido a su historia de amor con Sterling que se le había ido completamente de la cabeza la conversación que mantuvieron sobre Nell y el internado. Seguramente la niña los oyó y se escapó de casa en un arrebato de rabia, incluso podía haberse escapado para castigar a su padre por el mero hecho de considerar la posibilidad.

Y al pensar en colegios y profesores, Tilly creyó saber dónde estaba Nell.

—Gracias, Hettie —le dijo—, gracias. Has sido de gran ayuda.

Se dio la vuelta tan repentinamente que estuvo a punto de tropezarse con el carcelero al salir de la celda.

—¿Ya se va?

—Tengo que encontrar a Sterling.

El carcelero cerró la puerta.

—Estaba con el grupo de hombres que han bajado a la zona sur de los cañaverales.

—¡Gracias!

Cuando por fin salió de los barracones, se encontró bajo un cielo plúmbeo que descargaba lluvia a raudales. Echó a correr por el camino enlodado, avanzando contra las ráfagas de lluvia que arremetían contra ella, hasta que llegó al borde del cañaveral. Las cañas estaban muy altas, dispuestas en rectángulos idénticos con caminos entre ellas. Se adentró, buscando a izquierda y derecha a alguien que pudiera llevarla hasta Sterling.

—¡Sterling! —gritó—. ¡Sterling!

Un hombre de azul con una tupida barba gris la vio cuando ella ya estaba a punto de alcanzarlo.

—¿Señorita Lejeune?

—Tengo que hablar con el superintendente. Creo que ya sé dónde está Nell.

—Por aquí.

El hombre se adentró a toda prisa entre las cañas y enseguida dieron con Sterling, que estaba empapado hasta los huesos, llamando a Nell ya casi sin voz.

—¡Sterling! —gritó Tilly para que se la oyera con la lluvia—. ¡Venga!

—¿La ha encontrado? —le urgió mientras se le aproximaba.

—Eso espero. ¿Tiene la llave de la capilla?

—Tengo la llave de todo, lo que no tengo es a mi hija.

—Entonces, venga.

Empapados y esperanzados, salieron del cañaveral y se dirigieron hacia la ermita. Se veía claramente que Sterling estaba agotado, entre el dolor de las heridas y la falta de sueño, por lo que Tilly intentaba no caminar demasiado deprisa, por más que estuviera ansiosa por saber si su intuición era cierta, si Nell estaba donde ella creía que la iba a encontrar.

—Sé por qué se fue —le dijo Tilly—. Tuvo que oírnos hablar del internado.

—Espero que solo fuera eso lo que oyó —replicó Sterling y apretó los labios—. ¿Por qué vamos a la ermita? Ya hemos buscado allí.

—Una vez me habló de una escalera secreta que subía al techo y me contó que ella y otro niño se habían escondido allí de la profesora.

—¿Una escalera secreta?

—Sí, y dijo que estaba en el techo.

Sterling movió la cabeza.

—Espero que tenga razón. Espero que no sea una historia tonta que se haya inventado.

Sterling redobló la velocidad y Tilly se dio cuenta de que hacía un gesto de dolor cada vez que ponía el pie en el suelo. La lluvia era intensa y continua, y no se veía nada, pero al cabo de unos minutos por fin entraron en la capilla mojando el suelo de madera.

Una silla que estaba en el otro extremo, justo delante del crucifijo, indicaba el lugar en que se encontraba la escalera secreta.

—¿Ve eso? —resopló Sterling señalando un pestillo—. Creía que conocía cada centímetro de esta isla.

Se subió a la silla, metió el dedo en la anilla del pestillo y tiró. Cuando la trampa se abrió, una escalera se deslizó hacia abajo, a punto de darle en la cabeza.

—¿Nell? —la llamó.

Tilly estaba abajo. Sterling se retorció trepando por la trampa y

desapareció. Ella lo siguió y de pronto se encontró en el oscuro espacio que quedaba entre el techo y el tejado, avanzando a gatas. Delante iba Sterling, también gateando, hasta que encontró una puerta de hierro que se abría a la luz del día y la lluvia. Para cuando Tilly consiguió pasar por el espacio que se creaba sobre los aleros, Sterling ya estaba acuclillado junto a Nell. La niña estaba muy tensa, se había sentado doblando las rodillas hacia arriba y se abrazaba las piernas con fuerza. No apartaba la mirada del mar. Pangur Ban también estaba sentado en los ladrillos, con la cara vuelta hacia la bahía. Sterling fue más impasible que nunca.

—¡Nell! —exclamó Tilly.

Nell no contestó. Tilly se les acercó lo más rápido que pudo.

Sterling estaba regañándole.

—¡Eres tonta! ¿No te das cuenta de que has mandado a todos mis hombres a una búsqueda inútil? Están agotados. Y yo más. Ayer por la noche ni siquiera me dejabas coger la salsa a mí solo y hoy me obligas a atravesar los campos de caña de azúcar muerto de miedo y de dolor.

Nell no lo miraba. Tilly se acercó un poco más y le cogió el brazo a Sterling. Sabía que toda la tensión que había acumulado le estaba haciendo hablar con tanta rabia, una rabia que ella no se esperaba de él, pero Nell no estaba escuchando.

—Nell —le dijo Tilly—. ¿Es por el internado?

Nell se volvió a mirarla. Tenía los labios azulados y el pelo rizado y empapado. Asintió.

Sterling se llevó las manos a la cabeza, que movía de un lado a otro.

—No te voy a mandar a ningún internado, Nell. Te voy a tener siempre conmigo hasta que crezcas.

Nell se relajó, dejó caer la cabeza entre las piernas y se echó a llorar. Sterling se inclinó hacia ella y la abrazó, y allí se quedaron, bajo la lluvia, abrazándose el uno al otro mientras Tilly los miraba.



## DIECINUEVE

### TESTARUDO

Aquella noche, Sterling se fue a la cama sin cenar y no quiso levantarse al día siguiente. Llamaron al doctor Groom, que expresó su preocupación sobre las heridas y el agotamiento del superintendente y pidió que lo mandaran a la ciudad tres semanas a fin de que recuperara la salud.

Sterling habló con Tilly al día siguiente, media hora antes de embarcar, mientras doblaba cuidadosamente la ropa y la metía en la maleta intentando no mirarla a los ojos.

—Nell se vendrá conmigo —le dijo Sterling—. Creo que será bueno para los dos, ya que no hemos tenido ni un día de vacaciones desde que falleció Rebecca. Pasaremos un tiempo en la ciudad. Dios sabe que necesita ropa nueva.

—Yo solo quiero que te recuperes —contestó Tilly.

Sterling dejó de meter cosas en la maleta, y su expresión mientras la miraba la asustó. Había compasión en sus ojos. La compasión nunca precedía nada bueno.

—Si por mi fuera, te daría vacaciones para que te vinieras con nosotros al continente, pero no puede ser. Tendríamos que separarnos en el muelle. Nell no sabe...

—Sí, lo sé. No te preocupes, estaré mejor aquí. Aprovecharé para leer y relajarme en el jardín —dijo y le sonrió con timidez—, y estaré deseando que vuelvas.

Sterling se concentró en la maleta. Por un instante, a Tilly le dio la sensación de estar de nuevo en Guernsey con Jasper, sufriendo la angustia y la vergüenza de sus rechazos.

—¿Sterling? —le dijo—. ¿Te arrepientes de lo que hemos hecho?

—Yo tengo el firme propósito de no arrepentirme de nada —contestó—. Echaré de menos nuestras conversaciones, pero solo serán tres semanas. Creo que a todos nos vendrá muy bien tomarnos un descanso.

Tilly se esforzó por no dejar salir las lágrimas que le picaban en los ojos.

—Sí —dijo—, puede que tengas razón.

En ese momento entró Nell, emocionada aunque no lo demostraba. Desde que se escapó de casa estaba más retraída, y casi siempre enfadada, seguramente porque Sterling le había retirado muchas libertades y la obligaba a realizar toda una serie de tareas en casa como castigo, pero también porque no había nadie en la isla que no le hablara con dureza. Todos seguían enfadados por lo que consideraban una rabieta egoísta.

Tan solo Tilly la apoyaba.

—¿Tienes ganas de que lleguen ya las vacaciones, Nell? —le preguntó estirándole uno de los rizos.

—Tengo ganas de estar en algún sitio donde la gente no me mire arrugando el ceño —dijo con fingido desinterés—. Y no juegue con mis rizos, que voy a cumplir trece años.

—Si la gente te mira disgustada es por tu culpa, Nell —dijo Sterling distraído mientras buscaba un sombrero encima del armario—. Y no le hables así a tu institutriz.

«Tu institutriz», no «Tilly».

—¿De qué estabais hablando? —preguntó Nell observando a Tilly a la luz de la mañana que se colaba por la ventana.

—De ti —dijo Tilly.

—Eso no te incumbe —contestó Sterling casi al mismo tiempo.

Tilly se rio por lo bajo, pero Sterling siguió serio.

—Nell, tienes que aprender cuál es tu lugar. Si no te hubieras dedicado a espiarnos a Tilly y a mí mientras hablábamos, no te habrías escapado con una media idea en la cabeza que ha hecho...

—Sí, ya lo sé, que te ha hecho perder tiempo y recursos de la isla.

—Y que ha hecho que te pongas en peligro, que no se te olvide —añadió Sterling.

Nell dirigió la mirada hacia Tilly y forzó una sonrisa que no le llegó a los ojos.

—Me echará de menos, ¿verdad, Tilly?

—Por supuesto. Y Nell, sé buena con tu padre. Él es bueno contigo.

Al poco tiempo se marcharon por la carretera llena de baches que llevaba al muelle, dejándola sola en el ala oeste de la casa. En ausencia de Sterling, el subdirector Donaghy se encargaría de atender todas las tareas del despacho del

superintendente, por lo que cabía esperar que almorzara en casa. Aparte de eso, Tilly podía hacer lo que quisiera.

Lo que la hacía sentirse un poco vacía.



Aquel día, Tilly estuvo leyendo hasta que empezó a refrescar sobre las tres y después se bajó al jardín.

Ya estaba atardeciendo cuando vio a Hettie, que había estado plantando unas semillas en el extremo norte del jardín. Al verla, Tilly se acordó de que no le había dado las gracias por haberla ayudado a encontrar a Nell, de modo que se quitó los guantes de jardinería y se le acercó.

Hettie se sentó, al tiempo que se secaba el sudor de la frente con la mano.

—¿Me puedo sentar contigo? —preguntó Tilly.

—Pues claro —dijo Hettie señalando el césped a su lado—. Creo que ya he terminado por hoy. Eran pensamientos, llegaron esta mañana en el barco. Quedarán preciosos.

Tilly estiró las piernas. Hacía fresco al atardecer. Por fin estaba pasando el calor húmedo del verano. Soplaba una brisa marina que le puso la piel de gallina en los brazos, aun debajo de las mangas.

—Quería darte las gracias por haberme ayudado a encontrar a Nell.

—Yo no hice nada.

—Me diste una perspectiva distinta y eso siempre es muy importante.

Hettie bajó la cabeza un poco para esconder una sonrisa.

—Está bien. Pues, entonces, de nada.

—Nell y su padre se han ido a la ciudad unas semanas, así que, como me he quedado sin nada que hacer, seguramente nos veremos más por aquí.

—Me alegro —dijo Hettie, y el resto salió solo—: Siento lo del otro día, cuando me puse a llorar, sé que no debería haberlo hecho, no es apropiado.

Tilly le habló con amabilidad.

—Tú eres un ser humano, igual que yo. No hay nada inapropiado en buscar consuelo en los demás.

—El superintendente no lo vería así.

—No, qué va, si lo conocieras, te sorprendería. Sterling Holt es un hombre muy bueno y comprensivo.

Hettie la miró de hito en hito, con un gesto absolutamente perplejo, y a Tilly le picó la curiosidad.

—¿No me crees? Y sin embargo, te deja cuidar el jardín.

—¿Me deja? Será que me obliga.

—Pero si me lo dijiste tú, que si no fuera por el jardín, te habrías hundido en la desesperación.

—Sí, me gusta, pero es trabajo. Tengo que trabajar un número de horas por semana si no quiero que me quiten mis privilegios. Yo no soy como usted. Yo no voy y vengo cuando me place.

A Tilly le molestó, pero enseguida Hettie suavizó el tono.

—Lo siento —se disculpó—. No quería ser maleducada, pero es que hoy estoy cansada y no me encuentro bien, y la verdad es que, en vez de tener que estar aquí, preferiría poder meterme en una cama suave y descansar.

—Deberías decírselo a los carceleros. Te podrían llevar a la enfermería.

—La enfermería es solo para los hombres. Las mujeres no tenemos derecho a enfermar. Además, ya se lo dije a los carceleros esta mañana y me dieron una palmada en la espalda y me dijeron que me viniera a trabajar de todas formas.

Hettie juntó las manos y apoyó la barbilla.

—Siento que no te encuentres bien —dijo Tilly—. Pero de verdad que Sterling es un buen hombre.

—No es malo, supongo —repuso Hettie—. Pero el superintendente Holt es un hombre testarudo y obtuso. Puede que yo haya visto un lado de él que usted no conoce aún. Él adora a su hija, igual que usted, así que están de acuerdo en lo que es más importante para él. Pero, tal vez, si encontrara algo en lo que usted no está de acuerdo con él, se daría cuenta. Es un hombre tozudo, y cuando se le mete algo en la cabeza... —Hettie dejó la frase sin terminar y miró a lo lejos—. Supongo que no debería decirle estas cosas.

—Si hay algún tipo de formalidad que aún empañe nuestras conversaciones, Hettie, es solo culpa mía —replicó Tilly, que además quería que le contara más detalles sobre ese lado de Sterling que ella no conocía—. ¿Los demás piensan lo mismo de Sterling?

—Yo solo conozco a las siete prisioneras —dijo—. Nunca he hablado con los hombres, pero he oído las conversaciones de los carceleros y lo llaman así, testarudo, obtuso, mojigato. —Hettie dejó de hablar, tal vez intuyendo que no debía decir nada más—. Aunque yo sé que usted le tiene cariño.

—Ha sido bueno conmigo.

—Es mucho más que eso. A usted le encanta decir su nombre, lo saborea como si fuera un melocotón maduro.

Tilly se quedó sin palabras, ruborizada.

—Al fin y al cabo, señorita Lejeune, es el superintendente de una prisión de alta seguridad y tiene que ser como es, porque si no terminaría abriendo todas las celdas para dejarnos libres. Él tiene que creerse lo que cree saber de nosotros, aunque solo sea una verdad a medias.

Tilly siguió dándole vueltas a lo que habían hablado mientras el sol se ponía por detrás del oeste del continente como una enorme bola naranja que teñía el cielo de ámbar y rosa. El último rayo rojo permaneció un instante entre dos montañas lejanas y se apagó. Había caído la noche.

—¿Sabes? Creo que no deberías llamarme señorita Lejeune —dijo Tilly lentamente.

—¿Por qué no?

«Porque no me llamo así». Deseaba sinceramente poder contárselo todo. Tuvo que aclararse la garganta antes de seguir.

—Porque somos amigas, y si yo te llamo Hettie, tú deberías llamarme Tilly.

—Vale, Tilly —dijo, pronunciando el nombre por primera vez—, si lo prefiere.

—Y si quieres que hable con el superintendente en tu nombre...

—No —la interrumpió—. No, por favor, no agite las aguas. Seguramente me asignaría cualquier otro trabajo horrible por rencor.

Tilly no contestó. No podía creer que Sterling fuera capaz de hacer ese tipo de cosas. O por lo menos, estaba bastante segura de ello.



Pasaron los días. Las horas se hacían eternas. Tilly echaba de menos a Sterling mucho más de lo que se esperaba. Cuando hicieron el amor por primera vez, supo que una sola vez no era suficiente, pero lo que no sabía era que al hacerlo de nuevo, el deseo crecería. Se despertaba pensando en él y se acostaba pensando en él. Cuando pasó la primera semana, la mera idea de que todavía quedaban otras dos antes de volver a verlo la hacía temblar de dolor.

Intentó mantenerse ocupada. Su parcela no necesitaba muchos cuidados, ahora que el otoño se asomaba al horizonte, así que empezó a ayudar a Hettie

con sus tareas de jardinería. Entre las dos arrancaron raíces, podaron hojas y fregaron las zonas de piedra. Cuando el señor Donaghy salía al porche para vigilar a Hettie, Tilly se limitaba a alejarse unos pasos de ella, aunque la mayor parte del tiempo lo pasaban en la otra punta del jardín, donde nadie las veía. Además, el que Hettie hubiera empezado a llamarla Tilly con naturalidad, había creado un lazo aún más profundo entre las dos. Hettie le hablaba sin tapujos de cómo era su familia en el continente, le contaba cómo era la vida en la prisión y lo difícil que había sido su infancia. Tilly también le contaba muchas cosas, aunque siempre teniendo mucho cuidado de no dar detalles que pudieran revelar quién era en realidad. Aun así, se sentía muy aliviada al poder hablarle de la tristeza que sintió cuando falleció el abuelo, de su odioso primo Godfrey y de su largo viaje a las antípodas para construirse una vida nueva e independiente. Casi sin darse cuenta, en las tres semanas que Sterling estuvo fuera, Hettie y ella trabaron una fuerte amistad.

En uno de sus momentos más tristes, antes de dormir, se preguntó si el hacer amistad con Hettie no era más que una forma de aliviar su propia culpa. El estar cerca de una persona que estaba viviendo la vida que ella habría vivido si no hubiera llegado unos minutos antes que la policía a la habitación de Chantelle Lejeune, ¿no era una forma de vivir a través de ella el castigo que se merecía?

Decidió que, cuando llegara Sterling, hablaría con él sobre el caso de Hettie. Le preguntaría si no había nada que pudiera reducir la pena en virtud de lo que le había contado. ¿Es que no podía alegar que había sido en defensa propia?

Pero entonces, los pensamientos sobre Sterling tomaron otro rumbo muy distinto y Hettie quedó olvidada entre recuerdos mucho más placenteros.



Tilly supo que habían vuelto al oír la voz de Nell. La niña abrió la puerta principal mientras gritaba:

—¿Holaaa? ¿Tilly?

Tilly, que estaba leyendo en la biblioteca hecha un ovillo en el sofá, puso los pies en el suelo y salió. Y allí estaba Nell, con una maleta en cada mano, sonriendo.

—¡Soy yo! —declaró.

Tilly la abrazó.

—Bienvenida a casa. ¿Y tu padre?

—Ahora viene, es que su maleta es mucho más grande. ¿No me ves más alta? Mi padre me ha comprado ropa nueva. —Soltó las maletas y cogió el bolso que llevaba al hombro, del que sacó a Pangur Ban y un montón de folios desordenados—. ¡He escrito muchísimo! ¿Quieres que te lea un poco? ¿Por qué no nos vamos a la biblioteca ahora mismo?

Pero Tilly estaba deseando ver a Sterling.

—¿Podemos esperar un momento?

Sin embargo, vio que el señor Donaghy estaba en el porche hablando con alguien, seguramente con Sterling. No iba a entrar todavía. Por un instante, se preguntó si no estaría intentando evitarla.

—Por favor, Tilly. La he echado mucho de menos y me encantaría leerle esto. Tilly se obligó a sonreír.

—Entonces, vamos. Pero primero vamos a dejar las maletas en tu habitación.

Los nuevos capítulos de Nell eran tan descriptivos y creativos como siempre. Tilly intentó relajarse y disfrutar de la lectura de Nell, pero poco a poco empezó a ponerse nerviosa. Quería ver a Sterling y hablar con él.

—Es suficiente por hoy, Nell —le dijo—. Creo que deberías ir a deshacer las maletas, así mañana tenemos todo el día para las clases.

—Pero estoy llegando a la parte mejor.

—Déjalo para otro día. Siempre hay que dejar a los lectores con ganas de más.

Nell estiró los bordes de las hojas y las dejó en la mesa. Luego empujó la silla y salió de la biblioteca, y Tilly se preguntó si el gesto de mal humor habían sido imaginaciones suyas.

Tilly no perdió el tiempo. Fue directamente al despacho de Sterling y llamó a la puerta, esperando que estuviera solo.

—Adelante.

Tilly abrió. Sterling levantó la mirada y sonrió.

—Tilly.

—Hola.

Sterling señaló una carpeta que tenía abierta sobre el escritorio con una pila de papeles encima.

—Estoy muy ocupado.

—Entonces será mejor que vuelva más tarde.

—No, no, espera. Tengo que hablar con usted.

Tilly sintió el cosquilleo de la emoción.

—He estado hablando con el señor Donaghy un buen rato. Me ha dicho que ha pasado mucho tiempo con la prisionera 135. ¿Es cierto?

—Pues... —Tilly estaba con el corazón en un puño—. Hemos estado trabajando en el jardín.

—Él dice que han estado hablando, más que trabajando.

—¿Y eso está mal?

Sterling frunció el entrecejo.

—Le advertí que no lo hiciera.

Tilly expuso sus dudas rápidamente.

—Sí, admito que Hettie y yo hemos hablado bastante, tal vez más de lo que deberíamos. Pero también me gustaría decirle que no entiendo por qué tiene una condena tan larga cuando está claro que actuó en defensa propia y...

Sterling se levantó de su silla moviendo las manos para que parara.

—Tilly, Tilly, no. No. No diga una palabra más.

Estaba tan abochornada que se le encendieron las mejillas.

Sterling empezó a dar vueltas de un lado a otro.

—Es culpa mía. Tal vez no se lo dejé lo suficientemente claro. A los prisioneros les asignamos un número por una buena razón, para poder interactuar con ellos de modo imparcial. No debería haber hecho tanta amistad con esa mujer como para llamarla por su nombre y hablar con ella sobre su crimen.

—Pero ella dice...

—Es una asesina, Tilly —replicó mientras se daba la vuelta para mirarla cara a cara—. Después de hablar con el señor Donaghy, he consultado sus informes. Mató a su marido, su compañero a los ojos de Dios, al que había jurado amar y respetar. Lo emborrachó con un *whisky* muy potente que ella misma había preparado en casa y después lo asfixió, poniéndole dos almohadas en la cara hasta que dejó de respirar.

Tilly tardó un momento en asumir la idea. Las manos de Hettie, tan grandes y fuertes, apretando las almohadas sobre un hombre que se iba quedando más y más flácido y quieto.

—Sí, pero él le pegaba —dijo casi sin voz.

—¿Eso es lo que le ha dicho?

—Sí.

—Porque en los registros del tribunal se dice una cosa totalmente distinta. Él había estado trabajando en los campos durante seis meses y ella encontró a otro



hombre. Cuando su marido regresó, ella lo asesinó para poder estar con su amante, que la ayudó a deshacerse del cuerpo y ahora está cumpliendo condena en una prisión del continente.

La conmoción y la vergüenza luchaban por imponerse en su interior. Tilly tenía frío y calor al mismo tiempo. ¿Por qué el informe daba una versión tan distinta de los hechos? ¿Hettie le había mentado? ¿O el tribunal estaba predispuesto en su contra? Era fácil de imaginar, ya que a las mujeres raramente se les concedía un trato justo en ningún otro aspecto de la vida pública.

«Él tiene que creerse lo que cree saber de nosotros, aunque solo sea una verdad a medias». Tilly había visto demasiadas veces cómo la opinión de los hombres se formaba basándose en lo que otros hombres decían de ellas, y no en lo que observaban en el comportamiento real de la mujer.

—Tendré que apartar a la 135 de sus tareas de jardinería —murmuró Sterling volviendo a su silla.

—¡No! No haga eso. Sería injusto para ella.

—Lo tendría que haber pensado antes de...

—No. Es culpa mía. Fui yo la que me acerqué a ella y le ofrecí mi amistad. Y fui yo la que le pregunté. Si hay que prohibirle a alguien que vaya a cuidar el jardín, esa soy yo.

Sterling la miró. Compasión, otra vez. Pena. Arrepentimiento. Nada bueno, nada prometedor.

—Muy bien, Tilly. Manténgase alejada del jardín. De todas formas, ya casi es otoño. Puedo mandar a uno de los prisioneros a podar y arrancar raíces. Tal vez en primavera podamos volver a plantearnos la situación. Pero no quiero que vuelva a acercarse a la prisionera.

Tilly asintió, sintiéndose como una niña mala en el colegio.

Sterling hizo amago de decir algo más, pero se calló.

—¿Qué pasa? —preguntó Tilly.

—Tengo que hablar con usted esta noche. Sobre otras cosas. Sobre nosotros. Sobre Nell.

A Tilly se le hundió el mundo.

—Su tono me asusta.

—No hay razón para estar asustado, Tilly —le dijo con tono amable—, igual que no lo estoy yo.

Pero no le sonreía. Y Tilly se temió lo peor.



Aquella tarde, Tilly apenas podía concentrarse en las clases, al igual que Nell, por lo que al final decidieron que, aprovechando que la marea estaba baja, irían a la estrecha franja de playa arenosa a buscar conchas para pintarlas al día siguiente. Se pusieron los sombreros y se llevaron una cesta con sándwiches de miel para merendar.

—He echado mucho de menos el sonido del mar —comentó Nell al tiempo que se sentaba en una roca para quitarse los zapatos y las medias que le llegaban por encima de las rodillas. Cuando terminó, hundió los pies en la arena y los movió enérgicamente—. En la ciudad hay mucho ruido. No hacen más que pasar tranvías y caballos a todas horas.

Tilly también se quitó los zapatos y las medias y cruzó la arena hasta el rompeolas. Se levantó la falda y metió los pies en el agua, que estaba caliente a pesar de que la brisa era fresca.

—Creo que deberíamos darle un nombre a esta playa —dijo Nell—, algo así como Los Seis Metros.

Tilly se volvió. Nell estaba tomando el sol, y algo en su piel fina y pálida la enterneció.

—La cala de los Prisioneros —propuso.

—La playa Tiburón —dijo Nell con gesto travieso—. No se adentre mucho, Tilly.

Tilly se rio y le dio una patada al agua para salpicarle.

—Yo creo que playa Algas o playa Medusas sería más descriptivo. Están por todas partes.

—Me gusta lo de Los Seis Metros, suena poético y no creo que haya más de seis metros de playa, la verdad. Creo que voy a dibujar un mapa de la isla esta tarde y le voy a poner nombres a todos los sitios. ¿Qué nombre le ponemos a la escarpadura?

—Acantilado Sterling —dijo Tilly sin pensárselo dos veces.

—Sí, es genial. Acantilado Sterling suena severo. Con Starwater House en la cima, mirando a Los Seis Metros y los barracones. —Nell se levantó, fue hacia Tilly y le echó los brazos alrededor de la cintura—. Y voy a rodear la isla de monstruos marinos.

Tilly también la abrazó. Se quedaron así unos minutos. Las olas les lamían

los pies y Tilly cerró los ojos y disfrutó del sol en el pelo y la dulce brisa que le refrescaba los pulmones. Nell la quería mucho y ella a Nell. El tono admonitorio de Sterling se suavizaría ante esa verdad.

Se separaron.

—¿Sándwich de miel? —propuso Tilly.

—Sí.

Se sentaron juntas en las rocas, comiendo y charlando al tiempo que las sombras se alargaban y comenzaba a cambiar la marea.



Sterling estaba demasiado ocupado y no pudo bajar a la hora de la cena. Ya eran casi las nueve de la noche cuando llamó discretamente a su puerta.

Tilly abrió, el corazón le latía con fuerza.

—Creía que no te iba a ver.

—Lo siento. Por eso no me gusta irme de la isla, porque al volver se me acumula el trabajo.

—Entra —le dijo Tilly abriendo la puerta de par en par.

Solo llevaba el camisón y la bata.

—No, no, yo... ¿Podrías vestirme y bajar al salón? Mientras tanto, preparo el *sherry*.

Tilly asintió y cerró la puerta.

Se puso un vestido de estar por casa, pero no se molestó en recogerse el pelo ni ponerse las medias. Se fue descalza al salón, donde Sterling la esperaba asomado a la ventana. Había dos vasos de *sherry* en la mesita.

Tilly carraspeó.

Sterling se dio la vuelta. Sus ojos oscuros le transmitieron enseguida toda su tristeza. A Tilly le entraron ganas de darse la vuelta y salir corriendo para no oír lo que Sterling le tenía que decir.

—¿*Sherry*?

Tilly cogió el vaso en silencio.

Sterling le cogió la otra mano y le acarició los dedos con ternura.

—Es demasiado pronto para Nell.

—Nell me quiere.

—Es demasiado pronto para mí.

Para eso, Tilly no tenía respuesta.

—Es demasiado pronto para todo. Nuestra... consumación no tuvo lugar bajo circunstancias normales. Había demasiado salvajismo aquella noche, flotaba en el aire. Nos equivocamos.

—Te quiero, Sterling.

—No es de amor de lo que tenemos que hablar, sino de responsabilidad. No somos animales, Tilly. Te tengo mucho más cariño del que soy capaz de expresar con palabras, pero el bienestar de Nell está por encima de todo. No puedo permitir que se escape y...

—Eso no tuvo nada que ver con que nos oyera hacer el amor, Sterling. Fue el miedo a que la enviaras a un internado, y lo sabes.

—Yo no sé qué más oyó o intuyó. Yo lo único que sé es que cambia bruscamente entre la dulzura y la agresión, tiene miedo y una actitud inestable. Ha soñado con su madre casi todas las noches que hemos pasado fuera. Es demasiado pronto.

Tilly se tragó las lágrimas.

—Entonces, ¿qué va a pasar conmigo? ¿Perderé el trabajo?

—No, por supuesto que no. Seguiremos siendo amigos como hasta ahora. Iremos despacio. Por favor, no interpretes mis palabras como un rechazo personal contra ti, Tilly. Yo te tengo mucho cariño, pero este no es el momento para nosotros.

—Entonces, ¿cuándo?

—Cuando llegue, los dos lo sabremos.

—Cuando dices «los dos», querrás decir «tú». Yo no formo parte de esta decisión —replicó Tilly, que sabía que estaba a punto de explotar, aunque luchó con todas sus fuerzas por mantener la calma.

—Espero que llegues a entender mi punto de vista porque es sensato.

«Testarudo, obtuso, mojigato».

—¿Y mi punto de vista no es sensato? —replicó Tilly—. ¿O es que ni siquiera te vas a dignar a escucharlo?

Aun así, en la voz de Sterling seguía sin haber enardecimiento ni enfado. Daba la sensación de que cuanto más se acaloraba la conversación, más lenta y razonable era su forma de hablar, lo que enfurecía todavía más a Tilly, que se estaba convirtiendo en la histérica de la situación.

—Tú eres demasiado joven, Tilly. Tal vez ese haya sido mi mayor error en nuestra... relación, sobre todo después de ver cómo te equivocabas al juzgar a la

prisionera 135. Tú aún no tienes ni de lejos la madurez suficiente para ser la madre de Nell y, sí, ella te quiere, pero no como madre. Nell, tú y yo no somos una familia.

A Tilly se le hundió el mundo bajo los pies. No eran una familia; cuando en realidad así era como ella se los había imaginado a los tres, y ahora Sterling la estaba apartando de su lado al tiempo que intentaba consolarla con vagas afirmaciones de su «cariño» y un futuro en el que quizá llegaran a tener la oportunidad de estar juntos. En cambio, eso era precisamente lo que le estaba quitando.

Tilly tiró el vaso al suelo, que explotó en mil pedazos.

—¡Eres increíble! —gritó—. ¿Cómo te atreves a jugar así con mi corazón?

Y ahora sí, Sterling la miró estupefacto. Se notaba en su forma de mirarla, con las pupilas dilatadas y el rostro desencajado. Él no la había visto nunca enfadada. Hasta aquel momento, Tilly había conseguido dominar su carácter a la perfección.

—Tilly, yo nunca he tenido la intención de jugar con tu corazón. Admito que lo que hice fue inmoral...

—No, no lo fue. Fue precioso y tú lo sabes. No intentes reducirlo a un pecado, a un vergonzoso secreto.

Sin poder contenerse, Tilly empezó a sollozar.

—Pero ¿qué he hecho yo para que los hombres me traten tan mal? —añadió entre lágrimas—. ¿Sois todos igual de crueles y desconsiderados?

Sterling guardó silencio, dándose cuenta de que cualquier cosa que dijera no serviría más que para atizar el fuego. Tilly lo miró a los ojos, mientras los trozos de cristal resplandecían en la alfombra a la luz de las velas. Nada de lo que ella le dijera lo haría cambiar de opinión. Y, de todas formas, ¿para qué? Todo estaba condenado al fracaso desde el principio. Él no sabía nada de su vergonzoso pasado, ni siquiera sabía cómo se llamaba en realidad. Hundió los hombros.

—Lo siento —susurró—. Limpiaré este desastre.

—No te preocupes —le dijo Sterling mirando hacia otro lado—. Llamaré a alguna sirvienta para que venga a recoger. Tú vete. Intenta buscar paz y consuelo por ti misma.

Tilly salió del salón lo más rápido que pudo mientras se secaba las lágrimas de la cara. Tenía que haber sabido que sus sentimientos por Sterling no le aportarían nada bueno. Ella no tenía ningún futuro hasta que no reparara el mal que había causado en el pasado.



Las pesadillas la atormentaron durante toda la noche. Se despertó muchas veces, entre imágenes de fuego, cristales rotos, formas fantasmagóricas que la condenaban, y Sterling y Nell que se alejaban en un barco sumergiéndose en la bruma de la distancia mientras ella se quedaba sentada en la gélida orilla hundiéndose en la miseria.

Al romper el alba, ya estaba despierta, con los ojos clavados en el baldaquino de la cama, repasando aquellas terribles imágenes. ¿Por qué había tenido tantas pesadillas? No estaba enferma. No había bebido demasiado *sherry*. Solo podía haber un motivo. Dios la estaba castigando, le estaba diciendo que ella no merecía amor ni consuelo porque había cometido un pecado horrible. Él sabía lo que ella escondía en el corazón, aunque nadie más pudiera verlo.

Le dio miedo el futuro. Le dio miedo el juicio final.

Sabía exactamente lo que tenía que hacer.



Se pasó toda la mañana planeándolo. Mientras veía a Nell dibujando bajo un rayo de sol que se colaba por la ventana y le acariciaba el pelo con cariño, su mente estaba en otro sitio. En el jardín, en los cañaverales, en los manglares, en la bahía. Después de mediodía se levantó viento frío del sureste. La estación estaba cambiando. La Pascua estaba al llegar y Nell le había dicho que la humedad pegajosa del verano se quedaría atrás. Tilly veía por la ventana el movimiento de los árboles azotados por el viento. Las palmeras, verdes y doradas, se zarandeaban como locas.

—Ya hemos terminado por hoy —anunció Tilly a las cuatro en punto.

Nell se levantó de la silla.

—La veo a la hora de cenar. Hasta luego.

A Tilly se le erizó el vello de la nuca, como si en cualquier momento fuera a aparecer una mano firme y caliente que la cogiera por el cuello para pararla. Salió al porche y respiró profundamente el aire salino. El jardín, el lugar que le estaba prohibido, la esperaba. No veía a Hettie, pero sabía que tenía que estar

por allí, en algún sitio.

Tilly se tomó su tiempo. Se aseguró de que Sterling no tuviera intención de salir de su despacho, que Nell no estuviera a punto de salir al porche para pedirle que fuese a leer con ella y que el señor Donaghy no fuera a asomar la cabeza por las escaleras. Comprobó que era una tarde tranquila y vacía, como si el mundo se apartara ante la estación seca y fría que estaba al llegar.

Un paso tras otro, hacia el jardín prohibido. Superó el camino de rosas, la estatua de la mujer griega, las sombrías magnolias, su parcela limpia y colorida, y por fin vio a Hettie, arrodillada en el césped, arrancando malas hierbas que iba metiendo en un cubo de madera.

Hettie levantó la mirada y sonrió. Tilly se arrodilló junto a ella a toda prisa y le habló con tono apresurado.

—No debería estar aquí.

—¿Por qué?

—Sterling cree que nos hemos hecho demasiado amigas.

Hettie arrugó la frente preocupada.

—¿Me van a quitar del jardín?

—No, lo he convencido para que te deje a ti y me lo prohíba a mí. Escúchame bien. Tengo que decirte una cosa.

—¿El qué? —Hettie la miraba con los ojos muy abiertos. Los cortos mechones negros le caían sobre las rollizas mejillas—. ¿Es algo malo?

—No, es muy bueno —afirmó Tilly—. Te voy a ayudar a escapar.

VEINTE  
CAMPOS DE FUEGO

2012

**S**in duda, Elizabeth Parrish me asustaba. Pero yo tenía un plazo que cumplir. Parecía una montaña rusa, un día escribía setecientas palabras y no era capaz de pegar ojo por el entusiasmo; y al día siguiente borraba la mitad de lo que había escrito y empezaba a dar vueltas por la casa rebuscando entre los ladrillos y las grietas de los paneles de yeso que Joe no había arrancado todavía, desesperada e incapaz de escribir una palabra.

Una tarde de un mal día bajé a la cabina de las tiendas de los barracones con la intención de llamar a Marla y decirle que lo iba a dejar, que tendría que llamar a los editores de veintitrés países para avisarlos de que no iba a poder, por lo que yo tendría que vender el piso para devolverles los anticipos. Así Elizabeth Parrish me dejaría en paz y por fin sería libre.

Por pura casualidad, antes de llegar a la cabina me encontré con Lynn McKiernan, la madre de Joe. Julian y ella estaban saliendo de la oficina de correos.

—¡Nina! —gritó Julian, que salió corriendo y me dio un abrazo.

—Hola, cariño —dijo Lynn—. Qué alegría verte.

Lynn también me abrazó, y aunque nunca he sido muy expansiva con los abrazos, toda aquella muestra de afecto tan sincero me reconfortó.

Después, Lynn dijo:

—¿Qué te trae por aquí?

—Iba a hacer una llamada —contesté—, pero ya no estoy tan segura de si es el momento de hacerla.

Lynn no insistió en que le diera más detalles.



—Julian y yo vamos a la cafetería a merendar. ¿Te vienes?

—Hacen unos batidos de fresa buenísimos —me dijo Julian para convencerme.

Pensé en Marla y en la frase tan meditada que iba a decirle: «Marla, lo siento pero voy a dejar el mundo editorial y quiero rescindir todos mis contratos». Después pensé en cómo sería pasar la tarde merendando con Lynn y Julian, y no había ni punto de comparación.

—Me encantaría.

La cafetería era muy pequeña, con una campanilla que resonó cuando entramos y cuatro mesitas apiñadas delante del expositor de las tartas. El frigorífico rojo de los refrescos zumbaba ruidosamente. De detrás de la barra llegaban ruidos de bandejas que entrechocaban y grifos de agua corriente.

—Esta es nuestra mesa favorita —dijo Julian tirando de mí hacia la que estaba más cerca del expositor—. La abuela y yo siempre nos sentamos aquí.

—Seguro que a mí también me va a gustar.

Tras apuntar la comanda, la camarera volvió a meterse detrás de la barra para cortar los trozos de tarta y hacer el té. Si por él fuera, Julian habría dominado la conversación, pero Lynn le dijo con cariño y firmeza que era el momento de que hablaran los adultos y le dio el móvil para que jugara. A los pocos segundos ya se oían los ruidos de los dibujos de unos pájaros que salían disparados y rompían paredes.

Lynn movió la cabeza asombrada.

—Los niños son increíbles, cómo consiguen usar las nuevas tecnologías. Julian me arregló el videojuego el otro día.

—No es un videojuego, abuela —replicó sin levantar la mirada—, es un Blu-ray.

—Vale, como se llame.

—Papá se lo regaló en Navidad —dijo Julian.

—Fue un detalle por su parte —comenté.

—Mi Jonás es muy detalloso —dijo Lynn orgullosa—. Tengo el mejor hijo y el mejor nieto del mundo.

—Tienes mucha suerte.

—Es mucho más que eso, la suerte ni siquiera empieza a dar una idea de lo que es —dijo Lynn—. Solo de pensar que mi niño y yo habríamos podido no llegar a conocernos, después de tantos años deseándolo. —Se le llenaron los ojos de lágrimas—. No logro entender cómo pude nacer con tantas ganas de ser

madre y al mismo tiempo sin la capacidad de llegar a serlo.

Julian miró hacia arriba, desconcertado por las lágrimas.

—¿Abu?

—Vamos, Julian, ya me conoces y sabes que me emociono con nada —le dijo Lynn revolviéndole el pelo—, monillo mío.

Julian hizo el ruido del mono y volvió a concentrarse en el juego.

—Pero Jonás y yo nos conocimos al fin —continuó Lynn—. Ha sido lo mejor que me ha pasado en la vida. ¿Tú no tienes hijos, Nina?

—No —dije con cautela—. Todavía me siento como una niña y creo que sería un desastre de madre.

—No, qué va —respondió Julian—. Tú eres genial con el Lego.

Me reí de buena gana y eso me animó. Llegaron el té y la tarta de chocolate. Julian se la devoró enseguida. La conversación lo aburría y no se estaba quieto.

—Venga, ya puedes irte si quieres —le dijo Lynn—. Yo me voy a pedir otro té. ¿Tú también quieres, Nina?

—Sí, gracias.

Julian salió disparado y cruzó la calle hasta el seto que delimitaba la granja de alguien. En cuestión de segundos, ya había saltado por encima del alambre de espinos y se estaba subiendo a un mango.

—¿Puede estar ahí? —pregunté, con todos mis instintos de punta como buena chica de ciudad que respeta la propiedad privada.

—Sí, sí. El alambre es para que no se salga el ganado, no para que no entren los niños. Es la granja de Reg Byrd. A él le da igual que Julian se suba a los árboles y, sinceramente, se está perdiendo tantas cosas aquí que no me gusta nada estar todo el día regañándole.

Me eché el azucarillo en la segunda taza de té.

—¿Crees que se está perdiendo muchas cosas?

—Sí, igual que le pasó a Joe. En la ciudad, podría tener amigos, ir a nadar a la piscina, irse con el *skate* al parque o ir al cine para ver una película sin tener que esperar a que salga en vídeo. Solo se es niño una vez y es una pena que tenga que perderse ese tiempo aquí.

Miré por el cristal. Julian estaba corriendo. Parecía que estaba siguiendo una especie de circuito. Se subía a un árbol lo más alto que podía, se volvía a bajar, trepaba al siguiente y así sucesivamente, alejándose de la valla.

—A mí no me parece que se esté perdiendo la niñez —comenté.

Lynn se volvió para mirarlo.

—Con Joe era distinto. Siempre estaba tranquilo, con sus libros. No me daba la impresión de estar reprimiéndolo al criarlo aquí. Pasó tiempo antes de que nos diéramos cuenta de que no le habíamos dado suficientes oportunidades. Era un niño muy listo y despierto, no como Dougal y yo, y sin embargo le costó salir adelante.

—Está terminando la tesis, eso está muy bien.

—Pero ya tiene treinta y cuatro años. Desde los veinte hasta los treinta se pasó demasiado tiempo ayudando a Dougal en la granja, sin saber qué hacer con su vida. Creo que deberíamos haberlo mandado a un internado en la ciudad, pero tendríamos que haberlo pensado antes. —Apretando los dientes, añadió—: No debería haber conocido a esa mujer.

Supuse que se estaría refiriendo a la madre de Julian, por lo que dije:

—Pero entonces no tendríais a Julian.

Lynn suspiró y dio un sorbo al té.

—Sí, es verdad.

—¿Quién era? —pregunté con más curiosidad de la que debería haber tenido por el pasado de Joe.

—¿Andrea? Era la chica de la puerta de al lado. Literalmente. Su padre y Dougal eran buenos amigos, pero a mí nunca me gustó su madre. Se creía superior. Creía que Andrea podía tener a alguien mejor que Joe. Joe y ella estuvieron tonteando durante años, hasta que un buen día llegó el pequeño y de pronto me encontré haciendo de niñera dos o tres noches por semana porque ella «necesitaba un descanso». Con todo, seguíamos pensando que las cosas podrían funcionar. Nosotros les pagamos la boda. —Movié la cabeza de un lado a otro, enfadada—. Pagamos una exageración. Reservamos la pequeña ermita que hay al final de esta calle e hicimos las invitaciones. Dos semanas antes de la boda, Andrea desapareció. Dejó una nota diciendo que era demasiado para ella. Los abandonó a los dos. —Se le volvieron a llenar los ojos de lágrimas y me di cuenta de que era una mujer que siempre llevaba el corazón en un puño—. ¿Te lo imaginas, escapar de esa preciosidad de niño? En fin, todos nos volcamos en él, para que el pequeño no se muriera de pura tristeza. Él no recuerda nada de todo aquello y no quiero que esa mujer vuelva jamás. Solo conseguiría confundirlo. —Cogió la servilleta, se secó los ojos y se sonó la nariz ruidosamente—. El día que se suponía que iban a casarse, no encontrábamos a Joe por ningún sitio. Había bajado a la ermita y, aunque no es un hombre religioso, se pasó todo el día llorando en un banco de la capilla. Desde que salió,

no ha vuelto a derramar una lágrima. Se limitó a seguir adelante. Estoy muy orgullosa de él. —Se recostó en la silla, sonrojada—. Estoy hablando como una cotorra, no te he dejado decir ni una palabra. Dougal siempre me dice que hablo demasiado.

—No, yo creo que no —le dije—. Has hablado lo normal.

Mis pensamientos se habían adherido a una idea como una lapa a las rocas. La ermita.

—Eres un amor. No me extraña que a nuestro Joe le gustes tanto —soltó e inmediatamente se ruborizó y añadió—: Bueno, no creo que sea ningún secreto.

Miré la taza de té para no tener que mirarla a los ojos.

—Tengo novio —dije, aunque sonó como una excusa o una mentira.

—Sí, lo sé, el poeta. Ya llevas tiempo aquí, Nina. ¿No va a venir a verte?

Abrí la boca dispuesta a contarle la verdad, pero al final me pareció más fácil disimular.

—No creo.

—¿Y crees que te quedarás? Starwater es una casa preciosa.

—Sí que lo es —dije—, y me gustaría quedarme, pero... —Pensé en todo el trabajo que me quedaba por hacer en las tres semanas siguientes. Alrededor del mundo, los editores ya estaban preparando todos los engranajes necesarios para editar, traducir, imprimir y promover mi libro—. Por el momento, me parece que mi futuro es bastante incierto.

Lynn asintió.

—Eso es bueno, significa que puede pasar cualquier cosa.

Intenté sonreír.

—Sí —dije—, supongo que tienes razón.



Volví a pensar en la «confesión secreta» de Eleanor: «Me imaginé escapándome de las clases para subirme allí arriba a escribir y esconder mis historias en la buhardilla cálida y oscura». ¿Y si de verdad hubiera escondido sus escritos en la ermita? Fue suya hasta los años treinta, y no se usó durante muchísimo tiempo, hasta que Eleanor se la donó a un grupo de feligreses que consideraban que la isla necesitaba una iglesia.

Mientras intentaba escribir, la mente se me iba una y otra vez a la ermita.

¿Habría algo allí arriba? ¿Y si Elizabeth Parrish llegara antes que yo? No podía concentrarme. Al atardecer, salí de casa.

La ermita era pequeña, y parecía todavía más chica al estar tan cerca de los barracones. Yo no sabía mucho sobre iglesias, pero supuse que tendría que haber alguien que tal vez me dejara entrar a echar una ojeada, sobre todo si le decía que Eleanor era mi bisabuela. La puerta principal estaba cerrada, pero no le habían echado la llave. La empujé y se abrió. En cuanto entré, volvió a cerrarse detrás de mí y me quedé prácticamente a oscuras. El débil resplandor que entraba por las ventanas era lo único que me iluminaba el camino.

—¿Hola? —dije.

No hubo respuesta. Avancé por el pasillo, sobre losas desiguales, y encontré un cajón lleno de velas. «Encienda una vela: dos dólares». Cogí una, la puse sobre uno de los soportes de hierro y la encendí con un mixto que saqué de la caja de cerillas que había al lado. Me di la vuelta para mirar a mi alrededor.

El olor de la iglesia se parecía al de la lana vieja mezclado con libros de segunda mano. Los bancos estaban limpios, aunque tenían muchas marcas y rayaduras. Al final de cada banco había varios libros de salmos con forro de piel. En la esquina de atrás había un baúl repleto de juguetes viejos. Se notaba el helor de las paredes de piedra.

—¿Hola? —repetí.

Volví a darme la vuelta para mirar el crucifijo. La imagen era nueva, blanca con esmalte dorado. No era la que mencionaba Eleanor. Miré al techo y vi claramente la línea de la trampilla. ¿Seguiría usándola alguien? Supuse que los electricistas y los que se encargaran del control de plagas de termitas seguirían usándola. ¿Habrían encontrado algún fajo de papeles allí arriba? ¿Lo habrían guardado? ¿Lo habrían tirado a la basura? ¿Se lo habrían dado al párroco?

Miré a mi alrededor buscando una silla o algo a lo que subirme. No había nada, a no ser que arrastrara un banco hasta allí, pero después pensé que el baúl de los juguetes podría servir. Crucé la nave y saqué los juguetes. Un montón de payasos y osos de peluche fueron a parar al suelo. De pronto, un gran avión de plástico cobró vida: «Zoom-zoom. ¡Ven a volar conmigo!», y me dio un susto tremendo. Arrastré el baúl vacío por el pasillo a la trémula luz de la vela, vagamente consciente de que si alguien entraba en aquel momento tendría que darle una explicación. Se me aceleró el pulso. Coloqué el baúl debajo de la abertura, me subí y corrí el pestillo. Había una escalerilla de metal plegada encima de la trampilla y, en cuanto la abrí, se deslizó desplegándose hasta chocar

ruidosamente contra el baúl.

Me aseguré de que la escalera estuviera bien sujeta y subí. Puesto que la oscuridad era total, me saqué el móvil del bolsillo y lo encendí para tener algo de luz. Avancé a gatas, levantando la mano para comprobar dónde estaba el techo. Apunté con el móvil en torno a mí. Había cables, láminas de aluminio del tejado y trampas para ratas. Seguí gateando, dando golpecitos en las esquinas con los nudillos. No había papeles ni donde esconderlos.

Cuando llegué a la portezuela que daba al tejado, ni siquiera tenía intención de salir. Era imposible que unas hojas de papel pudieran sobrevivir allí fuera, pero los goznes cedieron fácilmente y me picó la curiosidad. Trepé hasta el tejado y me erguí ante las últimas luces del día, delante de una baranda de seguridad. La bahía era de un pálido azul plateado y las nubes resplandecían rosas y amarillas sobre las montañas del continente. Me tranquilicé un poco al respirar la brisa del mar. En la lejanía, un velero blanco relucía contra la creciente oscuridad del cielo.

Volví a encender el móvil y me acuclillé para mirar por las esquinas de la barandilla por si acaso, solo por si acaso.

En el extremo derecho, la luz iluminó una forma. Me levanté y acerqué la luz. Una carita pintada me miraba desde el hueco que quedaba entre la pared de ladrillo y la baranda de hierro. Alargué la mano y saqué un gato de madera, del tamaño de unos dos puños.

Le di la vuelta. Debajo, con letra infantil, ponía: «Nell Holt».

Me faltó la respiración. Acababa de encontrar una cosa que había sido de mi bisabuela, y aunque no era lo que me esperaba, la emoción me embargó igualmente. Era como si el tiempo se desvaneciera y estuviese tocando el pasado con la mano. La pintura blanca estaba enmohecida y parecía que las ratas le habían mordisqueado las esquinas. Pero había sobrevivido, protegido entre los ladrillos durante más de un siglo.

Me lo apreté contra el pecho y cerré los ojos, agarrándome a la sensación de estar en contacto con Eleanor.



Limpié el gato de madera y lo puse en el escritorio mirando hacia mí, esperando que me trajera buena suerte. En efecto, aquel día escribí más de lo normal y el

resultado no me desagradó demasiado. Aun así, me alegré cuando Joe vino a llamar a la puerta a la hora del almuerzo.

—Hola —le dije, esforzándome como siempre en no sonreír demasiado abiertamente.

—Acabo de terminar con la última pared y he encontrado unas cosas. — Apartó una silla que había al lado del escritorio y me alargó unos papeles—. Hay una parte de un diario, como las otras, aunque esta vez es posterior, de 1892. Pero mira esto, seguro que te gusta.

Desenrolló un papel. En él había un mapa de la isla. Lo vi y me eché a reír. Nell había dibujado la casa, la empalizada, los campos de cañas de azúcar y los manglares, pero había rodeado toda la isla con monstruos y barcos piratas.

—Cada día le tengo más cariño —le dije mientras lo cogía.

—Sabemos que ella llamaba a la casa Starwater desde niña —dijo Joe señalando el título que había escrito sobre el dibujo infantil.

—Le daba nombre a todo. Acantilado Sterling. Creo que su padre se llamaba así. No sabemos mucho de él, aparte de lo que se recoge en los registros públicos. Los Seis Metros, la ciénaga de la Desesperación —leí y solté una carcajada—. Es genial.

—«En memoria de Tilly» —leyó Joe—. Eso está lejos del cementerio. ¿Qué sería Tilly? ¿Una mascota?

—Podría ser, porque parece que está fuera de los jardines. —Cogí el gato y le di la vuelta para que mirara hacia él—. Ayer por la noche encontré esto, era de Nell.

—¿En serio? —dijo mientras lo levantaba sobrecogido.

—Pone su nombre debajo. —Miré el diario por encima y lo dejé a un lado para leerlo más tarde—. Bueno, entonces, ya has terminado de arrancar todo el yeso, o sea que no encontraremos nada más de Eleanor.

—Eso parece. El diario no está completo, así que supongo que habría otras partes, pero puede que se hayan perdido con las renovaciones, la gente que haya pasado por aquí o el paso del tiempo y el clima.

Tardé en asumir la idea de que jamás encontraría lo que estaba buscando. No sabía lo que iba a ser de mí. Mis páginas, como las páginas de mi novela, estaban en blanco, sin escribir, todo era un misterio.

—¿Estás bien? —me preguntó Joe, y me di cuenta de que me había puesto la mano por debajo del codo—. Parece que te vas a desmayar.

—No, no, estoy bien —dije, pero no apartó la mano.

Estábamos tan cerca que notaba el calor de su piel. Luego se apartó y volvió a poner la silla en su sitio, dejándome a mí en la mía.

Cambié de tema.

—Entonces, ¿es el último día de trabajo?

—Puedo hacer otras cosas, lo que quieras. Podría encargarme de hacerte la compra o arreglar cualquier cosa que haga falta.

Parecía entusiasmado y con ganas, pero no podía animarlo.

—No, creo que ya está. De todas formas, ya me queda poco tiempo aquí.

—Ah.

—Pero tengo que vender la lancha. ¿Tú podrías ayudarme?

—Sí, claro —dijo—. Podríamos sacarla mañana y hacer unas cuantas fotos para ponerlas en Internet.

—Sí, estaría muy bien, gracias.

Pero él lo sentía igual que yo. Aquello no era el comienzo de algo, como Joe se esperaba, y como yo también me esperaba aunque no quisiera aceptarlo. Aquello era el principio del fin.



*28 de mayo de 1892*

Es tarde.

Estoy fuera de mí. He oído esa expresión un millón de veces, pero ahora la entiendo. Estoy fuera de mí, literalmente, me estoy mirando a mí misma, sentada en la cama, con el diario en las rodillas y el tintero en la repisa de la ventana. Las cortinas están abiertas, pero los cristales están cerrados para que no entren el humo y las cenizas. Veo cómo se mueven los rayos de las linternas de un lado a otro buscándola, pero ella no volverá, porque entró en ese campo y no ha salido.

La chica que estoy viendo, la que está fuera de mí, parece casi normal. Está apretando los puños y no hace más que mirar por la ventana, esperando ver la forma de alguien que no está, que no puede estar...

Llevo diez minutos aquí sentada, mirando la página, la última línea que he escrito. No sé...

Lo que ha pasado ya no se puede cambiar, ya nada la puede salvar, así que



tengo que proteger su buena reputación y no mencionar nada, porque si papá... No me puedo ni imaginar cómo se sentiría papá si...

Tengo que centrarme. No puedo seguir dejando las frases a la mitad. Tengo que recomponerme y escribir un informe sincero y detallado de todo lo que he visto por si alguna vez se necesitara en un juicio. Pero en cuanto lo termine, lo esconderé en algún sitio para que papá no lo vea. Si le puedo ahorrar la verdad sobre Tilly, lo haré.

Las sospechas que he ido anotando estos días se han confirmado. La manera en que se ha concebido y llevado a cabo el plan sigue siendo un misterio para mí. Por lo tanto, de lo único que puedo dejar constancia aquí es de lo que he visto esta tarde, de lo que he hecho al respecto y de que he sido incapaz de salvarla. Si mis palabras pueden parecer racionales o frías es simplemente porque sé que si intentara escribir lo que siento sobre los terribles sucesos de esta noche horrible, necesitaría muchas más palabras de las que existen en inglés; o en griego, latín o francés, esos tres idiomas que ella me ha enseñado tan bien.

Terminamos las clases por la mañana porque Tilly decía que no se encontraba bien. La vi a la hora del almuerzo y me pareció que estaba distraída y nerviosa. A Tilly siempre se le nota todo en la cara, como cuando se sonroja cada vez que papá está cerca, cuando intenta tragarse la rabia o cuando está preocupada dándole vueltas a algo del pasado, del que nunca ha querido hablarme. Yo creo que perdió a un hombre que amaba en circunstancias horribles y que por eso se vino a vivir tan lejos y habla tan poco del pasado. Cuando estuvo tan mala con fiebre no hacía más que gritar llamando a un hombre, Jasper, pero cuando le pregunté después, me dijo que ella no había estado enamorada de él. Nunca se me olvidará la cara de náuseas y el gesto —¿de dolor?, ¿culpa?— con el que me miraba.

Por eso, hoy, cuando la vi, supe que Tilly estaba preocupada y que no era verdad que se encontrara mal. Enseguida sospeché que tenía que tener algo que ver con esa mujer espantosa a la que ahora considero responsable de todos los horrores de esta tarde.

Dejé que se fuera, y Tilly se subió a su alcoba y cerró la puerta sin hacer ruido. Yo también estaba nerviosa, como si me hubiera contagiado su estado de ansiedad, y decidí que saldría al jardín a mediodía, que es cuando suele llegar la 135, con la idea de encontrar la forma de acercarme a ellas para escuchar su conversación y sus planes o, si no lograba esconderme, interrumpirlas. Y si llegaba a averiguar que de verdad Tilly estaba planeando alguna locura tan

grande que mi padre no pudiera perdonarla, o tramando algún plan que pudiera hacerle terminar en la cárcel, se lo impediría.

Dieron las cuatro y la puerta de Tilly seguía cerrada. Mi habitación está al lado de la suya, de modo que la habría oído si hubiera salido al pasillo o hubiese ido al ala este a buscar algo de comer. Salí a buscar a la 135 al jardín. No estaba. Sin embargo, dado que el tiempo ya es más fresco y seco, la prisionera suele estar trabajando en el jardín desde las tres, por lo que no podía estar lejos, así que busqué un escondrijo cerca de la parcela de Tilly, entre los arbustos que hay detrás de las hortensias, y me senté en el suelo a esperar.

Al principio me daba el sol en el pelo y era agradable. La tierra y la hierba olían bien; supongo que es el olor de la naturaleza, del que tanto nos hemos alejado con nuestras vidas de reclusión en casa. Tilly ha dicho muchas veces que las tareas de jardinería la ayudan a sentirse un poco más libre, y no como un pájaro en una jaula. Es lo mismo que me pasa a mí cuando me subo a los árboles.

El tiempo pasaba, el sol se desplazó y comenzó a hacer más frío entre las sombras, y como seguía sin oír ni a Hettie ni a Tilly, empecé a temerme lo peor.

Sin embargo, el jardín es enorme y todo el mundo sabe que me gusta escuchar las conversaciones ajenas, por lo que no me pareció tan peregrino pensar que hubieran podido quedar en el perímetro para que no intentara espiarlas. Me levanté, me sacudí la falda y eché a andar entre los crujidos de las hojas secas. Recorrí todo el jardín y los bordes, pero no vi a nadie.

Y eso me pareció muy extraño, porque Hettie viene a trabajar todos los días menos los domingos.

Volví a entrar en casa. De la cocina llegaba el olor de la carne y el hojaldre que estaban preparando para la cena y me rugió el estómago. Crucé el vestíbulo y subí al dormitorio de Tilly. Puse la oreja detrás de la puerta. Nada. Llamé.

Nada.

Abrí. No estaba allí.

¿Dónde estaba?

Salí de la habitación, cerré la puerta con cuidado, bajé, volví a salir al jardín y me dirigí hacia la higuera gigante que está al norte de la casa. Notaba la corteza fría en los dedos conforme trepaba por las ramas lo más alto que pude. Tenía muchas hojas y ramas que no me dejaban ver bien, pero a pesar de todo se entreveían la empalizada con los barracones, los cañaverales y los campos de pastoreo. Tilly llevaba un vestido rojo oscuro, así que seguramente se

distinguiría entre los uniformes blancos y azules. Pero no se veía ninguna mancha roja por ninguna parte.

Por algún motivo volví a mirar hacia los campos de azúcar. Hoy había algo distinto. De pronto me di cuenta: no había nadie, ni prisioneros de blanco ni carceleros de azul. Seguí oteando un buen rato. Las cañas estaban muy altas, así que pensé que a lo mejor no las veía porque quedaban ocultas entre las plantas doradas. Pero tenía que ser algo más, porque no se veía ningún movimiento entre los caminos de los cañaverales. De pronto se me ocurrió que a lo mejor la 135 ya se había fugado y habían puesto en marcha el protocolo de búsqueda y captura y que por eso todos los prisioneros habían vuelto a sus celdas.

Pero no. Los prisioneros y los vigilantes estaban en los otros campos, los que se extendían cerca de la empalizada, no muy lejos de la entrada de la herrería.

«¡Nell!».

Era la voz de papá. Estaba en el porche, mirando a izquierda y derecha, buscándome. Me bajé de la higuera, corrí hacia él y lo abracé. Cuánto me habría gustado poder contarle lo que había oído y lo que sospechaba, pero hay que entender que yo aún no estaba segura (todavía no me explico cómo Tilly ha podido pensar que era buena idea), así que no le dije nada por miedo a que papá se enfadara conmigo, con Tilly o con las dos.

«Tilly no se encuentra bien y lo más seguro es que no baje a cenar esta noche —me dijo—, y como a mí todavía me queda mucho trabajo que hacer, ¿te importaría ir a cenar tú sola a la cocina? Solo tienes que avisar a la cocinera cuando tengas hambre».

«Vale».

Tilly le había mentado. No estaba mala. Estaba allí fuera, en algún sitio, haciendo algo, pero yo no sabía ni dónde ni qué.

Papá miró en derredor admirando el jardín a la pálida luz del sol.

«Hace una tarde estupenda. Ten cuidado al subirte al árbol».

Quería preguntarle si sabía por qué la 135 no estaba allí. Debería haberlo hecho. Debería haberlas delatado. Debería haberle contado todo lo que sabía.

«Sí, no te preocupes», le dije.

Me dio un beso en la frente y volvió a su despacho.

Yo me senté en el porche, con la cabeza entre las manos, sin dejar de darle vueltas a todo aquello. Hettie no estaba, Tilly no estaba, las había oído hablar de sacar a Hettie de la isla... Ninguna de las dos había usado la palabra «fuga», pero ¿qué otra cosa podía significar? Las oí ayer, pero no me pude acercar lo

suficiente como para oír los detalles. Tilly le dijo a Hettie que tenía varias cosas e ideas. ¿Qué otra conclusión podía sacar que no fuera que Tilly estaba ayudando a Hettie a escapar? Pero si decía que Hettie no estaba trabajando donde debía y que se había ido, Tilly resultaría implicada y le podrían pasar cosas muy malas. Y como no quería que le pasara nada malo, la única solución era que yo se lo impidiera.

Pero ¿dónde estarían? ¿En los manglares? ¿En Los Seis Metros? ¿Escondidas entre las cañas? Yo no me puedo dividir en tres. No podía buscar en los tres sitios al mismo tiempo. Todo me superaba y estaba muy, muy cansada, así que volví a subirme al árbol para mirar desde allí. Todavía esperaba que al mirar hacia el jardín las viera donde antes no había mirado: Hettie arrancando hojas y Tilly a su lado, mirando con cautela a su alrededor por si aparecía papá, que le había prohibido que saliera al jardín.

Pero no las vi. Por encima de donde yo estaba había una rama más alta, desde la que estaba segura que podría escudriñar mejor toda la zona. Me colgué de ella con los brazos para comprobar si podría resistir mi peso. Se dobló pero no se rompió, así que me encaramé quedándome con la barriga sobre la rama, con los brazos y los pies colgando, y así fui arrastrándome un poco hasta que por fin pude ver un poco mejor entre el follaje.

Y vi a Tilly. El pañuelo gris y el vestido rojo oscuro. La vi un instante en el borde del cañaveral y enseguida se metió y desapareció entre las cañas.

Me sorprendió tanto verla que casi me caigo de la rama. Me bajé lo más rápido que pude y aterricé de un salto encima de la hierba húmeda. Eché a correr por el camino, esquivando las carretas que volvían de la empalizada. Un guardia me gritó:

«¡Señorita! ¡No puede bajar por ahí!».

Pero yo ya había saltado una cerca de un campo de vacas y seguía corriendo hacia los cañaverales para alcanzar a Tilly, para decirle que se olvidara del disparate que pensara hacer y que se volviera conmigo a Starwater, a cenar pastel de ternera, a una vida mucho más sencilla y feliz.

Con las prisas, pisé una montaña de excrementos de vaca, me resbalé y caí de culo. Me dolió pero no grité porque no quería que nadie me oyera y me persiguiera, así que me levanté como pude y seguí adelante más despacio, cojeando, hacia el cañaveral en el que había visto desaparecer a Tilly.

El olor fue la primera señal. Olía a humo. Era un olor acre y dulce.

De repente entendí por qué estaba vacío el cañaveral. No había prisioneros ni

vigilantes porque iban a quemar las cañas. Distinguí unas sombras en la penumbra. Había hombres andando por el perímetro de los campos de caña de azúcar, estaban dándole fuego a varios montones de hojas de caña secas.

«¡No! —grité—. ¡No!».

Y eché a correr lo más rápido que pude para llegar a los campos y salvar a Tilly. La iban a quemar viva.

Con un crujido agudo e intenso, el primer fuego cobró vida. Seguí corriendo hacia allí, sin pensar en mi propia seguridad. Era el campo en el que había entrado Tilly. Frené de pronto cuando el fuego se tragó el aire. Las llamas se redoblaban una y otra vez, elevándose en inmensas volutas hacia el cielo, propagándose a gran velocidad hacia el centro del campo al tiempo que los ratones y las serpientes salían huyendo despavoridos colándose entre mis pies. El olor a melaza quemada, dulce y punzante, era insoportable. El humo naranja cubría el azul del cielo. Suavemente, unas cenizas negras empezaron a caer como la nieve. Me había parado en el borde de uno de los campos, viendo cómo ardía y se convertía en un infierno de humo y llamas, viendo cómo los otros campos prendían fuego, sabiendo que ella estaba allí, sabiendo que no volvería a salir.

Uno de los guardias me encontró, media hora más tarde. Estaba negra de hollín, llorando en el suelo.

«¿Señorita Holt? —dijo, levantándose por los brazos—. ¿Está herida?».

Sollocé. Apenas podía articular palabra.

«La señorita Lejeune se ha quemado viva».

«¿Qué?».

«La vi entrar en el campo justo antes de que le prendieran fuego».

«¡Dios mío!».

El hombre empezó a gritar órdenes. Se creó muchísimo ruido y confusión a nuestro alrededor, aparecieron un montón de hombres con linternas que recibían contraórdenes, había que parar el fuego de inmediato. Pero era demasiado tarde, ya era demasiado tarde, ¿por qué no lo entendían?

El guardia de prisiones, cuya cara no logro recordar porque en aquel momento estaba demasiado perdida entre el dolor y el miedo, me llevó por la colina hasta Starwater. Papá, que había sido informado de que ocurría algo, estaba en el porche poniéndose el abrigo.

«¿Nell?», preguntó, totalmente desconcertado al verme.

El guardia me dejó en las escaleras, donde me quedé sin parar de llorar.

«Dice que ha visto a la señorita Lejeune entrar en el cañaveral justo antes de que le prendiéramos fuego».

No vi la cara de papá porque seguía llorando con la cabeza metida entre las rodillas, pero el silencio fue largo y casi me pareció oír su dolor en la respiración mientras intentaba recobrar la voz.

«Encuéntrenla —consiguió decir con la voz rota por el dolor—. Mande a todos los hombres a buscarla».

Se tiró a mis pies, insensible ante mi sufrimiento por la intensidad del suyo.

«¿Estás segura? ¿Estás segura?».

«La vi desde el árbol y bajé corriendo a llamarla».

«La higuera está muy lejos de los campos de caña de azúcar».

«Vi su vestido rojo».

Me miró, comprendiéndolo horrorizado. Y entonces me abrazó con fuerza y lloré contra su pecho.

Todavía están buscándola. Pero ya no quedará nada de ella que encontrar. Papá sigue ahí fuera, sigue creyendo que podría estar a salvo. Yo estoy sola en la casa. No sé lo que ha sido de la 135, solo puedo suponer que estaría escondida en el cañaveral para lo que quiera que hubieran planeado. Pero no sufro por la prisionera. Le echo la culpa de todo. De algún modo consiguió convencer a Tilly. Y la ha matado, igual que mató a su marido.

## VEINTIUNO

### JUNTOS Y SEPARADOS

Mientras Joe y yo abríamos la puerta del cobertizo del varadero al día siguiente, le hablé del diario.

—Quiero decir, ha sido estupendo leer las demás partes del diario, pero es que esta es increíble, con una evasión y gente que muere quemada en los campos de caña de azúcar. Parece una novela, más que un diario.

—A lo mejor se lo inventó —dijo Joe mientras abría una de las puertas y Julian intentaba abrir la otra—. A ver, déjame a mí, campeón —le pidió al tiempo que sujetaba la puerta en el gancho de la pared.

—Pues no sé, a lo mejor. Pero la verdad es que no pude dormir después de leerlo. ¿Quién era Tilly? ¿La institutriz? Eleanor dice que le enseñó latín y griego. ¿O sería la novia del superintendente?

—O las dos cosas.

—Sí, hombre, qué romántico, como *Jane Eyre*.

Me sonrió.

—¿Puedes llevarte a Julian a otro sitio mientras engancho la lancha al coche y la saco?

—Vamos, Julian —dije cogiéndolo de la mano.

Nos fuimos a la hondonada de arena, donde Julian encontró una piedra totalmente redonda.

—Mira —me dijo acercándomela mucho a los ojos.

—Es preciosa.

—Parece una canica —dijo—. Hace mucho que no juego a las canicas. ¿Tú sabes jugar?

—Jugaba de pequeña, hace mucho tiempo.

—Pues a lo mejor podrías venir alguna vez a casa a ver a papá y así jugamos los tres.

—Estaría bien —le dije sonriéndole con naturalidad.

—Porque a ti te gusta estar con papá y conmigo, ¿verdad?

—Sí, claro.

Él también me sonrió, y tuve la neta sensación de haber pasado algún tipo de prueba. Joe me llamó y me dirigí con el móvil hacia donde él estaba, preparada para empezar a sacar fotos que pudiéramos poner en alguna página en la que se vendieran embarcaciones.

—No tengo ni idea de qué es lo importante para vender una lancha.

—Tú sácale fotos a todo y después eliges las que más te gusten —propuso.

—¡Papá! —gritó Julian desde el cobertizo—. ¿Puedo jugar aquí?

—Pues claro, campeón, pero no te subas a ningún sitio, que está todo muy viejo, ¿vale?

Julian asintió y volvió a meterse en el cobertizo.

—Ahí dentro no hay nada a lo que se pueda subir, ¿no? —pregunté.

—Hay una plataforma, con una especie de buhardilla. Está llena de redes de pesca viejas, remos y cosas así. —Alargó la mano—. A ver, déjame el teléfono un momento.

Se lo di y fotografió muy de cerca los motores y el puente de mando.

—Ese desgarrón en el asiento no queda muy bien —dijo.

—Podríamos saltárnoslo y hacer fotos a otras cosas.

—No, mira, siéntate y sonríe.

Me reí y me subí a la lancha. Me senté sobre el desgarrón con los brazos extendidos sobre el respaldo del banco, sonriendo.

—¿No es publicidad engañosa? —pregunté.

—No, en la descripción diremos que necesita algunas reparaciones menores —dijo mientras empezaba a hacer fotografías—. Contigo salen más bonitas las fotos, Nina.

Lo miré, tenía la cabeza ladeada mientras observaba las fotografías y sentí una oleada de afecto y ternura que casi me deja sin respiración. Levantó la mirada. Yo estaba a punto de decir algo, no sé lo que era, seguramente alguna tontería, cuando de pronto oímos un crujido muy fuerte, un grito y un golpe tremendo en el cobertizo.

Joe se quedó pálido.

—Julian —susurró antes de darse la vuelta y salir corriendo hacia el cobertizo—. ¡Julian! ¡Julian! ¡No, no, no, no!

Yo salí corriendo detrás de él, pasando de la brillante luz del día a la oscuridad del cobertizo. Y enseguida vi lo que había pasado. La plataforma



estaba partida por la mitad y había quedado colgando porque el travesaño de madera que la sostenía se había quebrado. Julian estaba en el suelo, totalmente quieto, y no respiraba. Joe se arrodilló a su lado, pero era incapaz de hablar ni de pensar. Solo decía: «Dios mío, Dios mío, Dios mío» una y otra vez, completamente paralizado.

Rápidamente me arrodillé frente a él. El suelo de madera astillado me arañó las rodillas. Yo había hecho un curso de primeros auxilios cuando trabajaba en la guardería, pero nunca había tenido que ponerlo en práctica.

—Llama a una ambulancia —le dije a Joe.

Al oírme, reaccionó. Todavía tenía mi móvil en la mano y lo oí hablar con la operadora del servicio de emergencias mientras yo le buscaba el pulso a Julian y empezaba a hacerle la respiración boca a boca y le oprimía rítmicamente el pecho. La adrenalina me subió hasta el límite. De repente, la vida se me hizo algo mucho más real y objetivo, como si todo fuera más evidente y penetrante.

—Venga, Julian —dije mientras seguía intentando reanimarlo, oprimiendo el pecho pequeño y huesudo e intentando meterle aire en los pulmones.

Y de pronto, como si fuera un milagro, jadeó y empezó a respirar por sí mismo.

—Gracias, Dios mío, gracias, gracias —dije.

Joe me apartó.

—¿Julian? ¿Julian? Aguanta, campeón. El helicóptero está a punto de llegar —le decía pasándole los dedos nerviosos y temblorosos por la frente mientras se ponía a su lado—. Aguanta, campeón. Te has ganado un viaje gratis en helicóptero.

Julian abrió los párpados, se le pusieron los ojos en blanco y los volvió a cerrar. Estaba recuperando el color y el ritmo de la respiración.

—Te quiero, mi niño —le dijo Joe sin dejar de mirarlo en ningún momento.

Yo me quedé a un paso de ellos, esperando a que se oyera llegar al helicóptero.



Todos mis problemas se volvieron pequeños e insignificantes al ver como el helicóptero se alejaba con Julian y Joe, mientras Lynn y Douglas también lo veían alejarse cogidos de la mano y llorando de impotencia y miedo. Ellos se

fueron al muelle para coger el primer transbordador que los pudiera llevar a la ciudad y yo les hice prometer que me llamarían en cuanto supieran algo, pero hasta que no se marcharon no me di cuenta de que no les había dado mi número y que, de todas formas, el móvil no me funcionaba casi nunca.

Así que me pasé casi toda la tarde dando vueltas por la casa, de un porche a otro, sin parar de pensar en qué sería del pequeño. No podía dejar de pensar en la sensación de sus costillas debajo de las palmas de mis manos, en la voz angustiada de Joe.

Sobre las nueve de la noche llamaron a la puerta. Fui a abrir con el corazón en un puño. Era Donna, la dueña de la tienda.

—Hola —le dije.

—Lynn me ha llamado para pedirme que viniera. —Había empezado a chispear y vi que Donna tenía el pelo húmedo—. Quería llamarte, pero no tenía tu número.

—¿Julian? —pregunté sin respiración.

—Está estable. Tiene dos costillas rotas y un fuerte traumatismo craneal, y le han inducido el coma hasta que se reabsorba la hinchazón del cerebro, pero dicen que se recuperará, que volverá a estar bien. —Donna me tocó la mano—. Le has salvado la vida, Nina. Lynn me ha dicho que no les bastará toda la vida para agradecértelo.



Todo estaba muy callado sin Joe en la casa. Se quedaría en el hospital hasta que Julian se recuperara. Lo echaba de menos. Lo echaba mucho más de menos de lo que me esperaba. Lynn y Dougal vinieron para darme el ramo de flores más grande que he visto en la vida, pero todavía no he ido a cenar con ellos aunque me invitaron y las flores se han marchitado porque se me olvidó cambiarles el agua. Estaba escribiendo. No mucho, pero estaba escribiendo, todos los días, bajo la atenta mirada del gato de madera de Eleanor. Con todo, estaba segura de que no conseguiría respetar el plazo, así que decidí que tenía que llamar a Marla para decírselo y afrontar las consecuencias que pudieran derivarse.

Bajé a la cabina a mediados de la semana en que tenía que entregar el manuscrito. Marqué su número y esperé hecha un manojito de nervios. Me contestó su secretaria, que enseguida me la pasó.

—Hola, Nina, ¿cómo estás?

—Eh... —Se me atragantaron las palabras.

Marla suspiró.

—No soy tonta, Nina —me dijo—. Ya te he pedido una prórroga y te la han concedido.

—Ah, ¿sí? ¿De cuánto?

—Otras seis semanas, pero con eso nos acercaremos tanto a la Navidad que no creo que nadie se espere el manuscrito antes de enero.

Me sentí increíblemente aliviada.

—¿Desde cuándo lo sabes?

—Hace más de un mes, pero no te lo he dicho porque no quiero que te duermas en los laureles.

—No lo estoy haciendo —le dije molesta—. Te prometo que no estoy aquí de vacaciones.

Me contestó con un tono de voz más amable.

—Nina, cariño, perdona, pero es que he tenido que alterar los planes de muchas editoriales y enfrentarme a la rabia de los que afirman que no serás capaz de terminar el manuscrito. Pero yo creo en ti. Por favor, no me defraudes.

Quería decirle: «No te fíes de mí», pero no lo hice.

—No lo haré —le aseguré.

—Bueno, y ahora tenemos que hablar de otra cosa.

Me recosté contra el cristal de la cabina retorciendo el cable del teléfono.

—Dime.

—Una periodista te ha estado buscando.

Me dio un vuelco el corazón.

—¿Elizabeth Parrish?

—Sí, ella.

—No hables con ella, por favor. No tengo nada que decirle. Creo que se está preparando para darme un buen hachazo.

—¿Quieres que me encargue de eso?

—Sí, por favor. Ponle alguna excusa. No tengo nada que decirle.

—Eso está hecho. Y ahora, vuelve a tu mesa, quédate en la isla y por favor termina ese libro.

—Eso está hecho —dije utilizando su misma frase, y esperando que esta vez fuera verdad.

•

Aquella tarde, Elizabeth Parrish me mandó un ultimátum.

«Si no habla conmigo, empezaré a hablar con otros de usted».

No le hice caso. Sabía que tarde o temprano tendríamos que mantener una conversación, pero no en aquel momento. La viuda Wayland estaba a punto de resolver un caso y yo no se lo iba a impedir.

•

Por fin volvió Joe.

Acababa de encender la luz de la cocina para preparar la cena cuando oí unos pasos en el porche de la entrada principal. Unos nubarrones habían oscurecido el cielo y parecía más tarde. Salí a la puerta antes de que llamara.

—¡Hola! —dije con demasiado entusiasmo.

Joe me sonrió.

—Hola, cuánto tiempo.

Empezó a llover. Se oyeron truenos en la distancia.

—¿Cómo está Julian?

—Se ha quedado en casa de mi madre, está en la habitación que ellos no usan, con un cómic de los *Jóvenes vengadores* y un paquete de patatas fritas. Llegamos esta mañana.

—Me alegro mucho.

—¿Puedo pasar?

—Claro.

Me aparté para dejarlo entrar y cerré la puerta tras él.

—Mira, tengo que pedirte perdón —me dijo antes de que me diera tiempo a decirle que se sentara e invitarlo a una copa.

—¿Por qué?

—Por aquel día. Ni siquiera te he dado las gracias. En mi favor solo puedo decir que no sabía lo que hacía.

Le toqué el hombro.

—Quiero que sepas que no he pensado ni por un momento, en todos los días que han pasado desde el accidente, que tuvieras que acordarte de darme las gracias por nada.

Me apartó la mano del hombro, pero la cogió y me acarició los dedos suavemente, casi ensimismado, como si fuera lo más normal.

—Lo peor es que yo también sé hacer la reanimación, podría haberlo salvado, pero me quedé paralizado. Solo pensaba: «Está muerto, está muerto». —Se le entrecortó la voz.

—Tuvo que ser horrible para ti.

Se recompuso y me miró a los ojos.

—Pero tú estabas allí. Gracias de verdad, Nina.

Le sonreí. El tiempo se paró y se intensificó. Sabía lo que iba a pasar; era totalmente real y emocionante. Me atrajo hacia él tirándome suavemente de la mano y me abrazó. Le eché los brazos por el cuello. Notaba el calor de su piel, su olor. Me puso los labios sobre los míos, eran suaves y firmes al mismo tiempo, insistentes y dulces. Arquee el cuerpo hacia atrás y él me bajó las manos por la curva de la espalda. La pasión se disparó.

Separó los labios de los míos y me besó el cuello.

—Lo supe desde el primer día que te conocí —dijo—. Sabía que ibas a ser muy importante para mí. No sabes lo importante que eres para mí.

Se despertaron los remordimientos en lo más profundo de mi ser.

—Te quiero, Nina —dijo con toda la naturalidad del mundo.

Me volvió a besar apasionadamente. Yo también lo quería a él, pero no me atrevía a decirlo en voz alta.

—Espera, espera —le dije apartándolo un poco—. Esto...

Estaba a punto de decir «no está bien», pero al verlo en la penumbra, con la lluvia que caía fuera a raudales, supe que no había nada malo en lo que sentía por él.

Joe sonrió con un gesto travieso que me derritió por dentro.

Recuperé el aliento.

—Nada, nada —dije.



La tormenta descargó toda su furia y pasó, comimos en la cama y dormimos abrazados. El día siguiente y todos los que estuvieran por llegar se desvanecieron. Ni plazos, ni pecados ni secretos. Solo Joe y yo, piel con piel, en la suave oscuridad de la mañana.



Joe se levantó al romper el alba. Se estaba poniendo los vaqueros cuando abrí los ojos.

—¿Adónde vas?

—Me siento fatal. Es la primera noche de Julian fuera del hospital y yo no estaba allí para meterlo en la cama.

—Había una tormenta terrible, no podías volver a casa —le dije mientras me incorporaba—. Y tus padres estaban allí con él.

Se sentó, sin camiseta, y alargó la mano para acariciarme la cara.

—De todas formas, tengo que ir.

Le sonreí, feliz.

—Espera —le dije antes de saber ni qué le iba a decir.

Me miró con curiosidad.

—No puedo tener hijos. O sea, no me puedo quedar embarazada.

—¿Y?

«¿Y?».

—Por eso rompimos Cameron y yo. Y sé que tú querías tener más hijos... —dejé la frase sin terminar, sintiéndome idiota.

—Quería. Pero ya no. Julian tiene ocho años. No quiero volver a la época de los bebés, es agotador. —Se inclinó y me besó—. ¿Desde cuándo le estás dando vueltas a eso?

Me reí.

—Desde el primer día.

—Bueno, pues me alegro de que por fin puedas quitártelo de la cabeza. ¿Hay algo más que quieras decirme? ¿Algún otro secreto espeluznante? —dijo con gesto de miedo.

Y entonces lo besé yo.

—Me voy —dijo.

Cuando se fue, me quedé en la cama un buen rato sin dejar de sonreír, y cuando el teléfono sonó, respondí sonriendo.

—Nina, soy Marla.

—Hola, Marla. Iba a ponerme a escribir. Por fin empieza a mejorar todo y...

—He hablado con Elizabeth Parrish.

Se me erizó la piel. Me hablaba con tono cortante, casi enfadado.

—¿La periodista?

—Sí, la periodista. Cuando le dije que no podía hablar contigo, me contó por qué está escribiendo sobre ti. —Pasó un momento de silencio mientras el móvil perdía la señal y volvía a recuperarla—. ¿Quieres saberlo?

Se me encogió el corazón. Sabía que estaba a punto de pasar algo malo. Conseguí que no me temblara la voz.

—Supongo.

—Dice que ha consultado los archivos de Stanley and Walsh Publishers, de 1926 a 1929. Ha encontrado unas cartas...

—No —dije en voz alta; o quizá fue solo en mi cabeza.

—Era la correspondencia entre los editores y una mujer que se llamaba Eleanor Holt a la que se le rechazaban una serie de manuscritos sobre un personaje llamado viuda Wayland.

Abrí la boca y la volví a cerrar, incapaz de hablar.

—Por favor, Nina, por favor dime que solo te has inspirado en ellos. Por favor dime que no has plagiado esos libros.

Colgué, apagué el móvil y lo tiré en una esquina.

Era el fin.

# VEINTIDÓS

## EL COBERTIZO

1892

Tilly se sentía muy mal por no respetar la prohibición de entrar en el jardín y además le daba miedo que pudieran descubrirla. No es que Sterling estuviera siempre allí para vigilar, pero Nell era un poco más difícil de evitar. Una semana después de haberle dicho a Hettie que la ayudaría a escapar, Tilly cerró la puerta de su cuarto sin hacer ruido y salió por la ventana, que daba al porche. Si rodeaba toda la casa por detrás no tenía que pasar por delante de la ventana de Nell ni la del despacho de Sterling. Bajó por las escaleras de atrás, pasó por detrás de la cocina y rodeó la casa en dirección norte, y desde allí llegó al jardín.

Hettie le había dicho que necesitaba una semana para pensárselo. Al principio, Tilly se quedó estupefacta. ¿Es que no quería escapar de la cárcel, huir de la isla para abrazar de nuevo a sus hijos? Fuera como fuese, le dijo que se tomara el tiempo que necesitara, y después se pasó toda la semana preocupada pensando que a lo mejor Hettie la traicionaba informando a Sterling. Cada vez que oía pasos en el porche se sobresaltaba, pensando que podía ser un guardia que iba a contarle a Sterling lo que había hecho.

Pero allí estaba, una semana más tarde, y Hettie la estaba esperando cerca de su jardín. Se volvió al oírla llegar. Tenía buena cara y le brillaban los ojos de emoción.

—¿Hettie?

—Sí —le dijo—. Sí, lo haré, vamos a hacerlo. Ya sabía que le diría que sí desde el primer momento, pero tenía que pensar... Siento mucho haberlo matado, lo siento de verdad, pero mis niños...

En ese momento Tilly se dio cuenta de que en lo más profundo de su corazón



había esperado que Hettie le dijera que no. Participar en una evasión era un asunto muy serio, y sin embargo era lo único que podía hacer para absolverse a sí misma de su propia culpa. Cogió la mano callosa de Hettie entre las suyas.

—Sé que lo sientes, pero se lo merecía. —No como Jasper. No como Chantelle—. Podría haberte matado algún día, a ti o a los niños.

—Entonces, ¿cómo lo hacemos? —quiso saber Hettie—. Tenemos que planearlo bien. Muchos lo han intentado pero no lo han conseguido.

—Porque lo han hecho solos, con malos materiales y sin recursos. Por eso tu caso es distinto. Yo puedo ayudarte. —Tilly bajó la voz y miró a su alrededor—. Creo que puedo conseguir una barca.

Hettie abrió los ojos como platos.

—¿En serio?

—Y juntas encontraremos el camino hacia el continente y nos alejaremos de esta isla para siempre.

—¿Juntas?

Tilly asintió con determinación. Quedarse suponía un riesgo demasiado alto. No era ninguna ingenua, y sabía que podían mandarla a la cárcel si intentaba ayudar a escapar a un prisionero. Por lo tanto, dejaría atrás aquella isla, y con ella el nombre de Chantelle Lejeune, y toda su vida volvería a empezar en cualquier otro sitio. Encontraría un trabajo lejos de allí, donde a nadie le importara quién era y de dónde venía. Quizá sería más seguro volver a su usar su verdadero nombre, Matilda Kirkland. Una mujer de otra época.

Hettie le apretó la mano.

—Entonces tenemos que empezar a prepararnos. Tenemos que ser listas y cautelosas.

—Y no podemos apresurarnos.

—Si esperamos a que empiece el invierno, cuando el sol se pone más temprano...

—¿Dentro de un mes, entonces?

—Dentro de un mes.



Una barca. Tilly necesitaba una barca. No una balsa hecha con palos y ramas que pudiera ir recogiendo por ahí para atarlos con la cintura de un pijama. Ese era el

tipo de embarcaciones que solían hacer los prisioneros, que se las iban construyendo durante meses y las dejaban escondidas entre los manglares cubiertas de hojas y fango. Sterling decía que rastreaban la zona con regularidad y que habían encontrado muchos botes a medio hacer, pero que ninguno de ellos era apropiado para salir al mar. Si los prisioneros conseguían salir de la isla, al final terminaban hundiéndose en las oscuras aguas del océano, donde los devoraban los tiburones.

Pero Tilly sabía que había barcas en la isla, en el cobertizo. Lo dijo Sterling cuando se perdió Nell, y también dijo que la niña sabía en qué cajón de su despacho guardaba las llaves del cobertizo. Pero sería una locura preguntarle a Nell. La curiosidad de la niña desbarataría todos sus planes. Por eso decidió buscar las llaves ella sola.

Esperó en la cama, despierta, hasta muy tarde. No le costó nada evitar el sueño. No dejaba de darle vueltas a todo. A veces pensaba en lo que había hecho y otras en lo que iba a hacer, y estaba aterrorizada. A ella no la habían educado para esas cosas; para incendiar casas y participar en una evasión. A ella la habían educado para tomar el té y conversar de modo manso y sumiso. Sin embargo, todas esas cosas habían pasado, y tuvo que aceptar que ella no era ni mansa ni sumisa. Nunca lo había sido.

Mucho después de medianoche, cuando la casa estaba en silencio y solo se oía el viento de fuera y el tictac del reloj en el salón, se levantó y cogió una vela. El suelo crujía al pisar, así que se movió muy despacio. Pasó por delante de la habitación de Nell, cruzó el salón y se dirigió al despacho de Sterling.

El pomo estaba frío. Lo giró y la puerta se abrió. Entró y cerró. Se sintió sobrecogida por el olor. Su olor. Tilly puso la vela en la mesa. Las sombras ondeaban sobre los lomos de los libros de cuentas, las pilas ordenadas de papeles, los tinteros y las plumas, e incluso sobre el mapa de la bahía de Moreton que estaba colgado en la pared. En las libretas de papel secante había imágenes de aves, algunas con las alas extendidas, otras de pie entre las rocas o en el agua. Eran muy bonitas, suaves esbozos hechos con finura y elegancia. Le fascinó la idea de que Sterling fuera un artista; siempre le había parecido un hombre muy práctico, un amante del arte pero no un hombre que pudiera tener tiempo para dedicarse a él. Y, de hecho, no lo tenía. Solo eran libretas de papel secante.

Tilly intentó concentrarse. No era el momento de reflexiones, ni mucho menos de enamorarse aún más de Sterling. El plan que había puesto en marcha

la alejaría de él para siempre; la doble responsabilidad de liberar a Hettie y negarse a sí misma el amor de Sterling la absolvería de sus pecados. En vez de soñar despierta pensando en Sterling, tenía que registrar los cajones.

Empezó por el escritorio. Encontró dos llaves atadas con una cuerda. ¿De verdad iba a ser tan fácil? Las dejó en la mesa y abrió el otro cajón. Estaba lleno de papeles en blanco, como los que Sterling le daba a Nell. En el siguiente cajón había cajas con botes de tinta y otra llave; esta estaba metida en una arandela con una etiqueta de papel, pero en la etiqueta no había nada escrito. La puso con las otras. Se fue a la cajonera que había detrás de la mesa. Tenía cuatro cajones. Entre un montón de carpetas vacías, lápices, velas, cerillas, apagavelas, reglas y gomillas, encontró otros dos juegos de llaves. En total, siete. Miró a su alrededor. No había más cajones.

Se sentó en la silla de Sterling y miró detenidamente las llaves. ¿Cuál sería la del cobertizo? La única forma de descubrirlo era bajar inmediatamente allí e ir probándolas una a una.

Se las puso todas en la palma de la mano y volvió a su habitación. Se cambió, se puso las medias y los zapatos, levantó el cristal y salió por la ventana, igual que había hecho por la tarde. Hacía frío, pero el cielo estaba despejado, con un millón de estrellas, y el sendero que bajaba al cobertizo estaba seco.

La isla parecía desierta por la noche. Después de contar a los prisioneros y encerrarlos en sus celdas, los guardias se iban a dormir o se repartían en pequeños grupos alrededor de la oscura forma de la empalizada. Tilly se había puesto un vestido oscuro para no llamar la atención en caso de que hubiera alguien fuera a aquellas horas de la noche, pero, mientras estuviera andando por la carretera, no le daba miedo que la descubrieran. Al fin y al cabo, ella era una mujer libre, y con decir que había salido a dar una vuelta porque no podía dormir, se arreglaría todo. Donde tenía que tener más cuidado era en el cobertizo, aquello sí le daba miedo, por lo que siguió avanzando muy despacio, mirando hacia todos lados y aguzando el oído, percibiendo el movimiento de las hojas de las palmeras, el resplandor plateado de la luna y el rumor del mar en el rompeolas. Cerca del embarcadero estaba la torre vigía que usaban cuando algún prisionero se escapaba. En ese momento estaba vacía, como un fantasma blanco que se alargaba en la oscuridad.

La única luz que tenía era la de las estrellas y el fino gajo de luna. Separó las llaves entre los dedos. La primera era demasiado grande para la cerradura. La segunda entró pero no giraba. Tiró de ella, pero no salía. El terror se apoderó de

ella. La zarandeó, mirando espantada a izquierda y derecha. Con un repentino tirón, se desenganchó. Tilly esperó un momento. Se alejó unos pasos y escudriñó la zona. Nada, nadie. La tercera llave, la de la etiqueta, entró con facilidad. Respiró hondo y la giró.

Clic.

La cerradura se abrió. El pomo giró. La puerta se deslizó hacia fuera.

Tilly la abrió lo estrictamente necesario para colarse dentro y la volvió a cerrar detrás de ella. Al verse en la total oscuridad, imprecó por no haberse llevado una lámpara. Se quedó muy quieta, esperando a que los ojos se le acostumbraran a la oscuridad. Aun así, solo lograba distinguir unas cuantas sombras menos oscuras que la negrura que la rodeaba, así que alargó las manos poniéndoselas por delante y avanzó con cuidado. Inmediatamente se tropezó con la proa de una barca de remos. La palpó con las manos. Estaba del revés, al lado de otra igual. Supuso que habría varias, pero ¿dónde estaban los remos? Arrastrando los pies por el suelo polvoriento, con cuidado de no golpear nada y hacerse daño en las espinillas, se abrió camino por el cobertizo. Los remos estaban apoyados contra la pared del fondo. Los tanteó hasta notar que estaban sujetos a la pared con unos ganchos.

Satisfecha por haber descubierto dónde estaban las cosas más importantes del cobertizo, Tilly salió en silencio y cerró la puerta. Sabía que tenía que volver a la casa y dejar las llaves en su sitio, memorizando cuál era el cajón en el que se guardaba la llave de la etiqueta, pero tenía la cabeza embotada, de modo que se dirigió hacia el muelle, cruzó los travesaños de madera y se sentó en el borde, con las manos apoyadas en el suelo, dándole vueltas a todos los detalles del plan mientras el futuro se apresuraba a alcanzarla.



—Podemos salir por los manglares —le dijo Tilly a Hettie después de cuatro días de un viento tan fuerte que no le había permitido salir de casa—. Dejaré la barca allí.

—¿Cómo la va a llevar?

Estaban sentadas en el césped, protegidas por los arbustos de los arriates.

—Todavía lo estoy pensando. ¿Sabes con qué frecuencia sacan las barcas? ¿Las has contado?

—No tengo ni idea. —Hettie se sentó con las piernas cruzadas y se inclinó hacia delante—. Creo que no lo entiende. Me paso casi todo el día encerrada en la celda. Te asas en verano y te congelas en invierno. Vengo al jardín unas cuantas horas al día, y esa es toda mi vida, no hay nada más. No tengo ni idea de lo que pasa en la isla.

—Bueno, pues lo descubriremos. Pero tendrás que escaparte del jardín por la tarde, antes de que el guardia venga a recogerte.

Hettie inspiró y soltó el aire con una respiración temblorosa.

—Todo saldrá bien —la tranquilizó Tilly.

—¿Y si alguien me ve? El uniforme de la prisión es tan... blanco.

—Te dejaré uno de mis vestidos.

Hettie torció el gesto.

—A mí no me caben sus vestidos, Tilly.

Tilly levantó la mirada hacia el cielo, pensativa. Una gaviota planeaba en las alturas, llevada por las corrientes bajo las alas. Tilly sonrió mientras la observaba.

—¿Crees que esa gaviota disfrutaría lo mismo si supiera que está en una isla que es una prisión?

—Está en el cielo. El cielo no es una prisión. Ni el mar tampoco.

Tilly la miró.

—Te conseguiré dos vestidos. Uno para que te lo pongas ese día, y que se parezca a uno de los míos, así, si alguien te ve, pensará que soy yo y no irá a por ti; y el otro para después del viaje.

—¿De dónde los vas a sacar?

—Ya se me ocurrirá algo. Podría hacerlos yo, pero Nell me vería y empezaría a hacer preguntas. De todas formas, deja que te tome las medidas. ¿Tienes una cuerda por ahí?

—No, pero hay una colgada del limonero. Espere aquí.

Hettie se levantó y Tilly la esperó sentada en el césped. Tendría que ir a la ciudad. Solo tenía que pedírselo a Sterling, y estaba segura de que la dejaría ir. Apenas habían hablado desde que rompió el vaso de *sherry*. Él solía comentar algo después de cenar y ella le contestaba con frases breves y objetivas, pero siempre con cuidado de no parecer demasiado fría para que Nell no sospechara nada.

Se levantó cuando Hettie llegó con una cuerda.

—Levanta los brazos —le dijo.

Le rodeó el torso con la cuerda e hizo un nudo en el extremo derecho. Luego la deslizó e hizo lo mismo alrededor de la gruesa cintura y las caderas varoniles. En ese momento, Tilly tomó conciencia de la fuerza física de la mujer. Hettie siempre mantenía la cabeza gacha y una expresión sumisa con sus ojos dulces, por lo que Tilly nunca se había dado cuenta realmente de la robustez de su cuerpo. Pensó en lo que le había dicho Sterling, en cómo Hettie había apretado las almohadas sobre la cara de su marido; ahora se lo imaginaba perfectamente, con la fuerza de aquellas manos, la fuerza de los brazos y el tronco.

Tilly recogió la cuerda y se la pasó por las muñecas.

—Hettie —se atrevió a preguntar—, ¿por qué en el informe judicial no se menciona la violencia de tu marido?

—¿No dice nada? ¿Cómo lo sabe? —replicó levantando las cejas y enseguida frunció el ceño.

—Sterling dice que tenías..., que había otro hombre que te ayudó.

Hettie bajó la mirada con las manos juntas, cruzando y descruzando los dedos.

—Ya, claro, ¿cómo no iban a decir eso de mí? Tenía un amigo, sí, y lo quería. Y sí, deseaba tener una vida con él, pero sabía que eso era imposible, no soy tonta. —Hettie levantó de nuevo la mirada—. Míreme, Tilly. Yo no soy guapa, no soy joven, yo no soy como usted, con su piel tan blanca, su pelo brillante y sus pestañas largas. ¿Qué hombre me iba a querer? No, él solo era un amigo. Vivía en la otra parte de la calle y aquella noche, después de... defenderme... —Tragó saliva—. Aquella noche, después de darme un golpe en la cabeza con una sartén de hierro, mi marido empezó a amenazar a los niños. Había estado fuera un tiempo y volvió con ganas de desatar toda la furia que había acumulado, así que, aquella noche, después de asfixiarlo, fui a ver a mi amigo, mi vecino, y le pregunté qué podía hacer. Estaba desesperada. Él me ayudó a esconder el cuerpo entre unos matorrales. —Hettie respiró profundamente con los ojos vueltos hacia el mar—. Parecía muy tranquilo allí, echado debajo del árbol.

—¿Se lo contaste a la policía? ¿Al juez?

—Pues, claro. Pero, Tilly, condenaron a mi amigo también. Está en la cárcel por mi culpa. Con una sentencia mucho más corta. Por lo menos, me creyeron cuando les dije que él no supo nada del asesinato hasta después.

Tilly se quedó un momento en silencio.

—¿Usted me cree, no? —dijo Hettie con tono de desesperación—. Yo se lo dije, les conté a todos cómo me trataba y lo que me había hecho. Les enseñé los

cardenales.

—Sí, te creo —contestó Tilly—. No llevo mucho tiempo en este mundo, pero he visto muchas veces cómo los hombres tratan a las mujeres porque no les gusta su carácter y también he visto cómo las castigan por ello. He sido testigo de cómo piensan lo peor de ellas rápidamente, de cómo a una niña se la considera incontrolable solo por ser lista y precoz, y sé que piensan que nos dejamos dominar por nuestras pasiones mientras ellos se consideran racionales y capaces de juzgarnos. Yo te creo, Hettie Maythorpe, yo te creo.

Hettie esbozó una sonrisa.

—Tengo que irme y pensar en cómo vamos a hacer todo esto —dijo Tilly dándose la vuelta—. Vendré a verte cuando sepa algo. No te preocupes. Yo me encargo de todo.

—Espere, Tilly —dijo Hettie—. Tengo que preguntarle una cosa.

Tilly se volvió. La brisa fresca del mar le levantó el pelo de la nuca.

—Dime.

—¿Por qué está haciendo todo esto?

Tilly se quedó sin palabras. Había muchas respuestas posibles. Al final, dijo:

—Porque tengo que hacerlo.

Pareció que Hettie iba a preguntarle que se lo aclarara un poco más, pero después cambió de idea.

—Hasta pronto —dijo.

—Volveré en cuanto pueda —le aseguró Tilly.



Era muy temprano cuando Tilly se dirigió al despacho de Sterling. No había dormido bien, otra vez, y pensó en una explicación vana y rápida para explicar por qué tenía aquellas ojeras, pero después se recordó a sí misma que no tenía por qué gustarle a Sterling, que no tenía ningún futuro con él, así que lo mismo daba si le hubieran crecido dos cabezas. Llamó a la puerta con determinación y lo oyó decir:

—Adelante.

Tilly abrió la puerta.

La sorpresa de verla se le notó en los ojos, en el lenguaje corporal cuando enseguida apartó los folios y se levantó para recibirla.

—Tilly, no esperaba verla aquí.

—Tengo que hablar con usted antes de empezar las clases de hoy —le explicó con seguridad. No podía permitir que él la considerara irracional—. Quería pedirle permiso para ausentarme unos días de la isla.

—¿Para qué?

—Es un asunto personal.

Sterling asintió.

—Por supuesto —le dijo y se asomó a la ventana—. Hace una mañana preciosa. Vamos a salir a andar.

—¿A andar?

—Me ayuda a pensar.

—No hay nada que pensar. Necesito ir a la ciudad y necesito que me pague una parte de lo que me debe por mi trabajo aquí, y...

—Sí, le daré el permiso, eso no lo pongo en duda, pero hay otros asuntos que quisiera tratar con usted, y... —añadió y señaló a su alrededor— este no es el lugar más adecuado para hablar de ello.

Tilly dudó un instante. Todo su cuerpo y su corazón la empujaban hacia él, la incitaban a salir a pasear con él en una mañana tan clara y soleada, pero la cabeza le advirtió que no podía dejarse llevar.

—Vamos, Tilly. Un paseo corto. Diez minutos. Y después cada uno volverá a su trabajo.

—Muy bien —asintió Tilly, intentando parecer fría, por más que el corazón le latiera como loco.

Bajaron por la escalera principal y se encaminaron hacia la carretera. Tomaron el sendero del oeste, el que se alejaba de la empalizada y se dirigía hacia el pequeño tramo de playa. Sterling no habló durante un buen rato, manteniendo un gesto arisco conforme iban pasando por delante de sus hombres, que le iban dando uno a uno los buenos días.

Caminaba a buen ritmo, y Tilly tenía que apretar el paso para no quedarse atrás, al tiempo que le lanzaba miradas furtivas para ver si lograba intuir de qué querría hablar con ella.

—Aquí podemos sentarnos —dijo Sterling señalando una roca lisa en la que Nell y ella solían sentarse cuando bajaban a la playa.

Sterling se sentó en el borde para dejarle sitio, pero una pequeña parte de ella quería desafiarlo. Había bajado con él hasta allí y no estaba dispuesta a sentarse a su lado, de modo que se sentó en la arena, de cara al mar.



—¿Sabe que Nell llama a esta playa Los Seis Metros? —le dijo.

—No lo sabía.

Tilly se volvió.

—Ha hecho un mapa y no deja de añadirle detalles. Poco a poco le va poniendo nombre a todo. —Escondió una sonrisa—. A la escarpadura le ha puesto acantilado Sterling. Dice que es un nombre lo bastante severo para el sitio.

Sterling se inclinó hacia delante, con las manos entre las rodillas, mirando al mar.

—¿Severo? ¿Nell cree que soy severo?

Las olas eran bajas aquel día, se deslizaban suavemente por la arena y rompían con un susurro. En el aire flotaba un fuerte olor a gaviotas.

—No lo sé. Eso es lo que me dijo.

Sterling movió la cabeza.

—Quiero demasiado a esa niña.

—No existe eso de querer demasiado a alguien —replicó Tilly acalorándose—. Eso es algo que no se puede medir ni controlar. Solo hay que sentirlo. Es lo único moral que se puede hacer.

Sterling no dijo nada durante un rato, mientras a Tilly se le pasaban los colores y recuperaba la compostura.

Tilly lo observó mientras contemplaba el mar. Una gaviota voló sobre ellos. El sol le relucía sobre el pelo y el viento se lo echaba hacia atrás, dejándole al descubierto la frente, resaltándole la forma marcada de la nariz. No recordaba haber visto jamás una cara tan agradable de contemplar, y empezó a irritarse porque no le hablara, como si la hubiera llevado hasta allí solo para hechizarla con su maravilloso semblante.

—¿Por qué me ha traído aquí? —le preguntó—. ¿De qué quería hablar?

—Lo siento, yo... —dijo intentando encontrar las palabras. Seguía mirando al mar, entrecerrando un poco los párpados por el resplandor—. No te he tratado bien. La última vez que hablamos me di cuenta de que no te pedí perdón, y lo siento. A lo mejor eso te ayuda. Hablaba en serio cuando te dije que me gustaría que siguiéramos siendo amigos. Echo de menos nuestras conversaciones, pero últimamente no parece propensa a conversar conmigo.

Tilly no dijo nada por miedo a llorar.

Sterling la miró a los ojos, con mirada triste.

—Como hombre, como un hombre mayor que tú, en una posición de

responsabilidad, debería haberte cuidado más, a ti, tu honor y tu corazón — siguió diciendo—. Ya te lo he dicho alguna vez: de algún modo, el vivir en esta isla es como vivir apartados de la sociedad. Pasamos tanto tiempo entre gente que ha asesinado o vejado a otros que nuestro comportamiento parece irreprochable.

Silencio.

—¿Tilly? ¿Vas a hablarme?

—Todo lo que he oído hasta ahora es que, como tú eres un hombre, eres más capaz que yo de saber lo que está bien y lo que no para proteger mi honor, y que el hacer el amor fue tratarme de un modo inapropiado y que enamorarnos se puede comparar de algún modo a un comportamiento criminal —dijo.

—Yo no he dicho nada de eso.

—Lo has dicho todo.

—Estas malinterpretando mis palabras. ¿Por qué las mujeres tienen que ser tan...?

De pronto, se calló, pero ya había dicho lo suficiente para encender toda su furia.

Tilly se levantó.

—Tilly, te echo de menos, pero no podemos estar juntos todavía. Tenemos que tener paciencia, tenemos que controlarnos...

—¡Yo no quiero controlarme! —le gritó, se dio media vuelta y salió corriendo hacia la casa, dejándolo solo en la playa.



Nell y Sterling fueron al muelle a despedirla. Nell, que no sabía nada de los sentimientos de ambos, estaba alegre y entusiasmada.

—Disfrute de sus vacaciones —le dijo—. Cómprese algo bonito.

Tilly llevaba bastante espacio en la maleta para comprar varios vestidos nuevos, pero no los compraría para ella.

—Nos vemos dentro de una semana o así —contestó Tilly y le dio un beso en la frente—. Mientras tanto, sigue trabajando en tu nueva historia.

—Adiós, Tilly —dijo Sterling.

El sol le iluminaba el pelo oscuro y la piel. Tilly le vio las arrugas alrededor de los ojos y unos cuantos cabellos grises en las patillas. Deseaba tocarle la cara,

besarle los labios.

—Adiós, Sterling —contestó.

Sterling cogió a Nell de la mano y esperaron en el muelle mientras Tilly cruzaba la pasarela hacia el barco de vapor, que se mecía con la marea de la mañana. El sol iluminaba la bahía, que estaba verde azulada. La estación de las lluvias había pasado y la estación seca, con su sol radiante y el aire frío, por fin había llegado. Dejó el equipaje en la estiba y volvió a subir para ver el muelle. Seguían allí, de la mano. Nell le dijo adiós con la otra mano, en la que llevaba a Pangur Ban. Sterling también levantó la mano, al tiempo que la tripulación soltaba amarras y el barco zarpaba. La despidieron como si fueran una familia.

Pero no eran una familia. Y aquel viaje a la ciudad le aseguraba que jamás llegarían a serlo. Tilly se estaba adentrando inexorablemente en un futuro del que ellos no podían formar parte.

## VEINTITRÉS

### UNA CARTA DEL PASADO

A Tilly no le había dado tiempo a escribir con antelación para encontrar alojamiento, aunque le había mentido a Sterling diciéndole que ya se había encargado de todo. Se acordaba de la tienda de telas y la modista que había cerca de la pensión de la señora Fraser, donde se había alojado al llegar a Australia, de forma que cogió el tranvía que salía del muelle que la llevaría a la pensión, esperando que tuvieran sitio para ella. Llegó poco después de mediodía y llamó al timbre de aquel edificio alto, con su baranda de hierro forjado y su veleta.

Se oyeron unas pisadas dentro y enseguida se abrió la puerta.

—¿Sí? —preguntó una mujer joven.

—¿Está la señora Fraser?

—No, ha salido a comprar. ¿En qué puedo ayudarle?

—Necesito una habitación para una semana. La señora Fraser me conoce. Me dijo que podía volver cuando quisiera.

—Estamos llenos.

En aquellas circunstancias, cualquier complicación, por pequeña que fuera, adquiriría unas proporciones enormes para Tilly.

—Sí —insistió—, pero la señora Fraser me conoce. Soy Chantelle Lejeune. Ella me dijo que... —Pero si estaban llenos, estaban llenos—. ¿Conoce algún otro sitio?

—A unos ocho kilómetros bajando por la carretera llegará a un paseo marítimo en el que hay una pequeña pensión. —La joven apartó la mirada—. Pero la lleva un caballero, y a lo mejor una señorita que viaja sola, como usted, tal vez prefiera buscar otra cosa. Podría preguntar en el centro.

—Estoy segura de que no habrá problema —dijo.

Aunque después reflexionó. Sterling tenía razón, la isla te hacía perder la noción de lo que era o no era apropiado. No obstante, necesitaba alojamiento, así que se dirigió hacia el paseo marítimo, que bordeaban unos árboles altos

ligeramente torcidos hacia la carretera. Un carruaje pasó al trote y ella se apartó, aunque estuvo a punto de pisar unos excrementos de caballo. Hacía muchos meses que no iba a aquella parte de la bahía. A su lado pasaron varias parejas, familias, hombres que iban a la playa con toallas y gorros. Nadie llevaba uniformes blancos o azules. Todos eran libres, y podían ir y venir como y cuando quisieran. Aguzó la vista sobre el mar, pero no estaba segura de si se veía Ember Island desde allí. La bahía estaba salpicada de islas y era difícil distinguir unas de otras. En la otra parte del mar, prisioneros, huérfanos, indígenas desplazados y leprosos. En esta, la civilización.

Por fin llegó al sitio que le había indicado la joven de la pensión de la señora Fraser, una pequeña casa de madera con un porche delantero al fondo de un jardín descuidado. La observó desde el paseo. No tenía ningún cartel, parecía una casa pequeña, normal y corriente. Le dolían los pies de la caminata, así que cruzó la calle, pasó por debajo de unas parras que colgaban del arco de la cancela y llamó a la puerta.

Un señor de unos setenta años, de cabello cano y sonrisa agradable, salió a recibirla.

—¿En qué puedo ayudarle?

—Me han dicho que ustedes tienen habitaciones.

El hombre levantó las cejas.

—Sí, pero solo para caballeros. Podría ir a preguntarle a la señora Fraser...

—Tiene la pensión completa, y no quiero alejarme de esta zona, solo necesito un sitio para dormir.

—Es usted muy directa —dijo rascándose la barbilla—. Nunca hemos dado alojamiento a una dama.

—No soy muy delicada —repuso Tilly—. He pasado varios meses trabajando en las instalaciones gubernamentales de la prisión de Ember Island.

Quería decirle: «Y le he dado un golpe tan fuerte a un hombre con un atizador de metal que le he dejado la nariz destrozada», pero no lo hizo.

—Pues le propongo esto, a ver qué le parece: puede quedarse por ahora, porque tengo las tres habitaciones vacías, pero el cuarto de baño es compartido, así que si viene algún cliente, varón, tendrá que marcharse.

—De acuerdo —dijo Tilly—. ¿Cómo se llama usted?

—Richard Hamblyn. —Abrió la puerta y cogió la maleta—. ¿Y usted?

—Chantelle Lejeune. Soy la institutriz de la hija del superintendente de Ember Island.

Tilly lo siguió mientras se quitaba los guantes. El vestíbulo estaba limpio y era acogedor, con una alfombra gruesa y todos los apliques muy pulidos.

—¿Institutriz? Muy bien, entonces tendremos algo de lo que hablar. Yo soy maestro, aunque estoy jubilado.

El señor Hamblyn la llevó por un pasillo en penumbra y rebuscó en el bolsillo hasta que encontró la llave. Enseguida abrió la puerta de una habitación diminuta que daba a unas acacias. La ventana estaba abierta y las cortinas vaporosas dejaban pasar la ligera brisa marina.

—Cene conmigo esta noche y así podremos hablar de cuál es la mejor forma de enseñar la gramática latina —le dijo con un guiño.

A Tilly le cayó bien. Le recordaba un poco al abuelo, con la espalda un poco encorvada y los ojos brillantes rodeados de arrugas.

—Será un placer. Señor Hamblyn, ¿tendría usted un periódico?

—Enseguida se lo traigo.

Una hora después, con la maleta deshecha y por fin sin los zapatos, Tilly estaba sentada en la cama con las piernas cruzadas, leyendo los anuncios de trabajo. Casi todos eran locales, pero ella necesitaba algo mucho más lejos. Encontró algunas ofertas en el extremo norte de Queensland y en los campos, pero eran puestos de servicio, para limpieza y cocina. Tenía que haber alguna otra familia que necesitara una institutriz. A lo mejor tendría que viajar primero, a algún lugar remoto, y después buscar trabajo. Solo de pensarlo se sintió agotada. Puede que estuviera cansada del viaje. Se tumbó en la cama, cerró los ojos y enseguida se fue quedando dormida.

Estaba en Lumière sur la Mer, pasando por el pasillo que iba desde el final de las escaleras hasta la habitación de Jasper. Se oía a alguien haciendo el amor: Jasper y Chantelle, como los había oído aquella noche. Pero esta vez los detendría. Esta vez abriría la puerta y les gritaría que pararan, que terminaran con aquella aventura. Y así seguirían vivos. Pero cuando tocó la manija, estaba ardiendo. Salía humo por la ranura de la puerta.

Tilly le dio un empujón con el hombro. La puerta se abrió, rodeada de llamas. Pero no era Chantelle, sino Hettie, con la falda blanca del uniforme de la prisión; estaba sentada a horcajadas sobre el cuerpo de un hombre. Unas almohadas le cubrían la cara mientras Hettie se las oprimía con toda la fuerza de su cuerpo enorme concentrada en los brazos.

Tilly intentó mover los labios para decir: «¡Fuego! ¡Fuego!».

Hettie se volvió a mirarla. Los ojos eran relámpagos. El pelo negro,

serpientes entre llamas.

—Se lo merecía —tronó.

Tilly se despertó sobresaltada. La luz del sol la desconcertó. La cortina vaporosa y finísima se levantaba y retorció cuando soplaba la brisa de la tarde, esparciendo los papeles del periódico por la cama. Tilly se levantó, movió la cabeza para despejarse y cerró la ventana. La habitación recobró la quietud y el silencio. El pavor le había dejado las venas y el corazón helados.

Y supo que estaba haciendo lo correcto. Porque cualquier cosa que hiciera desaparecer aquellas pesadillas tenía que ser lo correcto.



Tilly fue a la tienda de telas aquella misma tarde, cuando se sintió los pies más descansados y el sol ya no brillaba tan fuerte. Dentro de la tienda reinaba el fresco, la penumbra y el silencio, como si los rollos de tela absorbieran el ruido. Una mujer estaba trabajando con un maniquí de costura, aprovechando la luz que entraba por el escaparate, uniendo trozos de tela con alfileres. Por todo el mostrador había rollos de tela, mientras que otros estaban apoyados contra la pared. Tilly se fijó en un rollo de tela roja y miró el precio por metro. La costurera se sacó los alfileres de la boca y dijo:

—¿Puedo ayudarle en algo?

Tilly se le acercó. Llevaba uno de sus vestidos bajo el brazo.

—Tengo que hacer un vestido igual que este, pero con otras medidas. Es para una amiga.

La costurera cogió el vestido, lo desplegó y lo movió con ligereza en el aire.

—Sí, es fácil. No tengo exactamente la misma tela, pero el color es muy parecido.

—También necesito otro vestido, de la misma talla, con una tela muy sencilla. ¿Cuánto me costaría?

La mujer la acompañó al mostrador de cristal, que estaba lleno de cajas de botones y cintas, y sacó una libreta. Con un lápiz apuntó las medidas y calculó el precio.

—¿Podría hacerlo en una semana?

—No, necesitaría por lo menos diez días.

—Lo siento, solo estaré aquí una semana. Podría pagarle un suplemento por

la urgencia.

La costurera observó a Tilly un momento ladeando la cabeza.

—No hace falta. Le haré un hueco.

—Gracias.

Mientras la costurera tocaba con las yemas de los dedos el vestido que habían dejado encima del mostrador, le dijo:

—Tendrá que dejar este aquí.

—Sí, por supuesto.

La mujer le sonrió con curiosidad.

—Y su amiga y usted, ¿suelen vestirse igual?

Tilly se rio, dándose cuenta de que tenía que sonar raro. A muchas mujeres les sentaba mal ver a otra vestida igual.

—No, nunca. Solo esta vez y nunca más.



Al volver a la pensión del señor Hamblyn, salió a recibirla un apetitoso olor a carne asada y eso le recordó que no había vuelto a comer desde que desayunó en la isla. El señor Hamblyn salió al oír que Tilly abría la puerta y le sonrió.

—¿Cenamos a las siete? —le preguntó.

—¿Qué hora es?

—Las seis.

A Tilly le rugió el estómago.

—Supongo que no puede preguntarle a la cocinera si puede ser antes, ¿verdad? No he almorzado nada.

—¿La cocinera? No tengo cocinera. Lo hago todo yo. Si tiene hambre, pondré la mesa lo antes posible. Vaya a asearse, si quiere, y yo la llamo en cuanto la cena esté lista.

Tilly se fue a su habitación, se lavó la cara y se puso un vestido más cómodo. El señor Hamblyn la llamó a los pocos minutos y la acompañó a un comedor con tres mesas pequeñas. Una de ellas tenía un mantel limpio, aunque un poco deshilachado, y dos cubiertos. Todas las lámparas estaban encendidas.

—Siéntese, póngase cómoda —le dijo.

Tilly se sentó y cogió el vaso de cristal para beber agua mientras él iba a por los platos. Al cabo de un momento, el señor Hamblyn puso en la mesa dos platos



de carne a medio hacer con una salsa gris en la que nadaban unas patatas un poco pasadas.

—¿Y por qué no contrata a una cocinera? —le preguntó mientras él se sentaba enfrente y empezaba a regar el plato con sal.

—Normalmente estoy solo, o solo tengo un huésped —dijo y se lanzó a por la carne con entusiasmo.

Tilly probó la suya con cautela. Estaba sosa y tan poco hecha que todavía tenía bastante sangre, así que decidió llenarse con las patatas y la salsa. Echaba de menos las suntuosas cenas de Ember Island, con los panecillos recién hechos, el fresquísimo pescado al horno y las verduras del huerto que había a pocos metros de la casa.

—Bueno, Tilly, cuénteme cómo se hizo maestra.

—Soy institutriz —le corrigió—. Solo tengo una alumna. Yo también estudié con una institutriz. Bueno, y con mi abuelo, que era un hombre muy inteligente. Se me daban muy bien los idiomas. ¿Y usted?

—¿Yo? Adoraba a los niños.

—¿Y no ha tenido hijos?

—No, no me he casado ni he tenido hijos, pero les he dado clases a muchos y me acuerdo de todos, de los mejores, de los peores y de todos los demás también. —Sus ojos se perdieron en una alegre nostalgia—. Espero que ellos también se acuerden de mí.

—Seguro que sí —dijo Tilly con afecto—. Yo tengo una relación muy especial con mi alumna, Nell. Nos queremos mucho.

—¿Y a sus padres no les importa?

—Su madre murió. Su padre..., no estoy segura.

—Ya, los padres exigen que el maestro adore a los niños, pero no quieren que los niños se encariñen demasiado con él —dijo mientras seguía masticando y metiéndose más comida en la boca—, no vaya a ser que tengan que competir con el maestro por el cariño de sus hijos.

—Estoy segura de que su padre no me considera una amenaza así. O por lo menos, no la soy para él. Tal vez para la madre.

—En cualquier caso, la pequeña Nell crecerá y dejará de necesitar una institutriz, y usted saldrá de su vida como si nunca hubiera existido. Ellos siguen adelante con sus vidas. Yo siempre me siento un poco perdido cuando uno de mis alumnos se va, como si una pequeña parte de mí se perdiera también.

El señor Hamblyn arrugó el ceño un instante y Nell se preguntó si no estaría

pensando en algún alumno en concreto.

—Señorita Lejeune, tiene que contarme por qué se vino a Australia —dijo de pronto con los ojos brillantes mientras se empujaba las gafas hacia arriba.

—Ah, eso es un poco más complicado —repuso Tilly mientras cortaba trozos muy finos de la carne para no dejársela por temor a parecer ingrata.

—No pasa nada, soy muy listo, así que soy capaz de entender cualquier historia complicada —se rio.

Hacía demasiado tiempo que no ensayaba las mentiras sobre su pasado, así que se limitó a contarle una versión superficial.

—Yo vivía con mi abuelo, que murió y le dejó todo a un primo mío. Me casé, pero no fue un matrimonio feliz. Luego mi marido falleció. Necesitaba dejar atrás todo aquello y pensé que lo mejor sería irme a vivir muy lejos.

—¿O sea que no es señorita Lejeune sino señora Lejeune?

—Soy... —Ninguna. Ella no era ninguna de las dos—. Llámeme Tilly.

—Bueno, pues siento mucho que su marido falleciera. Debía de ser muy joven.

—Tenía veinticuatro años.

—¿Fue por enfermedad?

—Fue un accidente, pero no quiero hablar de eso. Me pone muy triste.

—¿Lo quería?

—Al principio sí, mucho. Pero no era..., no era la clase de persona que yo creía que era.

—¿Y es feliz ahora, en Ember Island?

—Sí.

—Perdone la indiscreción, pero es que cuando vi en su habitación que tenía el periódico abierto por las páginas de ofertas de trabajo... —explicó y abrió las manos—, pensé que a lo mejor no era feliz allí.

En la habitación contigua, un reloj de pared dio las seis y media. Tilly empujó la comida hacia el borde del plato con el tenedor.

—Bueno...

—¿Quiere que pregunte por ahí a ver si encontramos algo para usted? Todavía tengo muchos amigos que trabajan en colegios.

—Aquí no, quiero encontrar algo en otro sitio más remoto.

—¿Más remoto que una prisión en una isla? —El señor Hamblyn se recostó y se limpió la boca con la servilleta—. Difícil lo veo.

—Me gustan los lugares remotos.

El señor Hamblyn la observó a la luz trémula de las lámparas, con sus manos marcadas por la edad entrecruzadas delante de él, y afirmó:

—Usted está huyendo de algo.

Como un torbellino llegaron el sentimiento de culpa y la rabia. ¿Cómo se atrevía a pensar que sabía algo de ella?

—¿Y qué pasa? ¿Es que una mujer no puede huir de algo desagradable sin que aparezca alguien para interferir, para meterse en sus asuntos, para hacerle un millón de preguntas?

El señor Hamblyn parecía encantado con la respuesta. Echó la cabeza para atrás y soltó una carcajada.

—Está huyendo de algo y tiene mal carácter. Vaya, es una criatura interesante, señora Lejeune. Pero no se preocupe, que no pretendo entrometerme. Lo que pasa es que últimamente no tengo oportunidad de conocer a gente interesante y su compañía me parece muy amena.

Tilly sonrió, a pesar de la irritación.

—El abuelo siempre me decía que tenía que temprar el carácter. Se avergonzaría de mí si me viera contestarle así a un caballero mayor que yo.

Él movió la mano en el aire como si quisiera negarlo.

—Pero la ira se desencadena aún más si se afronta directamente. Lo he visto muchas veces con los niños. Cuanto más les insistimos, más rabiosas son sus respuestas.

—No soy una niña.

—Todos somos niños grandes —objetó—. Es solo que ahora sabemos un poco más que entonces, y aprendemos un poco más cada año, hasta que nos morimos sabiendo más o menos un cuarto de lo que hay que saber.

Tilly dejó el tenedor y el cuchillo en la mesa. Se había cansado de fingir que aquello fuera comestible.

—A veces pierdo los estribos —le explicó—, y después el remordimiento me destroza e intento aplacar la rabia hasta que vuelve a salir.

—Nadie debería sentirse culpable. Cierto es que si se ha hecho algo malo, hay que reparar el daño, pero muchas veces la verdad es que no se ha hecho nada malo. He visto a niñas, sobre todo, que se culpan a sí mismas cuando ven que los demás no están contentos. —Señaló la comida—. ¿Tan mala está?

Tilly miró el plato. Había conseguido comerse una sola patata y unos cuantos trocitos de carne.

—Eso me temo —contestó.

—Tengo pan y manzanas en la cocina.

—Gracias.

Terminaron en la cocina, sentados a una vieja mesa de madera, comiendo manzanas y pan con mantequilla. El señor Hamblyn era un hombre de gran sabiduría y la hacía sentirse a gusto. Le habló de algunos lugares remotos de Australia —como los campos del oeste y las zonas más profundas de Tasmania— en los que podría buscar trabajo como maestra o institutriz. Por más que Tilly no lograra pensar de un modo positivo sobre su futuro, por lo menos dejó de asustarle tanto. El futuro la estaba esperando, después de la oscura hazaña que había de cumplir, pero sería un futuro libre, tanto de amor como de culpa. Un futuro de libertad.



Pasó la semana disfrutando de la compañía del señor Hamblyn, caminando sola por el paseo marítimo o comprando baratijas para llevárselas a Nell cuando volviera. El penúltimo día, cuando estaba en el porche tomando el té con el señor Hamblyn bajo los cálidos rayos del sol, una mujer se abrió paso entre las parras de la cancela y se aproximó a los escalones. Tilly la reconoció enseguida, era la señora Fraser, la dueña de la pensión femenina.

—Buenos días, señora Fraser —dijo el señor Hamblyn—. Estamos tomando el té. ¿Quiere unirse a nosotros?

—No puedo quedarme —declinó—. He venido buscando a la señorita Lejeune. ¿Cómo está, querida? Bessie me dijo que la encontraría aquí. Siento mucho que no tuviéramos una habitación para usted.

—He pasado una semana estupenda aquí, con el señor Hamblyn —comentó Tilly—, no se preocupe.

—Bueno, pues me alegro de que esté aquí —le dijo revolviendo en el bolsillo del delantal, del que sacó una carta—. Llegó para usted hace unos meses, pero la guardé porque no sabía adónde había ido después.

Tilly se levantó y cogió la carta desconcertada. ¿Sería la respuesta a alguna solicitud de trabajo que hizo entonces? Estaba dirigida a Chantelle Lejeune, eso sí, pero estaba segura de que no quedaba nadie por contestar. Cuando le dio la vuelta se quedó helada.

—¿Se encuentra bien, Tilly? —le preguntó el señor Hamblyn al tiempo que le

cogía el brazo y la ayudaba a sentarse.

Tan solo entonces se dio cuenta de que le habían flaqueado las piernas.

—Yo... creo que me he levantado con un movimiento demasiado brusco — contestó llevándose la mano a la frente.

Volvió a ponerse de pie, con la carta todavía bien sujeta en la mano derecha.

—Lo siento, no me encuentro bien, creo que voy a echarme un rato.

Estuvo a punto de tirar la silla al alejarse lo más rápido que pudo de la señora Fraser y el señor Hamblyn. Se metió en su habitación, cerró con llave y se dejó caer en la cama mientras volvía a leer la dirección del remitente, como si aún cupiera la posibilidad de que se lo hubiese imaginado antes.

«Laura Mornington, Le Paradis, Saint Peter Port, Guernsey».

El pasado le daba la caza.

## VEINTICUATRO

### DE VUELTA EN LA ISLA

La habitación de Starwater, en Ember Island, le resultó tan acogedora y familiar que se sintió aliviada. Tilly cerró la puerta para que Nell no entrara tras ella y dejó la maleta en el suelo. Dentro estaba la carta de Laura Mornington. Estuvo a punto de tirarla al mar durante el viaje de vuelta en el barco, pero no se atrevió. ¿Debería contestar? ¿Qué podía decir? Laura le comentó una vez que para ella Chantelle era como de la familia. Y ahora se daba cuenta de lo absurdo y triste que había sido para ella que Chantelle desapareciera aquella noche. Lo bastante absurdo y triste como para que Laura le hubiera seguido la pista a través de los informes de los servicios portuarios o los registros de embarque o la oficina postal o cualquier otro organismo local hasta llegar a la pensión de la señora Fraser.

Abrió la maleta, sacó la carta y volvió a leer algunas líneas. Ya la había leído muchísimas veces.

«... terriblemente preocupados por ti... incendio horrible... Jasper y su esposa murieron... necesitamos saber que estás bien... perdonamos todo lo que has hecho... escíbeme, escíbeme por favor, querida mía, para poder descansar tranquila...».

Pero Chantelle Lejeune estaba muerta y la persona que Laura había rastreado era la que había causado su muerte. Si Laura llegaba a descubrir de algún modo que ella no era Chantelle, su crimen quedaría al descubierto.

Sin embargo, eso no era lo único que la asustaba, sino más bien el que la hubieran localizado cuando ella creía que había conseguido desaparecer. Pero ¿era posible lograrlo? ¿Cuánto tendría que acercarse a los confines de la Tierra para disolverse en la nada y que el pasado no pudiera volver a encontrarla? Había hablado con el señor Hamblyn sobre lugares remotos a los que podría ir. ¿Conllevaría algún peligro aquella conversación? ¿Iría la policía a buscarla a todos aquellos lugares cuando Hettie se escapara y la culparan a ella?

Abrió la ventana para que entrara el aire. No tenía derecho a ponderar todas aquellas posibilidades. Si el rescatar a Hettie no comportaba peligro, si no fuera un sacrificio, entonces no podría redimirse. Un favor que se otorgara con ligereza y facilidad no sería un favor en absoluto. Ella tenía que pagar por sus crímenes y sacar a Hettie de la isla equilibraría la balanza. Sí, podían cogerla y castigarla, pero quizá fuera eso lo que se merecía.

No contestaría a la carta de Laura. No fingiría ser Chantelle Lejeune para la gente que quería a Chantelle Lejeune.

Tilly cerró la mano sobre el alféizar de madera de la ventana. El sol de la tarde que llegaba desde el oeste lo había calentado y la pintura de la superficie estaba lisa y suave. Conocía muy bien aquel alféizar. Conocía muy bien aquella habitación, aquella casa. A la gente que vivía en ella. El paisaje que se extendía más allá del porche, las palmeras, las higueras, los amplios jardines, la carretera de tierra que bajaba por la escarpadura. Había vivido allí muchos meses. Y sin embargo tenía que abandonar aquella casa, igual que había tenido que abandonar la casa de Guernsey, y antes la de Dorset. Tilly tenía la sensación de que el mundo se le hundía bajo los pies y ella se quedaba suspendida a unos centímetros del suelo. No podía agarrarse a nada, por más que lo intentara. El mundo giraba debajo de ella, mientras ella esperaba, con impotencia, a que parara.



Al atardecer, Tilly sabía que tenía que ir al jardín a hacer planes con Hettie, pero cuando bajó las escaleras se quedó atónita al ver que había un hombre haciendo guardia cerca del jardín, por más que en ese momento estuviese mirando al mar. Hettie estaba trabajando bastante cerca. A ella nunca le habían puesto vigilancia; al considerarse una detenida de confianza en virtud de su buena conducta, solo se la acompañaba al ir y venir de los barracones. Por lo demás, no requería supervisión.

Tilly vaciló y dio un paso atrás. El guardia se dio la vuelta, la miró y le sonrió. Tilly respondió levantando la mano a modo de saludo y volvió a entrar en la casa, donde se cruzó con Nell, que llegaba en dirección contraria.

—Ah, aquí está —dijo Nell dándole un abrazo—. Me alegro de que haya vuelto ya, me he aburrido mucho sin usted.

—¿Por qué hay un guardia vigilando a Hettie? —le preguntó Tilly.

Nell se encogió de hombros.

—Ni idea, ni me había fijado. —Ladeó la cabeza con curiosidad—. Es una pregunta un poco rara después de una semana sin vernos.

Tilly la estrechó con más fuerza.

—Lo siento, es que nunca la había visto bajo vigilancia. Bueno, ¿y cómo va tu historia?

—Está dando un giro inesperado. Todavía no sé quién va a vivir y quién va a morir. ¿Le gustaría que le leyera un poco?

—¿Podemos sentarnos en el porche? Hace una tarde estupenda para disfrutar de la brisa.

De modo que se sentaron en el porche, y mientras Nell leía, Tilly miraba al jardín de reajo. Al cabo de un rato, se convenció de que el guardia debía de tener una misión distinta, puesto que no le prestaba mucha atención a Hettie. Más bien, se pasaba todo el tiempo echado contra la pared del cobertizo fumando y tallando una pequeña figura de madera con una rama gruesa. Pero, entonces, ¿qué podía hacer, preguntarle a Sterling? Si lo hacía, atraería demasiado la atención.

Tilly se dio cuenta de que Hettie la había visto. Sus ojos negros indicaban que estaba intentando comunicarse con ella sin palabras. Como no lo conseguía, al final Hettie miró al guardia y, al ver que no le estaba prestando atención, se alejó hacia el extremo oeste del jardín.

Tilly se levantó. Nell paró de leer a mitad de una frase y le lanzó una mirada inquisidora.

—Me... —empezó a decir Tilly.

—Todavía faltan dos capítulos para terminar.

—Me...

—¿Duele la cabeza? ¿Otra vez? —la interrumpió Nell con tono escéptico, casi airado.

Tilly se obligó a sonreír, se inclinó hacia ella y le tocó los rizos.

—Eres encantadora, Nell. Pero me gustaría ir a darme un paseo para pensar y pasar un rato a solas. En el barco era como estar en una jaula y me gustaría tomar un poco de aire fresco y...

—Está bien —dijo Nell con tono cortante—. Váyase. Mi historia puede esperar.

Tilly se sintió muy mal. Nell empujó la silla para atrás y recogió sus papeles



con movimientos bruscos. En cuanto la niña entró en la casa, Tilly miró al guardia, que estaba con la espalda medio orientada hacia ella. Bajó en silencio los escalones que llevaban al jardín.

Se le erizó la piel. Se esperaba que la llamara de un momento a otro. Pero enseguida salió de su campo de visión y se adentró en el jardín por la parte noroeste desapareciendo por detrás de una fila de arbustos.

Hettie la vio y se le acercó. Se agazaparon, muy cerca la una de la otra.

—¿Y el guardia? —preguntó Tilly.

—Es nuevo. Se supone que debería estar en los campos de azúcar. Las cañas ya están tan altas que cada vez les cuesta más ver a los prisioneros. Además, un día le oí mentirle a uno de los carceleros, el jefe del ala de mujeres, diciéndole que había pasado toda la tarde en los campos con los hombres encadenados, cuando en realidad se tiró toda la tarde aquí, fumando y tallando, y encima, delante de las narices del superintendente.

—El despacho de Sterling da a la otra parte.

—A lo mejor podría decírselo.

Tilly negó con la cabeza.

—Llamaría la atención hacia ti. Hacia nosotras. No, es todo lo contrario, tenemos que aprovechar esa falta de atención.

Hettie asintió.

—Vale, como usted diga.

—Tengo los vestidos. Te los traeré ese mismo día.

—¿Y cuándo será?

—Pronto. Cuando lo tengamos todo pensado. Tienes que tener paciencia y confiar en mí.

—Yo confío en usted.

Hettie alargó la mano, cogió la de Tilly y se la apretó.

Tilly miró hacia abajo y observó la mano de Hettie. Grande, fuerte, casi masculina. Se acordó del sueño, de Hettie convertida en un monstruo que asfixiaba a un hombre con todo su peso y su fuerza, y se estremeció por dentro.

Hettie apartó la mano.

—Yo confío en usted más de lo que he confiado nunca en nadie —declaró Hettie—. He vivido muchos años sin que nadie quisiera entenderme y he llegado a pensar que tal vez no me lo merecía. Pero después llegó usted y..., no sé, usted me ha hecho sentir que no soy un animal, sino una persona como los demás. Jamás podré agradecerse lo suficiente. Le estaré toda la vida agradecida por lo

que ha hecho. Y por lo que hará.

Las cálidas palabras de Hettie fueron el antídoto perfecto para las frías dudas de Tilly. Tan perfecto que parecía que Hettie le había leído la mente. Así pues, Tilly volvió a centrarse en los aspectos prácticos:

—Teniendo en cuenta las circunstancias, tendríamos que intentar hablar lo menos posible. Quédate tranquila, piensa que estoy trabajando en nuestro plan y confía en mí, vendré a buscarte cuando lo necesite.

—Gracias, Tilly.

Tilly se levantó, estiró las piernas y se alejó caminando en silencio. Detrás de ella se oían los pasos de Hettie que se alejaba en la otra dirección pisando unas hojas secas.

Pero después oyó otros pasos más ligeros detrás de ella. Se quedó helada, con todos los sentidos alerta. Apretó el paso y miró por encima de los arbustos.

Y vio a Nell, que se alejaba de ella corriendo, subía las escaleras y entraba en casa.



El instinto le decía que saliera corriendo detrás de la niña y la agarrara con fuerza antes de que le diera tiempo a ir a contárselo todo a su padre. ¿Cuánto había oído? ¿Todo? Y si no, ¿por qué había salido corriendo? Pero no, no podía salir corriendo detrás de ella. Tenía que parecer fría, racional, tenía que negarlo todo. En la conversación no habían usado el término «fuga» ni una sola vez. Cualquier cosa que hubiera podido oír, solo podría interpretarla con la imaginación. Pero si le contaba a Sterling que Hettie y ella se veían a escondidas, podrían desbaratarse todos sus planes.

Entró en la casa lo más calmada que pudo. Todo estaba tranquilo. No se veía a Nell por ningún sitio. Fue al despacho de Sterling y llamó con decisión.

—Adelante.

Tilly abrió la puerta.

—¿Ha visto a Nell?

—Ah, ya ha vuelto. Me alegro. No, no he visto a Nell desde el desayuno. —Frunció el ceño—. ¿Ha hecho algo malo?

—No, no. Todo va bien. Lo veré a la hora de la cena —dijo y cerró la puerta antes de que a Sterling le diera tiempo a decir nada más ni a preguntarle por el

viaje.

Por más que deseara un momento de intimidad con él, Tilly sabía que tenía que mantenerse alejada de él.

Cruzó el pasillo. En la biblioteca encontró las páginas de Nell esparcidas por la mesa, pero ella no estaba. Fue a su alcoba y llamó suavemente.

—Váyase.

—Nell, ¿puedo hablar contigo un momento?

Nell abrió la puerta. Tenía las mejillas encendidas y cara de malhumor. Sin embargo, Tilly notó por primera vez que aquella no era la petulancia de una niña chica, sino el gesto genuino de una joven que se sentía herida y traicionada.

—¿Puedo entrar? —le preguntó Tilly inquieta.

—No, no puede.

Tilly le habló con tono bajo y tranquilo, temiendo que una discusión pudiera alertar a Sterling.

—¿Has estado escuchando detrás de las puertas?

—No hay puertas en el jardín —le soltó.

—¿Has estado oyéndonos a Hettie y a mí?

—Y si lo he hecho, ¿qué pasa? ¿Tienen algo que esconder?

—No.

—Entonces, ¿por qué está tan preocupada?

—Entonces, ¿por qué estás tan enfadada?

Nell la miró y suavizó un poco el gesto.

—No lo sé.

—Déjame entrar.

Nell abrió un poco más y Tilly entró. Nell cerró la puerta y se sentó en la cama. Tilly se sentó a su lado, observándola de perfil. Tenía que descubrir qué era lo que la niña había oído y qué sospechaba.

—¿Qué has oído?

—No he oído nada —dijo Nell.

—No entiendo por qué estás tan enfadada.

—Porque usted me pidió que me fuera diciendo que necesitaba darse un paseo a solas y en vez de eso se ha ido a la parte de atrás del jardín para hablar con Hettie donde no la viera nadie porque sé que le está prohibido hablar con ella.

Tilly percibió claramente cómo se le relajaban las piernas y los brazos; o sea, que Nell no estaba enfadada porque sospechara un plan de fuga, sino que estaba

dolida porque la había rechazado y le había mentado.

—Sé que me han pedido que no hable con ella —le explicó Tilly—, y entendería que quisieras decírselo a tu padre. Hettie y yo somos amigas y hablamos de cosas de las que ella no puede hablar con nadie más. Somos dos mujeres adultas y..., y tú no. Por eso no me espero que puedas llegar a entenderlo todavía.

—Estoy a punto de cumplir trece años —replicó Nell.

—Sigues siendo muy joven.

—Pero no soy una niña —zanjó, aunque después añadió—: Lo siento, no debería haberme enfadado.

Trece. Nell estaba a punto de hacerse una mujer. Tilly pensó en cómo era ella a esa edad, cuando se le hacía prácticamente imposible dominar el carácter, cuando cualquier detalle se convertía en un monstruoso insulto. El abuelo la había castigado muchas veces, insistiendo en que tenía que aprender a dominarse o se pasaría toda la vida en su habitación. Y la había criticado muchas veces por su mal carácter, ante sus amigos y la familia. Ella siempre había pensado que era un fallo de su personalidad, pero viendo a Nell ahora se preguntaba si no sería simplemente que el paso de la infancia a la edad adulta era tan difícil y te hacía sentir tan confundido y enfadado con todo que al final uno se volvía muy sensible. ¿Por qué la habían obligado a sentirse tan avergonzada por ello? Muchas veces, lo que uno necesita es precisamente una buena dosis de rabia, como cuando Godfrey le hacía la zancadilla en el jardín, o cuando el hombre de la oficina de correos la llamaba pecosa, o cuando la señora Beaumont se dedicaba a cotillear y a soltarle a todo el mundo que a Tilly le gustaba Peter Irland, el chico del banco.

Nell tenía toda la razón para estar enfadada. Era una joven muy lista, segura de sí misma y con un gran sentido de la justicia, y ella la había ofendido en los tres sentidos.

—No, es culpa mía —le dijo—. Y te admiro sinceramente por tu capacidad de distinguir entre un buen comportamiento y el que no lo es, y por haber tenido el valor de decírmelo.

Nell la miró asombrada.

—¿De verdad?

—Por supuesto. Y estoy segura de que tu padre también te admirará por ello.

—No estoy tan segura. —Nell alargó la mano y cogió la de Tilly en su regazo—. No se preocupe, no le diré nada sobre Hettie y usted. No quiero meterla en

problemas. No quiero que la eche.

Tilly le acarició la mano con el corazón inundado de tristeza. Ella se iría de todas formas y ni siquiera podrían despedirse.



Al día siguiente, Tilly llegó muy temprano a la biblioteca. Estaba decidida a hacer que aquellos últimos días fueran especiales para Nell. Tendría más paciencia con ella y sacaría tiempo para escuchar todas sus historias y leer juntas *Sir Gawain y el caballero verde*.

La mesa estaba llena de papeles y, como Nell no había llegado todavía, Tilly empezó a recogerlos antes de empezar las clases.

Enseguida vio que algunos tenían la fecha en la primera línea, como si fueran cartas o un diario.

Un diario. Nell tenía un diario.

Tilly miró hacia atrás por encima del hombro. Nell no estaba. Solo estaba ella, con los latidos acelerados y las motas de polvo que relucían bajo los rayos de sol de la mañana. Nell no había escrito nada que hiciera pensar que sospechaba que Tilly pudiera tener algún plan para ayudar a Hettie a escapar. Sin embargo, Nell era muy buena ocultando lo que no quería que se supiera. Tilly pasó la hoja, todavía intentando descubrir si la niña sospechaba algo.

Leyó varias páginas por encima. Nell hablaba mucho de su padre y de cómo se sentía con su nuevo libro. También contaba sus paseos por la playa con ella. Tilly siguió pasando páginas.

Papá echa mucho de menos a Tilly. ¿Cómo es posible que no se dé cuenta? ¿Por qué no le dice que quiere casarse con ella?

Aquello le llamó poderosamente la atención. Tilly levantó la página y siguió leyendo.

Desde que se fue a la ciudad, a papá se le ve muy perdido al final del día. Tiene la cabeza en otro sitio. Me pregunta lo mismo dos veces y ni siquiera me oye cuando le contesto. Pero cuando Tilly está aquí se le ve más tranquilo y solo tiene ojos para ella. Yo creo que se ha enamorado de Tilly. Y ella también está enamorada de él, claro. No hay nada más claro que eso en el

mundo. La cara de Tilly es como un libro abierto.

—¿Tilly?

Tilly se dio la vuelta, ruborizada de la vergüenza, con el diario de Nell en la mano.

Nell la miró frunciendo el ceño. Se le acercó a grandes zancadas y le quitó las hojas de las manos.

—Eso es privado.

—Lo siento, estaba buscando tu historia, para seguir leyéndola esta mañana.

Nell le pasó por delante ordenando las páginas. Dejó algunas a un lado y con las otras hizo un montón aparte que dejó frente a ella en la mesa, donde pudiera guardarlas celosamente. Tilly sintió un pellizco de ansiedad, ¿estaba escondiendo algo?

Nell la miró a los ojos.

—Preferiría que no tocara mis papeles —le dijo.

Y así se quedaron un momento, mirándose directamente a los ojos. Nell sentada a la mesa, Tilly de pie frente a ella. Entre las dos, un recelo mutuo había suplantado a lo que antes había sido un cariño sin condiciones. Tilly se recordó a sí misma que allí la adulta era ella, y que su recelo —la sospecha de que Nell supiera algo— era mucho más infundado que el de la niña.

Se obligó a suavizar el semblante.

—Hoy nos vamos a llevar a *Sir Gawain* a la playa para pasarnos toda la mañana leyéndolo mientras tomamos el sol —dijo.

Nell, sintiéndose manipulada, no sonrió.

—¿En serio?

—¿Quieres que vaya a la cocina a pedir que nos preparen una cesta de pícnic?

—¿Por qué quiere ser tan agradable conmigo? ¿No se supone que le pagan para que me torture con las declinaciones latinas?

—Yo solo quiero que nos lo pasemos bien estando juntas. Llevamos una racha un poco rara desde que volví.

—Eso es porque usted ha vuelto distinta —dijo Nell.

—¿Cómo que distinta?

—Lleva tiempo así. Está distante y preocupada. Ya ni siquiera se va con mi padre a tomarse el *sherry* al salón después de cenar.

Tilly cogió una silla y se sentó a su lado.

—¿Y eso te preocupa?

—Él antes era feliz y ahora... parece que no.

Tilly estuvo a punto de decirle que debería mantener esa conversación con su padre, ya que al fin y al cabo había sido él el que había decidido poner tanta distancia entre los dos. Pero no tenía sentido. Su relación no se podía arreglar, y muy pronto Sterling, Nell y Ember Island quedarían atrás para siempre.

—Te aseguro que sigo siendo la misma, Nell.

Nell asintió, aunque no parecía muy convencida.

—Sí al pícnic —dijo— y sí a *Gawain*, pero solo si me prometes que se tomará el *sherry* con mi padre esta noche.

Tilly se encogió de hombros.

—De acuerdo, si eso te hace feliz.

—Qué va, se necesita mucho más que eso para hacerme feliz —dijo Nell, que por primera vez se rio de verdad—, pero es un comienzo.



Ya estaban a medio camino cuando Nell cambió de idea.

—Se me ha ocurrido un sitio mucho mejor al que podemos ir —dijo.

—¿Dónde?

Nell señaló hacia la ermita.

—Hace un día estupendo. Podemos sentarnos en el tejado y ver cómo pasan los barcos sin que nadie nos vea.

—No sé si es buena idea subirse ahí, Nell —dijo Tilly recordando el calor y la suciedad del tejado.

—Por favor.

Tilly se dio por vencida enseguida. Quería que la niña estuviera contenta.

—Muy bien, pues vamos, pero hay que tener cuidado con la escalera.

Al cabo de un rato ya estaban las dos encaramadas al tejado. Tilly se recostó contra la pared de ladrillo contemplando los barcos de la bahía mientras Nell abría la cesta y buscaba un sitio para ella, Tilly y Pangur Ban.

—Qué bueno —dijo Nell sacando un plátano de la cesta.

Tilly se sentó a su lado.

—No todo es jugar, ya sabes, también tenemos que leer un poco.

—Sí, he metido a *Gawain* en el fondo de la cesta. —La brisa soleada le

movía los rizos—. Tenemos que comernos todo lo que hay encima hasta que lleguemos al libro.

Después de zamparse la fruta, los sándwiches, los pasteles y hasta una botella de leche, por fin llegaron al libro y estuvieron leyendo durante una hora, hasta que el sol empezó a pegar tan fuerte que Tilly pensó que se iban a quemar. Nell la cogió de la mano de vuelta a casa, y a Tilly le dio la sensación de que las cosas se habían arreglado; al menos, por el momento.

Cuando llegaron al sendero que subía a Starwater, Nell se paró en seco.

—¿Qué pasa? —quiso saber Tilly.

Nell dejó la cesta en el suelo y empezó a revolverlo todo, sacando los platos y vasos sucios.

—Pangur —dijo con voz angustiada—. Creo que me lo he dejado allí.

—¿Volvemos?

Nell se quedó un momento en cuclillas, mirando hacia la ermita pensativa.

—No..., creo que no.

—¿No?

—Estoy a punto de cumplir trece años. Puede que ya esté demasiado mayor para Pangur.

A Tilly se le encogió el corazón.

—Si quieres, puedo volver yo a por él.

Pero Nell estaba decidida.

—Los juguetes son para los niños chicos, ¿no? Yo ya soy casi una mujer.

Tilly le tocó el pelo.

—Tú sabes dónde está. Puedes ir a por él otro día, si quieres.

—Sí —dijo Nell mientras cogía la cesta y volvía a meterlo todo en su sitio—, sé dónde está.



Cuando empezaron a llevarse los platos de la cena, Nell le dio una patada a Tilly por debajo de la mesa.

Tilly se acordó de lo que le había prometido y se aclaró la garganta antes de hablar. Sterling, que se estaba levantando, dejó la servilleta en la mesa y la miró.

Nell la animó asintiendo con la cabeza con energía.

—Sterling, me estaba preguntando si le agradaría que nos tomáramos un



*sherry* esta noche.

Sterling, que la miraba estando ya de pie, cruzó las manos por delante y luego se las cruzó por detrás de la espalda.

—¿Le apetecería? —preguntó Sterling.

—Hace mucho que no lo hacemos.

—Entonces, de acuerdo.

A Nell se le iluminó la cara, pero después se acordó de que tenía que dejarlos solos y enseguida les dio las buenas noches.

Tilly se levantó y Sterling la acompañó, teniendo cuidado de no tocarla, hasta el salón. La ventana estaba abierta y entraba demasiado frío.

Tilly fue a cerrarla mientras Sterling servía el *sherry*.

—Es increíble, me he acostumbrado tanto al calor —comentó Tilly—, que ahora ya no estoy preparada para el invierno. —Se distinguía la forma de los barracones desde la ventana—. Tiene que hacer mucho frío en las celdas.

—Los inviernos son cortos —dijo Sterling—, y casi siempre muy secos.

Tilly se dio la vuelta y vio los dos vasos encima de la mesa. Fue a sentarse al sofá y Sterling se acomodó enfrente. Cómo deseaba tener su cuerpo más cerca, percibir su calor y su olor. De pronto notó que le estaban entrando ganas de llorar y ahogó las lágrimas con un gran sorbo de vino.

—Bueno —dijo Sterling—, ¿cómo han ido las vacaciones?

—Muy bien, gracias.

Sterling esperó a que ella le contara algo más, pero al ver que no decía nada, contestó:

—Me alegre.

Se quedaron en silencio. El viento hacía traquetear los cristales. ¿Haría mucho frío en el agua? No tenía ningún abrigo para Hettie. De pronto se le ocurrió que podría descubrir algo más sobre las barcas del cobertizo, pero no estaba segura de cómo sacar el tema sin levantar sospechas.

—¿Hizo buen tiempo en la ciudad? —continuó Sterling.

—Sí, sí, hacía muy buen tiempo. Sterling, estaba pensando que si tuviera algún accidente, o me encontrara mal o necesitara algún tipo de tratamiento en la ciudad, tendría que esperar dos días hasta que viniera el barco de vapor del continente.

—¿Se encuentra mal? —preguntó Sterling preocupado.

—No, no, es solo que se me había ocurrido...

—Tenemos varias barcas de remos grandes y unas cuantas más pequeñas.

Después de todo, tampoco estamos tan aislados aquí.

—No lo sabía —dijo Tilly—. Nunca las he visto.

Y tampoco es que estuviera mintiendo, porque cuando fue al cobertizo no se veía nada.

—Están en el cobertizo, bajo llave. A no ser que se presente alguna emergencia, como algún intento de evasión, un accidente o cualquier otra cosa, solo las sacamos una vez por semana. Uno de los guardias hace un reconocimiento alrededor de la isla por si hubiera alguna actividad sospechosa.

Una vez por semana. ¿Qué día? ¿Qué día? Si preguntaba, levantaría sospechas.

—¿Qué día?

—¿Cómo?

—¿Los fines de semana? —preguntó Tilly.

Se le veía en la mirada que estaba desconcertado. Pero que el desconcierto se convirtiera en recelo dependía de lo que ella dijera después. ¿Le preguntaría por qué quería saberlo? ¿Qué interés podía tener ella en saber algo así? ¿O tal vez asumiría que solo estaba intentando charlar, como acababa de hacer él al preguntarle por el tiempo?

—Los viernes —dijo.

Tilly se rio.

—Perdone, es que me siento un poco torpe, solo estaba intentando charlar de algo.

Él le sonrió.

—Sí, yo me siento igual. A lo mejor necesitamos un poco más de *sherry*.

Sterling señaló el vaso, y tan solo entonces Tilly se percató de que lo tenía vacío. ¿De verdad se lo había bebido tan rápido? Por una parte, estaba deseando que le sirviera un poco más para relajarse. Por la otra, si se relajaba demasiado podría decir algo que lo hiciera sospechar.

Pero ya era demasiado tarde. Sterling había tomado su silencio por un sí y le estaba llenando el vaso. Llevaba la camisa remangada. Tilly observó sus manos fuertes mientras enderezaba la botella y la ponía a un lado.

Los viernes. Entonces, el plan no podía ser un viernes. Verían que faltaba una barca y se desencadenaría la búsqueda. Tenía que ser a principios de semana. El martes siguiente. Una semana exacta. Decidido. Una oleada de calor la hizo hervir por dentro y pensó que no tenía por qué ser ese martes, podía ser el siguiente, o el de la semana de después. O no hacerlo en absoluto. Podía irse de

la isla sin mirar atrás.

Pero eso no funcionaría. Porque el pasado seguiría persiguiéndola.

—Se ha quedado muy pálida —dijo Sterling—. ¿Seguro que se encuentra bien?

Tilly levantó el vaso y se lo bebió de un tirón.

—Todo lo bien que cabe esperar —dijo, aterrorizada por la idea de tener que pasar toda la velada charlando con él mientras le rondaban aquellas ideas por la cabeza.

## VEINTICINCO

### MIRANDO AL AGUA

Tilly se pasó el resto de la semana y el fin de semana mirando al agua, anotando a qué hora cambiaba la marea y cubría o dejaba al descubierto la playa de Los Seis Metros. Sentada en las rocas o con los pies metidos en el agua, contaba las horas y los días. Cientos de veces decidió que no lo haría o los mismos cientos de veces decidió que lo haría. El fuego ya había destrozado su vida; el resto, cualquier idea de comodidad o familiaridad con el futuro que pudiera albergar, no era más que una ilusión.

Tenía la cabeza tan concentrada en sus planes que apenas lograba dormir unas pocas horas cada noche. Cada día se le ocurría algo distinto, hasta que por fin se solidificaban las ideas. Pero de una cosa estaba segura, no quería pasarse la tarde de la fuga intentando robar una barca. Eso tendría que tenerlo resuelto antes.

Por lo tanto, a las cuatro de la mañana del lunes —el día antes de la fuga—, Tilly se levantó en la oscuridad tras muy pocas horas de sueño constantemente interrumpido. El viento de la noche anterior había amainado y lo único que se oía era el tictac del péndulo del salón. Se puso las medias y un vestido gris oscuro, pero no perdió el tiempo recogiendo el pelo ni atándose las enaguas. Había dejado sus zapatos más recios debajo de la cama, con que se los puso y movió los dedos para notar el suelo, el mundo bajo los pies. Por último, se echó la capa por encima y se ató un lazo azul en la muñeca derecha.

Abrió la puerta y aguzó el oído. No se oía ni una mosca. Silencio total. El mundo estaba aguantando la respiración.

Avanzó como una sombra silenciosa por el pasillo, abrió la puerta del despacho de Sterling y la cerró con un clic inaudible.

Rozó la cerilla por el pedestal del escritorio y encendió una lámpara. Abrió el cajón y al instante tuvo la llave del cobertizo en la palma de la mano. Sujetando la linterna, salió por la ventana del despacho de Sterling y se enfrentó al aire frío de la madrugada.

Se alejó de la casa a toda prisa, pasando la capa por encima de la lámpara para no llamar la atención en caso de que alguien se levantara demasiado temprano. El aire estaba helado, y el cielo oscuro y salpicado de estrellas. Todavía faltaban dos horas para el amanecer. Aun así, el tiempo apremiaba. Tenía que hacer muchas cosas antes de que Sterling se levantara, antes de que los guardias y carceleros comenzaran las rondas.

Al llegar al cobertizo, se detuvo para respirar e intentar tranquilizarse un poco. El mar estaba en calma y las olas rompían suavemente en la orilla. La marea seguía baja, lo que le permitiría botar la barca desde la playa. Abrió la puerta y entró levantando la lámpara, que creó sombras oscuras en las esquinas. Contó cinco barcas de remos grandes y tres pequeñas. Para poder manejarla ella sola tendría que coger una de las pequeñas. Dejó la lámpara en el suelo, se agachó y desató la amarra de la proa de la barca más cercana. Tirando con las dos manos logró arrastrarla hasta sacarla del cobertizo y dejarla sobre la hierba para volver a entrar a por los remos. Estaba con la piel de gallina, temiendo que la descubrieran en cualquier momento. Con manos temblorosas, volvió a esconder la lámpara debajo de la capa sujetándola con una mano y, con los remos apoyados contra la cintura y bien agarrados con la otra mano, dio el primer viaje hasta el estrecho tramo de playa.

Encajó la lámpara entre unas rocas, dejó los remos en la arena, volvió a por la barca y cerró la puerta del cobertizo. La arrastró tirando de ella hacia atrás con todas sus fuerzas, esperando no tropezar, no hacer ningún ruido y que nadie la viera, aunque al mismo tiempo albergaba la secreta esperanza de que alguien la viera y la obligara a detenerse antes de cometer el delito.

A los diez minutos ya estaba en la playa. Le dio la vuelta a la barca y metió la lámpara. Se quitó los zapatos y las medias y los metió también en la barca junto con los remos. Se subió la falda lo más alto que pudo y se la ató haciendo un nudo por delante. Se le veían las piernas muy blancas en la oscuridad. Empujó la barca hasta que el agua helada le cubrió las rodillas y la quilla dejó de rozar la arena. El ligero oleaje chocaba suavemente contra la madera. Se subió, aferró los remos y empezó a golpear las palas contra el agua. Era la primera vez que intentaba remar y casi de inmediato la barca fue a dar otra vez contra el banco de arena.

Tras farfullar una imprecación, se bajó de la barca y volvió a empujarla mar adentro. El frío le estaba helando los huesos, al tiempo que el miedo y la culpa intensificaban la sensación de hielo. Cuando la barca recomenzó a deslizarse

libremente sobre la superficie, Tilly volvió a subirse, cogió los remos, los levantó y empezó a remar como loca una vez más, y esta vez por fin consiguió alejarse de la orilla, aunque todavía no lograba dominar los remos por completo.

Se detuvo y viró ligeramente inmersa en la oscuridad del mar. Intentaba respirar hondo. Pensó en los tiburones que infectaban aquellas aguas, y era como si su mente también estuviera invadida por tiburones. Pensamientos oscuros, de dientes afilados, se arremolinaban en su cabeza. La lámpara titiló. Las manos en los remos parecían las de otra persona.

—Ahora —dijo—. Rema.

Arriba, abajo, empuja. Arriba, abajo, empuja. Avanzaba impulsándose lentamente a través de las aguas, manteniéndose cerca de la orilla con la pequeña luz como única compañía. Le dolían los hombros. Esperó que Hettie tuviera fuerzas para atravesar remando toda la distancia que las separaba del continente, porque desde luego ella no podría.

Dos mujeres indefensas en una barca. En cuanto se dieran cuenta de que Hettie no estaba, alguien se subiría a las blancas torres vigía y las vería; o mandarían las otras barcas con docenas de hombres fuertes que las alcanzarían antes de llegar a la otra costa. Le flaqueó el ánimo. Pero Hettie tenía manos fuertes. Lo bastante fuertes para matar a un hombre. Sin duda, remaría con fuerza.

Llegó al primer espigón de las rocas. Si seguía avanzando en línea recta, terminaría en el mar del Coral, pero ella lo que quería era rodear los manglares para esconder la barca allí hasta el momento de la evasión. Alguna vez se había planteado la posibilidad de arrastrarla a través de la isla en la oscuridad para no tener que moverla por el agua, pero el riesgo de que la descubrieran habría sido mucho mayor. De todas formas, estaba empezando a dominar los remos y era una sensación magnífica. El oscuro perfil de la isla se iba quedando atrás, adquiriendo desde aquella perspectiva unas formas muy distintas de las que hasta entonces le habían resultado tan familiares. La empalizada con los barracones, los grandes campos de caña de azúcar, la ladera de la escarpadura, la casa en la que Nell y Sterling estarían durmiendo, bien arropados en sus camas, totalmente ajenos a lo que estaba ocurriendo.

Cuando rodeó la punta, el oleaje aumentó. La marea la arrastraba mar adentro con más fuerza. Las extrañas formas de los manglares esperaban. Remó con más ahínco, ya en el lado oscuro de la isla, y logró llevar la barca hasta el fango.

Se bajó en la orilla y se adentró con la barca lo más que pudo, hundiendo los

pies en el fango y el agua estancada, clavándose las raíces puntiagudas del suelo. Se afanaba en apartar ramas e insectos en igual medida, jadeando y sudando bajo la ropa de abrigo pese al helor de los pies, entre el olor a humedad y descomposición y las macabras sombras que la rodeaban. Dejó la barca entre dos árboles y volvió a la orilla para buscar la rama que sobresaliera más. Se desató el lazo de la muñeca, con las piernas hundidas en el fango hasta las pantorrillas, y ató la cinta de la rama. Por último, regresó a la barca para recoger la lámpara y los zapatos, y se encaminó fatigosamente hacia la casa.

La pared rocosa del acantilado separaba la ciénaga de la casa, por lo que tendría que volver a rodear la costa o cortar por los manglares para luego cruzar los cañaverales. La segunda opción era más rápida, pero no le gustaba. Los manglares estaban plagados de arañas y en los cañaverales había muchas serpientes. Por lo tanto, echó a andar por las frías aguas pantanosas que le llegaban hasta los tobillos, abriéndose paso entre el fango y las raíces, hasta que llegó a la orilla rocosa que pasaba por delante del horno de cal y el molino de azúcar. Una vez allí, apagó la lámpara, cruzó el cementerio y desembocó en la carretera principal. Tenía los pies doloridos y embarrados, por lo que al llegar al jardín se los lavó en el estanque. No podía entrar en el despacho de Sterling para volver a poner la lámpara y la llave en su sitio dejando un rastro de huellas de barro. El cielo estaba clareando por el este, y las estrellas palideciendo, pero Tilly se sentó un momento en el jardín, esperando a que se le secaran los pies, con los ojos cansados por la falta de sueño.

Ya quedaba muy poco. Aquel día, el alba del día siguiente y luego...

Un amanecer en otro sitio. No en Ember Island.

Se levantó, cruzó el porche de puntillas y volvió a entrar en el despacho. Después de dejar la lámpara y la llave en su sitio, se paró a mirar el mapa de la bahía de Moreton que Sterling tenía colgado en la pared y de pronto se le ocurrió una idea. Encendió una cerilla y la acercó para observarlo mejor. Había muchísimas islas.

Lo estudió tan detenidamente y durante tanto tiempo que la cerilla se consumió y se le apagó al llegarle a los dedos. Del susto, agitó la mano derecha en el aire. Se le habían quemado las yemas del pulgar y el dedo índice. Se las chupó, con lágrimas en los ojos, intentando no hacer ruido, y se las envolvió con la tela mojada de la falda.

La casa seguía tranquila y en silencio mientras Tilly recorría el pasillo y llegaba a su habitación, donde encendió la lámpara y se examinó las

quemaduras. En el índice ya le estaba saliendo una ampolla. La tocó e hizo una mueca de dolor.

Y pensó en Jasper y Chantelle...

La tocó de nuevo y el dolor la atravesó por dentro. Muy pronto pagaría esa deuda y por fin quedaría libre de las lúgubres sombras del pasado.



Tilly enrolló el vestido rojo lo más fuerte que pudo y se lo metió bajo el brazo. Estaba agotada por haberse pasado toda la noche despierta y todo el día trabajado con Nell. La niña le había preguntado qué iban a hacer la semana siguiente en clase y ella no había sabido qué decirle. No había programado nada para después de la evasión, como si la vida en Ember Island fuera a dejar de existir en el momento en que Hettie y ella se salieran de allí.

La pena de dejar a Nell la desgarraba por dentro. Se había encariñado tanto con ella que solo de pensar en la niña se le llenaban los ojos de lágrimas y se sentía aterrorizada. Intentaba convencerse de que era solo porque estaba cansada, aunque en el fondo sabía que no importaba cómo interpretara la debilidad en las rodillas y la pena del corazón, porque el hecho era que estaba a punto de cometer un delito.

Las plantas del jardín seguían creciendo, pero lentamente. Los vientos habían cambiado, los que ahora soplaban del oeste levantaban las hojas y las mecían con destellos blancos y fríos. El guardia perezoso seguía allí. Cuando la vio, le sonrió, pero no le prestó mayor atención cuando Tilly se encaminó hacia la parte de atrás del jardín para hablar con la prisionera.

Hettie estaba andando con la cabeza gacha.

Tilly se paró a unos pasos de ella y carraspeó.

—Ha venido —dijo Hettie, tranquila pero aliviada.

—Pues claro que he venido.

—Creía que se había echado atrás.

—No me voy a echar atrás.

—Hace días que no la veo. Soy incapaz de concentrarme en nada. No hago más que pensar en mis niños y estoy... —Le tembló la voz—. No hago más que pensar que no volveré a verlos jamás.

Tilly miró a su alrededor. Estaban solas.



—Toma —le dijo y le dio el vestido.

—¿Qué es esto?

—Un vestido y un pañuelo, exactamente igual que los que yo me pondré mañana.

—¿Mañana?

—La barca ya está en su sitio. La he dejado en los manglares, a unos ochocientos metros de la punta rocosa. He atado una cinta azul a una rama que sobresale mucho en la orilla. Nos vemos allí al amanecer.

Hettie asintió, agarrando el vestido entre las manos con desesperación.

—La mejor forma de llegar es cruzando el cañaveral. Si puedes, cámbiate aquí y sal del jardín por la zona este para bajar por la parte más empinada de la escarpadura, así llegarás a la playa enseguida y si alguien te ve desde lo lejos, pensará que soy yo.

—¿Y si la ven a usted también?

—Yo iré por la parte oeste del cañaveral. No importa que nos vean a alguna de las dos, porque de todas formas no nos podrán ver a las dos. Seguramente, tú llegarás antes a la barca. Espérame allí. Y no te preocupes, iré. —Tilly volvió a mirar a su alrededor—. No iremos al continente.

—¿No? Entonces, ¿adónde?

—Hay otra isla en el norte. Está deshabitada. Mañana llenaré la barca con comida, agua y sábanas. Nos quedaremos allí durante una semana o así. Todos pensarán que estamos intentando llegar al continente, así que, mientras ellos nos buscan por el oeste, nosotras nos dirigiremos hacia el norte.

A Hettie se le iluminó la cara.

—Es un buen plan —dijo; aunque después añadió—: Pero no tiene buena cara.

—Solo estoy cansada. Me he pasado toda la noche despierta llevando la barca hasta allí.

—No sé cómo agradecerérselo.

—Me lo puedes agradecer viviendo una vida feliz.

Hettie levantó la cara hacia el sol de la tarde y cerró los ojos.

—Seré feliz en cuanto tenga a los niños entre mis brazos. La última vez que los vi eran muy pequeños. El chico no era más que un bebé, solo balbucía unas cuantas palabras. Es como si lo estuviera viendo. —Se tocó la sien y abrió los ojos—. Ya habrá cambiado. No estará tan rellenito y le habrán crecido las piernas. Y mi hija también habrá crecido mucho. No se puede imaginar lo

importantes que serán para mí los años que vendrán, esos años que jamás pensé que podría vivir con ellos. Creía que no podría volver a verlos hasta que fueran mayores, hasta que se hubieran convertido en personas adultas sin ningún recuerdo de mí y a las que no les interesa mínimamente quién soy. Pero usted lo ha hecho posible. Que Dios la bendiga, Tilly. Que Dios la bendiga.

A Tilly se le encogió el corazón. Sí, aquello funcionaría. Aquello la absolvería. Deseaba con todas sus fuerzas que el plan saliera adelante sin incidentes para que Hettie volviera a abrazar a sus niños. ¿Sería demasiado ingenuo pensar que lo lograrían? ¿Y qué sería de ella, de su futuro?

—Esconde el vestido entre los arbustos —le advirtió Tilly—. Aunque el rocío lo moje esta noche, tendrá todo el día para secarse. Mañana me encargaré de la comida y las sábanas. Todo estará listo al amanecer.

Hettie juntó las manos delante de ella. El temblor era evidente.

—Estaré preparada.

—Nos vemos en la barca.



Tilly cayó rendida, exhausta por la noche anterior, y solo se despertó cuando Nell llamó a la puerta.

—¿Tilly, está ahí?

—Entra —contestó Tilly con voz ronca.

La puerta se abrió. Nell asomó la cara, pálida por la preocupación.

—No ha bajado a desayunar y no ha venido a clase. ¿Está mala?

—Pues... —Tilly se dio cuenta de que necesitaría una excusa para terminar temprano aquel día—, sí, un poco, pero enseguida me visto y empezamos las clases. Espérame en la biblioteca.

—¿Está segura? Si quiere, puedo pedirle a alguien que le suba el desayuno en una bandeja.

Al pensar en la comida le entraron arcadas.

—No tengo apetito. Seguro que me siento un poco mejor cuando me levante —sonrió—. Hoy tendrás que ser buena conmigo.

—Seré muy buena —dijo Nell llevándose una mano al pecho—. Pero si lo prefiere, también puede quedarse en la cama —añadió y se fue, cerrando la puerta con suavidad.

Para cuando Tilly se puso el vestido rojo y llegó a la biblioteca, Nell ya había bajado a la cocina y había cogido un plátano para ella.

Tilly lo aceptó agradecida.

—Gracias.

—Ya sé que no tiene hambre, pero a lo mejor le sienta bien comer algo —dijo—. Ayer me quedé escribiendo hasta muy tarde y terminé otro capítulo. ¿Quiere que se lo lea?

Tilly peló el plátano y le dio un bocado.

—Por supuesto.

—Vaya a sentarse en el sofá, estará más cómoda.

Así que Tilly se llevó el plátano al sofá de cuero que estaba al lado de las estanterías y Nell se sentó delante de ella, en el suelo, y empezó a leer. Tilly cerró los ojos y la escuchó, dejándose llevar por la historia de Nell. La niña escribía realmente bien, tenía una gran imaginación y un increíble dominio del lenguaje para su edad. Se preguntó qué haría Nell en el futuro, cómo la trataría la vida, quién le rompería el corazón.

Una hora más tarde, Nell dejó de leer. Acababa de llegar a un momento crucial.

Tilly abrió los ojos.

—Sigue —le dijo.

—Eso es todo. Hasta ahí he llegado.

—Pero ¿Emmeline va a encontrar a su madre?

Nell se encogió de hombros.

—No estoy segura. Tendrá que esperar a que escriba algo más.

A Tilly se le llenaron los ojos de lágrimas y Nell se dio cuenta enseguida.

—¿Tilly? ¿La he hecho llorar?

—Es una historia estupenda —susurró secándose las lágrimas—. Me ha emocionado.

Nell estaba encantada.

—¿De verdad?

Tilly le cogió la mano.

—De verdad. Eres una escritora fantástica. Imagínate todos los sitios a los que podrías ir como escritora.

Nell se puso de pie e hizo una pequeña pirueta de felicidad.

—Imagínese las historias que podré escribir. La verdad es que no quiero ir a ningún sitio. No puede haber ningún sitio mejor que Ember Island, ¿no cree?

De vuelta a la realidad, Tilly pensó en todo lo que le quedaba por hacer y se le revolvió el estómago.

—Nell, ¿te importaría que no diéramos más clases por hoy? Puedo darte unos cuantos ejercicios para que sigas...

—No, me voy a subir a la habitación a escribir, así puedo leerle algo más mañana.

«Mañana». El mañana que no llegaría para ellas.

—Buena idea —murmuró Tilly.

Nell se marchó enseguida, rebotante de entusiasmo e imaginación.

Tilly se recostó en el sofá y cerró los ojos. Un momento de serenidad antes de que explotara la tormenta de agitación y tensión. Abrió los ojos. Se levantó y fue a la cocina.

Era enorme, y estaba completamente vacía. La cocinera había dejado una gran olla de sopa hirviendo a fuego lento, impregnando el aire con el olor salado del jamón. Tilly sacó de debajo de la mesa de madera que había en mitad de la habitación la cesta más grande que tenían y la puso sobre la encimera. En la mesa había un racimo de plátanos descomunal, casi todos verdes. Metió una docena en la cesta, una hogaza de pan y un cuchillo. Oyó unas pisadas que iban y venían por el pasillo y se quedó petrificada un instante. Luego siguió buscando más cosas. Huevos, mantequilla, cerillas, un cuenco. Se dio cuenta de que estaba cogiendo cosas al azar, pero solo tenían que sobrevivir una semana en aquella isla, así que ya comerían mejor cuando llegaran al continente. Cerró la cesta cuando vio que ya estaba hasta los topes, y encima puso dos sábanas enrolladas y dos vestidos y salió por la puerta de atrás.

Desde el mar llegaban ráfagas de viento helado. En la distancia se divisaba un barco de vela, que navegaba entre la isla y el continente, con las velas blancas resplandecientes bajo el sol otoñal. La bahía relucía verde y azul. El mar estaba agitado. Tilly esperó que el viento se aplacara por la tarde, que se calmara el oleaje. No le gustaba la idea de adentrarse en un mar así con una barca tan pequeña.

Cogió por la carretera que bajaba a la playa, rodeó las rocas y se adentró en la zona pantanosa. El sol caía verticalmente sobre los árboles y el fango. La marea estaba tan alta que, en vez de seguir la línea de la orilla, tuvo que abrirse paso entre los árboles, arañándose con las raíces y las ramas. Avanzaba lentamente, así que pensó que tenía que acordarse de salir con mucho tiempo aquella tarde. Sería mejor llegar antes que Hettie, para recibirla y tranquilizarla.

Durante un buen rato pensó que no vería la cinta azul atada a la rama. Creía que habría quedado hundida en el agua, pero después se dio cuenta de que, al estar tan alta la marea, el árbol había quedado bastante más lejos de lo que se esperaba. Y allí estaba la rama, descollando sobre el agua salada con su cinta azul ondeando al viento.

Enseguida vio la barca, tal y como la había dejado. Siguió avanzando hasta que llegó y pudo meter la cesta y las sábanas. Descansó un momento, mirando el agua entre los árboles, recuperando el aliento e intentando ordenar las ideas. Los minutos y las horas pasaban inexorables. Y por fin el plan daría sus frutos.



Lo primero que tenía que hacer al volver a la casa era cambiarse el vestido y los zapatos, que estaban llenos de barro. Nell era una niña muy curiosa y Tilly no se sentía con fuerzas para tener que inventarse toda una serie de mentiras plausibles. Al pasar por delante de la puerta notó el olor a comida y le rugió el estómago. Cruzó el pasillo y bajó al comedor. Nell estaba sola a la mesa, con una vasija con sopa de tomate y un plato lleno de panecillos. Tilly se paró en el umbral.

—¿Se encuentra mejor? —le preguntó Nell con una pizca de suspicacia en la mirada.

—No mucho.

—¿Quiere comer algo? Hay más que suficiente. Mi padre ha tenido que irse a los barracones y a mí no me gusta nada comer sola.

Tilly no estaría allí para cenar y la comida sería escasa los días sucesivos, así que dijo:

—Sí, tomaré algo.

Cogió una silla, se sirvió un poco de sopa, mojó el pan y se lo metió en la boca. Se tomó un momento para saborearlo.

—¿Has escrito algo más? —le preguntó a Nell.

—Sí, solo he parado porque tenía hambre —contestó la niña—. Estoy muy inspirada. Creo que lo terminaré esta noche, así que se lo podré leer todo mañana. Si se encuentra mejor, claro.

—¿Quién sabe lo que nos deparará el mañana? —dijo Tilly con tono ligero entre dos cucharadas.

Nell se quedó en silencio un momento.

—¿Tilly?

A Tilly se le hizo un nudo en la garganta.

—¿Sí?

Pero luego Nell negó con la cabeza.

—No, nada. Está buena la sopa, ¿verdad? La cocinera nunca la prepara muy salada. Una vez tuvimos a una que lo cocinaba todo tan salado que me notaba la lengua hinchada después de cada comida.

Y así estuvieron un buen rato, mientras Nell charlaba y Tilly asentía y hacía los sonidos que correspondían en el momento adecuado, mientras en la cabeza seguían arremolinándosele toda una serie de pensamientos mucho más sombríos.

Después de almorzar, Tilly volvió a su cuarto y recogió sus cosas. No podían verla con una maleta, de forma que sacó una bolsa de algodón que podía colgarse del brazo al salir y metió la caja de escritura, el último recuerdo de una vida pasada que iba quedándose cada vez más atrás en la memoria. ¿Qué pensaría el abuelo, que no llevaba ni un año en la tumba, del giro que había dado su vida? Cuánto se avergonzaría de ella si supiera que había caído tan bajo y estaba preparándose para dar un paso tan desesperado.

—Lo siento, abuelo —dijo en voz baja al tiempo que acariciaba la caja.

Dejó la bolsa al lado del tocador, se arrodilló al lado de la cama y, por primera vez desde hacía muchos meses, empezó a rezar.

Estaba pidiendo perdón y claridad cuando tocaron a la puerta. Se levantó, se alisó la falda y dijo:

—Adelante.

Era Sterling, con los pantalones azul marino y la camisa. Su olor, tan familiar —piel, jabón, cuero—, le llegó tan claramente que tuvo que contenerse para no echarse a sus brazos y respirar profundamente.

—Siento mucho molestarla —le dijo—, pero acabamos de recibir el correo y hay una carta para usted.

—¿Para mí?

Sterling le dio el sobre. Se notaba que le picaba la curiosidad. Tilly reconoció la letra, y la dirección era la misma de la carta anterior. Laura Mornington le había vuelto a escribir, a la pensión de la señora Fraser. Por los tachones que se veían en la dirección, vio que la carta también había pasado por la pensión del señor Hamblyn antes de llegar a Ember Island.

—Gracias —le dijo Tilly con el tono más neutro que pudo.

—¿Dónde está Guernsey exactamente? —quiso saber Sterling.

—Es una isla del canal de Inglaterra. Viví allí durante un tiempo —le contestó con sinceridad; ya no había motivos para esconder nada—. Y no fue una época muy feliz, he de añadir.

—Entonces, no es la primera vez que vive en una isla —comentó Sterling con amabilidad—. Tal vez por eso ha logrado adaptarse a nuestra isla tan bien. —Le cayó la mirada en el vestido y los zapatos que estaban en el suelo—. ¿Eso es barro? —preguntó.

—He estado en el bosque de los manglares —le dijo al tiempo que el corazón le latía desbocado.

—¿Para dar un paseo?

—Estaba pensando llevar a Nell la semana que viene para una clase de ciencias, pero no me esperaba tanto fango, así que me he vuelto enseguida.

—Le agradecería que no llevara a Nell por allí —le dijo—. No es seguro ni agradable.

—No me encuentro bien —contestó con frialdad—. No bajaré a cenar. Me quedaré descansando toda la tarde y no quiero que nadie me moleste.

Sterling parpadeó varias veces con movimientos rápidos. No se lo esperaba.

—Por supuesto —dijo con resolución—. Se lo diré a Nell. Que pase una buena tarde.

Tilly se dio media vuelta para no verlo salir.

—Adiós, Sterling —dijo en voz baja en cuanto se cerró la puerta, y las lágrimas le rodaron por las mejillas.

Se sentó en la cama con la cara entre las manos y se echó a llorar. Eran lágrimas de amor, de pérdida, de miedo y de angustia. Lloró casi media hora, y luego alargó la mano para coger la carta de Laura.

Esta vez no le apremiaba tanto leerla, ya que se esperaba que Laura dijera más o menos lo mismo que la otra vez. De hecho, estuvo a punto de no hacerlo, puesto que aquella carta no era para ella. Sin embargo, después pensó que una buena dosis de culpa por su crimen podría ayudarla a armarse de valor para lo que le esperaba aquella noche. Por lo tanto, abrió el sobre y desplegó las hojas que contenía.

Querida Chantelle:

Hace mucho tiempo que no te escribo. He esperado en vano una carta tuya que me tranquilizara, pero ahora entiendo por qué no me has escrito. Puede

que esta carta se pierda en la nada porque ya te hayas ido a otra parte, como tienes que hacer, teniendo en cuenta lo que has hecho.

Desde mi última carta han salido a la luz ciertos hechos que no conocía antes y me siento una completa idiota por haber creído en ti, por haberte dado el beneficio de la duda e incluso haberte defendido ante la mujer que albergaba la sospecha de que tú querías destruir su felicidad. Ahora sé que estabas dispuesta no solo a destruir su felicidad, sino también su vida.

Cuando vino la policía después del incendio descubrieron unas cartas de amor, de Jasper y tuyas, en tu habitación. Al no encontrar tu pasaporte, supusieron que Jasper había roto contigo y te habías ido. No recayó sobre ti ninguna sospecha relativa al incendio porque se descubrió que lo había provocado una lámpara que se rompió en la planta baja. La ventana estaba abierta, por lo que, al parecer, las cortinas fueron lo primero en arder. Me alegré cuando la policía me contó todo esto porque me preocupaba que pudieran sospechar de ti por haberte marchado casi al mismo tiempo. «Es una mujer buena —le dije a la policía muchas veces—. Es huérfana, y yo he hecho por ella todo lo que he podido».

Y así seguí afirmándolo una y otra vez, considerándote inocente de todo pecado, sospechando únicamente que habrías huido de aquí con el corazón roto y sin saber siquiera que se había producido un incendio en Lumière sur la Mer. Estaba muy preocupada y pensaba en ti todos los días. Incluso te guardé tu habitación, hasta que tuve que usarla. Mi hija Maria y su hija se han venido a vivir con nosotros y hemos tenido que contratar a más personas para el servicio. Había llegado el momento de vaciar la habitación.

Pasé por unos cuantos momentos de tristeza mientras empaquetaba tus vestidos, tus zapatos y todos tus artículos de tocador. Casi todo lo tiré o lo di en beneficencia. Como sirvienta, no tenías nada de valor. O eso creía yo.

El último día, antes de meter dos camas nuevas en la habitación de la que tú has podido disponer sola —gracias a Jasper, y para el gran desconsuelo de Tilly—, abrí los cajones de la cómoda por última vez. Noté que el último cajón era un poco más profundo que los demás y, mientras investigaba dicha irregularidad, descubrí que el cajón tenía un doble fondo. Y cuando levanté el panel de madera, encontré todos tus secretos.

No solo las joyas —unas joyas que una mujer de tu posición no podría permitirse jamás—, sino las otras cartas, las cartas del pecado, como he empezado a llamarlas al pensar en ellas. Aunque estén todas escritas por Jasper, tú estás implicada en cada una de sus pecaminosas líneas.



Algunas me ruborizaban con sus detalles lascivos. Me pregunto si tú también le escribirías a él con un lenguaje tan impactante e indecente. Las leí todas, por más que me dolieran. Lo que creí que no serían más que fantasías expresadas por escrito, resultaron ser recuerdos. El mero hecho de que tú guardaras unas cartas tan cargadas de lujuria y obscenidades dice mucho de tu carácter, Chantelle.

Pero lo peor aún estaba por llegar.

Otras cartas, escondidas también. Las cartas que deseabas guardar pero no querías que nadie llegara a encontrar. Cartas que hablaban de amor y lascivia, pero también de planes de asesinato. Cada vez que pienso en la pobre Tilly, que vino a buscar alivio y comprensión, y yo solo le dije que a veces los esposos tienen sus aventuras pero que eso no significa nada y que lo que ella tenía que hacer era seguir adelante con su vida esperando la felicidad... me entran ganas de llorar de pena y angustia. Esa pobre joven, a la que Jasper engañaba, y tú soliviantabas, con el objetivo de quitarle su dinero, para después hacer creer a todos que se había vuelto loca y por último... ¿De verdad lo habrías hecho, Chantelle? ¿De verdad la habrías envenenado? ¿La habrías tirado por la ventana? ¿La habrías ahogado en el mar? Todas esas son sugerencias de Jasper, y las cartas dan a entender que tú estabas ávidamente involucrada en la planificación de todos esos detalles con él. ¿De verdad habrías apoyado a Jasper mientras declaraba ante las autoridades que Tilly había intentado quitarse la vida repetidamente? A ella no le quedaba ningún familiar que pudiera hablar en su defensa, así que supongo que habrías conseguido salir impunes con esa mentira. ¿Y después pensabas irte a vivir con Jasper a Lumière sur la Mer como si realmente te lo merecieras?

Qué mujer tan horrible eres. Qué espantosas tuvieron que ser para Tilly sus últimas semanas en este mundo. Haces bien en escapar, Chantelle. Tienes buenos motivos para hacerlo y mucho de lo que intentar escapar.

Ralph ha insistido en que tenía que quemar las cartas, así que no tienes por qué temer nada de la policía. Su razonamiento era que Tilly ya está muerta y nada la puede salvar. Al igual que Jasper, que ya no podrá responder por sus crímenes. Y que no quiere volver a pensar en nada de esto, y que no quiere tener que pasar por las incomodidades y la vergüenza de una investigación. Yo no estaba de acuerdo, pero hice lo que ha de hacer una buena esposa y seguí sus indicaciones. Quemé todas esas cartas en la chimenea, y te juro que olían a azufre mientras ardían, pues tanta era la maldad que contenían.

Sin embargo, aunque no tengas que temer el juicio de las leyes de la tierra,

Chantelle, habrás de enfrentarte al juicio de Dios cuando dejes este mundo. En eso encuentro alivio. Y escribir esta carta me ha dado la oportunidad de expresar mi horror y mi rabia. No te deseo más que infelicidad. Te deseo una vida horrible.

LAURA MORNINGTON

Tilly volvió a doblar las hojas con manos temblorosas.

Jasper y Chantelle estaban planeando asesinarla. Tal vez pretendían hacerlo aquella noche o tal vez no. Fuera como fuese, no eran inocentes. Desde luego, no le tocaba a ella decidir su castigo, pero tampoco lo había hecho. Ella no había decidido nada.

Ahora que la claridad se abría paso entre los lúgubres pensamientos que le habían hecho cargar tanto tiempo con los aciagos sentimientos de culpa, Tilly empezaba a ver la noche del incendio de otra manera. Ella intentó escapar de Jasper. Él volcó la lámpara. El salón estaba lleno de papeles viejos porque él no había conservado ningún mueble en el que guardarlos. Sí, ella lo encerró en el salón, pero fue porque temía por su vida. Cuando Jasper salió del salón, subió al piso de arriba porque tenía a su amante escondida en la casa. Fue toda una serie de eventos, desencadenados por Jasper, Chantelle y sus planes de asesinato, que desembocaron en una muerte accidental para ambos.

Tilly no los había matado. Se había estado torturando por el sentimiento de culpa durante meses sin que hubiera ningún motivo para ello.

Y ahora el tiempo se le escurría entre los dedos en su último día allí, mientras ponía en práctica su plan para ayudar a escapar a Hettie, con el que pretendía absolverse a sí misma, cuando la absolución era completamente innecesaria. Cuánto deseó poder dar marcha atrás. Quedarse allí, seguir dándole sus clases a Nell y esperar a que Sterling volviera a sus brazos. Ahogó un sollozo.

Era demasiado tarde. No podía ir a buscar a Hettie y decirle: «No, no vamos a hacerlo». Hettie ya solo pensaba en el momento en el que volvería a abrazar a sus hijos. Además, la copia que había hecho de su vestido estaba entre los arbustos y la barca estaba esperando en el lugar en el que la había escondido, cargada de víveres. Ella ya había cometido sus delitos y no sería capaz de detener a Hettie. Y si Hettie se fugaba, ella no podía quedarse en la isla.

La única solución era escapar.

## VEINTISÉIS

# SANGRE Y CENIZAS

Como una mujer condenada a la horca, Tilly salió de la casa en silencio en el momento planeado y se encaminó hacia los campos de caña de azúcar. Las sombras eran largas, el aire frío y el cielo nublado se estaba tiñendo de rosa. Se preguntó cómo le estaría yendo a Hettie, saliendo del jardín con el vestido igual que el suyo y el pañuelo idéntico atado sobre la cabeza y tapándole la cara lo más posible. ¿La habría visto alguien? ¿La habrían saludado y se habrían quedado pasmados al ver aquellas manos enormes?

La ansiedad le producía náuseas. Tenía el estómago revuelto, como si se hubiera mareado en alta mar. A cada paso notaba la pesadumbre de un presagio. Cruzó los campos de pastoreo, notando por primera vez que no había ningún movimiento en los cañaverales. ¿Se habrían recogido todos más temprano aquella tarde? Así sería más fácil. Por lo menos, Hettie y ella no tenían que temer que las descubrieran allí.

Se paró al llegar al borde del cañaveral. El viento soplaba entre las cañas. Oía a tierra y a mar. Miró hacia atrás, como si quisiera decirle adiós a alguien que la estuviera mirando. Starwater estaba inmersa en la oscuridad en lo alto de la colina. Sterling estaría trabajando en casa y Nell, leyendo o escribiendo o jugando. Los dos seguirían adelante con sus vidas.

Tilly se colocó mejor la bolsa de algodón en el hombro y se adentró en el cañaveral. Las plantas crecían tan juntas que apenas dejaban pasar la luz. No veía dónde estaba la salida de cada plantación, así que tan solo podía confiar en la brújula de su cabeza para orientarse y salir por el otro lado. Sabía que había caminos entre las plantaciones, de forma que tenía que tener cuidado al cruzarlos para que nadie la viera. Estaba rodeada por plantas por todos lados, tallos altísimos y hojas larguísimas que le arañaban la ropa y le daban latigazos en la cara. El terreno era muy irregular, por lo que le costaba avanzar. El suelo debía de estar infectado de ratas y serpientes. Algunas cañas estaban quebradas por la

parte de abajo, formando dientes afilados que se le hincaban en la tela de la falda y se le clavaban en la piel. La fuerza de los tallos la sujetaba cuando estaba a punto de caerse, pero las plantas eran rugosas y crecían tan juntas unas de otras que Tilly tenía que abrirse paso entre ellas, apartándolas con los brazos y los hombros, como si estuviera nadando entre palos.

Estaba tan concentrada en empujar las plantas para abrirse paso que se sorprendió cuando desembocó en el primer camino. No tenía más de dos brazos de anchura, pero por lo menos le ofreció un instante para respirar. Miró a izquierda y derecha. No se veía a nadie, así que se encorvó y aguantó la respiración. Había estudiado atentamente los campos desde el porche de Starwater. Cada cañaveral estaba dividido en cuatro plantaciones rectangulares idénticas, así que solo tendría que cruzar otras tres para llegar a la costa rocosa. Se miró las manos y vio que le caía un chorro de sangre de la palma derecha. Se la chupó. El desagradable sabor metálico de la sangre estaba mezclado con el gusto dulce del azúcar.

De nuevo entre las plantas.

Esta vez, Tilly se movía con más seguridad, empujándose y abriéndose paso entre las cañas. Notó que el viento arrastraba un olor extraño, y tardó un momento en darse cuenta de que era humo.

El corazón le latió desbocado.

«A finales de otoño, las quemán».

Tilly echó a correr.

«Es espectacular, como si la mitad de la isla estuviera en llamas».

Con el pecho a punto de explotar y la garganta en carne viva, entre ramas y cañas rotas que la azotaban y cortaban, Tilly corría sin parar. Entonces oyó las llamas, que se propagaban por los bordes del campo. El suelo empezó a moverse, plagado de animales que se escurrían y culebreaban al olor del fuego, desesperados por salir de allí. Tilly corría con ellos, esperando encontrar uno de aquellos estrechos caminos por el que pudiera escapar y salir del cañaveral.

El calor y el sonido de las llamas aumentó. El fuego se acercaba. Le quemaban los pies, el pecho le daba punzadas y le zumbaban los oídos por el terror. De repente entendió que no lograría escapar, que estaba destinada a morir en aquel incendio. La misma muerte de Jasper y Chantelle.

De pronto llegó a uno de los caminos. Miró rápidamente a izquierda y derecha. Llamas por todas partes. Estaba en uno de los pocos lugares a los que aún no había llegado el fuego, justo en el centro del campo. Pero si corría por

aquel camino hasta el final...

El terror la dejó petrificada. El fuego la rodeaba.

Tenía que reaccionar. Era la única forma de salir viva de allí. Echó a correr por el camino, directamente hacia las llamas. Detrás de ellas la esperaban el aire fresco, la libertad y la vida.

El silbido del aire que se tragaba el fuego era ensordecedor. Se veían plantaciones en llamas de más de seis metros de altura. A ambos lados de ella, los tallos ennegrecidos se recortaban contra el naranja de las llamas. Los próximos tres metros los cruzaría corriendo directamente sobre el fuego, el estrecho camino apenas la protegería de las llamas. Se puso el pañuelo por delante de la boca, bajó la cabeza, reunió todas sus fuerzas para un último esfuerzo y echó a correr otra vez.

La bolsa que llevaba al hombro empezó a arder. La soltó. La caja de escritura del abuelo cayó al suelo entre las brasas. Un dolor desgarrador en los hombros. Notó el olor de su pelo en llamas.

Y quedó libre, se derrumbó, aterrizó de boca en el suelo. Así se quedó un momento, tosiendo, intentando respirar en el humo.

«Levántate, tienes que levantarte».

Se levantó y acortó por los pastizales, aterrorizada por lo que le había pasado a su cuerpo. El dolor en los hombros era insuportable. Siguió corriendo lo más rápido que pudo, llegó hasta la cerca de las vacas y después a las rocas. Sin pensar, se tiró al agua fría.

Alivio. La terrible intensidad del dolor se calmó. Sacó el hombro y el brazo del agua y se los miró a la luz del fuego que se reflejaba en el mar. Se le había quemado el vestido y tenía la piel levantada y rosa oscuro. Necesitaría atención médica y ropa. En la otra isla no tendría ninguna de las dos cosas.

¿Hettie habría conseguido cruzar los campos?

Se puso de pie en el agua, con una tremenda mueca de dolor mientras lloraba levantando la cabeza hacia arriba. Dolor y miedo. Le ardía la garganta.

Pero tenía que seguir moviéndose, en la penumbra, hacia Hettie.



Tilly caminaba por el agua, se tambaleaba, gritaba de dolor. Le pesaban los zapatos y le costaba andar, pero no se atrevía a quitárselos para no cortarse con

las rocas. Los arañazos de las piernas le escocían con el agua salada. Fue pasando por delante de cada uno de los cañaverales, convertidos en llamaradas naranja que se elevaban hacia el cielo que se iba tornando azul sedoso hacia el este. Cuánto deseaba poder estar sentada en el porche con Nell, contemplando las llamas cómodamente, disfrutando del fresco de la tarde y el dulce olor del fuego. Poco a poco empezaron a llover cenizas, motas diminutas que se deshacían al caerle sobre la piel como nieve negra. Siguió caminando a duras penas por el agua y, en cuanto dejó el fuego atrás, salió a la orilla y continuó sobre las rocas hacia la ciénaga.

Estaba anocheciendo en el continente. El cielo se había teñido de un amarillo rojizo hacia el oeste. El mar se veía gris plateado. Con la marea baja no tendría que seguir caminando por las aguas negruzcas, de modo que se abrió camino a través del fango, asustada por el dolor de las quemaduras, temiendo que no lograría sobrevivir una noche entera sin tratamiento médico, y mucho menos una semana. Pero siguió adelante, contra toda esperanza. No había vuelta atrás.

La cinta azul apenas se veía a la luz del crepúsculo, pero no necesitó encontrarla. Hettie ya estaba allí. Había desatado la cuerda de la barca y la estaba arrastrando hacia el agua.

—¡Hettie! —gritó Tilly, aunque la voz le salió como un resuello.

Hettie miró a su alrededor con la cara entre las sombras, volvió a bajar la mirada y siguió con lo que estaba haciendo.

—Hettie, espera. Estoy herida. —Tilly se tambaleó hacia delante—. ¿Te ha cogido el incendio?

—No, he venido por detrás, por el acantilado, porque el idiota que estaba vigilando se puso justo por donde yo quería ir.

—¿Has bajado por el acantilado?

—Pues claro. Quiero escapar. Tome, ayúdeme con esto.

Tilly cogió la cuerda y entre las dos siguieron arrastrando la barca hasta el agua. Hettie se subió y la barca se bamboleó con un movimiento brusco hasta que por fin volvió a estabilizarse. Tilly se quedó fuera, hundida hasta los muslos en las aguas pantanosas para ayudar a Hettie a colocar los remos. Poco a poco, la barca se iba apartando de ella.

—Ayúdame —dijo Tilly alargando la mano—. Casi no me puedo mover del dolor.

Hettie no dijo nada. Sin hacer ningún gesto con la cara, aferró el primer remo.

—¿Hettie? Por favor, no me puedo subir sola.

Con un movimiento repentino y una fuerza brutal, Hettie levantó el remo y le golpeó la cabeza. Tilly empezó a hundirse, le chirriaban los oídos, levantó las manos y se agarró a la borda. Hettie se puso de pie, haciendo que la barca se bamboleara otra vez, y le atizó otro golpe en las costillas. El dolor fue tremendo. Se le empezaron a resbalar las manos y Hettie se las golpeó también. Le soltó los dedos del parapeto y la empujó en el agua.

Y remó con todas sus fuerzas, alejándose.

Tilly intentó levantarse, intentó mantener la cara fuera del agua. Las heridas le ardían en el agua salada, la cabeza le daba vueltas y punzadas, las costillas se le hincaban por dentro y apenas podía respirar. Si no se levantaba, se ahogaría. Con sus últimas fuerzas, se puso en pie.

—¡Hettie! —la llamó con un jadeo.

La barca se alejó. La oscura forma de la figura de Hettie desapareció.

La traición tuvo que ser el peor dolor.



Se tambaleaba, chapoteaba, se caía y se levantaba. La oscuridad le cubría los ojos y volvía a levantarse por fuerza de voluntad. Los tres metros que separaban la orilla del lugar en el que la había dejado la barca le parecieron tres kilómetros. Por fin, arrastrando y tirando de la falda empapada, se dejó caer en el fango. El dolor pudo con ella y todo empezó a dar vueltas hasta sumirse en la oscuridad.



Destellos de consciencia. La marea le lamía los pies. El recuerdo de la traición de Hettie. Seguían lloviendo cenizas sobre ella. Y cada vez, la tortura del dolor volvía a arrastrarla a la oscuridad.

Luces entre las sombras de las ramas. Intentó gritar, pero el dolor de las costillas no le dejó más que resollar.

Cada vez más cerca. Tres o cuatro hombres. Era incapaz de contar. La voz de Sterling.

—¡La he encontrado! ¡Por aquí! ¡Está aquí!

Intentó hablar, pero no pudo ni mover la lengua. Otra vez el tremendo

chirrido en los oídos. Mantuvo la consciencia el tiempo suficiente para notar cómo la levantaba entre sus brazos fuertes, pero el dolor al moverse fue tan grande que se desmayó otra vez.

Tilly notaba las sacudidas mientras la sacaban de allí. Cada movimiento era una agonía. Y de pronto se encontró en algún sitio suave y seco, con luces trémulas a su alrededor. Oyó la voz del doctor Groom y percibió cómo le arrancaban la ropa del cuerpo. Le oyó decir algo como «quemaduras» y «costillas rotas». Oyó a Nell llorando y quiso extender el brazo y decirle que no se preocupara. Oyó a Sterling decir: «Haga lo que tenga que hacer». Un pañuelo pegajoso y de olor dulce apretado contra la nariz y la boca.

—Respire, Tilly —dijo el doctor Groom.

Respiró. Una vez, dos veces, tres veces. Empezó a sentirse mareada, le abandonaban las fuerzas, las voces se desvanecieron.

Y con ellas, el dolor y el miedo.



Tilly despertó, con la vista nublada y el cuerpo destrozado. Mientras parpadeaba fue tomando consciencia de la situación. Estaba en su habitación, las cortinas estaban abiertas, tenía el cuerpo agarrotado y al intentar hacer un leve movimiento se percató de que estaba vendada por muchas partes. Dobló la cabeza con cuidado y vio a Nell sentada en un sillón que había puesto al lado de la cama, se había quedado dormida.

—¿Nell?

La niña abrió los ojos al instante.

—¡Tilly! ¿Cómo está? ¿Se va a morir?

—Espero que no —dijo Tilly, pero era incapaz de reír ni sonreír—. Creo que no.

—Me gustaría darle un abrazo, pero no puedo tocarla. El doctor Groom ha dicho que está muy malherida pero se curará porque ya tiene todas las heridas limpias y vendadas. Y Tilly, su pelo.

Tilly levantó la mano para tocarse el pelo, pero lo único que notó fue un dolor inmenso en los hombros y las costillas.

—Se le ha quemado una parte —dijo Nell—. Su preciosa melena pelirroja.

La niña se echó a llorar, liberando toda la angustia que había estado



conteniendo, ante aquella pequeña señal del trauma que Tilly había sufrido en todo el cuerpo.

—No llores —dijo Tilly, al tiempo que le volvían a la cabeza todos los recuerdos—. Tengo que preguntarte muchas cosas antes de que lleguen tu padre o el doctor Groom.

Nell se sorbió los mocos y se secó las mejillas.

—No le pasará nada.

—¿Cómo sabes...? ¿Ellos saben...?

—Yo lo sabía, lo sospechaba y... Yo lo sabía y les he dicho que fui yo la que le dio la barca a Hettie y que usted bajó para detenerla y salvarme a mí.

Tilly negó con la cabeza muy despacio y con cuidado.

—No, Nell.

—Y me van a mandar a un internado por eso, pero no me importa si sirve para protegerla.

—No puedo dejarte hacer eso, Nell.

—Tiene que dejarme. —Se le sonrojó la cara de la desesperación—. Tiene que dejarme.

La puerta se abrió un poco y Sterling asomó la cabeza, con su bata de color rojo oscuro.

—¿Tilly? ¿Está despierta?

—Fui yo —soltó Tilly antes de que Nell pudiera decir nada. No estaba dispuesta a seguir acumulando más culpas. Salir adelante implicaba decir la verdad—. No fue Nell. Está mintiendo para protegerme. Lo hice por motivos estúpidos y..., que me parecieron importantes y... —Contuvo las lágrimas—. Lo hice para que Hettie pudiera volver a estar con sus hijos porque no soportaba la idea de verla tan lejos de ellos.

Sterling guardó silencio, petrificado, durante unos segundos que se hicieron eternos.

—¡No! ¡Papá, no! ¡No le hagas caso! —dijo Nell, que se abalanzó hacia él y lo abrazó por la cintura.

Sterling la apartó con delicadeza pero con firmeza, se acercó a la cama y se arrodilló al lado.

—Tilly. Tilly, dígame que no es verdad.

Tilly respiró hondo y el dolor de las costillas la traspasó. Hizo una mueca y Nell exclamó:

—¿Ves lo que le estás haciendo? ¡Déjala en paz!

Pero Tilly insistió:

—No puedo decir que no es verdad, porque lo es. Nell no ha hecho nada. Yo iba a escaparme con Hettie, pero no me dejó subirme a la barca y no sé por qué. Soy tonta, y sé que pagaré por ello y que me merezco el castigo. No puedo permitir que la niña pague por mí.

Sterling bajó la cabeza, pellizcándose la parte alta de la nariz. Tilly deseó alargar las manos y acariciarle los hombros, pasarle las manos por el pelo, pero el dolor no se lo permitía y todo aquello había terminado. El amor entre ellos se había ido, para jamás volver. Como Hettie.

Sterling levantó la cabeza y le cogió las manos con suavidad.

—Este es el último gesto de cariño que te puedo dar —dijo en voz baja mientras le acariciaba suavemente la mano con los ojos llenos de dolor, tristeza y horrible resignación. Después añadió—: Tilly, Hettie no tiene hijos.

Tilly rompió a llorar con enormes sollozos que le sacudían todo el cuerpo haciendo que las costillas la destrozaran del dolor. Sterling le soltó la mano, muy despacio, y se levantó, al tiempo que en su semblante se abría paso un gesto cauteloso y neutral.

—Tendrá que permanecer bajo vigilancia hasta que sepa cómo vamos a proceder. Nell, no puedes quedarte aquí con la señorita Lejeune. Sal inmediatamente.

Nell lloró, con la boca abierta, como un bebé.

—¡No! ¡Papá, no! ¡No lo hagas! ¡No!

En la mirada de Sterling se acumularon nubes de tormenta.

—¡Que te vayas! —tronó.

Nell se fue llorando y cerró de un portazo.

—No me llamo Chantelle Lejeune —dijo Tilly con valentía.

Sterling se volvió con los ojos como platos.

—Entonces, ¿quién es usted?

—Me llamo Matilda Dellafore; de soltera, Matilda Kirkland. Hay muchas cosas que no le he contado.

Sterling vaciló, desgarrado entre el deber y la necesidad de saber. Se sentó en el sillón que Nell había dejado vacío, se cruzó las manos en el regazo y dijo:

—Pues cuéntemelas ahora, porque esta es la última oportunidad que va a tener para poder hacerlo.

Tilly le contó todo.



Aquello fue unas tres semanas antes de que Tilly pudiera levantarse de la cama, y le dijeron que tendría que coger el primer barco de vapor que zarpara hacia el continente. En lugar de juzgarla como una delincuente, Sterling le concedió la gracia inesperada de considerarla una víctima. Por consiguiente, en vez de levantar cargos contra ella, ordenó que abandonara inmediatamente la isla, siempre que contestara a todas las preguntas que pudieran contribuir a la búsqueda de Hettie.

No lograron capturarla, por supuesto. Hettie se habría imaginado que Tilly les diría que fueran a buscarla a la isla del norte, por lo que sin duda habría tomado una dirección completamente distinta. Así pues, lo único que tenían era la descripción de la barca y el vestido rojo. Tilly pensó en lo astuta que había sido Hettie desde que la conoció, e incluso antes, cuando logró engañar a Sterling hasta el punto de conseguir que el superintendente la considerara una detenida «de confianza», y sabía que nunca la encontrarían.

Probablemente, Sterling lo sabía también.

Tilly preparó el equipaje lentamente, metiendo en la maleta las últimas cosas que le quedaban. Pertenencias sin importancia, como vestidos y cepillos. Nada significativo, tras más de veinte años en el mundo.

Llamaron suavemente a la puerta. Tilly levantó la mirada.

—¿Nell? Se supone que no puedes estar aquí.

Nell se puso un dedo delante de los labios rogando silencio y luego le pidió por señas que la siguiera. Tilly la siguió, aun temiendo la ira de Sterling en caso de que las descubriera, y Nell se adentró en el jardín.

El césped estaba húmedo y corría una brisa helada. Nell bajó por uno de los senderos. Tilly no había vuelto a salir al jardín desde el día de la evasión, y se dio cuenta de que apenas lograba tolerar el olor de la tierra y las flores, que le recordaban con hiriente claridad lo tonta que había sido.

—Aquí —dijo Nell al fin.

En el suelo yacía una piedra lisa en la que había pintado una banda verde.

—¿Qué es? —preguntó Tilly.

—Es de Los Seis Metros. Es una de las rocas en las que siempre nos sentábamos. La he subido hasta aquí y le he pintado una banda verde. ¿Sabes lo que es?

Tilly negó con la cabeza.

—Es el tahalí de Gawain. Cuando regresó después de su derrota en la corte del caballero verde, el cinto verde cruzado en el pecho era el símbolo de su debilidad. Y en la corte de Arturo, todos acordaron llevar cruzada una cinta verde en prueba de afecto por el caballero y para demostrar la propia debilidad. Porque todos somos débiles, Tilly. Todos cometemos errores, a todos nos vence la ira, todos hacemos tonterías y todos tomamos decisiones equivocadas. Cuando se vaya... —Nell intentó tragarse las lágrimas—. Cuando se vaya vendré aquí todos los días para recordarla, y para recordar que no la salvé cuando pude hacerlo.

—Tú no podías salvarme.

—Sí podía. Sabía que estaba planeando algo.

Tilly la estrechó entre sus brazos.

—Te echaré de menos mucho más de lo que te puedas llegar a imaginar.

Nell lloró contra su pecho unos minutos, y luego se enderezó y le cogió las manos.

—Mi padre no será feliz sin usted.

—Tampoco lo sería conmigo, Nell. Lo he decepcionado muchísimo. Si había algo de amor..., estoy segura de que ya no está.

Unas pisadas que hicieron crujir las hojas secas las avisó de que no estaban solas. El subdirector Donaghy carraspeó para dar a entender que tenían que separarse. Llevaba la maleta de Tilly en la mano. Permanecería bajo vigilancia hasta llegar al muelle, pero una vez que se subiera al barco, sería libre. Se abriría camino de algún modo en el continente, dejando atrás aquella parte de su vida. Le habría gustado poder ver a Sterling otra vez, leer en su mirada que seguía queriéndola y que la echaría de menos. Pero Sterling se había transformado en un libro cerrado en todo lo que se refería a ella, y ahora la trataba con el tono frío y neutral que utilizaba con todas las personas que no le importaban o menospreciaba.

Tilly se dirigió hacia el señor Donaghy, que señaló la maleta.

—¿Hay algo más?

—No —contestó Tilly—, eso es todo.

Lo siguió por el jardín y la carretera que bajaba hasta el muelle. Se volvió para mirar atrás y contemplar por última vez Starwater en la distancia. Las hojas de las palmeras se mecían al viento y los rayos del sol se reflejaban en el techo de metal. Sterling los observaba desde el porche. Tilly levantó la mano para

decirle adiós, pero él se dio media vuelta y entró en la casa.

Tilly se paró un momento. Cerró los ojos.

—Señorita Lejeune —dijo el señor Donaghy—, ¿está preparada para marcharse?

—No —le dijo Tilly con el corazón destrozado—. Pero me iré de todas formas.

## VEINTISIETE

### LA VERDAD LO ARREGLA TODO

2012

Aunque no me esperaba que llamaran a la puerta, tampoco me sorprendió. Llevaba días evitando a todo el mundo. Me dirigí hacia la entrada en bata y descalza y abrí la puerta.

—¿Stacy?

—Vaya mierda de cara que tienes.

—Gracias.

Stacy cogió la nota que había dejado colgada en la puerta. «Estoy en la ciudad. Perdonen las molestias».

—¿Para quién es esto?

—Para todo el mundo. Sobre todo, para Joe.

Hizo una bola con el papel y lo apretó entre las manos.

—¿Y tampoco coges el teléfono?

—Aquí no funciona.

—Sí que funciona, a veces hay cobertura. No suelo tener problemas para hablar contigo, aunque a veces tenga que esperar unas horas. —Entró y dejó la maleta al lado de la puerta—. Si no me contestas es porque estás hundida, y los que están hundidos necesitan amigos.

Dejé caer la cabeza entre las manos.

—Stace, la he cagado pero bien, y en todo.

Stacy me echó los brazos por los hombros y me apretó tanto que casi me ahoga.

—¿Y a ti te parece que la mejor forma de arreglarlo es encerrarte y dejar de hablar con el resto del mundo?

Asentí, porque estaba segura de que si hablaba, me echaría a llorar.

—Vale, Nina, escucha. Yo voy a preparar un té y tú vas a contármelo todo. Pero no vas a hacer como siempre, que me cuentas las cosas a medias porque crees que me vas a aburrir, o que vas a ser un peso para mí o que voy a terminar odiándote. Esta vez, me lo vas a contar todo.

Me soltó y di un paso atrás.

—Está bien —dije—, pero solo si me puedo volver a meter en la cama.

Stacy hizo el té y lo subió a mi cuarto. Yo me había vuelto a acurrucar entre las sábanas, en posición fetal, como había estado desde la última vez que hablé con Marla.

—Siéntate —dijo—, que por algo se empieza.

Me senté y cogí la taza de té.

—A ver, lo primero es lo primero, ¿por qué le has dejado esa nota a Joe?

—Me acosté con él.

Stacy se echó a reír.

—¿«Disculpen las molestias»? ¿Así es como le dices a un hombre que habría sido mejor no acostarse con él? Voy a tener que probarlo.

Sus risas me animaron un poco.

—No me estoy escondiendo por eso.

—Entonces, ¿por qué?

—Hay una cosa que no le he dicho a nadie. Y si te la cuento, o se entera Joe, ya sabréis por qué...

No terminé la frase, me sentía mareada y sin aliento.

Stacy se sentó en la cama con las piernas cruzadas.

—Cuéntamela.

Yo nunca se lo había dicho a nadie. Era como si creyera que si sacaba aquella horrible verdad de mi cabeza y se la contaba a alguien, me moriría. Noté una punzada en el pecho.

—Vale, pues ahí va. Hace siete años, cuando estaba mirando entre los papeles de Eleanor Holt, encontré un manuscrito. Era una novela, sobre una viuda que resolvía crímenes en el siglo XIV.

Stacy asintió, manteniendo una expresión deliberadamente imperturbable. Yo me esperaba que reaccionara con pena o enfado, así que no sabía cómo proceder.

—Sigue —dijo—. Tienes que contármelo todo.

—Me la leí y la verdad es que me gustó mucho. Y pensé, bueno, ya sabes,

que habría que publicarla. Pero se había escrito hacía mucho tiempo y el lenguaje estaba... anticuado. Los personajes decían cosas como «oh, caramba», y a veces, en vez de gritar, «eyaculaban». ¿Te lo imaginas, la viuda Wayland eyaculando por todas partes?

Stacy se rio a carcajadas.

—Así que empecé a escribirla otra vez, cambiando cosas. Pero no eran solo detalles, cambié muchas cosas más. La historia tardaba mucho en arrancar, así que quité unas cinco mil palabras del principio para que empezara con el descubrimiento del primer cuerpo. Pero es su historia. La primera novela era de Eleanor: el prólogo, los personajes, toda la investigación, y hasta el título. Una amiga me habló de Marla y me dio su dirección, y se la mandé porque creía que podría valorarla y decirme si algo así podría llegar a publicarse. —Di un sorbo a la taza de té y la dejé en la mesita—. Yo no me esperaba nada en absoluto, pero luego Marla me llamó y me dijo que ya tenía a un editor interesado en la novela. Ahora sé que en ese momento tendría que haberle dicho que yo no la había escrito, pero para entonces ya había encontrado otros dos manuscritos y estaba pensando en cómo reorganizarlos y volver a escribirlos enteros. Creí que era una mentira sin importancia, decir que los había escrito yo, porque de todas formas pensaba que se la comprarían diez personas como mucho, y además así podría decirle a mi madre: «¿Ves, he hecho algo que vale la pena?». —Me encogí de hombros, sintiéndome totalmente idiota—. No podía imaginarme el éxito que iban a tener. Marla ya me lo había advertido, y yo también había hablado con otros escritores: el mercado está muy mal, la mayoría de los escritores no ganan nada, es un mundo muy difícil. Yo no me lo podía imaginar, ni Marla tampoco, pero salió el primer libro y... *boom*.

—Pues sí —dijo Stacy.

—Pero después me quedé sin manuscritos.

—Y llegó el bloqueo del escritor.

—Es más bien el bloqueo del mecanógrafo. Yo no soy escritora.

Stacy ladeó la cabeza.

—Mira, yo no lo veo así. Lo que me estás diciendo es que ha habido una colaboración. Esos libros no se podían publicar tal y como estaban cuando los encontraste. Es verdad que tú no creaste la idea de la viuda, pero ya has escrito medio libro tú sola sobre ese personaje, ¿no?

—Es muy malo. No vale nada. Yo no tengo ni idea de la Edad Media.

—Pues contrata a alguien que sepa de eso y que te lo revise bien. Nina, lo



siento, pero la última vez que estuve aquí hice una cosa que a lo mejor no te gusta. Tú estabas durmiendo después de haber pasado una mala noche y yo encendí tu ordenador y me leí por encima lo que llevabas escrito.

La miré tan espantada como agradecida.

—¿Y?

—Está muy bien. Nadie va a notar la diferencia después de hacerle una buena revisión. Creo que tu voz está mucho más presente en la viuda Wayland de lo que te imaginas.

El alivio que me recorrió los brazos y las piernas me hizo sentir más ligera.

—¿En serio?

—Sí, en serio.

—Pero yo sé que robé la idea.

—¿Sigues teniendo esos manuscritos?

Bajé la mirada.

—No, los quemé. Me daba demasiado miedo que alguien pudiera encontrarlos y descubrirlo todo.

—Vale —dijo Stacy—, has hecho muy bien. O sea, ¿que las únicas que lo sabemos somos nosotras dos?

—Sí.

—Y tú no vas a contárselo a nadie ni yo tampoco, así que...

—La periodista, la que está intentando acceder a mis documentos, encontró copias de unas cartas en las que unos editores le decían a Eleanor que no querían publicar sus libros de la viuda Wayland.

Stacy se rascó la barbilla.

—Eso no prueba nada, aparte de que a lo mejor hayas podido usar el mismo nombre.

—¿Me estás diciendo que debería seguir mintiendo?

—Si no te puedes esperar que la gente haga un buen uso de la verdad, no veo motivos para contársela. Si no me equivoco, esa periodista lo que está intentando es hundirte, ¿no?, porque eres rica, guapa y joven, así que ponerle la verdad en bandeja me parece una irresponsabilidad. ¿Así que has escrito unos cuantos libros en colaboración con tu bisabuela, como coautoras? Para mí, eso no es más que un asunto de familia. No tiene nada que ver con infringir ninguna ley relativa a los derechos de autor.

No hacía más que darle vueltas a las palabras de Stacy. ¿Coautoras? ¿Eso es lo que éramos? ¿Y por eso este libro me estaba resultando tan difícil, porque mi

coautora no había venido a trabajar?

—Nina, deja que te dé un consejo —continuó Stacy—. Si escribir sola te resulta demasiado difícil, déjalo y no sigas machacándote la cabeza con eso. Saldrás adelante. Puedes vender ese piso tan sobrevalorado que tienes y venirte a vivir conmigo todo el tiempo que necesites, y yo te ayudaré a resolver todos los problemas que puedan surgir por tus obligaciones contractuales y la devolución de anticipos. Pero si crees que puedes hacerlo, olvídate de todo esto, no vuelvas a hablar del tema, y sigue escribiendo.

Me recosté sobre la almohada.

—Estoy muy cansada.

—El trabajo de un escritor siempre me ha parecido agotador. Yo sería incapaz de hacerlo. Pero estar cansada no es razón para rendirse, como tampoco lo es para apagar el móvil y dejar notas ridículas en la puerta para biólogos marinos sexis.

Volví a meter la cabeza entre las manos.

—¿Por qué es todo tan complicado?

—Porque ya eres adulta. Pero eso también tiene sus ventajas, ya puedes conducir y comprarte los zapatos que más te gusten.

Dejé caer las manos y sonreí.

—Gracias por venir. ¿Te quedarás para ayudarme a salir de todo este lío?

—Pues claro.



Joe llegó después de comer. Para entonces, por fin me había cambiado, después de pasarme un montón de días en pijama. Me había puesto uno de los vestidos de Stacy, porque tampoco había lavado la ropa.

—Ya has vuelto —saludó.

—No me he ido.

—Ya me lo imaginaba, pero como has quitado la nota...

—Lo siento. Estaba un poco hundida...

—¿Ha sido por mí?

Negué con la cabeza.

—Bueno —dijo—, tengo que enseñarte una cosa.

Stacy apareció por detrás de mí, pestañeando al viento como siempre.

—Hola, Joe.

—¿Quieres bajar al cobertizo con nosotros? —le preguntó Joe—. Estaba arreglando lo que rompió Julian cuando lo encontré.

—¿El qué? —pregunté.

Me miró.

—Una caja llena de papeles. Son de Eleanor.

El corazón se me disparó.

—¿Por qué no la has traído?

—Es muy grande y el fondo se está rompiendo. ¿Tienes una cesta para la ropa sucia o algo así?

Salí corriendo para la cocina, saqué toda la ropa sucia de la cesta y nos fuimos los tres al cobertizo.

Joe y Stacy iban delante, charlando tranquilamente. Pensé en cómo Joe me había dicho que me quería y en lo distinto que sería todo si supiera la verdad sobre la viuda Wayland. ¿Y si él no lo veía como Stacy? Me acordé de la admiración que expresaba por mi creatividad. Estaba segura de que lo decepcionaría, pensaría que soy una mentirosa.

El cobertizo estaba oscuro y olía a humedad. Los travesaños de la plataforma nueva destacaban mucho.

—No tenías por qué hacerlo —dije.

—Sí —replicó—, Julian rompió las otras —sonrió—. Se suponía que iba a ser una sorpresa.

—Considérame sorprendida.

—La caja está arriba, en la esquina del fondo. Voy a por los papeles y los vais metiendo en la cesta.

—Vale —dijo Stacy.

Joe se subió a la buhardilla.

—Ten cuidado —le dije—. No quiero que haya más accidentes aquí.

Joe se asomó al borde de la plataforma con el primer montón de papeles.

—He reforzado el suelo —contestó.

Siguió pasándonos más y más papeles y nosotras los fuimos apilando lo mejor que podíamos dentro de la cesta. Cuando terminamos, volvimos a casa.

Al llegar, Joe se quedó un momento parado, esperando a que lo invitara a entrar.

—Gracias, Joe —le dije fuera de la puerta, con la mano puesta en el pomo—. Ni siquiera se me había ocurrido mirar en el cobertizo, más que nada porque

hace muy poco que sé que tengo uno.

Nos quedamos los tres en silencio, sin saber qué decir, hasta que Stacy pasó por delante de mí con la cesta mientras decía:

—Os dejo.

Cuando se fue, cerré la puerta y me quedé en el porche con Joe. Me sonrió con tristeza.

—Bueno —dijo.

—Bueno —dije.

—¿Así que has estado evitándome y ahora no me vas a invitar a entrar?

—No creo que pueda funcionar —farfullé.

—¿Sigues enamorada de Cameron?

Estuve a punto de reírme. Era imposible que siguiera enamorada de Cameron si mis sentimientos por Joe me estaban matando.

—No puede funcionar —dije, esta vez con más convicción porque creía que era la pura verdad.

No quería que supiera la verdad sobre mí, así que tenía que dejarlo marchar.

Él me sonrió y, sin decir una palabra, se dio media vuelta y se fue.

Esperé un momento para tranquilizarme antes de entrar.

Stacy había dejado la cesta en el suelo del salón. Había puesto la mesita contra la pared y estaba empezando a ordenarlos.

—¿Has roto con él? —me preguntó sin levantar la cabeza.

—No había nada que romper. —Me arrodillé a su lado—. Sabes lo que espero encontrar, ¿verdad?

—En parte espero que no lo encuentres —replicó.

Y nos pusimos manos a la obra.



Cartas, historias cortas, poemas y ensayos. Poco a poco, los fuimos clasificando todos. Las páginas estaban desordenadas, como si se hubieran caído y luego las hubieran metido en la caja al azar.

Fue Stacy la que lo encontró.

—¡La viuda Wayland! —exclamó con un fajo de papeles en la mano.

Me di cuenta enseguida de que no podía ser el manuscrito completo, pero cogí las páginas inmediatamente.

—*Caballos oscuros, un misterio de la viuda Wayland* —leí en la primera página.

Me temblaron las manos.

—Sigue —me dijo por encima del hombro.

—No está la novela completa.

Ya tenía escrita la primera mitad. No necesitaba aquello. No podía usarlo.

—El resto tiene que estar por aquí —dijo sin parar de revolver.

Llegué al fondo de la cesta y leí el último párrafo en voz alta.

—«Y entonces la viuda Wayland perdió la esperanza porque ningún hombre publicaría sus manuscritos (ni siquiera llegaría a leerlos sin pensar que eran “historias de mujeres”), así que se fue a La Habana con un joven muy atractivo y vivieron felices y contentos para siempre. FIN».

—¿Qué es eso? —preguntó Stacy—. ¿De verdad pasa eso en la novela?

—No, claro que no. Es Eleanor, enfadada porque le habían rechazado los manuscritos.

Stacy sacó un sobre amarillo lleno de papeles.

—Vaya, pues sí —dijo—. Aquí hay docenas de cartas en las que le dicen que lleve el manuscrito a otra parte.

—Y seguro que lo que tiene la periodista que ha estado figoneando es una copia de una de esas cartas —dije.

Volví a leer las últimas líneas una y otra vez. Se rindió. Eleanor se rindió.

Stacy me puso una mano en el hombro.

—¿Estás bien?

—Voy a tener que escribir ese libro, ¿no?

Stacy me miró, esperando a que terminara.

—Es eso. Dejé de escribir. Eleanor se rindió, Stacy. Pero yo no. Yo no voy a rendirme. Eleanor escribía en una época muy difícil para las mujeres. Y yo lo he tenido todo fácil y no paro de lloriquear. Tengo que terminar ese libro, y después escribiré otro, y otro. Para Eleanor. Porque ella no pudo.

Stacy se inclinó y me abrazó.

—Estaría muy orgullosa de ti.

—Un poco menos por lo otro, por haberla plagiado —dije entre un mechón de su cabello oscuro.

—¿Te refieres al momento en que cogiste un manuscrito que no podía publicarse y conseguiste que millones de personas leyeran sobre la viuda Wayland y la vieran en televisión? —Stacy se echó hacia atrás para mirarme—.

No me digas que no le habría gustado.

Sonreí casi sin darme cuenta.

—Tal vez tengas razón.



No estaba dispuesta a seguir escondiéndome detrás de Marla para no hablar con la periodista, así que bajamos a la cabina y la llamé, mientras Stacy se quedaba dando vueltas por allí cerca, jugueteando con un perro que habían dejado atado fuera de la cafetería. La suave brisa y el olor a algas marinas ya se me había hecho tan familiar que me hacían sentir como en casa.

—Elizabeth Parrish al habla —dijo.

—Hola, Elizabeth, soy Nina Jones. Siento que haya sido un poco difícil dar conmigo. Estoy en una isla en la que no tenemos Internet y tengo muy poca cobertura.

Se oía cómo rebuscaba rápidamente entre unos papeles.

—Nina, gracias por llamar. ¿Le importa si grabo...?

—No hay nada que grabar —repliqué y me lancé a decirle de carretilla todo lo que Stacy me había ayudado a preparar—. Te voy a mandar una copia del manuscrito parcial que mi bisabuela escribió sobre la viuda Wayland. Como podrás comprobar, no se parece a ninguno de mis libros y además está incompleto. De ella solo cogí el nombre de la protagonista, pero nada más. Si quieres escribir un artículo sobre lo difícil que les resultaba a las mujeres que alguien llegara a publicarles sus manuscritos a principios del siglo xx, creo que sería estupendo para una periodista como tú. Aparte de eso, no tengo nada más que decir.

—Espera, solo quería preguntarte...

Colgué. El corazón me latía como loco. Me agaché y me puse las manos sobre las rodillas. Stacy estaba detrás de mí y me puso una mano en la espalda.

—Bueno, pues ya está —me animó.

—Entonces, ¿por qué me siento tan mal? —dije mientras me incorporaba y me apartaba el pelo de los ojos.

—Espero que sea porque todavía tienes que escribir el libro —dijo.

Pero no era eso. Me habían concedido una ampliación del plazo y, ahora que ya no estaba esperando a encontrar otro de los manuscritos de Eleanor para

reescribirlo, creía que podría dejar de criticarme a mí misma y ponerme por fin a escribir.

Seguía angustiada porque estaba enamorada de Joe.



Más tarde, Stacy me acompañó a la cabaña de Joe. Se veían luces en la casa de sus padres, detrás de las cortinas celestes. Pero la casa de Joe parecía estar a oscuras.

—No creo que esté en casa —dije, indecisa, por el camino.

—Se ve una luz que parpadea. A lo mejor está viendo la tele —repuso Stacy y me dio una palmadita para animarme—. Venga.

—Esto no puede salir bien. Seguro que no quiere hablar conmigo.

—Si no quiere es porque no valía la pena, cariño.

Me arrastró hasta la puerta y llamó con fuerza.

—¡Stacy! —susurré.

Joe salió a abrir. Julian estaba sentado en el suelo con el mando de la PlayStation en la mano. Había otro mando a su lado. Los ruidos de las explosiones eran de la televisión.

—Hola —dijo Joe con curiosidad.

—He venido en mal momento. Estás ocupado.

Joe dobló la cabeza para atrás para mirar a Julian, que estaba completamente absorto en el juego, y luego volvió a mirarme a mí.

—Está jugando a un videojuego. No estoy ocupado.

Algo explotó y Julian se giró gruñendo.

—Papá, vuelve, nos están ganando los marcianos.

Stacy entró.

—¿Me enseñas a jugar, Julian? —le preguntó, y hasta el niño de ocho años se quedó fascinado con sus pestañas.

Se levantó, le dio el mando y empezó a enseñarle cómo se usaban los botones.

—¿Damos un paseo? —le propuse a Joe.

Se volvió hacia Julian.

—Voy a salir un momento, campeón. ¿Te quedas con Stacy?

—Sí.

—Si empieza a preocuparse, mis padres están en la puerta de al lado —dijo Joe.

—No pasa nada —dijo Julian, que volvió a sentarse cómodamente con las piernas cruzadas y a apretar los botones del mando—. Apuesto a que Stacy es mejor guerrera espacial que tú.

Joe se volvió hacia mí.

—Venga —dijo.

—Vamos a Los Seis Metros —le dije—. Tengo que contarte una cosa.

Las últimas luces del crepúsculo resplandecían por el este, sobre las luces del continente. La brisa del mar enfriaba la tierra y las hojas de las palmeras se mecían por todo el camino. Bajamos a la playa en silencio y, una vez allí, nos sentamos el uno al lado del otro, aunque manteniendo una cierta distancia. Doblé las rodillas y pasé las manos por delante, abrazándome las piernas, contemplando cómo rompían las olas en la orilla.

—¿Qué querías contarme? —me dijo al cabo de un momento—. No es por meter prisa, pero me da la impresión de que Stacy no va a ser muy buena guerrera espacial.

Me volví hacia él. El viento me revolvía el pelo. Sus ojos parecían casi negros en la oscuridad.

—Le he mentado a todo el mundo.

Frunció el ceño.

—¿Sobre qué?

Se lo conté todo. Toda la verdad, sin saltarme nada ni intentar que sonara mejor, lo más sencilla y rápidamente que pude.

Cuando terminé, dijo:

—¿Y eso es todo?

—Es mucho —repliqué—. Cuando te conocí, me presenté como una especie de genio creativo con una gran carrera internacional.

—No, en absoluto —objetó—. Apenas hemos hablado de tu carrera, y desde que te conocí, no dejas de repetir que tú eres de todo menos un genio creativo. Nina, a mí no me importa qué trabajo tengas, ni cuántos libros o niños seas capaz de tener. A mí solo me importas tú.

Me quedé sin palabras.

—Te quiero, Nina. Yo quiero a la mujer que tengo delante. A la mujer castaña de piel suave y manos preciosas. A la mujer que eres tú, Nina. A ti.

—Vaya —dije por fin—, creía que no ibas a querer nada conmigo.



—Entonces es que no me conoces muy bien —dijo y me atrajo hacia él—. Y estoy deseando que me conozcas mejor, mucho mejor.

Levanté la cara para besarlo y deshacerme en sus brazos de pura felicidad. Ya me pondría con el libro al día siguiente. Aquella noche solo existían la brisa del verano, el aroma fresco del mar y la emoción de un nuevo amor.

# VEINTIOCHO

## BUSCANDO A TILLY

1893

**S**terling estaba delante de la pequeña escuela, notando el calor del sol en el cabello y una pizca de aprensión en las venas. Pensó que no tenía por qué cruzar aquel jardín, no tenía por qué llamar a la puerta. Pero le había costado varias semanas dar con ella. No podía marcharse ahora.

La casita, que en su día fue una pensión, se había convertido en una escuela cuando su dueño la donó en su testamento. El señor Richard Hamblyn había sido un buen amigo de Tilly y le había encargado que montara y dirigiera la escuela.

Sterling lo sabía porque se lo había contado el hombre al que pagó para que la encontrara. Todavía se acordaba del escalofrío de sorpresa y felicidad que sintió al saber que, después de todo, ella siempre había estado al otro lado de la bahía.

Enderezó el cuello, se quitó el sombrero alto y cruzó el patio. Si Nell supiera lo que estaba haciendo... En cualquier caso, se enteraría muy pronto si las cosas iban como esperaba. No había pasado ni un solo día sin que su pequeña le hablara de Tilly. ¿Pequeña? No, Nell ya se había convertido en una jovencita. A menudo pensaba que Nell le hablaba tanto de Tilly porque sabía que él la amaba.

Él la amaba. Nunca había dejado de amarla. El asunto de la evasión ya se estaba borrando de la memoria de la institución. No llegaron a encontrar a Hettie Maythorpe y, con el paso del tiempo, dejaron de buscarla. Y ahora que había cambiado al subdirector y al médico que atendía a los enfermos, las habladurías sobre el papel de Tilly en la fuga por fin habían cesado.

Y él seguía amándola. Todos los días se despertaba esperando la cura para su sufrimiento y, en cambio, día tras día seguía despertándose con el mismo dolor en el corazón.

Así pues, lo único práctico que podía hacer era encontrarla..., solo que él creía que le llevaría mucho más tiempo.

Tocó al timbre y esperó con el corazón en un puño. La puerta se abrió y apareció una anciana de pelo gris.

—¿En qué puedo ayudarle? —le dijo.

—Estoy buscando a la señorita... —No sabía cómo terminar la frase. ¿Cómo se llamaría ahora? ¿Señorita Lejeune? ¿Señorita Kirkland? ¿Señora Dellafore? —. Tilly —dijo por fin—. ¿Está aquí?

—La señorita Kirkland está dando clase —dijo la anciana—. Pero terminará dentro de unos minutos. Si lo desea, puede esperarla aquí, en el porche.

Sterling no sabía qué hacer. Podía irse. Podía salir corriendo y no tener que enfrentarse a la posibilidad de un rechazo. Ya hacía casi un año que se había ido de la isla. ¿Cabía alguna posibilidad de que Tilly siguiera enamorada de él? La había tratado muy mal. Se avergonzaba profundamente. No merecía su amor...

—¿Caballero?

Sterling salió de su ensimismamiento. La mujer le había preguntado algo.

—¿Perdón?

—¿Le apetece una taza de té? —repitió.

—No, gracias —declinó—. La esperaré aquí.

—¿Su nombre?

—Sterling Holt.

—Muy bien, caballero. No tardará mucho. Acomódese, por favor.

La señora volvió a entrar y cerró la puerta.

Sterling no quería sentarse; no podía sentarse. Tenía que seguir moviéndose, así que bajó los escalones hasta el jardín. Al ver los arriates se preguntó si los habría plantado y cuidado Tilly. Ahora que lo pensaba, se dio cuenta de que había empezado a enamorarse de ella cuando le preguntó si podía trabajar en el jardín. Lo normal en una mujer tan guapa y educada como Tilly habría sido que le repugnara la idea de llenarse las manos de barro. Pero siempre había habido algo tremendamente natural en ella.

Los rayos del sol penetraban entre las hojas e iban formando sombras en el césped conforme el viento iba moviendo las copas de los árboles. Siguió paseando por el jardín, convencido de que habían pasado horas enteras cuando el reloj decía que no eran más que minutos.

De pronto se oyó la puerta que se abría. Levantó la mirada y allí estaba, con el cabello pelirrojo reluciente a la luz del sol, los ojos claros cargados de

emoción y la boca abierta por la sorpresa.

Se armó de valor.

—¿Tilly? —dijo, y todos sus miedos y esperanzas se concentraron en la pregunta que había formulado tan solo con su nombre.

—¡Sterling! —exclamó Tilly, y bajó corriendo las escaleras para lanzarse a sus brazos.

## AGRADECIMIENTOS

Dado que he escrito este libro prácticamente al rojo vivo, seguramente se me olvidará dar las gracias a alguien. Sin embargo, nunca he sido más consciente que ahora del hecho de que escribir un libro requiere el apoyo de tantas personas.

Doy las gracias a mis hermanas, que son el mejor equipo de escritura del mundo. A mi agente, Selwa Anthony, que representa tanto el culmen del trabajo como del afecto. A mi querida amiga Mary-Rose, que me ayuda a ver el mundo con claridad. A mi increíble, inagotable, inteligente e inestimable asistente de investigación Heather Gammage, sin el cual este libro estaría lleno de lagunas y errores. (Si hay errores no son culpa suya; a veces he ignorado alegremente sus buenos consejos en aras de una buena historia). A Julie y Karen Hinchliffe: gracias por hacerme partícipe de vuestros recuerdos de los cañaverales. Quisiera dar las gracias asimismo a todos los que respondieron en las redes sociales con sus recuerdos de los campos de caña de azúcar en llamas: la nieve negra está ahí por vosotros. Debo mi reconocimiento por su incalculable contribución editorial a Vanessa Radnidge, Jody Lee, Kate Ballard, Heather Lazare y Paula Ellery. Sigo beneficiándome inmensamente de los recursos y la generosidad de la Universidad de Queensland, gracias a su biblioteca, personal y estudiantes, y especialmente a mis compañeros de la escuela de Lengua Inglesa, Comunicación e Historia del Arte.

Parte de la investigación y escritura de este libro se realizó en la isla Santa Helena y la bahía de Moreton, las islas en las que se inspira Ember Island. Los dos son lugares maravillosos, por distintos motivos, y la bahía de Moreton representa un destino espectacular para unas vacaciones.

Mi vida personal transcurre con siete estupendos mamíferos con los que comparto mi espacio: Ollie, Luka, Astrid, Petra, Nyxi, Wiglaf y Sigrun. Como siempre, deseo dar las gracias a mi madre, que todavía me deja apoyar la cabeza en su regazo para acariciarme el pelo. Cada día te quiero más, mamá.

Título original: *Ember Island*  
First published in Australia and New Zealand in 2013  
by Hachette Australia  
(an imprint of Hachette Australia Pty Limited)  
Level 17, 207 Kent Street, Sydney NSW 2000  
[www.hachette.com.au](http://www.hachette.com.au)

Edición en formato digital: 2017

© Kimberley Freeman, 2013  
© traducción: Carmen Terner Lorenz, 2017  
© de esta edición: Algaida, 2017  
Avda. San Francisco Javier, 22  
41018 Sevilla  
[administrador@editorialboveda.com](mailto:administrador@editorialboveda.com)

ISBN ebook: 978-84-16691-71-5

Está prohibida la reproducción total o parcial de este libro electrónico, su transmisión, su descarga, su descompilación, su tratamiento informático, su almacenamiento o introducción en cualquier sistema de repositorio y recuperación, en cualquier forma o por cualquier medio, ya sea electrónico, mecánico, conocido o por inventar, sin el permiso expreso escrito de los titulares del Copyright.

Conversión a formato digital: REGA

[www.editorialboveda.com](http://www.editorialboveda.com)